

PARA TODA LA ETERNIDAD:
LIBRO DOS

SI AMARTE ES UN ERROR

PARA TODA LA ETERNIDAD #2

EL AMOR NO TIENE
POR QUÉ SER FÁCIL

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

SI AMARTE ES UN ERROR

PARA TODA LA ETERNIDAD #2

E. L. TODD

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Querido lector

Otras Obras de E. L. Todd

Mensaje de Hartwick Publishing

Hartwick Publishing

Si amarte es un error

Copyright © 2018 de E. L. Todd
Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

CAYSON

EL SOL SALIÓ Y LOS DISTANTES RAYOS DE LUZ LANZARON DESTELLOS A través de las cortinas. Su calor resultaba agradable. La nieve cubría el suelo y la tierra no se deshelaría hasta la llegada de la primavera. Todavía persistía la alegría de las vacaciones, pero a mí aquello no podría importarme menos. Yo ya tenía todo lo que quería.

Skye aún seguía dormida. Tenía los labios relajados y la peca de la comisura de su boca captó mi atención como de costumbre. Llevaba puestos una camiseta y unos bóxers míos. Estábamos acurrucados bajo la manta, manteniéndonos en calor para contrarrestar el frío invernal del exterior.

Me quedé contemplando su rostro, incapaz de apartar la mirada. Desde que estábamos juntos, había dormido menos. En lugar de dejarme arrastrar por el sueño, prefería permanecer despierto y disfrutar de ella cada segundo. Era mía... por fin. Me resultaba difícil no valorarla, no empaparme de cada minuto que pasábamos juntos.

Deslicé la mano sobre su cintura y noté su minúscula complexión. En comparación conmigo parecía muy pequeña, eclipsada por mi gran tamaño. Tardé un momento en comprender que aquello era real, que realmente se encontraba a

mi lado. Habíamos estado despiertos hasta tarde, hablando de nada en particular, y ahora yo seguía allí... pero no en calidad de amigo.

Le retiré un mechón de pelo suelto del rostro y aprecié su suavidad. En ella todo era perfecto. Sus delgadas piernas tocaron las mías bajo las sábanas; yo sólo llevaba los bóxers y me gustó sentir el roce de nuestra piel.

Me costaba no pegar los labios a los suyos. Quería despertarla, quedarme mirando aquellos preciosos ojos que tanto adoraba, pero me contuve y dejé que disfrutara del sueño. Pasó una hora más antes de que parpadeara y abriese los ojos.

Respiró hondo y dejó escapar un suspiro. Sus ojos tardaron unos momentos en enfocar mi rostro y entonces una amplia sonrisa se extendió por sus labios, haciendo que se me derritiera el corazón.

—Buenos días. —Su voz sonaba ronca y cascada.

—Buenos días. —Respiré hondo y noté que la felicidad me inundaba el cuerpo.

Ella me puso una mano en la barbilla, sintiendo la espesa barba que me había crecido a lo largo de la semana. Me había quedado en su casa todas las noches, así que se me había olvidado afeitarme.

—Qué peludo estás. —Seguía sonriendo.

—¿Quieres que me afeite? —Subí la mano un poco por su camiseta y acaricié la piel de sus costillas.

—No estoy segura... Me gusta.

—¿Te gustan los hombres peludos? —bromeé.

—No, pero me gustas tú. —Deslizó el dorso de la mano por mi mentón, notando la aspereza.

—Entonces me la dejaré.

—Pero no dejes que se te haga mucha barba, no me gustan.
—Hizo una pequeña mueca.

—A lo mejor me la dejo de todas formas.

—Vale, entonces yo no me depilaré las piernas —amenazó.

Esta vez me tocó a mí hacer una mueca.

—Gano yo. —Sonrió con arrogancia—. Como siempre.

Mis dedos recorrieron sus costillas.

—Porque yo te dejo.

El afecto relucía en sus ojos.

—Supongo que la caballerosidad no ha muerto, después de todo.

—No, para ti no. —Le sostuve la cara con las manos y me incliné hacia delante mientras la emoción me corría por las venas. Cada vez que me inclinaba para besarla, mi corazón sentía deseos de estallar. Mis labios anhelaban los suyos, necesitados de su sabor. Pegué la boca a la suya en una suave caricia. Tenía los labios un poco secos de la noche anterior, pero seguía teniendo un sabor delicioso. Cuando me aparté, la miré a la cara.

Tenía un gesto somnoliento en los ojos, como si estuviera aturdida y confusa.

—Besas muy bien...

Sonreí.

—No. Creo que tú me haces besar bien.

—No lo creo, porque todos los demás chicos a los que he besado babeaban como un perro.

Solté una carcajada.

—Qué asco.

—A mí me lo vas a contar... —Se acurrucó más contra mí, pasándome la mano por el abdomen—. No quiero ir a clase.

—Ni yo. —Le pasé la mano por el pelo, deslizándola hasta el cuello.

—Vamos a quedarnos aquí y ya está... para siempre.

—Yo no voy a ponerte muchos reparos. Pero, conociéndote, en algún momento te entrará hambre.

Justo en ese momento, le rugió el estómago.

—Agh. Qué bien me conoces.

—Claro que sí. —Posé los labios sobre su frente, encantado con la caricia.

Ella suspiró y se incorporó.

—Supongo que entonces debería arreglarme. ¿Por qué tiene que pasar tan rápido el fin de semana?

—Ojalá lo supiera.

Se inclinó y me dio otro beso rápido en los labios.

Yo me derretí, como siempre.

—Te veo en clase. —Se arrastró sobre mi cuerpo para bajar de la cama y se puso en pie.

Yo la agarré por el brazo y tiré de ella para atraerla de nuevo hacia mí.

—Uno más.

—Cayson, no. Ya sabes lo que pasará.

Le dirigí una sonrisa pícara.

—Me da igual. —La metí en la cama y me puse encima de ella.

—Ni siquiera me he lavado los dientes todavía.

—Eso también me da igual. —Pegué los labios a los suyos y sentí cómo enroscaba las piernas alrededor de mi cintura.

Skye se derritió bajo mi cuerpo. Sus labios buscaron los míos embriagados por la pasión.

Iba a llegar tarde a la primera hora.

Pero bueno... No podría importarme menos.

SLADE ME DIVISÓ DESDE EL OTRO LADO DEL PASILLO. SE PROTEGIÓ LOS OJOS con la mano como si estuviera intentando avistar algo en el desierto.

—No... No puede ser.

Puse los ojos en blanco porque sabía lo que se avecinaba.

—¿Puede ser Cayson... mi antiguo mejor amigo al que no he visto en tres semanas?

Cubrí la distancia que nos separaba.

—Sabes que he estado ocupado.

Entrecerró los ojos mientras me miraba a la cara con atención.

—¿Qué coño es esto? —Me dio una palmada en la mejilla—. ¿Es que eres un leñador?

—No me ha dado tiempo a afeitarme.

—No puedes pasarte follando cada segundo del día. En algún momento te tienes que duchar.

Me palpé el vello de la cara y bajé la mano.

—No es eso. Es que se me han olvidado un montón de cosas desde que empezamos a salir.

—Espero que los condones no sean una de ellas.

Yo nunca hablaba de mi vida personal y ahora me resultaba todavía más raro porque la mujer con la que salía era Skye.

—Porque el tío Sean te mataría si dejaras preñada a su hija. O sea, quiero decir que te mataría de verdad. —Puso los ojos como platos y fingió que se apuntaba una pistola a la cabeza y apretaba el gatillo—. ¡Pum!

—Gracias por la representación —dije sarcásticamente.

—Siempre me he preguntado si el teatro era mi vocación. —Me dedicó la misma sonrisa arrogante que exhibía constantemente.

—Skye y yo no nos acostamos, aunque no es que sea asunto tuyo, así que no tenemos nada de lo que preocuparnos.

Slade abrió tanto la boca que la mandíbula casi tocó el suelo.

—Entonces ¿qué pichas habéis estado haciendo? ¿Pintaros las uñas?

—Hemos pasado tiempo juntos... hablando.

Se llevó las manos a la cabeza.

—Lleváis hablando desde que teníamos dos años. ¿Qué más podríais tener que contaros?

—No lo sé... Es distinto ahora que estamos juntos.

—En serio, sois la pareja más penosa que he conocido en mi vida.

—No tengo prisa. Tengo el resto de mi vida para hacerle el amor.

—¿Hacerle el amor? —Contorsionó la cara como si fuese a vomitar—. ¿Qué eres? ¿Una chica?

—Bueno, no me la voy a follar.

—Pues deberías —soltó—. ¿Al menos os habéis enrollado?

—No voy a tener esta conversación contigo. —Me giré sobre los talones y me alejé por el pasillo.

—Vamos, escúpelo. —Slade vino tras de mí—. Soy tu mejor amigo.

—Skye es distinta. No quiero que andes cotilleando sobre ella con otra gente.

Suspiró y elevó la vista al techo al mismo tiempo.

—Sabes que yo nunca haría eso, macho.

—Lo has hecho con todas las otras chicas de las que te he hablado.

—Porque eran follamigas. Sé que Skye es distinta. Joder, todo el mundo sabe que es distinta.

—Y es tu prima... ¿por qué lo ibas a querer saber de todas formas?

—En detalle, no —dijo mosqueado—. Sólo en general. Vamos, hombre, yo te lo cuento todo.

Suspiré, consciente de que iba a arrepentirme de aquello.

—Todavía no hemos hecho nada.

Slade se quedó paralizado donde estaba.

—Espero... Espero no haberte oído bien.

—Nos hemos besado... mucho, pero...

—Por favor, dime que es una puta broma.

—Nos lo estamos tomando con calma.

—¿Rollo siglo diecinueve? —saltó—. ¿Por qué no os sentáis para que os hagan un cuadro al óleo también?

—Simplemente no quiero fastidiarlo todo. No es una chica cualquiera.

—Eso ya lo pillo, pero ya no es tu amiga. Es tu novia. Por definición, deberías estar metiéndosela entre las tetas.

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Podrías ser un poco menos bruto?

—No. Lo siento, macho. Échale un par.

Debería haberme esperado aquella reacción por su parte.

—Bromas aparte, ¿te ha dicho Skye que se lo quiere tomar con calma?

—No...

—Pues entonces no entiendo nada. Y probablemente ella tampoco.

—Yo no veo cuál es el problema. —Sacudí la cabeza.

—Pues que llevas enamorado de ella cinco años y ahora por fin

es tuya... Simplemente había dado por sentado que te la querrías follar.

Le dediqué una mirada amenazadora.

—Hacer el amor, quería decir. Lo que sea.

—Pienso en ello... entre otras cosas. Pero no tengo prisa.

—Por supuesto... —Empezó a caminar por el pasillo—.

¿Quieres lanzar unas canastas esta noche?

—Va a venir Skye.

—¿No estás ya hasta los huevos de ella... y de tanta charla?

Sonreí.

—Me encanta charlar con ella.

—Llevas tres semanas dejándome de lado, macho. Te he dado un plazo de cortesía porque creía que estabas venga a echar polvos, pero ya se te ha acabado.

Últimamente había estado descuidando a Slade. Ahora me sentía un amigo horrible.

—Mañana por la noche.

—No, esta noche. Estaré en tu casa a las siete.

—Slade...

Se marchó antes de que pudiera añadir una palabra más.

Suspiré y me fui a clase sabiendo que necesitaba concentrarme.

SKYE

LLEVABA PUESTAS UNAS MALLAS Y UNA SUDADERA HOLGADA, Y LOS pendientes de oro que me había dado mi madre me colgaban de las orejas. Me había maquillado ligeramente para dar algo de color a mi rostro, porque el frío invernal volvía mis mejillas más pálidas que la nieve caída. Cuando juzgué que tenía el mejor aspecto posible, conduje hasta casa de Cayson.

Estar con él era algo indescriptible, era un novio que también era un mejor amigo. Podía contarle cualquier cosa y siempre sabía lo que decir para sacarle una carcajada. Me miraba con ojos afectuosos, haciéndome sentir preciosa sin tener que utilizar palabras. Era más de lo que jamás podría haber deseado.

Pero tenía miedo.

¿Qué pasaba si no funcionaba? ¿Y si terminábamos cada cual por nuestro camino? ¿Cómo afectaría aquello a nuestra amistad? Me asustaba colgarme demasiado porque en un breve periodo de tiempo había llegado a depender tanto de él como del agua o del aire. Era incapaz de imaginar mi vida sin él, y temía la posibilidad de aquella existencia.

Me acerqué a su puerta y llamé.

La abrió en un visto y no visto, como si hubiese estado esperando mi llegada. Tenía los ojos brillantes de la emoción;

eran de un tono frío de azul que me recordaba a una tormenta de invierno en el mar. Sus anchos hombros podrían soportar el peso del mundo entero y su pecho era lo bastante fuerte como para levantar una montaña.

Mis ojos volaron hasta su barbilla, advirtiendo la falta de vello.

—Te has afeitado.

Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo al interior.

—¿Te gusta?

—Creo que estás guapo de las dos formas.

Se frotó la piel limpia y sonrió.

—Hoy Slade me ha llamado leñador.

—Uuuh... Me encantaría verte talar un árbol sin camiseta cualquier día de estos.

Volvió a sonreír y me acorraló contra la puerta hasta pegarme el cuerpo a ella. Luego acercó su rostro al mío y sus ojos se oscurecieron y se pusieron serios de repente, una mirada que reconocí porque me la había dedicado en incontables ocasiones.

—Qué guapa estás.

—Gracias.

Me subió la mano por el cuello hasta introducirla en mi cabello y cerrarla a su alrededor en un puño antes de besarme con ardor y agresividad.

Yo me derretí a su contacto, sin dejar de asombrarme por lo bien que besaba. Sabía exactamente cómo rozar sus labios contra los míos; su lengua bailaba con la mía, enardecíendome lo justo antes de apartarse. Todos sus besos eran precisos e intencionados: a veces interrumpía el contacto y sus labios se alejaban de los míos con malévola provocación.... Y entonces me besaba, dejándome sin respiración.

Sus manos se desplazaron hasta mis caderas por debajo de la camiseta. Allí es donde me tocaba siempre, sin subir ni bajar nunca. Sabía que Cayson me respetaba y no quería apresurar una relación física, pero no podía negar lo ansiosa que estaba. Si ya besaba así de bien, ¿qué más se le daría de miedo?

Finalmente interrumpió el beso y frotó su nariz contra la mía.

—Podría pasarme así toda la noche, pero sospecho que tendrás hambre y sed.

—De ti.

Sus ojos se suavizaron y sentí su mano desplazándose hasta mi cuello.

—No puedo creer que seas mía.

—Yo tampoco...

—He esperado tanto tiempo por ti... pero por tenerte ha merecido la pena todo el sufrimiento.

Odiaba pensar en el daño que le había hecho a Cayson durante todos estos años. Había sido inocente e ignorante hasta el absurdo. Todos me habían hablado de sus sentimientos, pero no escuchaba nunca porque me resultaba difícil de entender.

—Te lo compensaré.

—Sí, por favor. —Me dio otro beso antes de apartarse—. He hecho pollo con pilaf de arroz.

—Eso suena bien.

—Al pollo sólo le faltan unos minutos más. ¿Te apetece beber algo?

—No, gracias.

Me cogió de la mano y me condujo hasta su sala de estar. Tenía un pequeño apartamento de un solo dormitorio, pero era lo bastante espacioso para dos personas. Se sentó en el sofá y me atrajo hasta su regazo de modo que estuvimos cara a cara; entonces reclinó la cabeza y se limitó a contemplarme.

Cayson normalmente no me quitaba las manos de encima. Se trataba de contactos inocentes, como un masaje en la nuca o en las piernas, pero el deseo ardía en sus ojos y yo podía notar su excitación contra mis caderas, mis piernas o mi trasero cada vez que nos acurrucábamos juntos. Por lo que podía sentir, era impresionante.

—¿Skye? —Tiró de mi holgada sudadera por un lado para dejar el hombro al descubierto. Entonces se inclinó y me dio un beso deliberado y provocador... Tenía el don de encenderme sin proponérselo.

¿Cómo podía haber tardado tanto en fijarme en él? Cayson

estaba bueno... pero bueno que te cagas.

—¿Cayson? —Me mordí el labio al sentir su cálida boca contra el hombro.

Él se apartó y se incorporó, situando el rostro justo por debajo del mío.

—Te veo todos los días, pero cuando no estamos juntos, te echo de menos. —Me besó la peca de la comisura de la boca, avivando aún más el deseo que sentía por él—. Te echo de menos como loco.

—Yo también te echo de menos... —Sentí endurecerse mis pezones y un ardor en la entrepierna. Quería algo más que los besos acalorados que compartíamos. Su perfección y las increíbles sensaciones que me provocaba su contacto, hasta en los lugares más inocentes, exaltaban mi deseo y me hacían anhelarlo aún más de lo que ya lo hacía. Había ardor y pasión entre nosotros, pero ninguno de los dos había dado el siguiente paso... todavía. Yo sabía que Cayson estaba esperando a que yo me sintiese preparada, y también que ya estaría preguntándose cuándo sería aquello—. Debes de estar preguntándote por qué todavía no hemos hecho nada más que besarnos...

Él se recostó hacia atrás y me miró a los ojos.

—No puedo negar lo mucho que te deseo. Eres la mujer más sensual que he visto nunca; cada curva de tu cuerpo me excita de un modo al que no encuentro explicación. Te deseo más de lo que haya deseado a ninguna otra mujer en mi vida. Pero no tengo prisa, Skye. No voy a irme a ninguna parte. —Sus manos se cerraron sobre mi cintura y sus dedos se extendieron por mi espalda—. Soy un hombre muy paciente y esperaré tanto como quieras. Sin presiones. Así que no te preocupes por eso, por favor.

—Ahí está la cosa... Es que no quiero esperar.

El fuego de sus ojos se reavivó. Crepitaba y silbaba, transformándose en ascuas ardientes. Sus manos se hundieron ligeramente en mi piel.

—Pero... tengo miedo.

Su deseo se evaporó.

—¿Miedo de qué, cariño?

Yo no sabía cómo expresarlo en palabras, al menos no de un modo no ofensivo para él. Pero seguro que él estaba pensando lo mismo... o que al menos lo había pensado en algún momento.

—No habrá marcha atrás si las cosas no funcionan o si algo va mal con nuestra relación. Nuestra amistad quedará destrozada... para siempre.

Él procesó mis palabras durante un momento y pude ver sus pensamientos en su mirada.

—Yo no quiero volver a ser nunca nada más que tu amigo, Skye. Y no tengo intención de permitir que suceda.

—Yo tampoco —le aseguré de inmediato. Le puse las manos en las mejillas y lo miré a los ojos—. Para mí eres el mundo entero, Cayson, y me haces más feliz de lo que he sido nunca. Este es mi sitio.

—Entonces no hay nada que temer.

—Pero si pasa algo... ¿qué?

Me cogió por las muñecas y las unió entre sus manos.

—No pienses así, Skye.

—¿Pero y si pasa? ¿Qué será de nosotros? Es que me siento mejor hablando de ello... sólo por si acaso.

Él suspiró y me besó suavemente una muñeca.

—Da igual lo que prometamos o lo que digamos, eso no va a cambiar lo que tenga que pasar. Nunca volveremos a ser los que éramos, incluso si rompiésemos ahora mismo.

—Pero más adelante...

Me miró a los ojos.

—Da igual lo que suceda entre nosotros. Yo nunca voy a dejar de quererte ni me vas a dejar de importar. Si fueras otra chica, sería diferente. Pero tú eres especial para mí, siempre lo has sido. Por eso no quiero que dejes de estar en mi vida nunca. Hasta si me pusieras los cuernos y me partieras el corazón, seguiría estando a tu lado. No me iría del grupo ni te evitaría. Siempre estaré cerca... siempre.

—Yo también...

Él me besó la otra muñeca.

—Cuando una pareja rompe casi nunca consigue conservar la amistad, pero nosotros somos diferentes, Skye. Somos mucho más maduros que la mayoría de la gente de nuestra edad y sé que nuestro amor es fuerte. Nada nos separará.

Asentí.

—¿Ahora ya te sientes mejor?

—Sí. Somos familia... y siempre lo seremos.

—Exactamente. —Se echó hacia atrás y posó las manos encima de mis muslos, frotándolos suavemente. En ningún momento apartó la vista de mi cara.

Me incliné hacia delante y pegué mi cabeza a la suya. Entonces cerré los ojos y disfruté del silencio. Cayson me puso las manos en la cintura y me agarró. Yo bajé la cabeza y encontré sus labios, notando su suavidad.

Sus manos se cerraron sobre mí con un poco más de fuerza, reaccionando al placer que le estaba procurando mi boca. Luego ascendieron por mi sudadera, deslizándose sobre mi piel desnuda.

Mi cabello se derramaba sobre su rostro, aislándolo. Intensifiqué nuestro beso, palpando sus labios con mi boquita. Su lengua encontró la mía y bailó lentamente con ella. Él respiraba con fuerza en mi boca, demostrando su excitación.

Cediendo finalmente a mis deseos, interrumpí nuestro beso y agarré el extremo de mi sudadera, quitándomela despacio y dejándola caer encima del sofá. Llevaba mi sujetador de encaje negro, que me juntaba los pechos entre sí y los hacía parecer aún más grandes de lo que ya eran. Cayson los observó unos segundos con los ojos ardiendo de deseo. Luego me volvió a mirar a la cara con labios deseosos de mi contacto. Me atrajo hacia sí y me volvió a besar.

Palpé su pecho por debajo de la camisa, notando la dureza de cada surco y cada línea. Hacía ejercicio y estaba en una forma física fabulosa, pero no me había dado cuenta de lo fuerte que era. ¿Cómo había podido ser inmune a sus encantos durante tanto tiempo? Ahora era incapaz de dejar de imaginármelo sin camiseta, de pensar en cómo sería tenerlo dentro de mí. Mis

labios tenían una sed constante de los suyos. Lo necesitaba... constantemente.

Le levanté la camiseta y se la quité de un tirón, lanzándola a un lado para poder contemplar su cuerpo. Tenía el pecho amplio y fuerte y el abdomen surcado de duros abdominales. Era ancho como el tronco de un árbol y sólido como el cemento. Mis manos se deslizaron hacia abajo, palpando cada centímetro de su perfección.

—Joder, qué bueno estás —solté sin pensar.

Cayson me miraba a los ojos mientras yo recorría su cuerpo con las manos, sin que pareciera haberme escuchado. Tenía los dedos debajo de la cinturilla de mis mallas, pero no tiraba hacia abajo. Entonces me agarró y me atrajo hacia sí, encontrando mi boca con la suya. Se incorporó y me mantuvo contra él.

Tenía los pechos contra el suyo y nuestros vientres casi se tocaban. Le pasé los brazos alrededor del cuello mientras devoraba su boca con hambre insaciable. Cayson me subió las manos por la espalda, sintiendo los pequeños músculos que había bajo la superficie. Dejó atrás el cierre de mi sujetador y llegó hasta mis hombros, para luego empezar otra vez a bajar hasta llegar a mi cintura.

Supe que no quería presionarme, sino que yo expresara con claridad lo que quería. A mí me hubiera extrañado que se mostrase tan considerado cuando tonteaba con otras, pero como nuestra relación era diferente, actuaba con precaución. Sin dejar de besarlo, me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador, que se aflojó de inmediato y empezó a caer.

Interrumpí nuestro beso y lo miré fijamente, deseosa de observar cómo reaccionaba ante mí.

Cayson palpó uno de los tirantes con la mano, pero no tiró de él hacia abajo. Respiraba agitadamente y evitaba mirar mis pechos fijamente. Tenía los ojos clavados en los míos, como si le diera miedo bajar la vista. Tomé la mano que sostenía el tirante y tiré de ella hacia abajo mientras se le aceleraba la respiración. El resto del sujetador siguió al tirante.

Yo odiaba mis pechos porque todos los chicos se quedaban

mirándolos en vez de mirarme a la cara, y porque me resultaba difícil saber si le gustaba a uno por mi personalidad o si sólo se sentía atraído por mi apariencia. Parecían instantáneamente embelesados por mi delantera. Pero con Cayson era diferente; yo ya sabía que me quería por mí misma y que mis pechos no tenían nada que ver en ello. Y deseaba que disfrutase de mi cuerpo.

Cayson seguía sin mirarlos, con la vista fija en la mía.

Tomé sus grandes manos y me las puse sobre los pechos, obligándolo a estrujarlos. Él tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta y luego soltó un suave gemido.

—Tócame.

Aquello pareció lograr que se decidiera. Volvió a ponerme las manos en la cintura, me atrajo hacia sí y cerró la boca alrededor de uno de mis pezones. Lo besó y succionó con fuerza, introduciéndoselo en la boca.

Ver la pasión con la que me tomaba sólo logró excitarme más. Me encantaba sentir cómo succionaba mi piel, saboreándome. Me sembró los pechos de besos, explorando cada uno de ellos mientras me hundía los dedos en la piel con un ligero temblor.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras disfrutaba del placer que sentía con aquello. Nunca me había sentido así de maravillosamente. Con todos los demás solía terminar sintiéndome utilizada y sucia. Cayson me hacía sentirme amada y sensual al mismo tiempo.

—Dios, pero qué preciosa eres. —Lamió el valle entre mis pechos y subió con la boca hasta mi garganta, saboreándome. Se detuvo al llegar a mi barbilla, donde depositó un suave beso.

Mis manos se desplazaron hasta el botón de sus vaqueros y se los desabroché. Luego intenté quitárselos tirando.

Cayson me rodeó la cintura con un brazo y se puso de pie sin dejar de besarme el cuello. Se bajó los vaqueros con una mano y luego se los quitó de una patada sin dejar de concentrarse en mí. Entonces volvió a sentarse en ropa interior.

Sus manos se movieron hasta la cintura de mis mallas y me las quitaron de un tirón, pasándomelas por el trasero antes de hacerme girar para dejarme en el sofá y quitármelas del todo. Me

había puesto el tanga negro a juego con el sujetador; no estaba segura de lo que podría pasar aquella noche, pero quería estar preparada.

Cayson se me quedó mirando un segundo, deleitándose con mi aspecto. Sus ojos se detuvieron un instante en mis piernas antes de que sus manos me las cogieran para recolocarme encima del sofá. Entonces se pasó una por encima del hombro y me besó la parte interior del muslo.

Jamás habían reverenciado así mi cuerpo. Cerré las manos alrededor de su cabello, sintiendo los suaves mechones.

Su boca pasó al muslo opuesto y lo besó de la misma manera.

Eché la cabeza hacia atrás, adorando las sensaciones que me estaba produciendo. Ya era un amante fantástico.

Entonces pasó a mi abdomen y besó la piel alrededor del ombligo. Besó mis costillas y luego descendió hasta mis caderas. Apartó ligeramente el tanga y besó la zona recién descubierta, haciéndome estallar en llamas.

—Cayson...

Él subió de inmediato por mi cuerpo y estrelló los labios contra mi boca, como si necesitara aquel contacto para poder sobrevivir.

Mis manos se deslizaron bajando por su fuerte espalda, sintiendo cada uno de los músculos. Al llegar a los calzoncillos, agarré el borde y tiré lentamente de ellos hacia abajo, desnudándolo. No miré porque estábamos besándonos, pero fui palpando cada centímetro de su piel a medida que quedaba expuesta. Su miembro descansaba contra mi estómago y no me hacía falta verlo para darme cuenta de lo grande que era. Desde luego dejaba a Zack en ridículo. Le bajé la prenda hasta las rodillas y él se desprendió de ellos desde allí de una patada.

Una vez que estuvo desnudo, interrumpió nuestro beso y me miró fijamente, esperando a que yo mirara.

Agarré sus bíceps y bajé la vista. Instintivamente, me lamí los labios, encantada con lo que veía.

Cayson gimió al observarme con los ojos llenos de excitación.

Cerré la mano en torno a su sexo y lo froté suavemente,

masajeando la punta con el pulgar.

Su respiración se agitó al notar mis movimientos y entonces me cogió el tanga y me lo quitó, tras lo que observó mi cuerpo unos momentos antes de volver a mirarme a los ojos.

No lo besé. En vez de eso, sentí su cuerpo desnudo contra el mío. Llevábamos siendo amigos toda la vida y nunca había pensado en él de aquella manera. Pero ahora estábamos juntos y parecía lo correcto, haciendo que me preguntara por qué no habíamos hecho aquello mucho tiempo atrás.

—Eres guapísimo.

—No tanto como tú —susurró él. Me rodeó la cintura con un brazo y luego me atrajo hacia él mientras se levantaba. Mis piernas rodearon instintivamente su cintura y me llevó en brazos hasta su dormitorio.

Me dejó sobre la cama con cuidado y apoyé la cabeza en la almohada. Entonces pegó su cabeza a la mía.

—Quiero saborearte.

Supe a qué se estaba refiriendo.

—Yo también a ti.

Me besó los pechos y el estómago mientras descendía. Al llegar a mi entrepierna, me besó suavemente.

Yo me puse como loca.

Frotó la lengua contra mi clítoris con un movimiento circular. Luego deslizó su lengua en mi interior, aplicando la cantidad adecuada de presión en todos los puntos correctos.

Yo me retorcí encima de la cama, agarrándome a su cabello con una mano y a las sábanas con la otra.

—Cayson...

Su pulgar se desplazó hasta mi clítoris y aplicó el mismo movimiento circular.

La cabeza me daba vueltas y tenía el corazón desbocado. Era incapaz de controlar mi respiración. Estaba dándome un inmenso placer, más del que había sentido nunca. Su boca era cálida y tentadora, y me llevó a un orgasmo tan intenso que casi no reconocí la sensación.

—Oh, Dios mío...

Cayson continuó dándome placer, intentando que durase lo más posible.

Cuando la sensación murió yo estaba sin aliento. Me pasé la mano por el pelo sin saber bien qué hacer. Estaba desorientada porque aquel intenso placer me había cogido desprevenida.

Cayson ascendió de nuevo lentamente por mi cuerpo con mi humedad todavía en los labios.

—¿Por qué coño hemos esperado tanto? —solté yo.

Él sonrió ligeramente.

—Dímelo tú...

—Dios, se te da muy bien eso. Me has puesto a mil.

Se le ruborizaron levemente las mejillas.

—Me alegra que te lo parezca.

—Pero a mil, en serio. La leche.

Me besó el pecho, probablemente en un intento por ocultar su rostro.

—Me alegro de poder darte placer, yo nunca he disfrutado tanto haciéndolo.

—Hasta ahora. —Lo empujé para tumbarlo de espaldas y trepé encima de él.

Su cabeza tocó la almohada y me miró con los ojos llenos de deseo.

Yo descendí por su cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Su sexo era grueso y largo y dio un respingo al acercarme yo. Lo agarré y me metí la punta en la boca, gimiendo al hacerlo. Odiaba chupársela a los tíos, me parecía lo peor. Pero con Cayson lo estaba disfrutando a pesar de su gran tamaño.

Cayson respiraba con fuerza mientras seguía tumbado con la cabeza en la almohada. Me puso las manos en el pelo y me lo apartó de la cara. Después cerró una mano a su alrededor, agarrándome un puñado.

Me lo metí más profundamente en la garganta, todo lo que pude.

—Skye...

Me moví hacia arriba y hacia abajo, esforzándome al máximo por hacerle la mamada más alucinante de toda su vida. A mí

desde luego nadie me lo había hecho mejor que él.

Su otra mano descansaba en mi nuca, guiándome levemente cuando se excitaba mucho.

—Joder, qué gusto.

Succioné la punta y luego pasé la lengua por ella antes de volver a meterme profundamente su miembro en la boca.

Él respiraba con dificultad mientras su pecho ascendía y descendía.

—Skye... me voy a correr. —Me tomó del cuello, preparándose.

Yo no me lo saqué de la boca, sino que continué moviéndome, deseando saborearlo.

Él siguió respirando trabajosamente.

—Si no quieres que me corra en tu boca, es mejor que la apartes.

Yo volví a introducirme hasta la garganta.

Él respiró algunas veces más antes de tensarse de repente. Entre sus labios escapó un profundo gemido procedente del fondo de su garganta. Se aferró a mi cuello, sujetándose.

—Mmm... —Eyaculó, llenándome la boca.

Yo fui tragando a medida que se corría, notando la gran cantidad que había. Cuando estuve segura de que había terminado, le lamí el glande y me la saqué de la boca.

Él seguía intentando recuperar el aliento, jadeando.

Yo trepé por su pecho y me incliné sobre él.

—Lo haces verdaderamente bien...

—Sólo porque lo he disfrutado.

Me tomó la cara entre las manos y me dio un suave beso que se prolongó durante varios segundos mientras duraba nuestra conexión. Entonces se apartó con una mirada de afecto.

—Me has dejado alucinado.

—Más bien seco.

Se rio y luego me sonrió.

—Eso también, definitivamente.

Me tumbé junto a él, poniéndome cómoda en su cama.

Cayson se tapó con las sábanas y luego se acurrucó a mi lado.

Me pasaba la mano por el pelo mientras me miraba sin apartar sus ojos de los míos.

—Nunca he visto ni sido parte de nada tan bonito en mi vida.

El corazón se me contrajo al escuchar sus palabras. Jamás hubiera esperado que Cayson fuese un amante tan considerado. Tampoco que fuera tan romántico y tierno. Era atento, apasionado y sensual.

—Ni yo.

Él continuó pasándome la mano por el cabello sin apartar la mirada de mi rostro. Me contemplaba como si yo fuese una obra de arte, una valiosa pieza colgada en la pared de un impresionante museo. Me di cuenta de que reconocía aquella mirada porque me la había dedicado cientos de veces, era sólo que no me había dado cuenta de su significado hasta entonces.

—No me puedo creer que no me diera cuenta...

—No es que fuese muy discreto al respecto.

—Y todo el mundo me lo decía... pero yo pensaba que sólo estaban de broma.

—Pues no, desde luego que no. —Me puso la mano en el hombro, acariciando la piel levemente—. Pero no pasa nada. Nos ha costado un poco llegar hasta aquí, pero ha sucedido. Eso es todo lo que importa.

—Sí... —Tomé su mano y le di un delicado beso en los nudillos.

Sus ojos se suavizaron al mirarme.

—¿Es por eso por lo que nunca querías hablar de tu vida personal? —susurré yo.

—Pues sí.

—Ahora me siento como una tonta.

—No lo hagas —dijo él suavemente.

—¿Por eso odiabas a Zack?

Soltó una risita.

—No. Ese tío es un capullo, lo hubiera odiado de todas formas. Pero más porque te fijaras en él y no en mí.

—No pensaba con claridad... —Zack sería siempre uno de mis mayores arrepentimientos.

—Eso ya es pasado. Olvídalo.

Mi mano se desplazó hasta su pecho, palpando los abultados músculos que había debajo.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Skye, puedes preguntarme lo que quieras, ya lo sabes.

—Es sobre tu vida personal.

—También puedes preguntar sobre eso.

—¿Con cuántas chicas has estado? —Sólo sentía curiosidad.

Como nunca hablaba de sus citas, no tenía ni idea.

Se lo pensó unos momentos.

—No estoy seguro. Más de quince pero menos de veinte.

Aquellas eran más de las que había esperado.

—¿Fuiste en serio con alguna?

—No. Muchas veces eran acuerdos parecidos al que tenía con Jasmine.

—Ah. —No me gustaba pensar en ella. Volvía a ponerme totalmente celosa—. En el avión me dijiste que estabas enamorado de una chica. ¿Quién era?

Sonrió.

—¿En serio? ¿Todavía no te lo has imaginado?

—Sólo quería asegurarme...

—Supongo que sí que eres tonta —dijo riéndose.

Le di un golpe flojo en el brazo.

—Oye, no seas malo.

Me atrajo más hacia sí y me besó en la frente.

—Tú eres la única, Skye. Siempre has sido tú.

Sus palabras hacían que se me derritiera el corazón. Me hacían sentir especial, adorada. Cayson era el chico perfecto y sólo me quería a mí.

—No me puedo creer que fuese inmune a tus encantos durante tanto tiempo. Ahora no puedo dejar de pensar en besarte cuando estoy en clase. Y por la noche pienso en ti de maneras en las que nunca había pensado.

—Me gusta lo que estoy escuchando.

Sonreí.

—Es sólo que me parece increíble que tardase tanto tiempo en

abrir los ojos.

—Cuéntame más sobre esas fantasías. —Su mano se desplazó hasta mi cintura.

—Sólo... pienso en nosotros.

—¿Haciendo qué? —Frotó su nariz contra la mía.

—El amor.

—Yo llevo cinco años soñando en ello y estoy deseando que se haga realidad.

—Yo también...

Me dio otro beso en la frente.

—¿Cuándo empezaste a sentirte así?

Se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo, no soy capaz de recordar el momento exacto. No fue nada que hicieras o dijeras, simplemente sucedió. Empecé a advertir el sonido de tu risa, el modo en que el pelo te brillaba al sol. Me bebía todas tus palabras y no pensaba en otras chicas, sólo en ti. Y un día me di cuenta: estaba enamorado de ti, algo de lo que me convencí cuando aquellos sentimientos no desaparecieron.

—Bien, me alegro de que ahora seas mío, Cayson. No quiero estar jamás sin ti. —Me aferré a él fuertemente.

—Yo tampoco, cariño. —La emoción embargaba su voz al pronunciar aquellas palabras. Su mano volvió a deslizarse por mi pelo, suavemente, como siempre.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché el latido de su corazón. Era lento y regular. Su pecho subía y bajaba con cada respiración, semejante a la marea alta ascendiendo por la costa. Lo escuché respirar, atesorando aquella silenciosa compañía. Sentir su cuerpo entrelazado con el mío entre sus sábanas parecía lo correcto, parecía perfecto. Era lo que llevaba toda la vida faltándome. Era el chico perfecto para mí, el que siempre me había estado destinado. Simplemente, no me había dado cuenta.

La puerta delantera se abrió y se cerró.

—Es hora de darle al balón. Cay, ¡ven aquí cagando leches!
—Era Slade.

Cayson suspiró.

—Mierda.

—¿Qué está haciendo Slade aquí?

—Dice que llevo semanas dándole largas y quiere que pasemos tiempo juntos. Le dije que tú ibas a venir esta noche, pero es obvio que le da igual.

—¿Y cómo ha entrado?

—No tengo ni idea. —Apartó la manta y se puso los pantalones del chándal—. En seguida vuelvo. —Salió y cerró la puerta, dejándola entornada.

Escuché su conversación.

—¿Te importaría no irrumpir en mi apartamento? —quiso saber Cayson.

—¿Y a ti te importaría dejar de portarte como un capullo y pasar un poco de tiempo con tu mejor colega?

—Te dije que mañana.

—Yo quiero jugar hoy. —Slade hizo botar el balón de baloncesto en el parque.

—Gracias por ensuciarme el suelo —dijo Cayson con sarcasmo.

—Si estuviéramos en las pistas, daría igual.

—De todas formas, ¿cómo has entrado?

—Por la puerta, idiota. —Slade volvió a botar el balón—. Estoy empezando a pensar que el tío Sean también pagó tu admisión en esta universidad.

—Pero si estaba cerrada.

—Hay algo llamado mechero.

—¿Qué? —preguntó Cayson—. ¿Cómo has entrado con un mechero?

—Te lo enseñaré.

—No quiero que me lo enseñes —dijo Cayson de inmediato—. Sólo quiero saber cómo te has colado en mi apartamento.

Me levanté de la cama y me puse una de las camisetas de Cayson.

—No me he colado. ¿Me ves robando algo? —preguntó Slade.

—Eso es desvalijar —corrigió Cayson—. Lo que ahora estás haciendo se llama allanamiento de morada.

—Lo mismo me da, que me da lo mismo.

—Slade, creo que es hora de que te vayas.

—¿Qué estáis haciendo en el dormitorio, de todas maneras?

—Slade dejó caer el balón y se trasladó a la cocina—. ¿Qué huele tan bien? —Abrió la puerta del horno—. Mmm... pollo.

Abrí la puerta y salí.

—Cayson, ve a jugar al baloncesto con él.

—Haz caso a tu mujer. —Slade vino a la sala de estar y me vio llevando únicamente la camiseta de Cayson. Después observó el pecho desnudo de Cayson. Una amplia sonrisa se extendió por su rostro—. Ya era hora de que os pusierais manos a la obra. Joder, por un momento pensé que ibais a esperar hasta el matrimonio, estaba a punto de llamar a un psiquiatra.

Cayson no se molestó en hacer ningún comentario a eso.

—No pasa nada, cariño. Contigo hice planes antes.

—No, deberías pasar tiempo con Slade. Te he estado acaparando.

—Joder, y tanto que sí —afirmó Slade.

—¿Puedo mantener una conversación en privado con mi novia? —preguntó Cayson dedicándole una mirada airada.

—No lo sé —dijo Slade—. ¿Puedes tener novia y conservar a tu mejor amigo al mismo tiempo?

—Conrad, Theo y Roland no se han quejado ni una sola vez —protestó Cayson.

—Porque se cascan juntos las pollas. Están perfectamente —dijo Slade.

Cayson puso los ojos en blanco.

—Cariño, ve y ya está —dije yo—. Luego te veo.

Los ojos de Cayson perdieron su brillo. Era obvio que no quería que se acabara el momento que estábamos compartiendo.

—Vale.

—Gracias a Dios —dijo Slade—. Vámonos. Y después vamos a ir al bar, necesito un ayudante para ligar con tías.

—Tener novia quiere decir que ya no puedo ligar con más chicas —le recordó Cayson.

—Pero puedes ayudarme a mí a hacerlo. Ya sabes, distraer a

las gordas y feas para que yo pueda ir a por sus amigas guapas —dijo Slade.

—Eso no suena nada divertido —dijo Cayson.

—Pues corta con Skye —dijo Slade.

Me reí y miré a Cayson.

—Marchaos ya y pasáoslo bien.

Cayson suspiró y se reunió conmigo en el dormitorio.

—Ahora mismo salgo, Slade.

—Vale. Date prisa —dijo Slade—. Nada de un rapidito antes de irnos.

Cayson cerró la puerta y suspiró.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo también tengo a Trinity y a Silke abandonadas. Los dos hemos sido unos malos amigos...

—Sí...

Me volví a poner mi ropa y me arreglé el pelo.

Cayson se puso los pantalones cortos de deporte y una camiseta. Hasta así estaba buenísimo.

—¿Qué pasa? —Me había pillado mirándolo.

—Es sólo que... estás muy bueno.

Sonrió.

—Siempre me pone incómodo que las chicas me digan esas cosas, pero que me lo digas tú me gusta mucho.

—Entonces, lo diré más a menudo. —Cogí mi bolso y salí.

Cayson cogió su cartera y sus llaves.

—Vale, Slade, ya voy. Pero no vuelvas a abrirte paso a mecherazo limpio en mi apartamento.

—No seas tan calzonazos y no será ningún problema. —Slade iba driblando el balón mientras salíamos.

Cayson caminó conmigo hasta mi coche. Slade iba a su lado, haciendo girar el balón sobre un dedo.

—Mañana nos vemos. —Cayson tomó mi rostro entre las manos y me besó.

—De acuerdo. Que os divirtáis.

—Gracias. —Volvió a besarme antes de retroceder y observar cómo me metía en el coche. Después continuó mirándome

mientras me alejaba conduciendo, como todo un caballero.

Tan pronto como estuve de vuelta en mi apartamento, sentí el anhelo. Lo eché de menos como una loca, necesitada desesperadamente de él. Pensé en mi madre hablando por teléfono con mi padre cuando venía de visita. Siempre le decía que lo echaba de menos aunque lo había visto sólo unas horas antes.

Ahora sabía exactamente lo que se sentía.

SLADE

LA CASA ESTABA HASTA ARRIBA DE GENTE. UN EXTREMO DE LA PARED estaba lleno de barriles de cerveza y todo el mundo sostenía vasos de plástico rojos mientras hablaban entre sí. Una nube de humo cargaba el ambiente y me llegó a la nariz el aroma a cigarrillos y marihuana.

Respiré hondo.

—Tío, me encanta ese olor.

Cayson enarcó una ceja.

—¿A contaminación y sobaco?

—Así huelen las fiestas.

Él sacudió la cabeza y suspiró.

Prácticamente había tenido que arrastrar a Cayson hasta allí.

—Relájate, macho.

—Es sólo que se me hace raro haber venido porque no estoy soltero.

—Por favor, dime que no vas a ser uno de esos tíos que dejan de vivir su vida porque tienen novia. —Le dirigí una mirada seria.

—No, pero tampoco quiero acompañarte a ligar con tías.

—Tú relájate y ya está. Skye confía en ti y sabe que estás bien atado. No tiene nada de lo que preocuparse.

Cayson dio un sorbo de su vaso con aspecto aburrido.

Me froté las manos entre sí.

—Bueno... ¿A quién voy a destrozar esta noche?

—¿Por qué tienes que destrozar a nadie? —preguntó Cayson.

—Si no, no es divertido. —Eché una ojeada a las chicas de la sala, fijándome en sus curvas bajo las sudaderas y los vaqueros—. Hay muchos pibones aquí esta noche.

Cayson echó un vistazo a su reloj.

—Cuanto antes eches un polvo, antes me podré largar.

—Ya no molas nada.

—Tampoco molaba antes.

—Es verdad.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Cayson.

—Ni idea. Dijeron que iban a venir. —Lancé una mirada al teléfono para ver si me había perdido algún mensaje.

En el centro de la sala se produjo un gran tumulto. Había chicas bajándose los pantalones y haciendo un concurso de tangas. Estaban agitando el trasero y logrando que su llamativa ropa interior acaparara toda la atención.

Cayson se dio la vuelta, más interesado en un cuadro de la pared.

—Este sí que es mi tipo de fiesta.

—¿Por qué no intentas conocer a una chica simpática? Te lo digo desde ya: el sexo es mucho mejor repitiendo con la misma pareja.

—¿Y tú eso cómo lo vas a saber? —solté—. Si ni siquiera te acuestas con tu novia.

No se molestó en responder.

—Además, los dos sabemos que yo no soy de los que tienen novia.

—Creo que podrías serlo si quisieras... con la persona adecuada.

—No. —Crucé los brazos e intenté buscar a alguna a quien llevarme a casa. Entrecerré los ojos mientras miraba a una atractiva morena—. Esa está bien.

—Sí... —Cayson no parecía impresionado.

—Pero tiene los muslos demasiado grandes. —Volví a analizar

a la multitud.

Cayson soltó una carcajada.

—Pero mira que eres capullo.

—Como si te pillara por sorpresa. —Seguí rastreando, buscando con la mirada a la chica perfecta para llevármela a la cama.

—¡Cayson! —Un empollón con gafas se acercó a nosotros—. ¿No te parece que esta fiesta es genial?

Tenía la palabra «perdedor» escrita por todas partes.

—¿Novato? —bromeé.

El chico no lo pilló.

—¿Has terminado ese informe del laboratorio?

—No. —Cayson suspiró—. Probablemente lo haga el domingo por la noche... o el lunes por la mañana, más bien.

—Nunca te habría considerado de los que procrastinan.

—Es que ahora su chica lo tiene embobado —expliqué.

Cayson puso los ojos en blanco.

—Tengo novia, así que he estado algo distraído...

—Ah. —El chico asintió—. Mola. Yo tengo a muchas chicas por ahí, pero no soy capaz de decidirme.

Intenté no reírme.

—Me voy a por mi presa. —Le di una palmadita a Cayson en el hombro y me alejé.

Cayson continuó hablando con su gemelo empollón.

Cuando me acerqué a la otra morena a la que había estado mirando, me di cuenta de que no era tan guapa como yo creía. La distancia y la oscuridad provocaban ese efecto. Seguí avanzando entre la multitud, buscando algo digno de mi tiempo. La casa estaba abarrotada y me costaba analizar mis opciones. Entonces vi a una rubia en el otro extremo de la sala. Tenía las piernas delgadas e infinitamente largas. Calzaba unas botas marrones de tacón y llevaba unos ajustadísimos vaqueros negros que perfilaban su cuerpo. Tenía el trasero tonificado y prominente, y una cintura de avispa que daba a su figura forma de reloj de arena. No le podía ver la cara, sólo la espalda, pero me gustaba lo que tenía delante. El pelo rubio y largo le caía por la espalda en

suaves tirabuzones.

—Bingo.

—Échala dentro y ya está. Se disolverá en segundos. —El chico que estaba cerca de mí sostuvo el vaso rojo en alto.

Dejó caer la pastilla dentro y se la quedó mirando.

—Perfecto. Ya estás preparado.

Se me erizó el vello de la nuca. Sabía lo que estaban haciendo y no me gustaba un pelo. Si tenías que usar drogas de violación para follar, eras peor que escoria.

—Allá voy. —El chico que tenía el vaso cruzó la sala y se dirigió a la chica a la que yo le había echado el ojo. Llegó hasta ella y entablaron una conversación. Cuando ella se giró un poco, se me encogió el corazón.

La preciosa chica a la que había estado admirando era alguien a quien conocía. Trinity.

La sudadera de un color verde intenso se pegaba por completo a sus curvas, permitiéndola presumir de su vientre plano y su voluptuoso pecho. Por un instante, me sentí incómodo. Era un coñazo de tía y aun así yo estaba acechándola como si fuera una presa.

Entonces aceptó su oferta y le cogió el vaso de la mano.

Joder. No.

La ira estalló en mi interior como un cartucho de dinamita encendido. Estaba furioso y lo veía todo rojo. Me temblaban las manos y no podía ver con claridad. La cabeza estaba a punto de explotarme porque no podía contener mis ansias de sangre.

Me abrí paso entre la muchedumbre con determinación y el tiempo se ralentizó de repente. Todo el mundo avanzaba a ritmo de caracol y la música se detuvo. Trinity se acercó lentamente el vaso a los labios y estuvo a punto de dar un trago. Aquello me hizo acelerar el ritmo.

Le di un manotazo al vaso y lo tiré al suelo, observando cómo salpicaba las botas y los vaqueros de las chicas.

—Slade ¿qué coño haces? —soltó Trinity.

Mi furia estaba centrada en aquel cabrón. Sin pensar ni hablar, le estrellé el puño en la mandíbula con tanta fuerza que

salió volando hacia el suelo.

—Pedazo de hijo de puta.

Todo el mundo retrocedió, consciente de que acababa de empezar una pelea en serio.

—¿Slade? —Trinity abrió mucho los ojos—. ¿Qué coño haces?

La agarré por el brazo y la puse detrás de mí.

—Apártate de en medio. Ahora mismo.

El tipo se frotó la mandíbula y después se puso de pie de nuevo. Cuadró los hombros y me miró con hostilidad. Entonces se precipitó hacia mí. Haciendo uso de mi entrenamiento de Krav Maga, lo hice girar y lo lancé al suelo. Él gruñó cuando dio de lleno con la espalda contra las baldosas.

—¡Slade, detrás de ti! —La voz de Trinity surgió a mi espalda.

Me había imaginado que sus colegas acudirían en su auxilio. Me di la vuelta y agarré al primero por el cuello. Lo asfixié con fuerza y lo arrojé sobre su amigo. Un tercer tipo vino a por mí, y también le di lo suyo. No me costaba ningún esfuerzo enfrentarme a tres tíos a la vez. Les di una buena paliza, haciendo que todo el mundo que estaba cerca soltara gritos ahogados y retrocediera.

—Slade, déjalo. —Cayson me agarró por un brazo—. Los vas a matar.

Me solté de un tirón.

—¿Te crees que me importa?

Roland surgió de entre la multitud.

—Déjalo ya. En serio. Ya has dejado las cosas claras.

—¿Qué coño han hecho? —preguntó Conrad.

Los tíos estaban tumbados en el suelo, agarrándose las narices ensangrentadas y esforzándose por respirar.

Yo les escupí.

—Si alguien más está pensando en usar pastillas sedantes cerca de mí, acabará igual que estos tíos.

La gente guardaba un silencio absoluto, hipnotizada por mis palabras.

Me di la vuelta y agarré a Trinity por el brazo.

—Venga, vámonos.

—Pero...

—No discutas conmigo —solté. Tiré de ella arrastrándola, atravesando el grupo de gente y apartándola a empujones. Al salir, nuestros pies hicieron crujir la dura nieve. Trinity apenas lograba seguirme el paso; se tambaleaba sobre los tacones, borracha como una cuba.

—¿Qué cojones pasa, Slade? —Intentó darme la vuelta, pero sólo logró caerse hacia delante.

A ese ritmo iba a terminar rompiéndose el tobillo. La atraje de nuevo entre mis brazos.

—¿Que qué cojones pasa? —le grité a la cara—. Han estado a punto de drogarte. Lo único que debería salir de tu boca son palabras de agradecimiento.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó arrastrando las palabras.

—Los vi. ¿Y a ti qué coño te pasa? ¡No puedes aceptar una bebida abierta de un tío cualquiera! ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—Yo... Era simpático.

—¿Es que te lías con cualquier tío?

—Menudo fue a hablar —rebatí.

—Yo soy un tío, no tengo que preocuparme por que me violen. No es lo mismo, Trin.

Ella me apartó de un empujón.

—Déjame en paz.

—¿Para que hagas qué?

Intentó volver a la casa, pero le costaba avanzar por la nieve.

La agarré del brazo y tiré de ella en dirección contraria.

—Nos vamos a casa.

Retorció el brazo y se zafó de mí.

—De todas formas, a ti te doy igual. ¿Qué te importa?

—¿Que me das igual? —pregunté alucinado—. Acabo de dar una paliza a tres tíos por intentar joderte.

—Que vale...

—No, no vale. Ahora, vámonos.

—Que me dejes en paz, Slade. —Su voz se iba apagando—. Tú me odias.

—¡No te odio! —La alcé en brazos y la acerqué a mi pecho—. Ahora deja de hablar, que eres un puto coñazo.

—¿Lo ves?

—¿Que si veo el qué? Como si no me parecieras una malcriada el resto del tiempo.

Intentó liberarse de mí.

—Me voy a ir en coche.

—Estás borracha, Trinity.

—Vale, pues conduce tú.

—No he traído mi coche. —La llevé en brazos hacia mi apartamento, cruzando la nieve. Mi casa estaba mucho más cerca que la suya, por lo menos un kilómetro y medio.

—¡Puedo caminar!

—No, no puedes. Y tampoco te puedes quitar los zapatos. —Resultaba liviana en mis brazos. Con un peso de unos cincuenta kilos, era como un día fácil en el gimnasio.

Al final cerró el pico y apoyó la cabeza contra mi pecho. Me agarró el hombro con la mano y luego la relajó.

Por fin se hizo el silencio. Mis pies iban haciendo crujir la nieve al caminar. Del cielo oscuro caían unos pequeños copos que iban a parar a mi nariz. El teléfono no dejaba de vibrarme en el bolsillo, señal de que todo el mundo me estaba llamando para preguntarme qué leches había pasado. Yo lo ignoré y seguí caminando con la esperanza de que Trinity se quedase dormida para no tener que oír cómo iba refunfuñando por el modo en que había dado una paliza a ese chico tan simpático.

Por fin subí las escaleras de mi apartamento y abrí la puerta.

Ella se despertó del todo al darse cuenta de dónde estábamos.

—Creía que me ibas a llevar a casa. —Tenía la voz ronca.

—No voy a caminar kilómetro y medio por la nieve, así que te vas a tener que quedar aquí. —La dejé en el suelo, pero se tambaleó—. Dios, pareces Bambi.

—Y tú pareces gilipollas.

—Muy buena —dije con sarcasmo.

Entré en el pasillo y cogí una manta suelta. Mi apartamento tenía mierda por todas partes: mi guitarra estaba apoyada contra

la tele en el rincón y mis revistas Playboy reposaban sobre la mesita del salón.

Trinity caminó hasta la mesa de la cocina e hizo una mueca.

—¿Por qué tienes cien condones ahí?

—Esa pregunta es una estupidez —repliqué.

—Pero ¿cien? —preguntó con incredulidad—. ¿Cien? Eso es absurdo.

—Cállate, anda. Eres más pesada cuando estás borracha.

—Y tú eres más imbécil cuando estás borracho.

—Estoy sobrio, así que soy imbécil en general. —Tiré la manta y la almohada sobre el sofá—. Ahora cállate y vete a la cama.

Se quedó mirando el sofá.

—No pienso dormir ahí.

—Pues entonces que disfrutes durmiendo en el suelo.

—No. —Fue trastabillando en dirección a mi dormitorio.

—Me parece que no... —Fui tras ella.

Se tumbó en la cama e intentó quitarse los zapatos a patadas.

—No pienso dormir en el puto sofá —dije con un rugido.

—Y yo tampoco. Los cojines van a hacer que me salga una erupción.

—¿Te crees que mi cama está más limpia? —solté.

—Estoy segura de que hasta un cerdo asqueroso como tú lava las sábanas.

—Te sorprendería.

Por fin logró quitarse un zapato e intentó recobrar el aliento.

—Dios, eres patética. ¿Por qué siempre tienes que mamarte tanto que no ves ni por dónde vas?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

—No, no podrías. Ahora vete al sofá. Yo voy a dormir en mi cama.

—O me llevas a casa o duermo aquí. —Se quitó la otra bota y se recostó en la cama.

Dejé escapar un gruñido.

—Lo retiro. Sí que te odio.

—El sentimiento es mutuo, imbécil.

—Sí, soy todo un imbécil —dije sarcásticamente—. Si no te

llego a salvar el culo, te violan.

Se recostó en la almohada y no dijo ni una palabra.

—Como quieras. —Me quité la camisa y me descalcé.

Ella me miró de reojo, echando un vistazo a los tatuajes de mi torso. Entonces, apartó la mirada.

Me bajé los vaqueros y me quedé en bóxers.

—Eh... ¿Te importa?

—No hagas como si no te gustase. —Retiré las mantas y me metí entre las sábanas.

—¿Por qué eres siempre tan chulo?

—Porque tengo muchos motivos para serlo.

—Cualquiera se puede hacer un tatuaje. Eso no te hace más hombre.

Dios, pero qué pesada era.

—¿Qué te parece que juguemos a un juego?

—¿Un juego?

—Sí. A ver quién aguanta callado más tiempo.

Suspiró y se quitó la camiseta, y a continuación los pantalones.

Yo no la miré ni una sola vez.

Se metió entre las sábanas y se quedó en su lado de la cama.

Mi teléfono volvió a sonar. Vibró en el suelo, porque estaba guardado en el bolsillo de mis vaqueros. Gruñí y lo saqué antes de contestar.

—¿Qué?

—Tío, ¿qué hostias ha pasado? —soltó Conrad—. ¿Dónde está mi hermana? ¿Está bien?

—Creía que la odiabas.

—Y la odio, pero ¿está bien?

—Está perfectamente. Esta noche se va a quedar en mi casa. Los dos estamos demasiado borrachos para conducir.

Dejó escapar un suspiro en el teléfono.

—¿De verdad esos tíos han intentado... hacer lo que dijiste?

—Sí. —Me mosqueaba sólo con pensar en ello.

—Me alegro de que estuvieras allí.

—Ya... Ojalá los hubiera matado.

—Voy a tener una conversación muy seria con mi hermana en cuanto la vea.

—Creo que no hará falta. Yo le voy a dar una buena charla cuando se despierte mañana.

—No le menciones esto a mi padre, ¿vale?

—¿Crees que estoy zumbado? —pregunté.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

—Claro...

—Bueno, ya hablamos.

—Sí. —Colgué y tiré el teléfono en la mesilla. Me pasé los dedos por el pelo y cerré los ojos para intentar conciliar el sueño, pero no lo conseguía. El corazón no dejaba de latirme a toda velocidad. No dejaba de pensar en lo que le habría pasado a Trinity si yo no hubiera estado allí. Era algo que conseguía encogerme dolorosamente el estómago. Era un destino en el que no soportaba pensar siquiera. Me volvía loco y hacía que me entraran ganas de darle un bofetón, pero no podía negar lo que significaba para mí. Era como de mi familia, alguien a quien había conocido toda mi vida. Me moriría si una cosa así le ocurriese a ella o a cualquiera de las chicas de mi círculo íntimo. Yo sabía que era un capullo que trataba fatal a la gente, pero había algunas personas que me importaban de verdad... aunque nunca lo demostrara.

CUANDO ME DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, EL SOL ME DABA DE PLENO en la cara. Se me había olvidado cerrar las cortinas la noche anterior. Respiré hondo antes de parpadear y abrir los ojos del todo. Lo que vi me obligó a mirar de nuevo.

Trinity estaba acurrucada a mi lado con el brazo alrededor de mi torso. Su rostro estaba apoyado en mi cuello y su cálido aliento caía sobre mí. Yo estaba rodeándole la cintura con un brazo y podía sentir la curva de su espalda.

Pero ¿qué coño era aquello?

Me aparté de inmediato, intentando desenredar nuestros cuerpos. Yo no hacía esa mierda de acurrucarse.

Se despertó cuando notó que me movía.

—Dios, mi cabeza...

Abrí el cajón de la mesilla, que estaba lleno de todas mis esposas, instrumentos de sado y condones, y rebusqué hasta dar con un bote de aspirinas.

—Toma. —Se lo lancé.

Se peleó con la tapa hasta que consiguió abrirla.

—¿Cómo esperas que me trague esto?

—Con la garganta —solté.

—Necesito agua.

—Dios, qué especialita eres. —Salí de la cama y fui a por un vaso de agua que prácticamente le tiré.

Se tragó la pastilla y se frotó la cabeza. Sólo llevaba un sujetador rosa y tenía los pechos unidos, con la piel pálida como una mañana de invierno. Tenía los labios rojos por el maquillaje de la noche anterior, y la sombra y el lápiz de ojos se le habían corrido.

—Deberías lavarte la cara. Tienes una pinta horrorosa.

Cogió la almohada y me la estampó en la cara con fuerza.

—Vete al infierno, Slade.

—Lo haré... un día. —Entré en el baño y eché una meada.

Ella vino detrás de mí y se puso frente al lavabo.

Yo estaba de espaldas a ella, pero seguía meando.

—Eh... ¿Te importa? —solté.

Ella me ignoró y se lavó la cara.

Yo solté un gruñido y terminé.

Se limpió la cara con papel higiénico y se secó la piel. Después lo lanzó a la papelera, donde vio un montón de condones usados.

—Qué asco das.

—¿Que doy asco? —ladré—. Al menos los tíos no se corren dentro de mí. Eso sí que da asco. —Salí y me dirigí al pasillo.

—¿No te vas a lavar las manos?

—No cuando tu enorme culo está en medio.

Cogió la toalla y me la lanzó.

—Mira cuánto me preocupa. —Entré en mi dormitorio y me cambié.

Ella apareció detrás de mí un momento después, vestida sólo con el sujetador y un tanga a juego.

Por mucho que supiese que no debía mirar, lo hice de todos modos. La había visto en bikini, así que sabía cómo tenía el cuerpo, pero eché un vistazo de todas formas. Tenía el vientre plano y un piercing en el ombligo. Sus pechos curvos eran del tamaño perfecto para su cuerpo, y tenía las piernas largas y delgadas, y el trasero tonificado y respingón. Yo sabía que apenas comía y que hacía ejercicio como loca, y se notaba.

Cogió su ropa y se vistió sin mirarme.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

Se colocó la camiseta y se arregló el pelo.

—¿Me vas a llevar a casa?

—Sí, claro.

Se encaminó hacia la puerta y me esperó.

Yo cogí las llaves y salimos juntos. Nos montamos en mi camioneta y pusimos rumbo a su casa. Ella apoyó la cara contra la ventana con los ojos cerrados, y yo encendí la radio.

—Apaga eso —saltó—. Me duele la cabeza.

—Es mi coche, puedo hacer lo que quiera.

Pulsó el botón y la apagó.

—Puedes estar sin escuchar música unos minutos.

No me apetecía discutir con ella, así que lo dejé estar.

Cuando llegamos a su casa, se bajó de un salto y cerró la puerta de un golpe. No se despidió, ni me miró siquiera.

De eso nada...

Detuve el motor de la camioneta y fui tras ella.

—¿Y ahora por qué estás siendo tan cabrona conmigo?

—¿Cabrona? —Metió la llave en la cerradura—. Pero si no he hecho nada.

—¿No me vas a dar las gracias, por lo menos? —espeté—. Te salvé el cuello.

—No me hace falta mimar tu ego, ya es lo suficientemente

grande tal cual está. —Abrió la puerta y entró en su casa.

Yo fui tras ella.

—Esto es algo serio, Trinity. No deberías ir a fiestas tú sola y emborracharte tanto. Y no aceptes bebidas de extraños. Nunca.

Cruzó los brazos sobre el pecho sin decir palabra.

¿Acaso me estaba perdiendo algo?

—¿Por qué no te importa en absoluto? ¿Entiendes que te podrían haber violado varios tíos? Te habrían llevado...

—Para. —Levantó la mano y, por fin, la emoción se reflejó en sus ojos—. Ya lo entiendo y he aprendido la lección. Lo siento.

Al menos lo admitía.

—No digas que lo sientes. Sé lista y cuida de ti misma. ¿Y si yo no hubiera estado allí, Trinity?

—Ya lo pillo ¿vale? Deja de repetir lo mismo.

—Sólo quiero asegurarme de que entiendas lo serio que es esto.

—Lo entiendo. Ahora márchate. —Se dio la vuelta ocultando su rostro.

Suspiré sin saber qué hacer. Sabía que estaba disgustada, pero no estaba seguro de qué podía hacer para arreglarlo. Todos aquellos rollos emocionales no se me daban bien. No sabía cómo consolar a alguien, especialmente a una chica.

Se sorbió la nariz y respiró con fuerza.

Sabía que estaba llorando.

Uf, qué incómodo era todo aquello.

Dejé escapar un suspiro y me acerqué a ella. Le puse las manos en los hombros y se los froté con suavidad.

—Gracias, Slade. Te lo agradezco de verdad.

Mis manos se quedaron inmóviles.

—De nada, Trin.

Se dio la vuelta, ya sin lágrimas en los ojos.

—Ya te puedes marchar.

Había algo que me obligaba a quedarme allí.

—Necesito saber que vas a ser más lista con este asunto. Se acabó aceptar bebidas de tíos por ahí ¿vale? Si te pasara algo... no podría soportarlo.

Su mirada se suavizó.

—Sí. Te lo prometo.

Aquello era lo que necesitaba oír.

—Vale.

El ambiente se volvió tenso entre ambos.

—Bueno, pues ya nos veremos... —Me di la vuelta y me alejé.

—Vale.

Salí por la puerta y la cerré a mis espaldas sin volver a mirarla.

TRINITY

SABÍA QUE HABÍA TOMADO UNA DECISIÓN ESTÚPIDA. Y ME ASUSTABA LO graves que podrían haber sido las consecuencias de tal estupidez. ¿Pero qué coño me pasaba? ¿Y si Slade no hubiera estado allí? Me daba tanto pavor que me obligaba a no pensar en ello.

Cuando fui el lunes a la biblioteca, Skye estaba allí.

—Hola. —Me estudió unos instantes con ojos de preocupación.

Estar en un grupo unido quería decir que todo el mundo se enteraba de todo en cuanto sucedía.

—Estoy bien —dije curándome en salud.

—Me alegro de que Slade les diera una lección a esos tipos. —Subrayó unas cuantas frases con marcador en su libro de texto.

—El Krav Maga ese debería ser ilegal —dije yo.

—Pues menos mal que sabía hacerlo. —Se colocó bien las gafas sobre la nariz.

Yo permanecía allí sentada sin ganas de leer ni de hacer nada.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no. —Miré por la ventana e intenté pensar en otras cosas.

—A lo mejor Slade y tú os lleváis mejor ahora...

Intenté no reírme.

—Lo dudo. —No quería seguir hablando de Slade ni de aquella horrible noche—. ¿Qué tal con Cayson? No te he visto y no he podido preguntarte.

Ella no pudo ocultar la sonrisa que asomó a su rostro.

—Maravillosamente.

—¿Es el lote completo? —Le dediqué una sonrisita traviesa.

—Oooh, sí.

Me reí.

—Afortunada tú. ¿Habéis estado dándole como conejos?

—No... Todavía no lo hemos hecho.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Sólo nos lo estamos tomando con calma. Pero la otra noche estuvimos liándonos y fue divertido... pero que mucho.

Yo me reí.

—Apuesto a que sí. Cayson es un tío muy guapo.

—No sé cómo fui inmune a él durante tanto tiempo.

—Porque eres tonta perdida —solté.

—Al parecer, sí.

—Aquí es donde tengo derecho a decir que te lo dije. Cada vez que te decía que Cayson estaba enamorado de ti, no me creías.

—Lo sé... No estoy segura de por qué lo negaba.

—Como he dicho, eres tonta.

Me lanzó una mirada furibunda a través de las gafas.

—Sólo lo digo...

Cayson entró en la biblioteca y nos vio en la mesa.

—Viene tu novio.

Ella se quitó inmediatamente las gafas, como si le diera vergüenza.

—Ya te ha visto antes con ellas puestas —dije yo.

—Pero ahora es mi novio.

—De verdad que no creo que le importe.

—Hola. —Cayson sólo tenía ojos para ella. Se agachó y le dio un beso—. Te he echado de menos.

—Yo también a ti. —Era incapaz de borrar la sonrisa de su cara.

Él dejó la mochila y se sentó a su lado.

—¿Por qué no llevas las gafas puestas?

Sonreí.

—Porque le da vergüenza.

Skye me dedicó esa mirada que decía claramente: «Cierra el pico».

—¿Vergüenza de qué? —preguntó él inclinándose hacia ella—. A mí me parece que estás muy bonita cuando las llevas puestas.

—¿No crees que parezco una empollona? —preguntó dubitativa.

—Bueno, como yo soy un empollón, eso me resulta atractivo.

—Cogió las gafas y se las colocó encima de la nariz—. Mucho mejor. —Le dio un beso en la frente antes de apartarse.

—Sois ridículamente monos —dije yo.

—Lo sé —dijo Skye con un suspiro.

Cayson le puso una mano en el muslo mientras abría su libro de texto.

—¿Alguna novedad?

—No —dije yo inmediatamente.

Cayson me miró con ojos preocupados, pero no dijo nada. Probablemente había notado la tensión.

Slade entró en la biblioteca con una bebida energética en la mano. Encontró nuestra mesa y empezó a acercarse. Por algún motivo, al verlo mi corazón se aceleró ligeramente. Llevaba puestos unos vaqueros oscuros y una camiseta gris, y el color de las mangas realzaba sus ojos azules. Pasó junto a la mesa con aire de indiferencia y a continuación se deslizó en el asiento que había a mi lado, dedicándose a su bebida.

Yo la miré de reojo.

—Esas son muy malas.

—Aceptar bebidas de tíos desconocidos sí que es malo —saltó él.

Jamás dejarían de recordarme aquello.

—Sólo te estoy intentando ayudar.

—Gracias, mamá.

En serio, algunas veces me entraban ganas de darle un

bofetón.

—Tiene razón —dijo Cayson—. La epinefrina que hay en esa lata te jode bastante el corazón, sobre todo a largo plazo.

—Bueno, yo prefiero vivir mi vida a mi manera. ¿Sabías que el estrés te puede joder de verdad el corazón? —respondió Slade.

Cayson se encogió de hombros.

—Lo he intentado.

—¿Quieres ir al bar a ver el partido esta noche? —preguntó Slade—. Juegan los Steelers.

—Eh... —Eché una mirada a Skye.

Slade puso los ojos en blanco.

—Pero mira que eres pringado, macho.

—No le estoy pidiendo permiso —afirmó Cayson de inmediato—. Eso sólo que esta noche tenía planes con Skye.

—Pues los cambias. Ella también puede venir. —Slade se terminó la bebida y aplastó la lata con la mano—. Invita a todo el mundo. A mí me da igual.

Cayson miró a Skye.

—¿Qué te parece?

—Claro, vamos a ver el partido —dijo Skye—. Me apetecen unas alitas picantes y patatas fritas, de todas formas.

Cayson le dedicó una mirada cariñosa.

—Tenía que haber sabido que la comida sería el factor decisivo.

Skye se encogió de hombros.

—Me gusta la comida.

—¿Vienes? —preguntó Slade mirando la lata al decirlo.

¿Con quién estaba hablando?

—Perdona, ¿estás hablando conmigo?

—¿A quién más se lo iba a preguntar? —dijo cortante.

—Bueno, pues mírame a los ojos cuando me hables.

Puso los ojos en blanco.

—Como quieras, princesa.

—¿Te apetece siquiera que vaya?

—¿Te lo habría preguntado si no fuera así? —Finalmente me miró.

Cayson suspiró.

—Paz... sólo por unos minutos.

—Por favor —dijo Skye.

Slade puso los ojos en blanco y luego aplastó la lata hasta aplanarla por completo sólo con las manos.

—Os veré allí a las seis. —Se levantó y dejó la lata encima de la mesa.

—Espero que no pretendas que nosotros tiremos eso —indiqué yo.

Rugió y cogió la lata, tirándola en la papelera de reciclaje al salir.

—Pero mira que sois raritos... —Skye no apartó la mirada de mí mientras lo decía—. Les pega una paliza a tres tíos para protegerte pero luego discutís como hienas peleándose por un cadáver.

—Nunca nos vamos a llevar bien. —Me recliné en la silla e intenté olvidar lo que me cabreaba Slade.

—Sí... hasta ahí nos lo habíamos imaginado —dijo Cayson sonriendo.

ACABABA DE LLEGAR A CASA CUANDO ESCUCHÉ QUE ALGUIEN LLAMABA A LA puerta.

Dejé mi mochila y miré por la mirilla. Mi hermano estaba al otro lado de la puerta. Suspiré y abrí, sabiendo que tendría que pasar por aquello antes o después.

Entró y me miró con ojos sombríos y concentrados, como si estuviera furioso o a punto de llorar.

Decidí hablar primero.

—Mira, sé lo que me vas a decir y ahora mismo no quiero tratar este asunto. Cometí un error y aprendí la lección, a partir de ahora seré más lista. No me machaques. —Me di la vuelta y abrí la nevera, buscando una botella de Evian.

Conrad se quedó detrás de mí y no dijo nada.

Cogí la botella, di un trago y la dejé sobre la encimera, esperando a que me gritase y me llamase zorra estúpida.

Conrad se acercó a mí. Llevaba una sudadera gris con capucha y tenía el pelo ligeramente revuelto, moreno como el de mi padre. Apenas nos parecíamos, sólo nuestros ojos eran similares.

—No he venido a gritarte.

Pues aquella sería la primera vez.

—Sólo quería saber si estabas bien. —Apoyó la mano en la encimera junto a mí y se metió la otra en el bolsillo.

—No pasó nada, Conrad. Estoy perfectamente.

—Pero... estoy seguro de que te puso nerviosa.

—En realidad, no. Estaba borracha, así que no recuerdo nada muy bien. Y Slade me sacó de allí a rastras antes de que pudiera ponerme a pensar en nada.

Suspiró.

—Lo que me alegro de que estuviera allí...

—No sé muy bien cómo supo lo que estaba sucediendo, pero lo sabía.

Él me miró fijamente con preocupación.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy perfectamente, en serio.

—Ten más cuidado, por favor. La mayor parte del tiempo me pareces insoportable y terriblemente molesta, pero... te quiero.

La calidez inundó mi corazón.

—Yo también te quiero.

Tosió poniéndose la mano delante y luego cambió el peso de pierna.

—¿Deberíamos abrazarnos o algo así?

—Supongo que podríamos.

Recorrió el espacio que nos separaba, me abrazó apresuradamente y se apartó.

—No le vas a mencionar nada a papá, ¿verdad que no?

—No. Tú nunca te chivas de mí y yo nunca me chivaré de ti.

—Gracias. No me preocupa lo que me pueda hacer a mí. Sinceramente, me aterroriza lo que pueda hacerles a esos tres tíos.

—Sí, ¿verdad? —Se rio suavemente y se metió ambas manos en los bolsillos. —¿Vas a ir a ver el partido esta noche?

—Sí, allí estaré.

—Guay. —Se pasó los dedos por el pelo—. Sé que tú y Slade estáis siempre discutiendo... pero a lo mejor deberías intentar ser amable con él, dado que... ya sabes... es obvio que le importas.

—Es él quien se porta como un gilipollas a todas horas del día. Es difícil ser amable con él.

—No es más que un consejo amistoso. —Salió y cerró la puerta a su espalda.

Yo no necesitaba consejos sobre Slade. Era un gilipollas por definición, y sólo porque me hubiera salvado no le iba a permitir tratarme como a basura. Ni de coña.

OCUPAMOS UN RESERVADO EN LA ESQUINA DE CARA A LA ENORME PANTALLA de televisión.

—¡Venga! —gritó Conrad—. ¡Marca, capullo!

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo Roland mientras estampaba la mano en la mesa de madera.

Slade se echó hacia delante apoyándose en los codos.

—Estoy a punto de ser mil pavos más rico.

El jugador llegó a la zona final.

—¡De puta madre! —Slade aplaudió—. Genial.

—¿Con quién te has apostado mil pavos? —pregunté.

—Apuestas deportivas online —respondió.

—¿Pero eso no es ilegal? —quise saber.

—Cualquier cosa que merezca la pena hacer es ilegal. —Habló sin mirarme y luego bebió de su cerveza. Tenía el brazo cubierto por diversos tatuajes; un calamar negro ascendía por su antebrazo y había un oso pardo en su bíceps. Su cuerpo era un lienzo plagado de imágenes aleatorias, pero todas tenían color: en vez de la tradicional tinta negra, estaba cubierto de tonos

intensos como rojo, verde, azul y naranja.

—¿Lo sabe tu padre? —pregunté yo.

—Pues claro... Él también apuesta. —Se terminó su segunda cerveza, pero no parecía afectarle.

Cayson tenía un brazo alrededor de Skye y sostenía su cerveza con la otra mano.

Roland los observaba.

—Qué raro es esto...

—¿El qué? —preguntó Conrad.

—Verlos juntos —contestó Roland—. Pensé que nunca iba a suceder y ahora que por fin ha pasado, me resulta difícil de entender.

—Pues vete acostumbrando. —Skye se inclinó y le dio un beso a Cayson en la mejilla.

Cayson sonrió y le dedicó una mirada afectuosa.

Roland hizo una mueca.

—Sólo os pido que os cortéis un poquito, ¿de acuerdo?

—Tú nos has hablado un millón de veces de la mujer casada a la que te follaste —contraatacó Skye.

—Eso es totalmente diferente. —Roland dio un trago a su cerveza y se secó los labios.

—Para nada —saltó Skye.

—Tú eres mi hermana —dijo Roland—. Es diferente.

—Cerdo machista —murmuró ella.

—Criaja insoportable —murmuró Roland en respuesta.

Slade contemplaba la pantalla como si fuese la cosa más fascinante del mundo.

—Si ganan por 28 a 22, me llevo diez mil.

—¡Pero qué dices! —exclamó Conrad—. ¿Cómo?

—No hay muchas probabilidades, pero podría suceder —dijo Slade—. He estado investigando mucho.

—Imagínate lo bien que irías en tus clases si les dedicaras todo el tiempo que pasas apostando, haciendo garabatos y tocando la guitarra —dijo Cayson.

A Slade no pareció importarle.

—Nah.

Di un sorbo a mi copa de vino, pero tuve que dejarlo casi todo. Me daba asco el alcohol por el fin de semana pasado. Mi cuerpo necesitaba un descanso.

—¿Quieres más alitas picantes o patatas fritas? —le preguntó Cayson a Skye.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que unas patatas no me vendrían mal.

—Pero si acabamos de comer —saltó Roland—. ¿Cómo es posible que tengas hambre?

—Teniéndola —declaró Skye.

Roland puso los ojos en blanco.

—Espero que te gusten las gordas, Cayson. Porque Skye se va a poner como una vaca.

—Me gusta que una chica sepa comer bien —Cayson se inclinó hacia ella—. Vuelvo enseguida. Mantenme el sitio caliente.

—O me podría sentar encima de ti —susurró ella.

—No me hagáis vomitar —dijo Roland.

Cayson se levantó y se dirigió a la barra.

Suspiré con tristeza. No podía negar la envidia que me daban. Me hubiera gustado tener un chico genial que me quisiera como Cayson la quería a ella. Yo sólo había conseguido una sarta de tíos que no habían significado nada para mí, y para los que yo había significado menos todavía. Encontrar buenos chicos era difícil, casi imposible. Yo ya me había dado por vencida.

Cayson fue a por la cesta de patatas fritas y la colocó delante de Skye.

—A comer.

—Gracias. —Le dedicó una sonrisa radiante antes de empezar a masticar.

Miré a Slade de reojo; tenía los ojos pegados a la pantalla.

—Putos árbitros, ninguno de ellos parece siquiera cualificado.

—A lo mejor es que les pagaron el paso por la universidad —dijo Cayson.

—¿Hay universidad para árbitros? —preguntó Slade levantando una ceja.

—Claro, está en Australia. —Cayson dio un trago a su cerveza

y evitó mirar a Slade.

Yo no sabía nada de fútbol, pero aquello me resultaba muy sospechoso.

—¿En Australia? —preguntó Slade—. Pero si allí ni siquiera tienen fútbol americano.

Roland intentó no reírse.

A Conrad también le estaba costando esfuerzo.

Cayson se encogió de hombros.

—Quieren que los árbitros no tengan absolutamente ninguna distracción durante su formación.

Slade entrecerró los ojos.

—¿Pero cómo van a practicar si no hay partidos de fútbol?

—Son todo pruebas virtuales —afirmó Roland.

Slade los observó con desconfianza.

—Esperad un segundo...

Cayson sonrió.

—Estáis puteándome, ¿no? —preguntó Slade.

Roland se rio.

—No me puedo creer que te hayas tragado eso.

—Bobo —murmuré yo.

—Mira quién fue a hablar —me soltó.

Di un sorbo de vino e ignoré su mirada.

—Ya te pillaré, Cayson —amenazó Slade.

—Uuuh... qué miedo tengo —se burló Cayson.

—Deberías tenerlo. —Slade volvió la vista a la televisión.

Vimos el resto del partido y después pagamos a medias. Cayson y Skye se emparejaron de inmediato y se marcharon juntos a casa. Roland y Conrad eran inseparables, así que se fueron juntos en coche. Yo era la única que había ido conduciendo sola.

—Nos vemos. —Slade empezó a caminar por la acera con las manos en los bolsillos.

—¿Has venido andando? —le pregunté.

—Pues sí, genio.

—¿Quieres que te lleve? —pregunté—. Hace frío.

—¿Y sentarme en un coche contigo? No, gracias. —Continuó

andando.

Ya sabía que era gilipollas, pero estaba empezando a hartarme de su actitud.

—¿Nunca te cansas de ser tan capullo?

Él no se dio la vuelta.

—No.

RECIBÍ UN MENSAJE DE MI PADRE UNOS DÍAS DESPUÉS.

«¿Desayunamos el domingo?». Solía venir a verme cada dos semanas. Era una rutina que habíamos establecido mucho tiempo atrás. No hablábamos de ello, pero se daba por supuesto.

«Claro».

«Te recojo a las 9».

«Ok».

Mi padre nunca traía a mi madre. Era algo que sólo hacíamos él y yo. Quería mucho a mi madre, pero no estaba ni de lejos tan unida a ella como a mi padre. Todavía recordaba haber ido al trabajo con él cuando era más pequeña. Me dejaba jugar con mis juguetes en su despacho y hasta me llevaba a reuniones con él. Cuando terminaba la jornada laboral, pasábamos por McDonald's y nunca se lo contábamos a mi madre. A los dos nos había gustado siempre romper las reglas.

El domingo por la mañana llamó a mi puerta.

Yo me había puesto unas mallas negras con un jersey grueso y botas. Llevaba una pulsera de oro en la muñeca y me había peinado con el pelo por encima de un hombro. Al abrir la puerta lo vi con su atuendo habitual: unos vaqueros oscuros y una camiseta, además de una americana azul oscuro para abrigarse. Mi padre me sacaba más de un palmo, si no más.

—Hola, Trin.

—Hola, papá.

Atravesó el umbral y me dio un cariñoso abrazo. Me mantuvo largo rato entre sus brazos antes de apartarse.

—¿Tienes hambre?

—¿Es que no me conoces para nada?

Sonrió y salió por la puerta.

—Pues vamos a papear.

Salí y cerré la puerta con llave detrás de mí.

—¿Lo de siempre? —me preguntó.

—Sí, por favor.

Caminó hasta su Porsche y abrió la puerta del acompañante para permitirme entrar. Luego rodeó el coche y entró en el asiento del conductor. Mi padre era el único tío que conocía que me trataba como a una dama. A todos los demás no podía importarles menos la caballerosidad. Mi hermano ni siquiera era amable conmigo.

Mi padre se incorporó a la carretera y puso rumbo al restaurante al que íbamos siempre. Era una tradición que jamás quebrantábamos. Al llegar, me abrió la puerta y hasta me apartaba la silla.

—¿Qué tal los estudios? —Se sentó con la espalda perfectamente recta y miró la carta.

—Bien. Nada demasiado interesante. —Miré la carta a pesar de que ya sabía lo que iba a pedir; era lo mismo que pedía siempre—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Nada demasiado interesante. —Sonrió mientras leía la carta—. ¿Vas a pedir gofre de fresa con beicon y huevos?

—¿Es que alguna vez pido otra cosa? —dije sonriendo.

—Bueno, siempre miras la carta, así que sé que barajas otras opciones. —Dejó la carta—. Para mí, bistec de lomo con huevos.

—Una comida muy abundante.

Asintió.

—Soy un tío grande.

Mi padre no estaba gordo, sino que era ancho, fuerte y lleno de músculos. Tenía los ojos azules, aunque parecían grises la mayor parte del tiempo. Había algo en él que resultaba intimidante. Se parecía a su hermano, pero tenía sus propios rasgos característicos. Yo sabía que mi padre boxeaba para hacer ejercicio y también se entrenaba en artes marciales. A veces era

una persona muy intensa.

—¿Qué tal está mamá?

—Bien. Ahora está haciendo crossfit.

—No me sorprende, siempre ha estado muy en forma.

—Es un bombón. Una tía buena. —Había una sonrisa en su rostro.

Mi madre seguía siendo guapa después de tantos años.

—Podría ganarte corriendo.

—Bueno, tampoco nos emocionemos...

La camarera se acercó a nuestra mesa.

—Ya sé lo que quieres tú, Trinity. —Me sonrió y luego se volvió hacia mi padre—. ¿A usted qué le traigo, señor?

—Mike —contestó él—. Bistec con huevos. Al punto bien hecho, por favor.

—Por supuesto. —Recogió las cartas.

—Y un poco de café, por favor —añadí yo rápidamente.

—Que sean dos —agregó mi padre.

—Desde luego. —Se alejó.

Mi padre me miró el cuello.

—Qué bufanda tan bonita.

Yo palpé el tejido morado.

—Gracias, me la compré de rebajas.

—Ese color te sienta bien. Resalta tus ojos.

—Gracias, papá.

—¿Alguna novedad? —preguntó. Se reclinó en la silla y descansó las manos en el regazo.

Yo pensé en la fiesta a la que había ido el fin de semana anterior y en lo que había estado a punto de suceder. No, aquel tema no podía sacarlo. ¿De qué podía hablar?

—Cayson y Skye son una monada juntos.

Asintió.

—Tu tío Sean está muy contento con eso. Y yo también.

—Sí... No puedo creerme que hayan tardado tanto en aclarar sus sentimientos.

Se encogió de hombros.

—Sean tardó más.

—Eso le he oído decir a Skye. —Me crucé de brazos y me eché hacia atrás.

—¿Se está portando bien tu hermano?

—Por lo que yo sé. Pero si no lo estuviera haciendo, no me lo diría.

—Como si tú me lo fueses a contar, de todas formas. —Me miraba con ojos bromistas.

Me encogí de hombros.

—Nunca he sido una chivata.

—Bien. Son muy irritantes.

Me reí.

—Sí que lo son.

—¿Sales con algunos chicos? —preguntó.

Mi padre siempre me hacía aquella pregunta con voz tranquila, casi despreocupada. Pero yo sabía lo protector que se sentía conmigo. La última vez que había tenido novio, había insistido en conocerlo a él y a toda su familia. Había sido un suplicio...

—No.

Asintió.

—¿Estás viendo sólo a uno?

—No hay ningún chico —respondí. Llevaba algún tiempo sin tener ninguna cita. Estaba empezando a cansarme de ellas. Casi todos los tíos eran unos gilipollas aburridos que besaban fatal. Yo quería que un chico me dejara sin aliento, pero me estaba dando cuenta con rapidez de que aquello nunca iba a suceder. No debería molestarme en esperar que ocurriera.

—¿Por alguna razón? —quiso saber.

—No... Simplemente no he conocido a ninguno que valga mi tiempo.

—Bien. Me alegra que seas selectiva. Tú no te mereces nada más que lo mejor, cielo.

Sonreí ligeramente y luego lo dejé.

—De todos modos, tienes el resto de tu vida. Y yo no quiero tener un ataque al corazón ningún día de estos.

—Entonces probablemente no deberías pedirte un bistec

—apunté.

Sonrió.

—Soy un hombre. Pido lo que quiero.

—Suenas igual que un cavernícola —dije riéndome.

—Yo gustar carne —dijo con voz profunda.

Me volví a reír.

—Entonces, ¿qué tal las clases?

—Eso ya me lo has preguntado.

—Y tú no me has dado una respuesta satisfactoria. —Me miró poniéndose serio de repente.

Me encogí de hombros.

—Las clases van bien.

—Por lo que decía Conrad, parece que no te gustan mucho.

—¿Eso ha dicho?

¿Cuándo había dicho aquello?

Asintió.

—Decía que te interesaba más la moda. —Me miró fijamente como si estuviese esperando una respuesta. Cuando no contesté, siguió hablando—. Trinity, ¿es verdad eso?

—Hombre, sí que me gusta la moda...

—¿Más que los negocios? —me preguntó.

Me parecía que debía limitarme a ser sincera. A mi padre podía contárselo prácticamente todo. A veces temía desilusionarlo por no querer la empresa, algo que se había pasado la vida construyendo.

—Supongo que no me gustan demasiado...

Asintió lentamente.

—¿Sientes algún deseo de ocuparte de la compañía con Skye en su momento?

Pues la verdad era que no. ¿Qué podía decir?

Mi padre se inclinó por encima de la mesa.

—Cielo, a mí me lo puedes contar todo.

Bajé la vista.

—Supongo que no te quiero decepcionar.

—Jamás podrías decepcionarme. —Su mirada estaba cargada de emoción—. Cielo, quiero que seas feliz. No hagas nada que no

quieras hacer. Habla conmigo.

—Pues supongo que... no, eso no es lo que realmente quiero hacer. Me parece increíble el gran trabajo que habéis hecho tú y el tío Sean haciendo crecer la empresa hasta convertirla en el imperio que es hoy, pero... esa no es mi vocación.

Me miró fijamente durante largo tiempo, considerando mis palabras.

—De acuerdo.

¿De acuerdo? ¿Eso era todo?

—¿Cómo?

—Trin, es tu vida. Quiero que te dediques a lo que te haga feliz. Si no quieres la empresa, no tienes por qué aceptarla.

—Pero sé lo importante que es para ti...

Él se encogió de hombros.

—¿Qué importancia tiene? Tú tienes que vivir tu vida para ti misma, no para otras personas. Da igual lo que hagas o lo consciente que seas de los sentimientos de otras personas, nunca podrás hacer feliz a todo el mundo, así que no te molestes en intentarlo. Mi padre fundó esa compañía desde su garaje cuando tenía dieciocho años. Cuando yo me licencié en la universidad, quiso que Sean y yo nos ocupáramos de ella, pero ninguno de los dos la quería. Yo fui a lo mío durante años. No entré en ella hasta que estuve preparado y supe que la quería de verdad. Y Sean hizo lo mismo. Haz lo que tú quieras, Trin. Cuentas con mi apoyo decidas lo que decidas.

Qué fácil era siempre todo con mi padre.

—Gracias...

—Pero tienes que pensártelo muy bien antes de tomar ninguna decisión apresurada. Eso es lo único que pido.

—Tienes razón.

—Entonces... ¿qué te gustaría hacer?

Jamás había pensado en aquello.

—Bueno, me gusta la moda.

—Podrías ser modelo. ¿Eso te interesa?

Puse los ojos en blanco. Pues claro que mi padre pensaba que yo podía ser modelo. Estaba cegado por su amor.

—Diseño, quizá. Me gusta mucho montar conjuntos.
Asintió.

—Conozco a mucha gente en la ciudad. Puedo organizarte algunas citas, quizá hasta con algún diseñador. Podríamos sacar tu propia línea de moda. Lo que tú quieras, Trin.

A veces olvidaba lo poderoso que era mi padre.

—Gracias, pensaré en ello.

—De acuerdo.

La camarera volvió con la comida.

—Cuidado que los platos queman. —Lo dejó todo encima de la mesa y se alejó.

Cogí el tenedor y empecé a comer.

—¿Qué hacéis mamá y tú ahora que Conrad y yo ya no vivimos en casa? ¿Os aburrís?

Se rio.

—¿Aburrirnos? Desde luego que no. Es agradable volver a tener tiempo para nosotros. Y la paz y la tranquilidad...

—Sacudió la cabeza—. No hay nada mejor en el mundo.

—Tampoco hacíamos tanto ruido —discutí.

—Cuando estabais en el instituto puede que no, pero de niños desde luego que lo hacíais...

—Me dijiste que era un bebé muy mono.

—Y lo eras. Eras adorable, lo sigues siendo. Pero eso no quiere decir que no fueras un grano en el culo.

Fulminé a mi padre con la mirada mientras seguía comiendo.

—Conrad era el terremoto, no yo.

Se rio.

—Te ves a ti misma de un modo curioso. Los dos nos hacíais subirnos por las paredes a vuestra madre y a mí. Los dos teníais vuestros momentos estelares, pero también momentos absolutamente aterradores.

—Qué encanto —dije sarcásticamente.

Sonrió.

—Tu madre y yo os echamos de menos... de vez en cuando.

—Yo a veces echo de menos estar en casa —dije con un suspiro y sintiendo salir la emoción.

Él advirtió mi gesto.

—¿Va todo bien, Trin?

—Sí... Supongo que echo de menos vivir en un cuento de hadas.

Me estudió durante unos segundos.

—No entiendo lo que quieres decir.

Respiré hondo.

—Es sólo que esperaba que ser adulta fuera alucinante, todo juegos y diversión. Creía que lo único que haría sería disfrutar de mi libertad. La vida sería buena, sería increíble. Pero...

—Pero ¿qué? —me presionó.

—Supongo que es mucho más dura de lo que había pensado.

Sus ojos se enternecieron al mirarme. Se volvieron azules por un momento, mostrando su vulnerabilidad.

—Me siento como si no supiera cuál es mi lugar. No paro de cometer errores. Lo único que quiero es pasar a toda prisa hasta la siguiente fase. Quiero encontrar al chico perfecto y casarme con él. Quiero estar casada y tener hijos. Quiero encontrar el lugar al que pertenezco... —Me di cuenta de que aquella conversación se había vuelto demasiado seria—. Lo siento. Estoy divagando.

Estuvo largo tiempo dándole vueltas a mis palabras.

—Al hacerme adulto, lo pasé mal. Era un hombre muy diferente antes de que tu madre entrara en mi vida. Era un capullo, francamente. Quería seguir soltero toda la vida. Lo único que me importaba era hacer carreras en coches rápidos y ligar con una chica diferente cada noche. Vivía mi vida sin hacer otra cosa que divertirme. Pero en el fondo, estaba triste. Cuando tu tío Sean se casó, me di cuenta de lo vacía e insustancial que era mi vida. Lo único que hacía era perder el tiempo y romper corazones. No había conseguido nada. Me hundí en la depresión. Era un tío soltero, solo y destrozado. Pero entonces tu madre entró en mi vida y trajo la luz con ella.

Sus palabras resonaron en mi mente mucho tiempo después de que las dijera.

—Lo que quiero decir es que, aunque lo pasé mal, no lo

cambiaría por nada. Porque cuando finalmente encuentras tu sitio y la persona perfecta para ti, te das cuenta de que no lo habrías valorado tanto si no hubieras tenido dificultades en un principio. —Posó su mano encima de la mía—. Encontrarás el lugar al que perteneces y a la persona perfecta. Pero no quieras acelerar el tiempo, porque la verdad es que no pasamos mucho en este mundo. Valora lo que tienes. Porque antes de que te des cuenta, habrá desaparecido.

Apartó la mano y dio un sorbo a su café. El silencio se extendió entre ambos. Mi padre y yo siempre manteníamos conversaciones serias, pero nunca tan profundas como aquella. Era mi amigo, además de mi padre. Había sido muy agradable sacarme aquello del pecho. Porque, como siempre, me había hecho sentir mejor.

CAYSON

ME SENTÉ EN NUESTRA MESA HABITUAL DE LA BIBLIOTECA, PERO SKYE NO estaba allí. Sólo estaban Trinity y Slade.

—Lo único que digo es que eres estúpida y molesta. —Slade se comía su burrito mientras hablaba, dejando de lado sus modales—. Así que cierra la puta boca.

—Se supone que no hay que comer en la biblioteca —respondió furiosa.

—Y se supone que no hay que hablar —rebató él—. Hazle un favor al mundo y quédate muda.

—Uf... —Trinity parecía a punto de estamparle el libro de texto en la cabeza.

Los miré a ambos.

—Ya veo que sois los mejores amigos...

—No sería su amigo ni aunque me pagaras —dijo Slade todavía comiéndose el burrito.

—Estoy a puntito de estamparte el libro en la cabeza —lo amenazó ella.

—Nunca acertarías el tiro. —Abrió mucho la boca y se metió lo que le quedaba del burrito, casi la mitad. Apenas podía cerrar los labios en torno a él.

—Qué asco... Da un mordisco y traga —dijo Trinity—. ¿Por qué

tienes que engullirlo como si fueras una gaviota?

—Yo al menos como. Tú eres un palillo.

—Yo al menos no doy asco.

No sería capaz de aguantar aquello mucho tiempo más.

—Niños, dejadlo ya u os castigaré a los dos.

Slade puso los ojos en blanco.

—Estoy a punto de pegarle un moco.

—Qué guarro... —Trinity se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Habéis visto a Skye? —pregunté—. Suele estar aquí a estas horas.

—No, yo no la he visto en todo el día —respondió Trinity.

Generalmente iba a la biblioteca en el descanso de dos horas que tenía. No recordaba una sola ocasión en que no lo hubiera hecho.

—Qué raro.

—Pues mándale un mensaje y pregúntale dónde está, genio.

—Slade hizo una bola con el papel de aluminio y se la lanzó a Trinity directamente a la cara.

—Gilipollas. —La apartó de un manotazo y cayó al suelo.

Escribí un mensaje.

«Cariño, estoy en la biblioteca. ¿Dónde estás?».

—Disculpa. —La bibliotecaria estaba de pie junto a nuestra mesa y parecía cabreada. Las gafas le hacían los ojos tres veces más grandes, otorgándole la apariencia de un bicho bajo una lupa.

Trinity se puso rígida.

—Nada de comida en la biblioteca. —Estaba mirando a Trinity con un gesto de fastidio y desaprobación en los ojos—. Ya conoces las normas de la facultad, así que recoge esa basura y tírala a la papelera.

Trinity se giró hacia Slade, fulminándolo con la mirada.

Slade se tapó la boca e intentó no reírse.

—Estoy esperando... —La bibliotecaria cruzó los brazos por delante del pecho—. ¿Crees que por ser una niña rica no tienes que seguir las normas?

La bibliotecaria estaba siendo tremendamente dura, pero

ninguno de nosotros le dijo nada al respecto.

Trinity suspiró, recogió el papel de aluminio del suelo y lo tiró a la basura.

—¿A que no era tan difícil? —Le dedicó una última mirada de enfado antes de alejarse.

Trinity dirigió su ira a Slade.

—¡Imbécil!

Slade se reía a carcajadas y golpeaba la mesa con la mano.

—Joder, tío, eso ha sido para partirse el culo.

—Para nada —dijo Trinity enrabiada.

—Colega, la friki esa de los libros te odia. —Slade no podía dejar de reírse—. Es que ha sido insuperable.

—Vete a la mierda, Slade. —Cogió su mochila y se largó.

Slade siguió riéndose hasta cuando Trinity se hubo marchado.

—Se lo ha buscado.

Yo no hice ningún comentario. Nunca había entendido su extraña relación: Slade la trataba fatal, pero estaba dispuesto a jugarse el tipo para protegerla. Intentaba actuar como un machito despreocupado ante la gente, pero en el fondo tenía un corazón de oro. Por ese motivo era mi mejor amigo. Tenía muchas cosas buenas... simplemente nunca las mostraba.

Volví a centrar mi atención en el teléfono. Skye no me había contestado.

—Macho, déjala en paz —dijo Slade—. No seas uno de esos novios obsesos y acosadores.

—No lo soy —contesté de inmediato—, pero es algo raro en ella. Y el hecho de que no me conteste a los mensajes me preocupa.

—Relájate, colega. Las tías odian a los tíos pegajosos.

—Yo no soy pegajoso —dije con determinación—. Sólo estoy preocupado.

—Probablemente esté plantando un pino —argumentó Slade—. No hay razón para alterarse.

Ignoré su comentario y la llamé. Dio varios tonos y me saltó el contestador. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se había ido a casa? Si ese era el caso, ¿por qué lo había hecho? ¿Y por qué no me respondía?

—Voy a buscarla.

—Estás exagerando... —Sacudió ligeramente la cabeza.

—Cuando te enamores de alguien, tú también exagerarás.

—¿Enamorarme? —Se recostó en la silla y empezó a reírse—.

Basta ya de bromas, me duele la tripa.

Salí de la biblioteca y me fui a buscarla. Pasé por las clases que ya había tenido con la esperanza de encontrarla allí, pero no la vi por ningún lado. Me dirigí a su apartamento, pero tampoco estaba allí. Estaba empezando a preocuparme. Había algo que no encajaba en todo aquello... ¿Dónde estaba?

ATRAVESÉ LOS TERRENOS DEL CAMPUS EN DIRECCIÓN AL EDIFICIO PRINCIPAL. Seguía sin encontrar a Skye, así que estaba volviendo sobre mis pasos. El hecho de que nadie supiera dónde estaba y de que no cogiera el teléfono estaba logrando que me entrara el pánico. No estaba seguro de si debía llamar a la policía o a su padre. Intenté conservar la calma y la lógica; obviamente habría una explicación para su desaparición.

Cuando llegué al camino, oí unas voces.

—No, no te vas a escapar de mí. ¡Quiero hablar de esto! —gritó un hombre con tono amenazador.

—¡Déjame en paz! —Era la voz de una mujer y la reconocí de inmediato.

Di la vuelta a la esquina y vi a Zack agarrando a Skye por el codo. Tenía su teléfono móvil en la otra mano, manteniéndolo lejos de su alcance.

—Devuélvemelo —dijo ella enfadada. Intentó darle un rodillazo en la entrepierna, pero él se apartó de la trayectoria.

Sospechaba que Zack volvería a aparecer en algún momento, pero no así. Verlo agarrándola por el brazo me llevó al límite. Si hubiera sido una chica cualquiera, me habría mosqueado, pero como se trataba de Skye, me puse loco de furia.

—No —respondió él—. ¿Cómo crees que me sentí teniendo

que pasarme dos semanas metido en el hospital?

—¡Yo no hice nada! —Le dio un golpe en el estómago e intentó coger el teléfono.

Él la empujó hacia atrás.

—No te hagas la inocente, sé que fue tu padre. Tú...

Lo agarré por el cuello y lo estampé contra el cemento con brutalidad.

Skye retrocedió y me miró con una expresión de alivio grabada en todo su rostro.

Sin pensar, levanté el pie sobre la cara de Zack y di un pisotón, rompiéndole la nariz y haciendo saltar la sangre.

—¡Joder! —Se llevó las manos a la cara y giró sobre sí mismo.

—¿Crees que eso duele? —Le di una patada salvaje en el costado, justo en las costillas—. Como echas tanto de menos el hospital, te voy a enviar de vuelta. —Volví a darle una patada—. Cabrón de mierda.

Se hizo una bola y gimió, intentando protegerse.

—Vamos a dejar las cosas claras. Si te vuelves a acercar a Skye, haré que sea un millón de veces más doloroso. —Le pegué un pisotón en la mano y le partí dos dedos.

—¡Joder!

—Cayson, ya basta. —Las palabras de Skye se apoderaron de mí.

Sólo su voz podía contenerme. Como si fuera una vaina, era capaz de enfundar mi enfado como nadie más podía. El ansia de sangre desapareció de repente. Me alejé de Zack y la miré.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. —Rodeó a Zack y le quitó el teléfono de la mano de un tirón—. Voy a necesitar esto. —Su rostro no mostraba ni pizca de compasión. Lo rodeó de nuevo y volvió a mi lado.

Estaba tan aliviado de que no estuviera herida que la atraje hacia mí de inmediato, formando una jaula de acero con los brazos a su alrededor.

—Ahora estás a salvo. No tengas miedo.

—No tenía miedo. Sólo estaba haciendo el capullo.

—Bueno, pues no le voy a dejar que siga haciéndolo. —Le pasé la mano por el pelo, mimándola.

Apoyó la cara contra mi pecho y suspiró.

Zack se puso de pie lentamente y se limpió la sangre de la nariz. Tenía una mano contra el pecho y los dedos doblados en un ángulo extraño.

Lo miré con hostilidad sin sentir ningún remordimiento.

—Ahora es mía y no dudaré en matarte si me das un motivo para hacerlo.

Me dedicó una última mirada furiosa antes de alejarse.

Skye suspiró y se apartó de mí.

—Por favor, no le cuentes esto a mi padre.

Haría cualquier cosa que me pidiera.

—Está bien.

Miró su teléfono y vio todos los mensajes y las llamadas perdidas.

—Lo siento, Cayson. Seguro que has estado preocupado.

—No te disculpes —dije de inmediato—. Sólo siento que te haya acorralado así.

—No pasa nada. No le tengo miedo.

Eso no quería decir que yo no lo tuviera. Tendría que mantenerla mejor vigilada.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Sólo quiero irme a casa y comer algo.

—Vale. —La atraje hacia mí y le di un beso en la frente.

—Gracias por librarte de él. No sabes el alivio que he sentido al verte.

—Yo siempre cuidaré de ti. —No había dicho algo más en serio en toda mi vida.

Cogió la mochila del suelo y se la colgó en el hombro.

—Vamos.

SOBRE LA MESITA DEL SALÓN QUEDARON DOS CAJAS DE PIZZA VACÍAS. SKYE

era capaz de comerse una entera ella sola; su hermano la vacilaba con eso, pero a mí me parecía excitante. Tenía curvas en todos los lugares adecuados y no las tendría si no comiera como una persona normal.

—¿Póker? —preguntó mientras sacaba un mazo de cartas con una sonrisa pícara en la cara.

Eran más de las nueve, pero, como era viernes por la noche, no me preocupaba la hora. Probablemente me quedaría con ella todo el fin de semana y, antes de que me diera cuenta, volvería a ser lunes. El tiempo volaba cuando estaba a su lado y nunca conseguía saciarme de ella.

—Claro, pero no voy a apostar dinero.

—Porque sabes que ganaré.

Sonreí.

—No. Porque soy un caballero.

—No quiero a un caballero, te quiero a ti.

Cuando decía esas cosas, notaba un revoloteo en el corazón. Me costaba comprender que quisiera estar conmigo tanto como yo con ella. Habían pasado tantos años sin que me prestara atención... y ahora todo había cambiado.

—Bueno, pues eso es lo que tendrás.

Hizo un puchero con los labios.

—No tienes que ser perfecto todo el tiempo, Cayson. No me importaría ver una parte más oscura de ti.

Entrecerré los ojos al mirarla.

Ella sacó las cartas y empezó a barajar.

—¿Te puedo preguntar algo personal?

—Como ya te he dicho, puedes preguntarme cualquier cosa.

—¿Eras así con tus otras chicas?

—¿Cómo?

—Bueno, considerado, compasivo... esas cosas.

Cuando recordé el tiempo que había pasado con Jasmine, supe la respuesta.

—No. La mayor parte del tiempo era un capullo.

—No me lo imagino... —Volvió a barajar las cartas y empezó a repartir.

—Sólo soy bueno contigo, Skye. Sinceramente, no soy un tío tan genial. Me arrepiento de muchas cosas.

—¿Como por ejemplo? —Dejó el mazo en la mesa y me miró. Aquel era un tema que aún no habíamos abordado.

—Jasmine, por ejemplo.

Ella se me quedó mirando, esperando a que continuara.

—Le dije que sólo éramos... —Era difícil encontrar una descripción adecuada. Cuando estaba con Skye me comportaba como un caballero y cuidaba mis palabras—. Alguien con quien pasar el tiempo. Nuestra relación era sólo física, pero ella siempre quiso algo más. Le dije que no podía dárselo, pero entonces me dijo que me quería... y que yo era el hombre de su vida.

Sus ojos emitieron un destello de emoción, pero no dijo nada.

—Ojalá nunca me hubiera liado con ella. Sé por experiencia propia cómo es querer a alguien a quien no puedes tener. Yo nunca quise que aquello le pasara... pero así fue.

Se quedó mirando las cartas que teníamos delante, dándole vueltas a mis palabras.

—Es difícil no enamorarse de ti, Cayson. No me sorprende. Estoy segura de que pasa con más frecuencia de lo que te imaginas.

¿Significaba aquello que estaba enamorada de mí? Sabía que me quería, pero... ¿era lo mismo?

—¿Tú te arrepientes de algo?

Sonrió.

—Creo que es bastante evidente qué es de lo que más me arrepiento.

Zack. No hacía falta que lo dijera.

—¿Algo más?

Se pasó el pelo por encima de un hombro, dejando al descubierto su cuello esbelto. Captó mi mirada de inmediato.

—Tú.

—¿Yo?

¿Qué quería decir?

—Ojalá me hubiera dado cuenta antes de lo que sentía...

Hemos perdido tanto tiempo...

—Tenemos el resto de nuestras vidas, Skye. No hace falta que te flageles por ello.

Me dirigió una leve sonrisa antes de que desapareciera de su rostro.

—Algo hay por ahí, pero nada importante. En realidad, nunca tuve un novio de verdad cuando era más joven porque mi padre le habría pegado un tiro.

Solté una carcajada.

—Sí... La verdad es que me lo imagino.

Ella alzó la vista hacia el techo.

—Me alegro de que no le tengas miedo a mi padre.

—¿Quién ha dicho que no se lo tenga? —bromeé.

—Él te quiere.

—Sí, pero eso podría cambiar si yo me pasara de la raya.

Ella se me quedó mirando desde el otro lado de la mesa.

—Pero nunca lo harías.

Fuera caía algo de nieve y los cristales de la ventana empezaban a congelarse. Estábamos solos, disfrutando de aquella alegría invernal. Yo apreciaba el silencio, sentía como si estuviéramos aislados del mundo. Era mía... sólo mía.

—Me alegro de que lo sepas.

—Confío en ti más que en nadie, Cayson. Sin lugar a duda.

—Me alegro de que pienses eso. —Porque me había esforzado mucho por conseguir aquella confianza. Me quedé contemplando la piel de su cuello, deseando pegar mis labios a ella. Su carne estaría cálida contra mi boca. Pero ya habría tiempo para eso más adelante.

Ella cogió la baraja y miró las cartas.

—¿Qué te parece si lo hacemos más interesante?

—¿En qué estás pensando? —Cogí mis cartas y las miré. El tío Mike me había enseñado a jugar y se me daba bastante bien, sin duda alguna mejor que a Skye. Pero yo siempre la dejaba ganar.

—¿Strip póker? —Me dirigió una sonrisa seductora.

Aquello atrajo mi atención. Yo siempre había querido ver desnuda a Skye, desde la pubertad.

—Me apunto si tú te apuntas.

—Yo me apunto, pero voy a seguir completamente vestida cuando tú ya estés desnudo.

Esta vez no.

—Ya lo veremos.

Empezamos la partida. Yo tenía una buena mano y sólo me hacía falta cambiar una carta. Skye pensaba que ponía una cara de póker perfecta y puede que engañase a todo el mundo, pero a mí no lograba engañarme. Yo llevaba demasiados años estudiando su rostro y viéndolo en sueños como para no comprender todos sus secretos. Esbozó una rápida sonrisa, totalmente falsa, y entonces cambió una carta.

Iba de farol.

—¿Estás preparado? —preguntó.

—Sí.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

—Sí. —Mantuve el rostro impassible, ocultándolo todo.

—Está bien... ¿Qué prenda de ropa nos jugamos?

Yo quise soltar «la camiseta» de inmediato, pero no quería que Skye supiera que, al igual que todos los demás chicos, estaba obsesionado con su pecho.

—Los zapatos.

—Está bien... Pues están a punto de enfriársete los pies.

—Sacó las cartas. Tenía doble pareja.

Sonreí y mostré mi mano. Yo tenía un full.

Ella entrecerró los ojos.

—Una mano con suerte.

—Ya. —La iba a machacar—. Ahora quítate esas botas.

Se las quitó a tirones y las lanzó a un lado.

—Lo siguiente serán esos calcetines.

—No te pongas chulo —me advirtió.

Demasiado tarde.

Jugamos otra mano. Skye usó sus trucos habituales conmigo, pero yo los dejé pasar. Mi mano superaba la suya con facilidad.

—Ahora quítate esos calcetines. —Me la quedé mirando, esperando a que obedeciera.

Suspiró y se los quitó.

Yo sonreí. Cuánto estaba disfrutando con aquello.

—Tu suerte se ha terminado. —Repartió las cartas una vez más y cada uno cogió las suyas. Yo tenía una mala mano, pero sabía actuar con calma. Pedí sólo una carta en lugar de cambiar las cinco.

Skye se me quedó mirando y estudió mi rostro. Entonces volvió a mirar sus cartas.

—¿Los pantalones? —pregunté.

No parecía segura y, entonces, dejó las cartas.

—No voy.

Yo sonreí.

—Alguien está escurriendo el bulto.

—Cállate. Sólo era una mala mano.

—Alguien está susceptible...

Me dio una patada en broma por debajo de la mesa y repartió la nueva mano. Ahora me observaba con atención, intentando descifrar mis facciones como nunca lo había hecho. Estudió sus cartas durante mucho tiempo antes de cerrarlas, y yo hice lo mismo.

—Las damas primero —dije.

Me sonrió con arrogancia antes de dejar las cartas sobre la mesa.

—Escalera. Quiero ver unos calzoncillos.

Yo mostré mis cartas.

—Escalera real.

Su sonrisa se desvaneció.

—Y yo quiero ver unas bragas.

Soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—Deprisita. —Chasquéé los dedos—. Que no tenemos todo el día.

—¿Por qué estás ganando así de repente?

Yo me encogí de hombros.

—Deja de hablar y empieza a desvestirte.

Se puso de pie y se desabrochó los vaqueros.

Mis ojos estaban fijos en sus manos, observando todo lo que

hacía. Yo intentaba aparentar indiferencia, pero no podía. Mi sexo aumentó de tamaño por la anticipación. Entonces se bajó los vaqueros y los hizo a un lado con los pies. Llevaba un tanga morado que apenas cubría nada. Mi erección dio un brinco en mis pantalones. Entonces se sentó y quedó oculta a la vista.

Ahora estaba aún más motivado para ganar la siguiente mano. Skye repartió las cartas.

—Esta mano la voy a ganar yo.

Eso creía ella...

Ambos mostramos las cartas. Skye puso cara larga cuando vio las mías.

—¿Tienes dos ases y dos reyes?

—Sí. —Ella sólo tenía pareja de doses y de cuatros—. Ahora la camiseta.

Me soltó un gruñido y se la quitó. El sujetador le unía los pechos y le marcaba más el escote. Su piel pálida era perfecta e inmaculada. Era una visión, una musa. Nada me había excitado jamás tanto como lo hacía ella. Mi sexo se retorció otra vez y otra más.

Ahora sólo tenía que conseguir que se deshiciera de aquel sujetador.

—¿Estás haciendo trampas? —exigió saber.

—¿Cómo iba a hacer trampas? —Miré mis cartas e intenté no contemplarla embobado.

—Bueno, es que siempre pierdes y ahora de repente eres el mejor jugador de póker que he visto en mi vida.

—Supongo que estoy extremadamente motivado. —Organicé mis cartas y las cerré.

Ella me miró con desconfianza antes de continuar con la partida.

Para sorpresa de nadie, yo gané la siguiente ronda. Extendí la mano.

—Me voy a quedar con eso.

—¿Quieres mis bragas? —preguntó con incredulidad.

—Me las he ganado.

Se puso de pie y se las quitó.

Me quedé mirándola descaradamente, incapaz de controlarme. Tenía las piernas firmes y suaves, y mis ojos se desplazaron hacia su entrepierna. Quería saborearla de nuevo, sentir cómo hundía los dedos en mi pelo por el placer que le daba.

Ella se sentó de nuevo, ocultándome su cintura.

—Te propongo otro trato.

Sonreí.

—No soportas perder.

—No es eso.

—Lo que tú digas...

—Que no.

—Claro. —Moví la cabeza de arriba abajo despacio.

—¿Quieres escuchar mi oferta o no?

—Soy todo oídos.

—El ganador se lo queda todo. Si gano yo, tienes que hacerme algo... sexual. Si ganas tú... entonces te hago yo algo sexual a ti. El que gana, elige.

Parecía que yo saldría ganando en ambos casos.

—Suenan bien. Supongo que debería empezar ya a pensar algunas ideas.

—Yo no perdería el tiempo. —Barajó las cartas y repartió.

Le eché un vistazo a las mías y me di cuenta de que tenía una buena mano. Ni siquiera tendría que esforzarme. Skye se quedó un buen rato mirando sus cartas mientras se mordía las uñas. Aquella era una clara señal de que estaba nerviosa. Fingí no darme cuenta y cerré mis cartas. Tenía doble pareja. No era una maravilla, pero tenía el presentimiento de que mi mano ganaría a la suya.

—¿Lista? —pregunté.

—Sí... —Puso las cartas sobre la mesa. Tenía una pareja de ases.

Sonreí y mostré las mías.

Suspiró al verlas y yo extendí la mano.

—Ahora el sujetador...

Se lo desabrochó por detrás y lo dejó caer. En cuanto le vi los

pezones, me quedé prácticamente al borde del asiento. Se lo quitó y me lo lanzó.

—Ahí tienes. Enhorabuena.

Cogí las bragas de la mesa y me las metí en el bolsillo al tiempo que sostenía su sujetador con la otra mano. Completamente vestido, me quedé contemplando su pecho, embelesado por lo que veía. Me emocionaba lo que estaba a punto de suceder.

Se levantó, mostrándome su cuerpo por completo.

—Estaré en la habitación. —Se alejó, bamboleando el trasero.

Me coloqué la erección en los vaqueros y la seguí. El corazón me latía a toda velocidad y estaba excitadísimo. Lo último que me apetecía hacer era comportarme como un caballero. Skye me volvía loco y quería estar dentro de ella.

Entré y la vi sentada en la cama.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—¿Puede ser cualquier cosa? —quise saber.

—Sí. —Cruzó las piernas y me contempló con seriedad.

Yo me acerqué a ella con ganas de pegar mi boca a la suya.

Ella me detuvo.

—No. Tienes que escoger una cosa. Si son besos, eso es lo único que recibirás.

—Tienes unas normas muy estrictas.

—Sí.

—¿Habías jugado a esto antes? —pregunté con desconfianza.

—No, sólo contigo. Bueno, ¿qué quieres hacer, Cayson?

Ya habíamos hecho otras cosas, así que estaba ansioso por probar algo nuevo, pero me sentía un cerdo por pensar siquiera en decirlo. Ella ya era sensible con respecto a ese tema y no quería irritarla, pero no podía negar lo que deseaba.

—Cayson, suéltalo de una vez.

La tumbé de espaldas.

—Quiero besarte.

Intentó no reírse.

—Ahora en serio, Cayson. No puede ser eso lo que te pasa por la mente.

—Me encanta besarte.

—Venga, ¿qué quieres de verdad?

No dije nada y me limité a mirarla fijamente.

—¿Por qué no me lo dices?

—No quiero que te sientas incómoda.

—No habría hecho esta apuesta si me sintiera incómoda.

Le miré los pechos de reojo y aparté la mirada.

Ella se percató.

—Quieres metérmela entre las tetas.

¿Tan descarado había sido? No respondí. No me había hecho una pregunta, así que no estaba obligado a decir nada.

—¿Por qué te avergüenza admitirlo? —Sonrió mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—Skye, sé que odias cuando los hombres se obsesionan con tu pecho. No quiero recordarte a ellos.

Me sostuvo la cara con las manos y me besó.

—Qué bueno eres, Cayson.

Los labios me ardieron en cuanto entraron en contacto con los suyos.

—Pero eso no se aplica a ti.

—¿No?

—No. Tú eres diferente. Quiero que disfrutes de mi cuerpo.

—Odiabas cuando lo hacía Zack.

—Pero a él no le quería —soltó—. A ti sí te quiero.

Se me agitó el corazón al oír sus palabras.

—Me encanta oírte decir eso.

—Bueno, pues más vale que te acostumbres. —Me volvió a besar, introduciéndome la lengua.

Yo me derretí al notar su contacto, sintiendo justificados mis perversos pensamientos. Me agarró un brazo y me puso de espaldas contra las sábanas. Entonces se apartó y se quedó en pie al final de la cama.

Algunas chicas me habían hecho cubanas, pero nunca me había emocionado demasiado por ello. Skye era mi gran fantasía, la mujer en la que pensaba al masturbarme mientras me hacía mayor. Pero mi deseo nunca se había extinguido.

Me desabrochó los vaqueros y me los quitó a tirones, llevándose mis calzoncillos con ellos. Me dejó puestos los calcetines y no dudó antes de quitarme la camiseta.

—Quiero verte entero. —Me besó el pecho y fue bajando hacia mi cintura.

Mi sexo se retorció, ansioso por tenerla. Cuando llegó hasta mi entrepierna, me tomó con la boca, metiéndosela hasta la garganta.

—Joder... —Ahora que había dicho que le parecía bien mi lujuriosa obsesión con ella, me sentía más abierto con aquel tema. Sentía una fuerte atracción sexual por ella y no me daba miedo mostrarla.

Cuando estuve húmedo, se arrodilló en la cama con el pecho a la altura de mi cintura, pegó sus pechos a mi miembro y los apretó.

La hostia...

Entonces se empezó a mover de arriba abajo.

Yo me incorporé y me apoyé sobre los codos para ver cómo se deslizaba sobre mi erección. No sabía qué me gustaba más: sus tetas sobre mi sexo o verla en acción. Me dedicó una intensa mirada mientras lo hacía, volviéndome loco. Ya sentía deseos de explotar. Incapaz de controlarme, le agarré los pechos por ambos lados y los aplasté mientras sacudía las caderas de arriba abajo.

—Joder, qué pasada.

Ella rebotaba sobre mi erección mientras mantenía los pechos unidos.

Estaba a punto de sucumbir. Era la mujer más preciosa del mundo y estábamos haciendo realidad mi fantasía más erótica. Le estrujé las tetas mientras me corría y gemí al mismo tiempo. Eyaculé sobre sus pechos y bajo su barbilla, y dejé caer la cabeza en el colchón mientras me recuperaba de la placentera sensación de mi entrepierna.

Skye se limpió y trepó por mi pecho hasta que su rostro quedó pegado al mío.

—¿Te ha gustado?

—Esa es la pregunta más tonta que he oído en mi vida.

Sonrió y me besó el mentón.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Joder, me ha encantado.

—¿Acaba de decir un taco Cayson Thompson? —bromeó.

Solté una risita y la puse de espaldas. Entonces, llené sus pechos de besos.

—Me encanta tu delantera, Skye. Creo que es increíblemente sensual y no voy a esconderlo más. Si eso me convierte en un perverso, que así sea. Te quiero por muchas más cosas, pero no voy a negar lo mucho que me gustan tus tetas.

Me hundió los dedos en el pelo con un atisbo de diversión en los ojos.

—Eso no me molesta para nada. Eres el único hombre que he querido que las mire así en toda mi vida.

—Bueno, pues misión cumplida. —Le di un beso suave antes de bajar por su vientre—. ¿Qué te parece que ahora te toque a ti?

Me sujetó el pelo en un puño.

—Creía que nunca me lo ibas a preguntar.

—¿HAS VISTO ESA JUGADA? —SLADE PUSO LOS PIES ENCIMA DE LA MESITA del salón sin apartar los ojos de la televisión. Estábamos viendo el partido en su casa, pero yo no sabía muy bien por qué. Normalmente había mujeres paseando por allí, condones usados en lugares donde no debería haberlos y por lo general estaba todo desordenado.

—¿Cómo se te puede caer el balón cuando eres el quarterback?

—pregunté.

Slade puso los ojos en blanco.

—Y uno aquí creyendo que los profesionales ya sabrían hacer las cosas bien a estas alturas.

Me re Coloqué en el sofá, pero noté un bulto. Incapaz de ponerme cómodo, eché a un lado el cojín y miré detrás. Había un sujetador rosa metido al fondo.

—Qué asco. —Lo saqué y lo tiré al suelo.

Slade ni se inmutó.

—Ah, sí. Me acuerdo de que esa tía se preguntó qué habría sido de él.

—¿Por qué no vemos el partido en mi casa y ya está? —A saber qué más habría oculto en los recovecos de su sofá.

—Porque mi casa es mejor.

Eché un vistazo hacia la puerta cerrada de su habitación.

—Espero que no haya una chica ahí dentro. —No recordaba el número de veces que había pasado aquello. Salían completamente desnudas y ni siquiera les importaba que yo las viera.

—No, relájate.

Yo volví a acomodarme en el sofá.

—¿Qué pasó con Skye el otro día? —Tenía la cerveza apoyada en el muslo.

—Ah... —Odiaba pensar en ello—. Zack la tenía acorralada y se lo estaba haciendo pasar mal.

Sus ojos se llenaron de furia.

—¿Le diste una patada en el culo?

—Y en las costillas... y en la cara. Me encargué de todo.

—Qué hijo de puta. —Slade apretó la mandíbula y sacudió la cabeza—. Skye está bien, ¿no?

—Perfectamente. No parecía disgustada... sólo mosqueada.

—¿Qué habéis hecho el finde?

—Nos quedamos en su casa y pasamos el rato.

—¿Pasasteis el rato? —preguntó.

—Jugamos al póker.

—¿Es que tenéis doce años?

—Cuando sales con alguien, haces más cosas aparte de acostarte con ella todo el tiempo.

Negó con la cabeza.

—Por eso voy a ser soltero para siempre. Bueno, ¿qué tal sus tetas?

Levanté una ceja.

—Es tu prima...

—No te estoy pidiendo una descripción —dijo con brusquedad—. ¿Son tan increíbles como dice todo el mundo?

—Sin duda. —Me sonrojé al pensar en nuestro último encuentro.

Sonrió y me dio un codazo en el costado.

—Qué cabrón.

No iba a negarlo.

—¿Y qué es lo que hicisteis?

No veía nada de malo en contárselo.

—Una cubana.

Levantó la mano para chocármela.

—Macho, eso es lo mejor. Le siguen muy de cerca a las mamadas.

—Para mí van primero.

—¿Skye la chupa de pena?

—No —dije de inmediato—. Es sólo que... me gustó mucho.

—Yo se la metí entre las tetas a una tía que insistió en ello aunque estaba plana. —Sacudió la cabeza—. Fue raro y no me moló mucho, así que en vez de eso, se la metí por el culo.

—Demasiada información, Slade.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Soy un tío abierto.

—Ya me he dado cuenta.

—Has hecho sexo anal, ¿verdad?

—Con Skye, no.

—Estoy seguro de que molará un huevo. —Movié las cejas de arriba abajo.

Lo único que a Slade le importaba era llegar a la meta y no comprendía que la carrera era la mejor parte. Nutrir una relación y adorar a tu pareja hacía que fuese mil veces mejor. Yo todavía no me había acostado con Skye, pero todo lo que habíamos hecho hasta entonces era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera hecho en mi vida con otra chica.

—Slade, ¿cuándo va a acabar esto?

—A las siete. Luego ponen Los Simpson.

—No, me refiero a tu estilo de vida. No puede ser tan satisfactorio como tú dices.

—Pues claro que sí. —Miraba fijamente el partido mientras hablaba, escuchándome sólo a medias.

Slade nunca había tenido novia desde que yo lo conocía... y lo conocía desde siempre. Ni siquiera había tenido un amor de instituto. Desde que había llegado a la pubertad, lo único que le interesaba era llevarse a chicas a la cama.

—Después de un tiempo, te acabarás cansando.

—A lo mejor cuando tenga cuarenta años. Entonces me plantearé las cosas. Hasta que llegue ese momento, estoy muy feliz con mi vida.

—¿No quieres a alguien con quien te guste estar más de cinco minutos?

—¿Cinco minutos? —Levantó una ceja—. Lo siento, tío. Si sólo duras cinco minutos, lo siento mucho por Skye.

Lo miré con dureza.

—Slade, estoy hablando en serio.

Suspiró y dejó la cerveza.

—Mira, está muy guay que por fin hayas encontrado a la chica con la que quieres sentar la cabeza, pero ¿no se te están olvidando todos los años antes de esto? ¿Con cuántas chicas te has acostado que no significaban nada? ¿Cuántos rollos de una noche has tenido?

—Ni de lejos tantos como tú. Y estaba deprimido todo el tiempo.

—Te gustaba y lo sabes.

—En su momento, sí, pero desde luego también me sentía solo.

—Las cosas están así. —Gesticulaba con las manos, algo que solía hacer cuando hablaba en serio—. Tú eres el tipo de tío que va a ser rico y triunfador. Y no un rico cualquiera, sino un rico respetable. Tu comunidad siempre te querrá; de hecho, ya te adora todo el mundo. Tendrás tu mujer, tu casa y tu valla de madera. Tendrás tres hijos y ahorrarás dinero para sus matrículas. Ese eres tú, Cayson, no yo. Yo no me imagino que a mí me pase nada de eso.

—¿Y qué te imaginas, Slade?

Se quedó pensativo unos instantes.

—Vivir con la mochila puesta. Hacer tatuajes en distintas partes del mundo. Tocar en un grupo y hacer algunas giras. Emborracharme en un país que no conozca hasta tal punto que ni siquiera sepa dónde estoy. Liarme con tías de aquí y de allá. Vivir mi vida y ya está.

—¿Y qué pasará cuando cumplas treinta años y luego cuarenta? ¿Qué tendrás entonces?

—¿Por qué iba a cambiar nada?

—No a muchas chicas les molan los viejos.

—Eso no es ser viejo. Además, soy guapo. Deberías ver a mi padre en el local. Las chicas se le siguen echando encima. Me sorprende que no le ponga los cuernos a mi madre. Es tan pesada que no lo culparía. —Se rio y dio un trago a la cerveza.

—Sé que no lo dices en serio.

No hizo ningún comentario.

—Eres uno de los tíos más geniales que conozco y sólo quiero... lo mejor para ti. —El ambiente de la habitación se volvió incómodo. Me puse a mirar la tele, notando la tensión. Yo no era un tío sensible y Slade tampoco. Lo único que hacíamos era bromear y no tomarnos nunca nada en serio.

Slade permaneció callado y el silencio se prolongó tanto que creí que no iba a decir nada.

—Ya lo sé, tío. Yo quiero lo mismo para ti.

—Sólo piensa en lo que he dicho, ¿vale?

Se encogió de hombros.

—A lo mejor.

Volvimos a centrar la atención en la televisión. El partido siguió hasta las siete y luego pusieron una reemisión de Los Simpson.

—Me encanta esta serie —dijo Slade.

—Y a mí. —Dejé el botellín de cerveza vacío en la mesa—. Bueno, luego nos vemos.

—Vale. Saluda a Skye de mi parte.

Me lo quedé mirando.

—Como si no fueras a ir a su casa ahora —bromeó.

No me pareció que tuviera sentido negarlo.

—Ha estado bien venir aquí sin que haya una tía desnuda paseándose por la casa.

—Esa es una frase que ningún tío debería decir nunca.

Me reí.

—Y que no se te olvide tirar ese sujetador.

—Seguramente me haga una paja con él.

Hice una mueca.

—Demasiada información, Slade.

La puerta de su dormitorio se abrió de repente y salió una rubia con una sábana alrededor del cuerpo y los ojos entrecerrados.

—¿Dónde estoy?

Le lancé una mirada de enfado a Slade.

—Creía que habías dicho que no había ninguna chica ahí dentro.

Sonrió.

—Espera un momentito...

Entonces apareció otra rubia.

—Por favor, dime que tienes una aspirina y una cerveza.

Slade se puso de pie y me dio un apretón en el hombro.

—Yo he dicho que no había una chica ahí dentro, no que no hubiera ninguna.

SKYE

TRINITY ESTABA SENTADA FRENTE A MÍ EN LA BIBLIOTECA.

—¿Qué tal está tu padre? —pregunté.

—Bien. Más o menos igual.

—¿Fuisteis al mismo restaurante?

—Siempre —dijo Trinity con una sonrisa—. Le dije que prefiero dedicarme a la moda.

Se me paró el corazón.

—¿En serio?

Asintió.

—¿Y qué te dijo?

—Está de acuerdo. Dice que debería hacer lo que yo quiera, que él pasó del abuelo al hacerse adulto y que yo tendría que hacer lo mismo.

—Eso es genial. ¿Y ahora qué?

Se encogió de hombros.

—Dice que quiere que me lo piense primero. A ver, estoy a punto de acabar la universidad... Sería un desperdicio dejarla ahora.

—¿Eso te lo dijo él?

—No, pero sé que lo piensa. Se ofreció a ponerme en contacto con diseñadores de la ciudad y hasta a financiar mi propia línea

de moda.

—El tío Mike es un buenazo —dije yo—. Sabía que te apoyaría.

—Dice que si quiero cambiar de opinión las puertas siempre estarán abiertas. Supongo que tampoco es para tanto.

Sonreí y le di unas palmaditas en la mano.

—Estoy muy contenta por ti, sé cuánto lo deseabas.

—Gracias... Me siento mejor ahora que me lo he sacado de dentro.

—Y... ¿te sacaste algo más de dentro? —pregunté dubitativa.

—No —respondió de inmediato—. Eso nunca se lo contaría.

—Una sabia decisión —dije yo soltando una carcajada.

Cerró su libro de texto y apoyó la barbilla en la mano.

—¿Qué tal las cosas con Cayson?

Sentí mis mejillas elevarse en una sonrisa.

—Absolutamente maravillosas y fantásticas.

Sonrió.

—Ya se nota. ¿Qué tal es en la cama?

—Todavía no lo sé.

Puso los ojos en blanco.

—Pero fóllatelo ya de una vez...

—Lo sé. Quiero hacerlo.

—Pues hazlo.

—Es sólo que no quiero precipitar las cosas... y se le da de miedo todo lo demás, así que no pasa nada.

—¿Cómo la tiene? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—¡Trinity! —Le di un cachete en la mano.

—¿Qué? Sólo es una pregunta.

Me ruboricé.

—La tiene grande, ¿eh?

Me tapé la cara porque estaba roja como un tomate.

—¿Más grande que Zack?

—Mucho más grande, mucho.

—Oooh... qué suertuda.

Intenté no empezar a soltar risitas nerviosas.

—Desde luego me va a costar metérmela toda...

—¿Te dieron arcadas cuando se la chupaste?

—Sólo estoy respondiendo a tus preguntas porque eres mi mejor amiga.

—¿Crees que te preguntaría algo así si no fuera tu mejor amiga?

En eso tenía razón.

—No. Pero no me la meto toda.

Se frotó la barbilla.

—A lo mejor tendría que haber ido yo a por Cayson primero...

—Oye, que es mío.

Se rio.

—Bueno, bueno, lo dejaré en paz.

—Más te vale.

—Pero ya te puedo decir que no te va a caber por detrás.

Eché un rápido vistazo a las mesas que teníamos alrededor para asegurarme de que nadie lo había oído.

—¡Shh!

—Lo único que digo... es que si nunca lo has hecho, intentarlo con una polla enorme no es demasiado buena idea.

—Bien... Esta conversación ya ha durado bastante.

—Llevo siglos sin acostarme con nadie... Lo echo de menos.

Aquello me sorprendió.

—Trinity, eres guapísima: escoge a un tío y ya está.

Ella se encogió de hombros.

—Es que no he encontrado a ninguno que de verdad merezca la pena.

—A lo mejor es que no has buscado lo bastante.

—He ido a todas las fiestas. Créeme, he visto a todo el mundo —dijo ella.

—Pues a lo mejor es que no estás buscando en el lugar adecuado —dije yo—. Una fiesta no es el mejor lugar. Quizá podrías probar en una página web para ligar.

—¿Es un chiste? —saltó ella—. No pienso hacer eso... Eso sólo lo hacen los asesinos en serie raritos.

—Sólo era una sugerencia. —Dejé de insistir.

—¿Por qué no puede Cayson tener un hermano? —se quejó ella.

—¿Y Theo? Es mono.

Sacudió la cabeza.

—No tenemos química.

—Pues con Slade sí que tienes mucha química. Cada vez que estás cerca de él es como la bomba cayendo sobre Hiroshima.

—Por favor, no me hagas empezar a hablar de él. Consigue hacerme desear que me estalle la cabeza.

—Creo que ese sentimiento es universal —dije con una carcajada.

Cayson y Slade entraron en la biblioteca y pusieron rumbo a nuestra mesa.

—Puf. Con sólo mirarlo me entran ganas de darle en la cara.

—Trinity puso los ojos en blanco.

—Espero que estés hablando de Slade.

—Obviamente, no estoy hablando de tu novio y su polla gigante.

Los ojos se me pusieron como platos.

—¡Shh!

Los chicos llegaron a nuestra mesa justo cuando acababa de hacerla callar.

—Hola, cariño. —Cayson se inclinó y me besó.

—Hola. —Un escalofrío me recorrió la columna en cuanto percibí su olor. Sus poderosos brazos me hacían sentir segura y era incapaz de dejar de imaginármelo desnudo. Era una magnífica visión.

Se sentó a mi lado y colocó el brazo sobre el respaldo de mi silla.

—Hola, Trin.

—Hola, Cayson. —Ella le dedicó un pestañeo y saludó con la mano.

Le di una patada por debajo de la mesa.

Ella soltó una risita y apartó la mirada.

Slade se sentó junto a ella.

—Ahora permíteme que deje las cosas claras. —Sacó un bocadillo de su mochila—. Esta es mi comida y me la voy a comer, aquí y ahora. Te sugiero que mantengas el pico cerrado si

no quieres recoger mis desperdicios.

Trinity respiró hondo para controlar su enfado y no dijo nada.

—Bien, por fin lo pilla. —Slade le dio un mordisco al bocadillo.

Tenía que cambiar de tema.

—¿Qué tal el partido de anoche?

—Bien —dijo Cayson—. Slade ganó quinientos pavos.

—Apuestas deportivas por Internet. Molan que te cagas.

—Slade siguió comiendo.

—¿Tú también apuestas? —le pregunté a Cayson.

Cayson negó con la cabeza.

—No es lo mío. Además, tengo que sacar a mi novia por ahí.

—Sabes que siempre puedo pagar yo.

Él se rio.

—Muy buena esa, cariño. —Me frotó la nuca mientras seguía riéndose.

Trinity se encogió de hombros y no se molestó en decir nada.

Slade se terminó el bocadillo y arrugó el envoltorio hasta hacer una pelota.

—Zack no te ha estado molestando, ¿no?

Por supuesto, Cayson se lo había contado.

—No. Y si lo hace, me puedo encargar yo de él.

—No —dijo Cayson con frialdad—. Yo me encargaré de ello.

No quise desafiarlo delante de nuestros amigos, así que no dije nada.

—Me ha contado un pajarito que tienes unas tetas impresionantes para hacer cubanas —soltó Slade de repente.

Cayson se encogió a mi lado, dejando claro que no se había esperado que dijera eso.

Supongo que no me sorprendió que Cayson le contara a Slade lo que hacíamos, porque eran mejores amigos. Yo a Trinity se lo contaba todo.

—Personalmente, me gustan las tetas grandes, pero tienen que estar proporcionadas. —Hacía rodar la pelota del envoltorio que tenía entre las manos sobre la mesa.

Cayson se aclaró la garganta.

—Gracias por la información —dijo con evidente irritación.

—Tranquilo. —Era obvio que Slade no había captado la tensión.

Cayson se volvió hacia mí como para decirme algo, pero luego cambió de idea.

A Trinity no se le escapó aquello.

—Skye me acaba de contar que Cayson la tiene enorme, así que estáis en paz.

Los ojos de Slade se abrieron mucho.

—Eh... qué asco.

Yo la fulminé con la mirada.

—Eres la persona que peor guarda un secreto de la historia.

—Oye, que acabo de evitaros vuestra primera pelea —dijo Trinity—. De nada.

Cayson me sonrió.

—¿Te gusta mi paquete?

Deseaba no tener roja la cara.

—¿Por qué no iba a gustarme?

Soltó una risita y me dio un beso en la mejilla.

—Y sí, me gusta tu delantera... muchísimo.

—Qué romántico —dijo Slade con sarcasmo.

—Vuelvo enseguida. —Trinity se puso de pie y se dirigió hacia el fondo de la biblioteca por el pasillo que se extendía ante mí.

Slade tenía la vista clavada al frente y seguía jugando con la pelotita de papel de plata. Había migas de su bocadillo esparcidas por toda la mesa y trozos de lechuga y tomate por todas partes.

Cayson se inclinó y me dio un suave beso en el cuello.

—Me encanta besarte ahí. —Tenía los labios cerca de mi oreja y su voz surgió en un susurro.

—A mí también me gusta.

—Voy a hacerlo muchas más veces... esta noche.

Aquello me recordó algo.

—Esta noche vienen mis padres a la ciudad y quieren que salgamos a cenar. Lo siento, se me olvidó por completo decírtelo.

—¿Eso quiere decir que estoy incluido? —preguntó.

—Sip.

Slade sonrió.

—Oh, no. Cayson va a conocer oficialmente a los padres.

—Ya los conozco, idiota —dijo Cayson.

—Como amigo... no como novio. —Slade guiñó un ojo—. Que no te pase nada.

Puse los ojos en blanco.

—Mis padres ya te quieren, Cayson. Sólo quieren pasar un poco de tiempo con nosotros.

—Iré encantado —dijo él—. Me habría gustado saberlo con un poquito más de antelación... pero iré, por supuesto.

—Podemos enrollarnos luego.

—Yuju.

—Y te haré otra cubana, ya que tanto te gustan. —Le dediqué una sonrisa seductora.

Sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Qué guarros... que puedo oírlos —se quejó Slade.

—Pues no escuches —dijo Cayson.

—Eso es un poco complicado cuando te tengo a medio metro de distancia —dijo Slade con sarcasmo.

Trinity volvió a la mesa, pero no vino sola.

—¡En la biblioteca no se come! —chilló la bibliotecaria antes de señalar el desastre que había montado Slade. Lo había pillado in fraganti con la pelota del envoltorio en las manos.

—Mierda... —susurró él.

—Vas a limpiar todo esto ahora mismo y luego vas a quedarte limpiando una hora como castigo. —Puso los brazos en jarras y le dedicó una mirada asesina.

—¿Pero tiene derecho a hacer eso siquiera? —protestó Slade—. Ya no estamos en la guardería.

—Ya puedes apostar a que sí —respondió ella iracunda—. ¿Quieres que llame al decano para comprobarlo?

Intenté no reírme. Aquello era divertidísimo.

—Hágalo —dijo Slade—. Como si me importara.

—Entonces llamaré a tu madre.

Aquello hizo que la actitud de Slade cambiara de inmediato. La tía Janice no era alguien que dejara pasar las cosas; era estricta, controladora y definitivamente la que mandaba en casa.

Mantenia controlado hasta a su marido.

—De acuerdo, lo haré.

—Estate aquí cuando cierre la biblioteca. —Se fue echando chispas, dejando claro su enfado con sus movimientos.

Slade le dedicó a Trinity la peor mirada de odio que he visto jamás.

—Cabrona hija de...

—Qué jodida es la venganza, ¿eh? —Se colgó la mochila del hombro y se marchó con paso pomposo y la nariz bien alta.

Cayson y yo intentamos no reírnos. Escucharlos pelear y meterse el uno con el otro constantemente era molesto, pero momentos como aquel me hacían recordar por qué lo aguantaba.

CAYSON LLEGÓ TRAJEADO A MI CASA.

Contemplé sus hombros anchos y sus largas piernas. Sus ojos azules resaltaban contra los tonos oscuros y estaba recién afeitado.

—Guau... estás de toma pan y moja.

Sonrió.

—Yo iba a decir lo mismo de ti. —Entró y me rodeó la cintura con las manos, agarrándome. Me dio un beso largo e intenso mientras sus manos iban descendiendo hasta mi trasero y le daban un apretón. Desde que le había dicho que no me parecía mal, Cayson era mucho más lanzado conmigo: ahora actuaba con decisión y agresividad, justo como a mí me gustaba.

—Este vestido es bonito.

Me había puesto un vestido color rosa champán que se ajustaba a mi cuerpo. Aquel color le sentaba bien a mi piel pálida, así que intentaba ponérmelo siempre que tenía oportunidad. Llevaba una pulsera de oro alrededor de la muñeca, a juego con mis pendientes.

Cayson me dedicó una larga mirada.

—Estás absolutamente preciosa. —Me pasó un mechón suelto

de pelo por detrás de la oreja.

Yo me ruboricé.

—Gracias.

Se acercó y me dio un suave beso en el cuello que me excitó.

—Podría comerte —susurró él.

—Hazlo, por favor.

Al apartarse pude ver el deseo en sus ojos.

—Me encantaría, pero por desgracia tendrá que esperar. Sería incapaz de mirar a tu padre a los ojos si lo veo justo después de... hacer eso.

Sonreí.

—Sería un poco incómodo, ¿no?

—Ligeramente. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un tanga—. Se me olvidó devolverte esto el otro día.

Se lo quité de la mano y lo lancé dentro de mi habitación.

—Mira que eres perverso...

—¿Qué pasa? Me gusta tu ropa interior.

—Justo lo que diría un perverso.

Se encogió de hombros.

—Supongo que lo soy... al menos contigo.

—Mientras sólo sea conmigo, no me parece mal.

—Definitivamente, sólo contigo. —Se volvió a acercar a mí y me atrajo hacia su pecho. Bajó la cara para mirarme y sus ojos se entretuvieron en mis labios.

—Cada día es como un sueño. Todavía no me puedo creer que te esté mirando y tú me estés mirando a mí. No me puedo creer que todo esto sea real, que esos labios sean para mi disfrute exclusivo. —Me pasó el pulgar por el labio inferior, consiguiendo que se me acelerara la respiración.

Cayson era sensual sin pretenderlo siquiera.

—Estás confundido. De los dos, soy yo la afortunada... algo que saben todas las chicas. Y no lo olvidaré nunca.

Sus ojos brillaron divertidos.

—No podrías estar más equivocada, Skye. Pero no hay horas bastantes en el día para discutir contigo. —Se inclinó y me besó, diciéndome con los labios todo lo que no podía decirme con

palabras. Me sujetó por la parte baja de la espalda, arrugándome el vestido, e intensificó su beso. Yo quería arrastrarlo hasta el dormitorio para que el beso diese paso a otras cosas, pero sabía que no era buena idea.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Cayson se apartó con desgana.

—Esos seguro que son mis padres.

Se apartó y se metió las manos en los bolsillos.

—No es obligatorio que no me toques sólo porque estemos con ellos.

Él suspiró.

—Voy a tardar un tiempo en acostumbrarme a esto. Tu padre estará vigilándome como un halcón, le saldrán ojos en la nuca y encima tiene cámaras por todas partes.

—Eso es tan espeluznante que ni siquiera le encuentro la gracia. —Fui hasta la puerta y la abrí.

Mi madre llevaba un vestido azul marino con zapatos de tacón a juego. Su alianza emitía destellos bajo la luz, igual que su pulsera.

—Hola, cielo. Estás preciosa.

—Gracias, mamá. Tú también. —La abracé con fuerza. Conseguía que me sintiera más feliz, aunque ya estuviera contenta.

Mi padre entró con un traje negro, como todos los que tenía. Cada uno de ellos había sido creado por los mejores diseñadores del mundo y no había ni una sola arruga en el tejido. Llevaba un Rolex en la muñeca y la alianza en el dedo, porque nunca se la quitaba.

—Hola, tesoro. —Me atrajo para darme un largo abrazo—. Estás guapísima, como siempre.

—Gracias, papá. Tú pareces un estirado, como siempre.

Se rio y se apartó, estudiando mi rostro por un momento.

—Qué alegría me da verte sonreír.

—Yo siempre sonrío.

—Pero no así. —Me dedicó una mirada de complicidad y luego se acercó a Cayson.

—Hola, tío Sean. ¿Qué tal estás? —Cayson extendió la mano para estrechar la de mi padre.

Mi padre sonrió.

—No hace falta que te comportes de un modo distinto conmigo sólo porque estés saliendo con mi hija, relájate... —Le dio unas palmaditas en el hombro y después lo atrajo hacia sí para abrazarlo—. Eres como un hijo para mí, Cayson.

—Gracias, tío Sean. —Le dio unas palmadas en la espalda y luego se apartó.

—Cayson. —Mi madre abrió los brazos y le dio un abrazo—. Cada vez que te veo estás más guapo.

—Gracias, tía Scarlet.

—Te pareces muchísimo a tu padre. —Se apartó y lo miró a la cara—. Es algo extraordinario.

—No estoy seguro de si eso es un insulto —respondió él riéndose.

—Lo es —aseguró mi padre.

Mi madre lo miró enfadada y después volvió a centrarse en Cayson.

—Es un cumplido, un gran cumplido.

Mi padre la miró con dureza.

—No te olvides del hombre con quien te casaste...

—El más guapo del mundo... Sí, cariño, lo sé. —Se acercó a su lado y pasó el brazo por el suyo—. Como si fueras a dejar que se me olvidara.

—Te lo recuerdo todas las noches —dijo mi padre mirándola con deseo.

—De acuerdo... Vámonos antes de que me ponga a vomitar. —Me dirigí hacia la puerta.

Cayson me la abrió para que saliera y luego salió él.

—Qué asquerosos, ¿eh? —susurré.

Se encogió de hombros.

—A mí me parece adorable.

—Pues claro, tú estás lamiéndoles el culo.

—No es verdad —rebatía él mientras me pasaba un brazo por la cintura y me acompañaba al coche.

El coche de mi madre estaba en el camino de entrada. Cayson abrió la puerta trasera para que yo entrara y luego se sentó a mi lado. Mis padres se reunieron con nosotros.

—¿Os apetece comida francesa? —preguntó mi padre desde el asiento delantero.

—Por mí perfecto —dijo Cayson.

—Me comeré cualquier cosa —dije yo.

—Eso ya lo sé de sobra —dijo mi padre—. Y tu madre también se comerá lo que sea, hasta si lleva unos cuantos días caducado.

Mi madre se encogió de hombros.

—No me gusta desperdiciar comida.

—¿Qué tal Menton's? —preguntó mi padre. Era un restaurante al que habíamos ido unas cuantas veces en Boston.

—Venga, sí —dije yo.

Introdujo la dirección en el GPS y luego miró de reojo el cinturón de seguridad de mi madre para ver si lo tenía abrochado. A continuación, miró por el espejo retrovisor.

—¿Lleváis puesto el cinturón?

—Sí —dije yo—. Pero no tenemos cinco años.

—A veces te portas como si los tuvieras, así que tengo que comprobarlo —dijo mi padre.

Cayson soltó una risita.

—No te rías de lo que diga —susurré—. Con eso sólo lo animas a seguir.

—Te va a tomar el pelo de todas formas. —Me puso la mano en el muslo y luego miró por la ventana.

Mi padre condujo hasta el restaurante sin soltar la mano de mi madre en ningún momento. Se dedicaban tantas muestras de cariño que ya ni me daba cuenta de ello. Si mi padre necesitaba poner las dos manos en el volante, mi madre le ponía la mano en el muslo.

Cuando llegamos al restaurante, dejamos el coche con el aparcacoches y entramos.

—¿Tienen reserva? —preguntó el camarero encargado de sentar a la gente.

—No —dijo mi padre—. Pero queremos una mesa para

cuatro... a nombre de Preston.

El chico estudió el rostro de mi padre y pareció reconocerlo, igual que su nombre.

—Por favor, síganme, señor.

Cayson se inclinó hacia mi oído.

—Has visto... Eso es poder.

—No. Es sólo que sabe que mi padre está forrado —susurré yo.

—Es lo mismo. —Mantuvo la mano en mi cintura mientras íbamos hacia la mesa. Como siempre, Cayson me apartó la silla para que me sentara antes de tomar asiento él. Mi padre hizo lo mismo con mi madre y me di cuenta de que le echaba un vistazo a Cayson, observándolo. Pero no dijo nada.

Entonces cogió la lista de vinos.

—¿Qué os parece que pida una botella para la mesa?

—Claro. —Mi madre estaba sentada con una postura perfecta y aspecto de reina.

—¿Qué te apetece hoy, pequeña? —preguntó mi padre.

—Cualquier cosa. Tú tienes mejor gusto que yo —dijo ella.

—Eso es discutible... —Estudió la carta y luego la dejó encima de la mesa—. Pues un Chardonnay —dijo a continuación poniendo la mano en el muslo de mi madre.

Cayson apoyó el tobillo en la rodilla opuesta y me puso la mano en el muslo, actuando con normalidad.

Mi padre volvió su atención hacia Cayson.

—¿Qué tal las clases?

—Igual —respondió él—. Pero a estas alturas ya estoy ansioso por acabar.

—Ya casi has terminado —dijo mi madre—. Que no te entre la vagancia del último año...

—Lo intentaré —dijo Cayson con una risa—. Dentro de poco tengo unas cuantas entrevistas para facultades de medicina, estoy algo nervioso.

—Enhorabuena —dijo mi padre asintiendo—. Seguro que las haces bien.

¿Tenía entrevistas? Aquello no me lo había mencionado. Decidí sacar el tema más tarde.

Humilde como siempre, Cayson no añadió nada más.

Mi padre se fijó en sus brazos.

—Tienes los brazos como troncos de árbol, ¿pasas tanto tiempo en el gimnasio como estudiando? —dijo con voz divertida.

—Es lo único que Slade y yo podemos hacer juntos sin meternos en líos —dijo él sonriendo.

Mi madre se rio.

—Slade es de lo que no hay, pero tiene tanta vitalidad... exactamente igual que su padre.

—A mí también me cae bien —dijo mi padre.

—Más bien dirás que le quieres —presionó mi madre.

—Obviamente, pequeña. —Puso los ojos en blanco—. Sólo me alegro de que Roland no sea tan extremista.

—¿Por qué no habéis invitado a Roland? —pregunté yo.

—Claro que lo hemos hecho —dijo mi madre inmediatamente—. Ha dicho que tenía que estudiar.

—Y que no quería —dijo mi padre mientras empezaba a trazar unas comillas en el aire— venir a nuestra doble cita para tomar el té como pringados.

Sonreí.

—Eso es típico de Roland.

—¿Se ha estado portando bien? —preguntó mi padre.

—Aunque no fuese así, no te lo diría —respondí.

Mi padre asintió.

—Me parece bien.

Una camarera se acercó a apuntar nuestro pedido. Mi padre pidió para él y para mi madre.

—¿Qué vas a pedir, cariño? —preguntó Cayson.

—El brie francés —contesté.

—Vale. —Cogió nuestras cartas y las dejó a un lado. Luego pidió por los dos.

Aquella era la primera vez que salía con mis padres y mi novio al mismo tiempo, y me estaba gustando mucho. Mi padre estaba tranquilo y se comportaba con normalidad, sin vigilar todos los movimientos de Cayson. Era obvio que le quería, y no sólo

porque tuviera que hacerlo, sino de verdad... sobre todo por mí. Mi madre también sentía lo mismo. Era algo que nunca había esperado que sucediera.

—Bueno, ¿te ha empezado ya a volver loco mi hija? —le preguntó mi padre a Cayson.

—Pues sorprendentemente, no —respondió Cayson.

Le di un cachete en broma en el brazo.

—Yo nunca te volvería loco.

—Me vuelves loca la cartera con todo lo que comes —dijo Cayson.

Puse los ojos en blanco.

—No como tanto.

Cayson se rio.

—Claro, cariño, claro...

Mi madre sonrió al vernos juntos.

—¿Y cómo ha sido? ¿Cómo empezasteis a salir juntos?

Cayson y yo nos miramos el uno al otro sin saber quién debería contar la historia.

Cayson tomó la iniciativa.

—En fin, yo llevo mucho tiempo sintiendo algo por Skye.

—Nos tenías engañados —dijo mi madre.

—Bien —respondió Cayson riéndose—. Era lo que pretendía. De todas formas, seguía teniendo la esperanza de que pasara algo entre nosotros, pero parecía bastante evidente que Skye no sentía lo mismo por mí. Así que pasé página...

Entonces continué yo.

—Al verlo con Jasmine en Acción de Gracias, me di cuenta de que lo echaba de menos y de que no podía dejar de pensar en él. Todo el mundo me decía sin parar que estaba enamorado de mí, pero yo nunca escuchaba... y tendría que haberlo hecho. Y bueno, vosotros también tenéis algo que ver, porque quiero lo que tenéis vosotros... y Cayson es mi mejor amigo.

Mi padre asintió aprobadoramente.

—Me alegro de que no tardaras diez años en conseguirlo, como nos pasó a tu madre y a mí.

—Yo también —dije con una sonrisa.

Cayson me dedicó una mirada juguetona y frotó su nariz contra la mía.

La camarera volvió con nuestra comida y el vino. Empezamos a comer de inmediato. Yo tenía tanta hambre que prácticamente me tragaba la comida sin masticar.

Cayson sonreía mientras me miraba.

—¿Qué? —dije.

Utilizó su servilleta para limpiarme la barbilla.

—Siempre sé cuándo tienes mucha hambre porque te manchas toda la cara de comida.

—Uups. —Me encogí de hombros y seguí comiendo.

Cayson comía con unos modales perfectos y era él mismo.

—¿Qué tal el trabajo, tío Sean?

—Un coñazo tremendo —dijo mi padre—. Nada digno de mención.

—Estoy superemocionada por trabajar allí... —dije sarcásticamente.

Mi padre bebió vino y luego sonrió.

—Bueno, yo llevo veinte años trabajando allí... Al cabo de un tiempo desaparece la novedad. Además, me obliga a separarme de tu madre.

—¿Es que no te aburres de ella? —pregunté.

—¿Te aburres tú de Cayson? —contraatacó mi padre.

No... definitivamente no me aburría.

Mi padre volvió a beber vino.

—Tu madre viene a veces al trabajo conmigo, pero así nunca consigo terminar nada...

—Demasiada información, papá —dije mientras seguía comiendo.

—Tu padre tiende a compartir demasiado a veces —dijo mi madre dedicándole una mirada coqueta.

—Cuando tienes una mujer tan guapa es difícil resistirse a ella —afirmó mi padre limpiándose los labios con la servilleta.

Cayson me miró.

—Espero que tú no me distraigas en el trabajo, porque podría matar a alguien.

¿Se refería a si estuviéramos casados?

—Asegúrate de tenerme bien alimentada y eso no supondrá un problema.

Mi madre me miró.

—¿Qué tal está Trinity?

—Está bien —contesté—. Quiere dedicarse a la moda.

—Eso es lo que nos ha estado contando tu tío Mike. —Dio un sorbo de vino.

—Me alegro por ella —dijo mi padre—. La vida es demasiado corta para vivir los sueños de otra persona.

—¿Entraste tú en la empresa al acabar la universidad? —pregunté yo.

—No. Estuve trabajando para un agente de bolsa unos cuantos años y luego para una empresa de reciclaje. Después me hice cargo de la empresa junto con tu tío Mike.

—¿Hizo algo antes el tío Mike? —preguntó Cayson.

—Trabajó en Wall Street —respondió mi padre.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Los chicos Preston son un dechado de virtudes.

—Y también los Sisco —respondió mi padre mencionando el nombre de soltera de mi madre, que compartía con el tío Ryan.

—¿Sigue Slade decidido a ser tatuador? —preguntó mi madre.

Cayson asintió inmediatamente.

—No creo que vaya a cambiar nunca de opinión, no le interesa demasiado la universidad.

Mi madre se encogió de hombros.

—Le he dicho a mi hermano que permita a su hijo tomar sus propias decisiones, pero no quiere hacerme caso.

—Sólo quiere asegurarse de que Slade mantenga abiertas sus opciones —dijo mi padre—. No puedes culparlo por eso.

—Claro que no —dijo mi madre. A continuación, se dirigió a Cayson—: ¿Qué tal está Clementine?

—Bien. No hablamos mucho durante el curso, pero creo que está bien —dijo Cayson—. Sigue tocando el violín con la Sinfónica de Nueva York, por lo que sé.

—Tiene mucho talento —dijo mi padre—. Cada vez que

intentaba que Roland aprendiera a tocar el violín, él se empeñaba en intentar tocarlo como si fuera una guitarra. —Puso los ojos en blanco.

Yo me reí al acordarme de aquello.

—A lo mejor nuestro hijo está destinado a ser una estrella del rock —dijo mi madre.

—A su abuela le daría un infarto —dijo mi padre.

—Pero el abuelo se metería en el autobús de las giras —dijo Cayson.

Me reí al pensar en mi abuelo como técnico de sonido.

—Me lo imagino totalmente.

—Y yo —dijo mi madre soltando una carcajada.

Alegré el plato de mí después de dejarlo limpio.

—Estoy llenísima.

—¡Milagro! —me tomó el pelo Cayson.

Le di otro cachete en el brazo.

—No te rías de mí.

—Cariño, lo siento pero siempre me voy a reír de ti. —Me guiñó un ojo.

—Bien —dijo mi padre—. Quiero que esté con un hombre que la trate como a una princesa pero al mismo tiempo logre que siga teniendo los pies en el suelo.

—Pues entonces soy tu hombre —aseguró Cayson.

—Ya me doy cuenta —dijo mi padre.

La camarera volvió con la cuenta.

Cayson la cogió al instante y deslizó su tarjeta de crédito dentro.

—La cena corre por mi cuenta.

—Me temo que no, Cay. —Mi padre se la quitó y cambió las tarjetas.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Ya empezamos...

—Déjame al menos pagar lo de Skye y lo mío —dijo Cayson.

—No. —Mi padre le tendió la cuenta a la camarera—. Ya hemos terminado.

—Por supuesto, señor. —La camarera se alejó.

Cayson soltó un suspiro de derrota.

—Estoy seguro de que alimentar a mi hija ya es suficiente carga financiera —dijo mi padre con una sonrisa.

—¿Por qué se está metiendo todo el mundo conmigo esta noche? —pregunté.

—Eres un blanco fácil —dijo Cayson. Se volvió hacia mi padre—. Bueno, pues muchas gracias por la cena, tío Sean.

—Lo he hecho encantado, Cayson —dijo mi padre amablemente.

La camarera volvió con el recibo y luego nos pusimos en marcha hacia mi apartamento. Pasamos el trayecto de vuelta en silencio. Como estaba llena y abrigada, me entró sueño. Apoyé la cabeza en el hombro de Cayson mientras él me cogía de la mano. Cada vez que abría los ojos, pillaba a mi padre echándonos miraditas por el espejo retrovisor.

Al llegar a mi apartamento, mis padres salieron del coche y me abrazaron.

—Hasta la próxima —dijo mi madre. Nunca decía adiós y siempre intentaba hacer su marcha lo más fácil posible. Yo había estado pegada a sus faldas desde que tenía uso de razón y me resultaba difícil dejar que se marchara.

—Vale, mami. Te quiero.

—Y yo a ti, nenita. —Me dio un beso en la frente antes de apartarse.

Mi padre me dio un fuerte abrazo.

—Odio las despedidas.

—Y yo.

—Te quiero muchísimo, tesoro. Te echo de menos todos los días.

—Yo también a ti.

Continuó abrazándome.

—Podría quedarme aquí toda la noche... —Por fin abrió los brazos—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Ya lo sé, papá.

Abrazó a Cayson antes de volver al coche.

Cayson me rodeó la cintura con un brazo y observamos juntos

cómo se alejaba el coche de mis padres.

Cuando desaparecieron las luces de posición, sentí la tristeza en mi pecho.

—¿Tú te pones triste cuando te despidas de tus padres?

Me dio un beso en la frente.

—Sí.

—Bien... no soy sólo yo.

—Claro que no.

—Cayson, ¿te puedo pedir un favor?

—Lo que tú quieras, cariño.

—Cuando nos asentemos... ¿podemos vivir en Connecticut?

Dejó caer el brazo y me miró con ojos cargados de emoción. Estuvo mucho tiempo sin decir nada, sólo mirándome fijamente. Sus ojos azules adquirieron una ligera tonalidad gris y su profundidad pareció hacerse infinita. Me tomó el rostro entre las manos y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Por supuesto.

SLADE

SI NO ESTUVIERA EN CONTRA DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES, LE habría dado un buen bofetón a Trinity.

Me había pasado una hora limpiando la biblioteca mientras la bibliotecaria me observaba. Había polvo por todas partes y tuve que vaciar las papeleras. No era un trabajo muy agradecido y me había pasado todo el rato apretando la mandíbula. No podía creerme que Trinity me hubiera lanzado a los leones de esa forma. Me había jodido pero bien.

Cayson me envió un mensaje en cuanto salí del edificio.

«Vamos a echar una partida de póker en casa de Roland».

«Me vendría bien relajarme un poco. ¿Cuándo?».

«En una hora».

«Vale, allí estaré».

Me fui a casa y me di una ducha para quitarme la mugre y la porquería de las manos antes de cambiarme e ir caminando al apartamento de Roland, que estaba a unas manzanas de distancia. Por lo general habría ido conduciendo porque hacía un frío de muerte, pero tenía pensado beber, así que coger el coche no era buena idea.

Entré sin llamar a la puerta y dejé la caja de seis botellines en la encimera.

—Blue Moon... Calidad de la buena.

—Genial. —Roland la cogió y metió las cervezas en la nevera.

Había una mesa de póker redonda en el centro de la sala, con las fichas y las cartas. Cogí una cerveza y tomé asiento.

Conrad se sentó enfrente de mí.

—¿Qué tal la vida de conserje? —Tenía una sonrisa burlona en la cara.

—Que te jodan —solté.

—¿También has tenido que limpiar los baños? —Roland se sentó y empezó a barajar las cartas.

—Estoy a punto de meterte este botellín por el culo. —Apunté la cerveza en su dirección.

Roland se rio.

—Ojalá hubiera podido sacarte una foto.

Suspiré y di un sorbo a la cerveza, deseando que nadie se hubiera enterado de la tarde que había pasado limpiando la biblioteca.

—Slade en toda su gloria... —Conrad se rio—. Estoy seguro de que a las chicas les habría encantado.

—Sigo siendo capaz de follarme a más tías —le solté—. Tanto si limpio la biblioteca como si no.

—Lo que tú digas, tío —dijo Conrad—. Mi hermana te la ha metido doblada.

—Niñata —mascullé.

Se abrió la puerta y entraron Skye y Cayson cogidos de la mano.

—Creía que esta iba a ser una noche de chicos —dije.

Roland se encogió de hombros.

—A Skye se le da bastante bien el póker.

—No tanto como a Cayson. —Skye le dirigió una mirada coqueta a Cayson.

Roland ignoró sus palabras.

—Sea como sea... Es más pasta en el bote.

Decidí no discutir, puesto que Skye ya estaba allí.

Cayson se sentó a mi lado con Skye junto a él. Fue a por una cerveza y un plato de galletitas saladas para ella, atendiéndola

como a una reina.

Yo puse los ojos en blanco, pero no hice ningún comentario.

—Que empiece el juego.

La puerta se volvió a abrir y entró mi hermana.

—Hola, conserje.

Tenía que ser una broma...

Me ofreció una escoba.

—Te he traído esto. Me imaginé que te gustaría.

Todos se rieron.

—Pues estoy a punto de clavártela en las tripas —amenacé.

Ella se rio y apoyó la escoba contra la pared.

—Mi hermano es el tío más desordenado que conozco. Quién iba a decir que acabaría siendo limpiador profesional.

—Mira, sólo he estado recogiendo la biblioteca como una hora —dije—, así que dejémoslo ya.

—Slade puede dar caña, pero no aguanta que se la den a él.

—Roland se rio y dio un trago a la cerveza.

—Callaos y ya está, ¿vale? —Quitó la etiqueta al botellín porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Mamá y papá se sentirán muy orgullosos —dijo Silke.

—¿De que te mate? —solté.

Me revolvió el pelo con la mano y se sentó en el sofá.

—Lo que tú digas, hermanito.

Me coloqué el pelo y me recosté en mi silla.

—Si ya hemos acabado con eso, vamos a...

Trinity entró por la puerta.

—He traído Heineken.

Hija de puta.

Dejó la caja de seis botellines y me sonrió con arrogancia.

—Me preguntaba por qué olía a basura por aquí. ¿Acabas de salir de trabajar?

Todo el mundo se rio.

Le dirigí una mirada asesina, deseoso de tirarle de aquel bonito pelo rubio.

Cayson pareció darse cuenta de que yo había llegado al límite.

—Vale ya, chicos, ya ha sido suficiente. Dejadlo ya.

Trinity se sentó delante de mí con una sonrisa de regocijo en la cara.

Le dediqué otra mirada amenazadora antes de mirar hacia otro lado.

—Vamos a empezar la partida. —Roland repartió las cartas. Después de mirar su mano, todo el mundo apostó sus fichas, y yo hice lo mismo.

Trinity no dejaba de mirarme con una expresión de triunfo en la cara.

Me la iba a cargar.

Todos mostramos nuestras cartas y Conrad salió vencedor de aquella ronda.

—Parece que esta noche os voy a dejar pelados. —Conrad arrastró el montón de fichas hacia sí.

—Sólo es la primera mano, tío. —Roland volvió a repartir las cartas.

Trinity se acabó su primera cerveza y fue a por la segunda como si estuviera bebiendo agua.

—¿Es que no has aprendido nada? —le solté.

Ella entendió lo que quería decir y levantó el botellín.

—Botellín cerrado. Y no creo que ninguno de los presentes tenga ningún interés en violarme.

Roland sacudió la cabeza de inmediato.

—Definitivamente no.

Me acabé la cerveza y cogí una segunda.

—Lo único que pasa es que Slade tiene miedo de que pueda superarlo de todas las maneras posibles —dijo Trinity—. Si no es en inteligencia, es a beber.

Apreté mi botellín con más fuerza.

—Nadie puede igualarme. —Me bebí la cerveza entera en segundos y dejé el casco vacío sobre la mesa.

Ella hizo lo mismo.

—Eso ha sido fácil.

—Al menos va a ser fácil ganarles a las cartas —dijo Roland.

Jugamos unas cuantas manos más. Cayson ganó varias veces y se llevó el bote. Trinity sorprendió a todo el mundo con un full

que nos hizo polvo a todos. Yo seguí bebiendo y ella aguantó mi ritmo.

Se preparó un whisky con Seven Up y se lo acabó sin inmutarse.

—Tú bebe alcohol fuerte después de la cerveza y ya verás como potas. Se hace al revés, idiota. —La miré fijamente, poniéndola en un aprieto.

Se sirvió otro combinado igual.

—Si tú no lo aguantas, no pasa nada. Sé que probablemente tendrás que trabajar mañana limpiando unos cuantos váteres.

Dios, pero qué cabrona era. Me serví un coñac.

—Vete a la mierda, Trinity.

Terminamos la partida de póker y nos acomodamos en el sofá para ver la tele. Roland y Conrad seguían bebiendo cerveza. Skye no se había tomado más que la primera y Cayson había parado después de la segunda. Sin embargo, Trinity y yo estábamos enzarzados en un combate a muerte.

Se preparó otro whisky con Seven Up. Tenía los ojos medio cerrados y parecía un poco cansada. Arrastraba las palabras al hablar, pero por lo demás parecía estar bien. Yo ya estaba borracho y no conseguía disimularlo demasiado bien. Intentaba aparentar tranquilidad, pero cada vez se me hacía más difícil.

Conrad le quitó el vaso a Trinity de la mano.

—Te voy a ir cortando el grifo.

—Te voy a cortar el grifo yo a ti. —Intentó darle un golpe en el brazo, pero falló y, en lugar de eso, pegó a Skye en el muslo.

—Sí... Está borracha. —Conrad llevó el vaso vacío a la cocina.

—Ya has bebido suficiente, Slade. —Cayson me quitó el vaso.

—Venga, hombre —solté—. No seas marica.

—Mala suerte. —Cayson se llevó el alcohol.

Me recosté en el sofá y me giré hacia Roland.

—Tienes un nombre raro de la hostia.

Él también estaba mamado.

—¿Y qué clase de nombre es Slade? Se parece a gay que flipas.

—Pero Roland suena... estúpido.

—Tú sí que eres estúpido.

—Y Conrad ya no digamos —dije—. Suena a guardabosques.

—¿Qué clase de nombre es Skye? —dijo Roland—. Parece que mis padres sean hippies.

—Porque lo son —dije yo.

Silke se sentó en el otro sofá y no tardó en quedarse dormida. Ella no era capaz de aguantar el alcohol como el resto del grupo.

—Cayson, vámonos a casa a follar —soltó Skye.

Cayson no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Qué asco! —dijo Roland. Se tapó los ojos—. No quiero escuchar eso.

Conrad le movió las manos a las orejas.

—Así mejor.

A Cayson se le puso la cara roja.

—Sólo hacen falta tres cervezas y un bourbon, ¿eh?

—Venga —dijo Skye—. ¿Por qué no lo hemos hecho todavía? ¡Si tienes la polla enorme!

Cayson tenía la cara como un tomate.

—Pues vete a hacerlo y punto —dijo Trinity balbuceando—. Móntalo como si no hubiera mañana.

—Tienes razón, Trin —dijo Skye mientras se reía—. Tienes razón en todo.

—Ya lo sé. —Trinity esbozó una sonrisa victoriosa. Tenía las mejillas enrojecidas por el alcohol.

Cayson estaba absolutamente avergonzado.

—Cariño, ya es hora de que nos vayamos a casa.

—¿Qué? Pero si ahora es cuando empieza a ponerse divertido. —Skye hizo un puchero.

—Venga. —La levantó y le puso un brazo alrededor de la cintura—. Di buenas noches.

—Hasta luego. —Agitó la mano y se echó a reír.

En cuanto se marcharon, Conrad puso los pies en el sofá.

—Tío, estos sofás son supercómodos.

—Ya lo sé —dijo Roland—. Y son perfectos para follar.

—Puaaaj. —Conrad hizo una mueca, se dejó rodar hasta el suelo de madera y se echó a reír—. Joder, qué duro está el suelo.

Silke empezó a roncar.

—Tíos, sois unos pringados. —Trinity se echó el pelo hacia atrás y se puso de pie—. Me voy a casa.

—No vas a conducir —soltó Conrad. Intentó levantarse, pero se volvió a caer.

—He venido andando, idiota. —Se encaminó hacia la puerta con determinación.

A mí se me estaba empezando a nublar la mente. Tenía unas ganas tremendas de dormir, pero no quería acostarme allí, en aquellos sofás en los que Dios sabía qué habría hecho Roland.

—Yo también me piro.

—Genial —dijo Conrad—. Vete con mi hermana.

—Tu hermana me importa una mierda. —Salí de allí y cerré la puerta con más fuerza de la que pretendía.

Me abrigué con la chaqueta y empecé a bajar las escaleras. Fuera hacía un frío helador y había montones de nieve distribuidos por el suelo. Me encantaba el invierno, aunque prefería el verano: las chicas llevaban vestidos cortos y flores en el pelo. Resultaba fácil adivinar quién tenía un cuerpo de escándalo y quién no. Y además las chicas siempre cogían unos kilos durante las vacaciones.

Cuando di la vuelta a la esquina, vi a Trinity recogiendo el móvil del suelo.

—Mierda...

Lo limpió frotándolo contra el abrigo.

Me reí al ver cómo limpiaba la nieve de la pantalla.

Ella alzó la vista al oírme.

—¿Me estás siguiendo?

—¿Para qué iba a seguirte? Prefiero huir de ti.

Comprobó el teléfono y la pantalla se iluminó.

—Uf, no está roto.

—Uf, me da igual. —Fui andando por el camino entre los árboles.

Trinity apareció detrás de mí y me alcanzó.

—¿Por qué vienes conmigo? —espeté.

—Mi casa está por aquí, imbécil.

Sacudí la cabeza y mantuve las manos en los bolsillos.

—De todas las personas del mundo, tú eres a la que menos aguanto. ¡No me puedo creer que me la jugaras así!

—¡Me la jugaste tú primero a mí! La de la biblioteca se creyó que había sido yo y tú en ningún momento le dijiste lo contrario. Cobarde. —Me dedicó una mirada de asco.

—Pero yo no me fui a chivar de ti como si tuviera cuatro años.

—Pues te portas como si tuvieras cuatro años.

—Y tú pareces una niña de cuatro años.

Me dio un golpe en el brazo.

—Entonces, ¿te gusta follarte a niñas de cuatro años?

—¿Perdona? —dije furioso. Me detuve en seco.

—No finjas que no me miras. Te he pillado muchísimas veces.

—Porque te estabas paseando por mi habitación en sujetador y tanga. Si fueras una vaca gorda y fea, también te habría mirado.

—Lo que tú digas. —Cruzó los brazos sobre el pecho y siguió caminando—. Te pongo y lo sé.

Me reí porque aquello era totalmente absurdo.

—Sí que te lo tienes creído, ¿no?

—Es que lo sé.

—Joder, pues claro que no. Te odio. Te detesto hasta el infinito.

—Entonces, ¿por qué me salvaste? —quiso saber—. Podrías haber mirado a otro lado, haber ligado con alguna tía y haber seguido a lo tuyo. Si tanto me odiaras, si yo te fuera tan indiferente, no habrías movido un puto dedo.

Dios, me daban ganas de cruzarle la cara.

—Lo habría hecho por cualquier tía. Deberían matar a los hombres que se aprovechan así de las mujeres.

Ella siguió caminando abrigándose bien con la chaqueta.

—Te pasas todo el día tratándome como a una mierda y ya estoy harta. Y cuando me defiendo, te pillas un berrinche como si fueras una puta nena.

—Yo no te trato como a una mierda —rebatí—. Trato a todo el mundo exactamente de la misma manera. No estoy seguro de por qué te crees que eres especial, porque no lo eres, princesita.

—Cierra el pico, Slade.

Llegamos al edificio en el que yo vivía.

—Gracias a Dios.

—¿No vas a acompañarme a casa? ¿O a invitarme a pasar?

—¿Por qué pichas iba a hacer eso? Has venido caminando hasta aquí, así que puedes hacer el resto del camino tú solita.

—Rodeé el edificio y me dirigí hacia las escaleras.

Ella apareció detrás de mí y me empujó.

—¿Qué problema tienes? Te comportas como si te preocuparas por mí y luego de repente eres un cabrón.

Trastabillé hacia delante y me apoyé en las manos. El suelo estaba helado. Me volví a poner en pie y me limpié las palmas de las manos en los vaqueros.

—¡No me empujes!

Empleó toda su fuerza y volvió a empujarme.

—No te va a dar un chungo por intentar ser amable conmigo. No voy a desaparecer nunca, así que podemos pelearnos cada dos por tres por los siglos de los siglos o puedes hacer un intento sincero de ser mi amigo.

Tropecé hacia atrás, desorientado por el alcohol y el frío. Conseguí no caerme, pero no pude contener la rabia. Incapaz de controlarme, la empujé contra la pared, haciendo chocar su espalda contra el cemento.

—Vuélveme a empujar y te parto el cuello. —Le agarré las muñecas y se las inmovilicé contra la pared—. ¿Entendido?

Ella respiraba con agitación mientras me miraba fijamente a la cara. La nieve caía ligeramente a nuestro alrededor. Yo no sabía qué hora era, pero a juzgar por la temperatura y por la ausencia de gente, supuse que sería más de medianoche. Ella se quedó mirándome a los ojos mientras su pecho subía y bajaba con cada bocanada de aire que tomaba. Su cabello rubio le enmarcaba el rostro y la sombra verde oscuro que se había puesto en los ojos hacía que parecieran más grandes y bonitos. La raya negra que llevaba en los bordes le hacía destacar los ojos, y sus labios estaban de un color rojo rubí a pesar del frío. Su blanca piel era el reflejo del azote del invierno. Era pálida y clara, y me recordaba a un copo de nieve.

Yo no sabía qué coño estaba pasando. El alcohol me confundía y me volvía bipolar. Un instante quería romperle el cuello y al siguiente deseaba sentir su cálido aliento sobre mi boca. Se me quedó mirando y me contempló los labios, albergando los mismos pensamientos.

Exactamente al mismo tiempo, pegó la boca a la mía mientras yo me abalanzaba sobre la suya.

Mi boca tomó la suya con agresividad. La acaricié, saboreándola. Sus labios me correspondieron, rozando los míos antes de que su lengua se introdujera en mi boca, acariciando levemente la mía. Oprimí su cuerpo con el mío, sintiendo su pecho apretado contra el mío.

Hundió las manos en mi pelo y alborotó los mechones. Entonces las metió bajo mi camiseta y me palpó los músculos de la espalda. Tenía las manos frías, pero era una sensación agradable. Me arañó suavemente la piel con las uñas, ejerciendo la presión justa.

Le abrí el abrigo de un tirón y metí las manos por debajo de su camiseta para agarrarle los pechos por encima del sujetador. Ella gimió en mi boca al notar cómo la tomaba, estrujándola.

Su mano serpenteó hacia mis pantalones y se agarró a mi erección. La acarició como si lo hubiera hecho un millón de veces, dejando clara su experiencia. Me estaba haciendo jadear y excitándome al máximo.

Yo llevé las manos a sus vaqueros y se los desabroché sin dejar de besarla. Nuestras lenguas bailaron juntas y lograron que me olvidara del frío. Respiraba con fuerza y mi sexo palpitaba cada pocos segundos.

Cuando tuvo los pantalones abiertos, tiré de ellos hacia abajo y la ayudé a sacárselos por las piernas. Probablemente estaría congelándose, pero no parecía importarle. Me abrió la bragueta y me bajó los vaqueros y los bóxers, dejando expuesta mi erección.

Pegué los labios a su cuello y succioné la piel mientras metía la mano bajo su ropa interior. Encontré su clítoris de inmediato y lo froté. Después introduje dos dedos en su sexo y noté lo húmeda que estaba.

Ella se chupó la mano y me frotó con fuerza, haciendo exactamente lo que hacía yo cuando me masturbaba. Era toda una experta y estaba logrando excitarme más de lo que ya lo estaba.

Yo no quería seguir esperando más. Quería estar dentro de ella y olvidarme de los preliminares. Le agarré el tanga con la mano y se lo bajé para lanzarlo a un lado, donde quedó abandonado sobre la nieve. Después la sujeté por las nalgas y la alcé, inmovilizándola contra la pared. Ella enroscó las piernas alrededor de mi cintura automáticamente.

A ninguno de los dos nos importó que en cualquier momento pudiera pasar alguien. Tenía los pantalones por debajo del trasero y ella tenía las piernas bien abiertas para mí. Como si fuera un imán, mi sexo encontró su abertura y sintió la acumulación de humedad entre sus piernas.

—Joder. ¿Tienes un condón? —solté.

—No, tomo la píldora. —Me rodeó el cuello con los brazos y me volvió a besar, tocando mi boca con la suya como a mí me gustaba.

Aquello era todo lo que necesitaba escuchar. Le agarré el trasero e incliné un poco sus caderas. Después, me hundí en su interior sin sentir mucha resistencia.

—Joder, qué gusto... —Era una puta maravilla. Nunca me había follado a una tía sin condón y ahora sabía lo que me había estado perdiendo.

Ella gimió y se aferró a mí, intentando sujetarse.

Tras tomarme un momento para recuperarme, embestí con las caderas y me moví en su interior. No había forma de describir el placer que sentía. Era el paraíso, el puro paraíso. Estaba muy húmeda y suave... y su estrechez era perfecta para mi enorme miembro. Podría pasar toda la noche haciendo aquello.

—Slade... Sí. —Se sirvió de los brazos para moverse suavemente de arriba abajo y mecerse conmigo.

Yo empecé a moverme más rápido, deseando todo lo que pudiera obtener de ella.

—Fóllame. —Echó la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba

de lo que le estaba haciendo—. Fóllame, Slade...

Yo me movía tan rápido como podía, encantado de sentir su piel contra mi erección. Mi glándula la penetró una y otra vez, palpitante de placer. Yo respiraba con dificultad y gemía, deseando ir aún más rápido.

Pasaron unos minutos y nos aferramos el uno al otro mientras nos movíamos al compás. Trinity emitía ruidos junto a mi oído, excitándose más. Pegó los labios a mi oreja y no dejó de susurrarme guarradas, llevándome al límite. La follé con fuerza y con ganas, y supe cuándo acertaba en el punto perfecto. Prácticamente gritó cuando hice que se corriera.

—Dios... sí.

Aunque en la calle hacía un frío de muerte, empecé a sudar. Nunca había hecho tanto esfuerzo durante el sexo. Le estaba dando todo lo que tenía, embobado con la sensación de su sexo desnudo contra el mío.

Cuando sentí que el calor se acumulaba en mi entrepierna, extendiéndose a todos los nervios de mi cuerpo, supe que se acercaba el orgasmo. Como si fuera una bola de fuego desatado, quemó cada fibra de mi ser. Ni siquiera había llegado al clímax todavía y ya era la mejor sensación que había sentido en mi vida. Era como caer en espiral, desplomándose en picado. Y entonces, llegué.

—Joder, sí. —La sostuve contra la pared mientras me tensaba y eyaculaba. Nunca me había corrido dentro de una chica y me dio mil veces más placer que cualquier otra cosa. La llené, salpicando con fuerza. Mantuve el cuerpo pegado al suyo y me aferré a su calor.

Cuando hube terminado, me quedé como estaba, sintiéndome agotado de repente. Ella respiraba con fuerza bajo mi cuerpo, intentando recobrar el aliento. El mundo empezó a girar y, de repente, el frío me sacudió.

Mientras seguía sujetándola, cogí su ropa del suelo y la llevé en brazos a mi apartamento, sin salir de su cuerpo. Ella apoyó la cabeza sobre mi hombro y enroscó los brazos alrededor de mi cuello.

Cuando entramos en mi dormitorio, la lancé sobre la cama y me tumbé a su lado. Sólo tardé unos segundos en quedarme dormido. No sabía si Trinity ya estaría dormida o no, pero estaba demasiado borracho y cansado como para que aquello me preocupase.

TRINITY

UNA IMPRESIONANTE MIGRAÑA ME PALPITABA DETRÁS DE LOS OJOS, retumbándome en la parte delantera del cráneo y poniéndome de un humor de perros antes incluso de que empezara el día. La noche anterior era una laguna. Recordaba haber bebido... mucho. Todos estaban allí. Y Slade... Él...

Ay, mierda.

Todo me vino a la mente de golpe. Nos habíamos peleado como si estuviésemos en una batalla y luego, de repente, estábamos montándonoslo contra la pared de su edificio. Recordé el aire frío que me había atravesado los pulmones, quemándome con cada una de mis desesperadas bocanadas. Recordé la pared de cemento contra mi espalda. Recordé nuestro beso, el baile de nuestras lenguas. Y recordé que había estado dentro de mí.

La hostia puta. Me había acostado con Slade.

Abrí los ojos de golpe y me quedé mirando un techo que no reconocía. ¿Dónde estaba? Miré hacia la mesilla y vi dos pastillas y un vaso de agua. ¿Aquello era para mí? Entonces me di cuenta de que estaba en la cama de Slade. Debíamos de habernos quedado allí dormidos. Me giré hacia el otro lado, esperando verlo allí dormido junto a mí.

Pero no estaba ahí.

Me incorporé y noté el pelo enredado moviéndose sobre mis hombros. Seguía con la chaqueta y la camiseta puestas, pero nada de cintura para abajo. Mis vaqueros y mis bragas estaban en el suelo, olvidados. El lado de la cama de Slade estaba arrugado, como si hubiera dormido allí aquella noche, pero ahora no se lo veía por ninguna parte.

—¿Slade?

No hubo respuesta.

Avancé hasta los pies de la cama y sentí que la cabeza me martilleaba con más fuerza. Me desorienté por un instante, respiré para contener las náuseas y aclaré mis pensamientos. Busqué de inmediato las pastillas con las manos, me las metí en la boca y me las tragué con el agua.

Ay, Dios, aquello era terrible.

Tardé unos segundos en levantarme de la cama. Volví a notar un pinchazo en la cabeza, pero lo ignoré y me vestí. Todavía tenía el móvil y las llaves en el bolsillo del abrigo.

—¿Slade?

Seguía sin responder.

Recorrí la casa, pero no lo vi por ninguna parte. La televisión estaba apagada y no había ningún plato sucio. Era bastante evidente que ya se había marchado. ¿Se había ido por mí? Con ganas de llegar a casa y meterme en la ducha, me fui de su apartamento.

SEGUÍA SIN PODER CREER LO QUE HABÍA OCURRIDO. SLADE HABÍA SIDO MI ENEMIGO desde que yo recordara. Nos peleábamos y discutíamos como dos personas que se despreciaban. Yo lo odiaba a él y él me odiaba a mí.

Entonces, ¿qué coño había pasado?

Sabía que el alcohol te hacía más desinhibido, pero había tenido que caer muy bajo para acostarme con Slade, el tío más

promiscuo al que había conocido en mi vida. Me pasé los dedos por el pelo con ansiedad mientras asimilaba lo que había sucedido. No me podía creer que lo hubiéramos hecho así a la intemperie con aquel frío, como animales.

Aunque era domingo, no fui a casa de Skye. La gente iba a ir a su casa a ver el partido de fútbol americano, pero yo no pensaba poner un pie en aquel lugar. ¿Y si Slade estaba allí? Dios, aquello sería superincómodo. ¿Qué le iba a decir? ¿Y qué iba a decir él?

La pantalla del móvil se iluminó cuando me llegó un mensaje. Por favor, que no fuera Slade. Por favor, que no fuera Slade. No era él. Era Skye.

«¿Vas a venir o qué?».

No podía preguntarle si Slade estaba allí.

«Hoy me voy a quedar en casa».

«¿Te encuentras bien?».

¿Por qué me lo preguntaba?

«Sí, claro. ¿Por qué no iba a estar bien? Estoy genial. De maravilla». Vale, aquello quizá fuese un poco exagerado...

«Sólo quería asegurarme de que todo iba bien. Slade no ha venido hoy, así que he pensado que pasaba algo».

«No. Estoy de fábula».

«¿Has hablado con Slade?».

«¿Por qué iba a haber hablado con Slade? No lo he visto. No». Dios, parecía que estaba a la defensiva.

«Bueno, si lo ves, dile que Cayson quiere hablar con él».

«No contéis conmigo, porque no lo voy a ver».

«¿Estás bien, Trin?».

«Estoy de fábula». Tenía que dejar de usar aquella expresión.

Skye dejó de escribirme, así que di por sentado que ya estaba libre de sospecha. Lancé el teléfono a un lado y me tumbé en la cama, preguntándome por qué era tan jodidamente tonta y por qué tomaba aquellas decisiones tan estúpidas.

EVITÉ A SLADE TODA LA SEMANA. NO PASABA POR NINGÚN SITIO EN EL QUE creyera que podría aparecer. No iba a la biblioteca en el descanso entre clase y clase, y me mantenía alejada de todos los del grupo. Verlo sería lo más incómodo del mundo. Me pregunté si le habría contado a Cayson lo sucedido. Aquel era mi mayor miedo. En el grupo no ocurría nada de lo que no se enterase todo el mundo. Pero si se lo hubiera contado a Cayson, él se lo habría dicho a Skye... que ya se habría enfrentado a mí. Como no lo había hecho, daba por sentado que Slade se había guardado la verdad para sí.

La semana transcurrió con tranquilidad. No lo vi en ningún sitio. Quizá simplemente podríamos seguir evitándonos mutuamente y fingir que aquello nunca había ocurrido. Pero, por supuesto, Skye sabía que pasaba algo.

«Trinity, ¿dónde te metes últimamente?».

Dios, ¿es que era detective?

«He estado ocupada. ¿Habéis consumado el acto ya Cayson y tú?».

Lo cierto era que en aquel momento no me importaba, pero intenté aparentar normalidad.

«¿Ocupada con qué?».

«Con los deberes». Supe que aquella era una mala respuesta en cuanto la envié.

«Si tú nunca haces los deberes».

Puf...

«Estoy mala».

«¿En qué quedamos? ¿Estás ocupada o estás mala?».

Me había metido yo sola en un callejón sin salida. Dejé de escribirle sin más; probablemente aquella fuese la mejor idea.

Unos días más tarde, estaba cruzando el campus a través de los árboles cuando divisé a Slade a tan sólo unos metros de distancia. Tenía las manos en los bolsillos y la vista clavada en el suelo. Se protegía del frío con una americana negra.

Mierda, joder. Tenía que salir de allí pitando.

Justo en ese momento, alzó la vista. Sus ojos se encontraron con los míos y se inundaron de pánico. De repente, se dio la vuelta sobre sus talones y se alejó. Yo hice lo mismo, intentando

fingir que aquello no acababa de suceder.

La semana siguiente fue mejor que aquella. A Slade y a mí se nos dio mejor evitarnos, pero todos los demás del grupo se dieron cuenta. Skye me envió un mensaje.

«¿Ha pasado algo entre Slade y tú?».

Mierda. Mierda. Mierda.

«No».

«Entonces ¿por qué nadie del grupo os ha visto el pelo a ninguno?».

Al menos Slade había guardado nuestro secreto. Yo me lo llevaría a la tumba, pero tenía que soltar alguna excusa.

«Nos peleamos».

«¿Y eso qué tiene de nuevo? Eso no explica por qué os habéis estado evitando entre vosotros y también a nosotros».

«Nos vemos pronto, ¿vale? Tienes a Cayson para que te entretenga».

«Eso me da igual. Sólo quiero asegurarme de que estás bien».

A veces tener una mejor amiga era una lata.

«Estoy bien, no te preocupes por mí. Luego hablamos».

«Estoy aquí para todo lo que necesites, Trin. Que no se te olvide».

«Como si fueras a permitir que se me olvidara».

A FINALES DE LA SEGUNDA SEMANA, SUPE QUE AQUELLO NO PODÍA SEGUIR así. Para evitarnos el uno al otro, estábamos evitando a todas las personas que nos importaban. Yo no tenía ganas de mantener aquella conversación, pero era necesaria. Decidí ser yo quien se comportara como una adulta.

«Tengo tan pocas ganas de hablar de esto como tú, pero tenemos que hacerlo».

Slade tardó horas en responder.

«No hay nada que decir».

«¿Podemos hablarlo y ya está? No podemos evitarnos para

siempre».

Pasó otra hora más antes de que respondiera.

«Vale. ¿Dónde quieres que quedemos?».

«Me da igual. Yo ahora estoy en casa».

«Estaré allí en una hora».

Pasé la hora siguiente temiendo su llegada. La idea de verlo me ponía nerviosa y no sabía muy bien por qué. A medida que pasaba el tiempo, me venían a la mente imágenes de la noche que habíamos pasado juntos, y se hacían más vívidas a cada minuto que pasaba. Nuestras lenguas se habían movido juntas como si estuviéramos desesperados y nuestros cuerpos ansiaran el del otro. Aunque estábamos en la calle en pleno invierno y yo tenía la espalda pegada a la pared, tenía que admitir que el sexo había estado bastante bien... increíblemente bien. Pero eso era irrelevante. Había sido con Slade.

Y aquello era un «no» rotundo.

Slade llegó a mi casa una hora más tarde.

Yo abrí la puerta intentando conservar la calma.

Él tenía las manos en los bolsillos y no me miraba a los ojos. Se quedó contemplando el césped y luego el timbre, encontrándolo al parecer más interesante que mi cara.

—Pasa. —Dejé la puerta abierta y me dirigí al salón.

Él me siguió y se sentó en el sofá de enfrente, todo lo lejos de mí que pudo.

—¿Crees que voy a violarte o algo así?

Por fin me miró con un gesto de irritación grabado en la cara.

—Vamos a acabar con esto y punto.

—¿Se lo has contado a alguien?

—Joder, pues claro que no. ¿Te crees que estoy pirado? —Me miró con los ojos como platos—. Si tu padre se enterase, me mataría. Y no lo digo en sentido figurado, sino literal. Me apuñalaría las tripas y me vería morir desangrado.

Mi padre tenía fama de sobreprotector con sus hijos, pero lo cierto era que no era tan malo. Podría ser peor.

—Él no haría eso.

—Sea como sea, no quiero que se entere. —Se pasó los dedos

por el pelo, frustrado—. ¿Tú se lo has contado a alguien?

—No.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Ni siquiera a Skye?

—No.

—Bien, porque es una bocazas.

Crucé las piernas e intenté pensar en algo más que decir.

—¿Vamos a comportarnos de un modo raro siempre que estemos juntos?

Permaneció en silencio durante mucho tiempo.

—Espero que no.

—Entonces, ¿por qué has estado evitándome?

—Di por hecho que estabas enamorada de mí y que querías una relación o alguna mierda así.

Hice una mueca.

—No. Te odio tanto como antes.

—Entonces, en realidad no deberíamos tener ningún problema para volver a la normalidad, ¿no?

—Supongo que no. —Me miró con una expresión pensativa en la cara—. Siempre que no se lo contemos a nadie.

—Créeme, no quiero que nadie lo sepa. —Sacudí la cabeza—. No dejarían de meterse conmigo jamás.

—Como si tú fueras mucho mejor —soltó.

—Es que lo soy. Tú te acuestas con todas.

—Pues anda que tú... Créeme, se nota que tienes experiencia.

—¿Y eso qué se supone que significa? —pregunté.

No dijo nada.

—¿Crees que soy buena en la cama? —Lo dejé arrinconado.

Él seguía sin decir palabra.

—No hace falta que lo confirmes. Ya sé que soy buena.

—Bueno, pues ahora sabes que yo también lo soy.

Me negaba a alimentar su ego, así que no le hice ningún cumplido.

—Entonces, amigos ¿no?

—Sí. Pero no vamos a hablar de esto nunca más.

—Me parece fantástico.

—Vale. —Se puso en pie—. Eh... Supongo que ya te veré por ahí.

—Sí. —Lo acompañé a la puerta.

—Adiós. —Salió sin echar la vista atrás.

Yo cerré la puerta, intentando olvidarme de él en cuanto se hubo ido.

CAYSON

SLADE LLEVABA SEMANAS COMPORTÁNDOSE DE FORMA EXTRAÑA. SE mostraba inusualmente callado cuando estaba conmigo, y no hacía bromas como acostumbraba. Sus ojos mostraban una profundidad que nunca habían tenido. Parecía que estuviera absorto en sus pensamientos la mayor parte del tiempo, hasta en mitad de una conversación.

—Skye me ha preguntado si podríamos vivir en Connecticut cuando nos asentemos. ¿Crees que se refiere a cuando nos casemos? ¿Es eso lo que quiere decir?

Slade dio un trago a su cerveza y se quedó mirando la mesa. Pasó un minuto entero sin que hubiera una respuesta. Ni siquiera parpadeó.

—¿Slade?

—¿Hmm? —Volvió en sí—. ¿Qué?

—Tío... ¿Qué te pasa?

—Nada. Sólo estaba pensando... en un trabajo que tengo que entregar.

—Tú nunca piensas en los deberes... jamás.

—¿Puedes repetirme la pregunta? —Intentó cambiar de tema.

—Skye me ha preguntado si podríamos vivir en Connecticut cuando nos asentemos. ¿Qué crees que quiere decir eso?

Él no apartó la mano de la cerveza.

—Probablemente se refiere a casarse. ¿A qué otra cosa se podría referir?

Eso era lo que había deseado. Cuando había pronunciado aquellas palabras, a mi corazón le habían salido alas y se había echado a volar. Era algo en lo que pensaba constantemente, en llegar a casa del trabajo y verla todos los días. Quería que fuera la madre de mis hijos, la mujer con la que hiciera el amor todas las noches. Había sido mi sueño desde que tenía memoria. El hecho de que fuera una posibilidad real hacía que me temblaran las manos.

—Eso esperaba.

—¿Por qué te sorprende? —Se quedó mirando la televisión con un gesto de aburrimiento en la cara.

Me encogí de hombros.

—Estuvo mucho tiempo saliendo con Zack, pero nunca pensó en casarse con él. Y nosotros no llevamos mucho juntos y ya está hablando de ello.

—Está bastante claro que a ti te quiere, macho. Y no sé por qué iba a salir contigo a menos que pensara que lo vuestro va a algún sitio. ¿Por qué estropear una amistad para nada?

—Ya...

—Tú sólo sé feliz. No le des vueltas.

—Tienes razón. —Un momento... Slade nunca tenía razón. ¿Dónde estaban todas las bromas? ¿Todos los comentarios?—. Todavía no nos hemos acostado. —Ahora seguro que picaba el anzuelo.

Se quedó mirando la espuma de la cerveza.

—Ocurrirá cuando ocurra.

¿Qué coño le pasaba?

—Vale, me estás asustando de verdad.

—¿Cómo? —Parecía ofendido.

—¿Qué te pasa? Estás todo callado, serio y eso.

Se encogió de hombros.

—Sólo estoy cansado.

Aquello no me lo tragaba.

—¿Qué te ha pasado con Trinity?

—Es un callo —soltó—. Nunca me acostaría con ella.

Vale...

—No he dicho que lo fueras a hacer.

—Sólo discutimos y ahora ya estamos bien. ¿Por qué tanto escándalo? —Dio un trago a la cerveza y se derramó un poco en la camiseta.

—Bueno, ¿y por qué discutisteis?

—Pues por lo de siempre...

—Pero nunca os habíais evitado hasta ahora. —¿Qué ocultaba?

—Estaba siendo muy pesada y ya no quería seguir hablando con ella. Fin de la historia. Joder, déjame tranquilo. ¿Es que eres detective o algo así? Cálmate, hostias. ¿A quién le importa que no nos habláramos un tiempo? ¿Por qué no...? —Se pasó un minuto entero divagando y exponiendo sus argumentos.

Yo no me tragaba aquellas bobadas. Sabía que había ocurrido algo más, pero era evidente que no iba a soltarlo. Decidí dejar el tema.

—Entendido, lo siento.

—Deberías, caraculo.

—Joder, sí que estás hoy a la defensiva...

—¡Es que no me gusta que me llamen mentiroso!

Levanté las manos.

—En ningún momento te he llamado mentiroso.

—Sí que lo has hecho. Ahora deja de preguntarme por ella. Te he dicho que es fea.

—¿Y qué importa su aspecto?

—Pues que... esta conversación se ha acabado. —Se bebió media cerveza y se secó los labios. Tenía los ojos pegados a la televisión y fingía que yo no estaba allí.

Dios, estaba haciendo cosas muy raras.

Roland y Conrad se sentaron en el reservado, cada uno con una cerveza en la mano.

—¿Has visto a Trinity? —preguntó Conrad. Me miró mientras lo decía.

—¿Por qué iba a saber dónde está? —soltó Slade—. Que no

tengo ni puta idea. Ni siquiera me cae bien. Es asquerosa.
—Estaba respirando agitadamente, prácticamente sufriendo un ataque de pánico.

Roland levantó una ceja.

—¿Estás bien, tío?

—Estoy de puta madre —dijo Slade sin mirarlo.

Conrad levantó una ceja y me miró. Me dedicó una mirada que claramente decía: «¿Qué le pasa?».

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

Slade pidió otra cerveza y se la acabó como si fuera agua. No cabía duda de que estaba nervioso.

Skye entró en el bar con aspecto de ser una visión. Llevaba unos pantalones negros ceñidos y una sudadera granate que le iba bien a su tono de piel. Con una bufanda rosa en el cuello y una pulsera de oro en la muñeca, estaba preciosa, como siempre. Apenas me fijé en Trinity, que venía tras ella. Para mí apenas era un borrón.

Salí del reservado, ansioso por llegar hasta Skye.

Me dirigió una sonrisa arrebatadora cuando se acercó a mí. Su mirada se iluminó como una mañana de Navidad y resplandeció con luz propia. Nunca la había visto mirar así a nadie... sólo a mí.

—Hola. —Se pegó a mi pecho y me rodeó la cintura con los brazos—. He visto a un chico muy atractivo al entrar, y entonces me he dado cuenta de que eras tú.

—Me alegro de ser el único que capta tu atención. —Mi mano fue inmediatamente hasta su cuello, el lugar donde más me gustaba tocarla. Le di un beso delicado en la comisura de la boca, atesorando aquel momento mientras lo vivía.

De sus labios escapó un gemido callado mientras la tocaba. Su manita se aferró a mi costado, agarrándose a mí durante el abrazo. Cuando me aparté, me dedicó una mirada llena de amor.

—Me encanta besarte.

—Y a mí me encanta besarte a ti. —Le di otro beso.

—Si no os importa apartar vuestros culos gordos, estamos intentando ver el partido —gruñó Roland.

Suspiré e interrumpí el beso.

—¿Te pido algo de beber?

—¿Puedo beber un poco de lo tuyo? La verdad es que no me apetece nada.

—Como quieras, cariño. —La guie hacia el reservado y me senté a su lado. Trinity se sentó en un extremo, justo en el lado opuesto a Slade.

Todos observamos la reacción de ambos, preguntándonos qué harían o dirían. Se ignoraron mutuamente, como siempre.

—¿Os aburrísteis mucho con mamá y papá el finde pasado? —preguntó Roland.

—No, fue divertido —dijo Skye—. Deberías haber venido.

—Ja. Sí, claro. —Apoyó los codos en la mesa y se puso a ver la tele.

—Mamá y papá dijeron que les habría gustado que fueras —dijo Skye.

—Por supuesto —dijo él—. Ni me imagino lo aburridos que fuisteis Cayson y tú.

—¿Podrías dejar de ser un capullo durante un segundo? —preguntó Skye.

—No. —Dio un trago a la cerveza y centró su atención en Trinity y Slade—. Bueno, ¿qué ha pasado entre vosotros dos?

Ambos se encogieron.

—Solamente nos peleamos —ladró Slade.

—¿Por qué todo el mundo está tan interesado en nosotros? —balbuceó Trinity.

Roland levantó las manos.

—Lo siento, sólo sentía curiosidad...

—Bueno, pues no la sientas. —Slade volvió a mirar el televisor.

Yo me acabé la cerveza.

—¿Estás segura de que no quieres nada? —le pregunté a Skye.

—No, gracias.

Salí del reservado y me dirigí a la barra. El camarero estaba ocupado con los pedidos de las bebidas, así que esperé pacientemente a que se fijara en mí. Si fuera una chica con el aspecto de Skye, no tendría que esperar por nada.

—¿Cayson?

Reconocí aquella voz. Me di la vuelta y vi el cabello rubio que había sujetado dentro de mi puño más veces de las que podía recordar. Tenía el mismo olor a vainilla. Su cabello era sedoso como recordaba y le enmarcaba el rostro, aunque lo llevaba un poco más corto que la última vez que la había visto. Debía de habérselo cortado.

—Hola, Jasmine. —Sabía que tarde o temprano me encontraría con ella.

Lucía una sonrisa, pero era claramente forzada.

—¿Qué tal te va?

—Bien, ¿y a ti?

—Bien. —Su mirada estaba llena de tristeza.

Acudieron a mi mente las últimas palabras que me había dicho la noche que rompimos. Me había dicho que me quería como yo a Skye, y yo me había sentido como un maldito capullo. Estaba claro que seguía sintiendo lo mismo.

—Sé que esto es un poco incómodo... pero supuse que sería mejor saludarte y ya está en vez de fingir que no te había visto.

—Me alegro de que me hayas saludado y de que nos hayamos encontrado.

Ella asintió, relajándose un poco.

—¿Qué tal van las clases?

—Un rollo, como siempre.

Ella soltó una risita.

—Me lo imagino. ¿Y Skye...?

Sentí una punzada de culpabilidad en el estómago.

—Al final iba a salir el tema, ¿no?

—Sí. Estamos genial, soy muy feliz. —No quería restar importancia a mis sentimientos por Skye. Lo último que quería hacer era darle a Jasmine la impresión de que tenía alguna posibilidad conmigo.

Ella asintió lentamente.

—Bien. Me alegra oír eso.

No, no se alegraba.

—¿Tú sales con alguien?

—Tengo algunas citas de vez en cuando... Ahora mismo estoy en una cita, de hecho. —No parecía muy emocionada al respecto.

—¿Es un tío raro?

Se encogió de hombros.

—Es sólo que es pegajoso y presume mucho. Me gustan los chicos humildes. —Me dedicó una mirada afectuosa.

—Encontrarás al chico adecuado. Sólo tienes que seguir buscando. —Había esperanza y yo no quería que la perdiera.

—Sí... Con suerte. —Se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, algo que solía hacer cuando estaba nerviosa—. Tienes buen aspecto.

Me sentí incómodo. ¿Qué debía responder?

—Gracias...

—¿Sigues haciendo deporte todo el tiempo?

—Todos los días, con Slade.

Asintió.

—Se nota.

Yo no podía hacerle ningún cumplido sobre su aspecto porque, de un modo retorcido, aquello me parecería una traición a Skye.

—Bueno... Me ha gustado verte.

—Sí... —Volvió a jugar con su pelo.

Alguien me pasó un brazo por la cintura y me llegó un aroma a rosa mosqueta a la nariz. Skye se puso a mi lado, abrazándome como a un oso de peluche.

—¿Dónde está esa cerveza? —preguntó con una mirada juguetona. Pegó los pechos a mi costado y prácticamente me asfixió.

Jasmine miró hacia el suelo, claramente incómoda.

—Eh... Voy a por ella ahora. —Aquello era muy raro—. Vuelvo en un segundo.

—Te espero. —Skye no se movió.

Jasmine no nos miró.

—Ya nos veremos... —Se alejó lentamente y volvió a su mesa.

Cuando se hubo marchado, le dediqué a Skye una mirada de incredulidad.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué quieres decir? —Levantó una ceja.

—No tenías por qué ahuyentarla así. —Ya me había resultado difícil enfadarme con ella cuando era mi amiga y ahora que era mi novia me parecía incluso más difícil, pero no podía negar lo mucho que me había molestado.

—Yo no la he ahuyentado —dijo ofendida—. Eres mi novio y puedo tocarte cuando me dé la gana.

Me giré hacia ella, intentando no alzar la voz.

—No me vengas con rollos, Skye. Sé perfectamente lo que estabas haciendo.

Se encogió al oírme hablar así. Estaba acostumbrada a que la tratase como a una princesa.

—Ya has ganado, Skye. No hace falta que le restriegues tu victoria por la cara. Sinceramente, nunca habría creído que fueras una de esas chicas.

—Yo no estaba restregándole nada por la cara —rebatí.

—En serio, déjalo ya. Ella ya sabe que te quiero a ti, no hace falta que te plantes aquí y me reclames como tuyo. O confías en mí o no confías.

—Yo nunca he dicho que...

La dejé allí plantada sin esperar a que terminara la frase. Salí hecho una furia del bar y puse rumbo a casa. El enfado me consumía y hacía que me temblaran las manos. No podía creer que hubiera dejado tirada a Skye así, pero el hecho de que la quisiera no significaba que fuera a permitir que se saliera con la suya siempre que a ella le diera la gana.

Aquello no iba a ocurrir.

UNAS HORAS MÁS TARDE, ALGUIEN LLAMÓ A MI PUERTA CON LOS NUDILLOS. Era casi medianoche y sólo una persona vendría a aquellas horas. Skye y yo normalmente nos quedábamos a dormir uno en casa del otro. A estas alturas estaba ya tan acostumbrado que sabía

que sería incapaz de dormir sin ella.

Miré por la mirilla y la vi de pie al otro lado. Estaba arropada con una chaqueta y una bufanda, y tenía los brazos cruzados delante del pecho.

Suspiré y abrí la puerta, manteniendo una fachada de indiferencia. Me quedé en el umbral para que no pudiera entrar. Guardé silencio y esperé a que ella hablase primero.

Se me quedó mirando un rato con miedo en los ojos.

—¿Puedo pasar?

—No. Puede que esté enamorado de ti, pero no voy a dejar que me pisotees. Di lo que hayas venido a decir y vete.

Skye se encogió al oír mi tono agresivo.

—Sólo quería decir que lo siento...

Esperé a que se explicara.

—Yo... no debería haber actuado así. Tienes razón.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Ella mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho.

—Supongo que porque te quiero mucho.

—Eso no es una excusa —dije con seriedad.

—Estaba celosa —soltó—. Lo admito. Verla hablando contigo mientras te miraba con esa cara me ha dado dolor de estómago. Eres mío y yo... sólo quería asegurarme de que lo supiera.

—Skye, ya lo sabe. Se lo dejé bastante claro cuando rompí con ella por ti.

Apretó los labios con firmeza.

—Te conozco desde siempre, Skye, y nunca habías montado un numerito así. Siempre has sido segura de ti misma y tranquila. Nunca te has regocijado ante otras personas y ciertamente nunca has intentado hacerle daño a otra persona a propósito. Y por eso me enamoré de ti. No quiero que eso cambie.

—Ya lo sé... He sido una cabrona.

Yo no lo negué.

—Y me duele que no confíes en mí.

—No es eso —dijo de inmediato—. Son sólo celos... por mi parte.

Estudié su rostro bajo la luz de mi entrada. Tenía el pelo

recogido sobre un hombro y los labios pintados de color rojo rubí.

—No va a volver a pasar, ¿verdad que no?

Negó con la cabeza.

—No.

—Bien. Eso es lo que quería oír.

Se quedó mirándome con ojos anhelantes.

—¿Sigues queriendo que me vaya?

La cogí del brazo y la metí en mi casa.

—No. Quiero que me lo compenses.

Se le iluminó la mirada.

—Eso lo puedo hacer.

SKYE

HABÍA FASTIDIADO LAS COSAS CON CAYSON Y LO SABÍA. CUANDO VI A Jasmine hablando con él no sé lo que me entró. Y nadie en la mesa estaba ayudando.

—Uuuh... Quiere quedarse a tu hombre. —Slade los observaba en la barra.

—Quiere que se la meta bien —dijo Roland—. Sexo de ruptura, ya sabes.

—Callaos —dije yo.

—Y le va el sexo anal —dijo Conrad—. Así que tienes mucha competencia.

La idea de Cayson acostándose con ella, fuera como fuera, me ponía enferma.

—Dejadlo ya.

—Alguien se está poniendo celosa... —dijo Roland dándome un codazo en el costado.

—Si la ex de mi novio estuviera encima de él, iría allí muy digna y le dejaría claro que primero tendría que vérselas conmigo —dijo Trinity.

—Pero tú no tienes novio —apuntó Slade—. No te estás acostando con nadie...

Ella le dedicó una mirada de irritación.

—Si no lo reclamas, se lo va a quedar ella —dijo Conrad—. Y no culparía a Cayson por querer tener el oro y el moro... donde tú eres el oro y Jasmine el moro.

Me estaban poniendo nerviosa a pesar de que intentaba actuar como si no. Era bastante evidente que Jasmine estaba enamorada de él; quedaba claro cada vez que lo miraba. Me dejé llevar por los celos y tomé una decisión estúpida.

Y ahora me sentía culpable.

Sabía que Cayson no me dejaría por una cosa así, pero no me gustaba hacer cosas que le molestaran. Nuestra relación era perfecta. Él era perfecto. No quería estropearlo todo por una tontería. La verdad era que nunca me había puesto celosa. Cayson había sido el único en inspirarme aquella emoción, supongo que porque estaba perdidamente enamorada de él y lo había estado durante años, aunque en su momento no me hubiese dado cuenta.

Fuera por la razón que fuera, no estaba bien. Jasmine era una chica muy simpática y lo que le había hecho era una putada, lo admito. Y no me sentí bien al hacerlo. Por suerte, Cayson lo dejó pasar en cuanto me disculpé. Había aprendido la lección.

Trinity se sentó frente a mí en la biblioteca y puso sus revistas sobre la mesa.

—Justo ayer me llegó el Vogue por correo.

—¿Algo mono? —pregunté.

—Un montón de cosas monas. —Sacó un bloc de dibujo y me lo tendió—. Me inspiré en un vestido que encontré en esta revista, pero creo que el mío es mejor.

Examiné el dibujo, inmediatamente impresionada.

—Trinity... esto es bueno de verdad.

—¿En serio? ¿No lo dices por decir?

—No... —Estaba siendo totalmente sincera—. ¿Tienes más?

Se rio.

—Tengo cientos, están en mi estudio en casa.

—Deberías enseñárselos a tu padre. Pondría en marcha tu línea de moda en un santiamén.

Ella suspiró.

—Creo que primero voy a acabar la diplomatura.

—¿En serio?

Asintió.

—Ya casi he terminado y mi padre ha pagado un montón de dinero... Puedo terminar ya puestos.

Estuve de acuerdo.

—Te apoyaré en cualquier cosa que decidas, Trin.

—Gracias —dijo dedicándome una sonrisa—. Entonces... ¿tú y Cayson estáis bien?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, sólo estaba portándome como una cría.

—¿Seguís peleados?

—No, me perdonó en cuanto me disculpé.

—Qué alivio. Conociendo a Cayson, no podría estar demasiado tiempo enfadado contigo.

—No sé yo... estaba bastante enfadado.

—Pero todo ha salido bien, ¿no?

Asentí.

—Sí.

—Y estoy segura de que Jasmine mantendrá las zarpas lejos de él.

La idea de Jasmine tocándolo seguía acelerándome el corazón.

—Sí...

Trinity volvió a concentrarse en su revista y empezó a pasar páginas.

Yo abrí los libros y me puse a estudiar.

Transcurrió una hora en silencio, hasta que escuché moverse la silla que había a mi lado. Me di la vuelta con la esperanza de que fuese Cayson... pero no era él.

Zack me miraba con odio. Su rostro ya estaba completamente curado, sin rastro de moratones. A juzgar por lo enfadado que parecía, no había venido a hablar de ponis y arcoíris.

—Así que tú y tu enamorado, ¿eh? No debería sorprenderme.

—Márchate, Zack.

Me cogió por la muñeca.

—No. Voy a hablar y tú me vas a escuchar.

Trinity lo fulminó con la mirada.

—Suéltala o te parto la polla.

Él la ignoró, todavía mirándome cabreado.

—O sea, que primero tu padre me da una paliza que casi me mata... y ahora descubro que te estás tirando al tío con quien pasabas todo el tiempo cuando salíamos juntos. No me ha hecho ninguna gracia, Skye. Aseguras que yo te la jugué, pero fue más bien al contrario.

—Te he dicho que la sueltes —amenazó Trinity.

Yo no le tenía miedo a Zack y me negaba a que lo pareciera.

—Te sugiero que me sueltes. De lo contrario, te van a dar para el pelo dos chicas.

Bajó la mano, pero no se alejó.

—Me debes una.

¿¿Cóóómo?

—¿Qué es lo que te debo?

—Una disculpa. Me la jugaste pero bien.

Puse los ojos en blanco.

—Mira que eres patético...

—Pídeme perdón o se lo haré pagar a tu novio. —Sus ojos brillaban de regocijo.

—¿Acabas de amenazar a Cayson? —Ya me había mosqueado. Que Zack me hiciera o dijera lo que le diera la gana no me preocupaba en absoluto, pero que amenazase a alguien a quien quería era una historia completamente diferente.

Trinity abandonó su silla y rodeó la mesa, acercándose por su espalda. Entonces lo agarró del pelo y tiró hasta tumbarlo en el suelo.

—Maldita zorra —murmuró Zack.

Éramos los únicos que había en aquel rincón, así que nadie advirtió el tumulto. La biblioteca de Harvard era gigantesca, así que estábamos prácticamente solos.

Trinity le dio una buena patada en los huevos.

—¿Crees que por eso soy una zorra? Si acabo de empezar... —Le dio otra patada.

Él se hizo un ovillo y gimió.

—Nadie amenaza a Cayson y se va de rositas. —Le lanzó otra patada, pero esta vez Zack la agarró por la pierna y tiró del pie, derribándola al suelo.

—Calla esa puta boca. —Zack se le subió encima y la inmovilizó—. Como iba diciendo...

Me levanté y lo pateé con fuerza en el brazo.

Él apretó los labios y encajó el golpe.

—Si no quieres que le haga daño a tu amiga, te sugiero que lo dejes.

—Eres un psicópata, no me puedo creer que saliera contigo —dije yo.

—A lo mejor no era tan malo en la cama, después de todo.

Trinity se retorció en un intento por liberarse.

—¡Quítate de encima, capullo!

El sonido de pisadas acercándose llamó mi atención y también la de Zack. Me di la vuelta y cogí mi libro de Ética, preparándome para estampárselo a Zack en la cabeza.

—¿Qué hostias está pasando aquí? —Era Slade, que estalló con sólo ver a Zack encima de Trinity—. ¡Jodido cabrón de mierda! —Se abalanzó contra Zack y tiró de él para apartarlo, aprovechando para estamparle la cabeza contra la moqueta en el proceso—. ¿Quieres morir? Porque es lo que parece. —Le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula y luego acudió a toda prisa junto a Trinity—. Trin, ¿estás bien? —La incorporó hasta que estuvo sentada, rodeándola con un brazo, y luego la cogió por la barbilla para examinar su rostro.

—Estoy perfectamente —dijo ella de inmediato—. No me ha hecho daño.

Los ojos de Slade se llenaron de alivio.

—Pero más te vale sacar el Krav Maga ese a pasear y darle lo suyo.

—Lo que tú quieras. —Se levantó, pero Zack ya había desaparecido. Al estar ambos preocupados por Trinity, nos habíamos olvidado de él por un momento. Slade buscó por los pasillos y volvió al no encontrarlo—. Volveré a verlo. Y cuando lo haga, se quedará sin dientes. —Volió al lado de Trinity y la

ayudó a ponerse de pie. Luego me miró—. Skye, ¿tú estás bien?

—Estoy bien —dije yo.

Slade apartó una silla para Trinity y la ayudó a sentarse.

—¿Qué coño ha pasado?

—Zack quería hablar conmigo, pero en vez de eso Trinity le dio una buena —expliqué.

—Le di unas cuantas patadas en los huevos. Le habría hecho más daño si hubiera tenido más espacio —dijo Trinity.

Slade le puso una mano en la espalda y se la frotó suavemente.

—¿Seguro que estás bien? —dijo mirándola con preocupación.

—Lo único que ha hecho ha sido inmovilizarme contra el suelo —aseguró ella.

Yo nunca había visto a Slade tan atento con Trinity... ni con ninguna otra chica.

Él dio un suspiro de alivio.

—Me alegro de que estéis bien, chicas.

—No nos da miedo —dijo Trinity—. Es un puto cobarde.

—Eso —dije yo totalmente de acuerdo.

Slade me miró con severidad.

—Creo que es hora de contárselo a tu padre, Skye.

—No. —Aquella no era una opción.

—Está claro que no te va a dejar en paz —insistió Slade.

—Yo me metí en este lío sola y puedo sacarme sola —dije yo—.

Zack no es peligroso; es molesto, pero no peligroso.

Slade no parecía tan seguro.

—¿Qué es lo que quiere?

—No para de decir que mi padre lo envió al hospital, cosa que no hizo.

En los ojos de Slade destelló la emoción, pero aquella fue su única reacción.

—Y cree que Cayson y yo nos liamos mientras él y yo estábamos saliendo, así que quiere que le pida perdón.

—Menudo bicho raro —dijo Slade.

—Y tanto —dijo Trinity—. No me puedo creer que te lo estuvieses tirando.

—No me lo recuerdes —dije mortificada.
—Cayson no se va a poner nada contento cuando se entere.
—Slade negó con la cabeza.
—Ya lo sé... —Yo no quería contárselo.
—Lo vas a tener pegado a ti a todas horas —dijo Slade.
Aquello no sonaba tan mal.
Slade siguió frotando el hombro a Trinity.
—¿Quieres que te traiga algo de comer?
—Se supone que no tenemos que comer en la biblioteca, ¿te acuerdas? —bromeó ella.
Él sonrió.
—¿Cómo iba a olvidarlo?
¿Qué estaba pasando allí?
—Pensaba que no os podíais aguantar el uno al otro.
Slade bajó la mano de inmediato.
—Y no lo hacemos. Sólo quería asegurarme de que estuviera bien... No es que me importe, ni nada de eso.
Eran las dos personas más raras que conocía...

AQUELLA NOCHE, CAYSON VINO A MI CASA CON UN JARRÓN DE FLORES. LOS tallos verdes se erguían por encima del cristal, coronados por una docena de bellas rosas rojas que olían maravillosamente.

Las observé unos instantes antes de cogerlas.

—Qué bonitas.

Sus ojos brillaron de adoración. Entró y me dio un suave beso en los labios.

—Sé que tus flores favoritas son las azucenas, pero también que eso es lo que siempre te envía tu padre.

Sonreí.

—Es una tradición.

—Las rosas son más románticas, de todos modos.

—Lo son. —Llené el jarrón de agua y lo dejé sobre la mesa—. Pero no tendrías que estar haciéndome ningún regalo, soy yo la

que tiene que hacerte la pelota a ti.

Sonrió.

—Eso es agua pasada, Skye. Olvídalo y ya está.

—Me perdonaste enseguida.

—Bueno, tu disculpa fue impresionante. —Se acercó a mí y me rodeó la cintura con los brazos, frotando suavemente su nariz contra la mía.

Yo sentí el rubor extendiéndose por mis mejillas.

—Supongo que ya sé lo que tengo que hacer en el futuro.

Soltó una risita.

—Eso parece.

Apoyé la cara contra su pecho, notando cómo subía y bajaba. Su olor me llenó la nariz y me sentí cómoda y relajada. El algodón de su camiseta resultaba agradable contra mi mejilla.

—¿Qué tal tu día? —susurró.

Pensé inmediatamente en Zack. No tenía ningunas ganas de hablar de ello hasta después de la cena.

—Muy bien, ¿y el tuyo?

—Bastante aburrido. Pero claro, mi vida siempre es aburrida cuando tú no estás cerca. —Su mano ascendió por mi espalda y se detuvo entre los omoplatos.

—Y la mía. —Sentí una calidez extenderse por mi cuerpo.

Pegó su frente a la mía.

—¿Dónde te apetecía ir a cenar?

Me encogí de hombros.

—La pizza está buena.

Se rio.

—Siempre quieres pizza.

—Es que está buena —expliqué.

—Lo que tú quieras, cariño. —Me cogió de la mano y me llevó hacia la puerta. Le vibró el móvil en el bolsillo, así que lo sacó y lo miró, tras lo que volvió a metérselo en el bolsillo.

Cogí mi abrigo y bajé por las escaleras.

Él suspiró y se volvió a sacar el teléfono cuando volvió a vibrar. Lo miró, suspiró otra vez y se lo metió de nuevo en el bolsillo. En cuanto lo hubo hecho, el móvil vibró otra vez.

—Alguien está muy solicitado.

Puso los ojos en blanco.

—Slade me ha llamado cinco veces seguidas.

El corazón se me paró por un instante: sabía para qué lo estaba llamando.

—Joder, ¿pero qué querrá? —Se volvió a sacar el teléfono.

Yo se lo quité.

—Probablemente que vayas a un club de striptease con él o algo así.

Levantó una ceja.

—Por aquí no hay clubs de striptease.

—Que nosotros sepamos. Pero Slade sí lo sabría. —El móvil continuó vibrando en mi mano.

—Sólo le diré que deje de llamarme. —Extendió la mano y esperó a que se lo diera.

Pero en cambio... lo cogí yo.

—Cayson está ocupado. Deja de llamar.

—No se lo has contado, ¿a que no? —dijo con irritación.

Cayson no me quitaba la vista de encima y parecía sospechar que pasaba algo.

—Te llamaré luego —dije yo.

—Has tenido todo el día para contárselo y está claro que no lo vas a hacer, así que pásale el puto teléfono.

—Vale, pues luego hablamos. —Le colgué y me metí el teléfono en el bolsillo.

Cayson me miró con una ceja levantada.

—¿Qué está pasando, Skye?

—Sólo te estoy ahorrando un dolor de cabeza. —Me encaminé hacia su coche, notando el móvil vibrar una y otra vez en el bolsillo.

Cayson sabía que algo no iba bien.

—¿Hay algo que me tengas que contar? —Se acercó a mí por la espalda y me acorraló contra la puerta de su coche, poniendo las manos a ambos lados para cortarme el paso. Sus ojos se ensombrecieron.

Levanté la vista hacia él y vi su aliento saliendo como una

nube de vapor.

—No...

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Skye. Sé cuándo me estás mintiendo. Podrás engañar a todos los demás, pero a mí no me engañas. —Me rozó los labios con los suyos y sentí su boca cálida en medio del intenso frío de la noche.

Tomé su rostro entre mis manos y le di un suave beso.

—Prefiero esperar hasta después de la cena.

—¿Por qué? —Dio un paso más hacia mí, inmovilizándome contra la puerta.

—Porque tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre. —Su carácter juguetón había desaparecido, reemplazado por un aire de gravedad.

—Bueno, pero es que ahora tengo mucha hambre.

—Y yo muchas ganas de saber qué está pasando.

Suspiré, sabiendo que no lo iba a dejar.

—No te lo voy a contar hasta después de la cena; y tampoco es una cosa tan importante, así que déjalo ya.

Estudió mi rostro y vio la determinación en mis ojos. Bajó las manos.

—Como quieras.

—Gracias.

Retrocedió.

—Más te vale compensarme esto.

—Siempre lo hago.

Cayson me abrió la puerta y me ayudó a entrar antes de meterse en el asiento del conductor. Estaba a punto de arrancar el coche cuando un vehículo frenó en seco detrás de nosotros, bloqueándonos el paso.

—¿Pero qué...? —Cayson miró por el espejo retrovisor.

Miré por el espejo lateral y se me cayó el corazón a los pies. El coche de Slade nos tenía encajonados.

Dios, pero mira que era pesado.

—¿Qué coño está haciendo? —Cayson salió del coche dando un portazo.

Puse los ojos en blanco y salí del coche, reuniéndome con

Cayson en la parte trasera.

Slade salió del coche sin apagar el motor.

Cayson tenía los ojos como platos.

—Pero tío, ¿qué bicho te ha picado?

Slade me miró furioso un buen rato antes de volver a mirar a Cayson.

—Tu querida novia ha evitado contarte algo importante. Y dado que ella no lo va a admitir, me toca a mí decir algo.

—Slade, no te metas en nuestra relación —dije enfadada.

—Has tenido todo el día para contárselo, pero no lo has hecho. ¡Tiene derecho a saberlo! Y no mañana, ni dentro de una semana. Tiene que saberlo en este preciso momento.

—Se lo iba a contar después de cenar —respondí con rabia.

—Claro, claro... —Slade no se lo tragaba. Volvió a mirar a Cayson—. Pues esto es lo que ha pasad...

Cayson levantó una mano.

—Quiero que me lo cuente Skye.

Slade cerró la boca y me miró.

Cayson volvió la vista hacia mí con cara de no estar muy contento.

—¿Qué ha pasado?

En aquel momento sentí ganas de darle un bofetón a Slade.

—Trinity y yo estábamos en la biblioteca esta tarde y ha venido Zack. Le cabrea que salga contigo y quiere que le pida perdón. Trinity le ha dado unas cuantas patadas y luego Zack la ha sujetado contra el suelo. Entonces ha venido Slade y lo ha espantado.

La cara de Cayson era inescrutable. Me miraba fijamente con la mandíbula muy apretada.

—Ni siquiera ha sido para tanto, sólo molesto. —Me crucé de brazos—. Te lo iba a contar, pero quería esperar a después de la cena. No merece la pena ni hablar de ello.

—¿Que no merece la pena hablar de ello? —soltó Slade—. Ya se ha metido dos veces contigo. Y ha sujetado a Trinity contra el suelo. Esas cosas a mí no me parece que estén bien.

—Slade, vete a casa. —Cayson no lo miró al decirlo.

Slade suspiró y se alejó haciendo resonar con fuerza el frío suelo con sus pisadas. Su motor rugió al pisar el acelerador y se marchó. Cuando ya no se oyó el ruido de sus neumáticos, supe que estábamos solos.

Cayson no había parpadeado ni una sola vez.

—¿Por qué no me has llamado?

—No hubo tiempo, y además Slade estaba allí.

—¿Y eso qué más da? —hablaba con voz tranquila y baja, pero la ferocidad se percibía en su tono—. Tu novio soy yo, no Slade.

Puse los ojos en blanco.

—No exageres.

—No. Pongas. Los. Ojos. En. Blanco. —Me fulminó con la mirada, cada vez más enfadado.

El mundo se había vuelto silencioso de repente. La nieve caía a nuestro alrededor, envolviéndonos en un mundo invernal de fantasía.

—Skye, no me gustó cuando Zack se metió contigo la primera vez, pero el hecho de que lo haya vuelto a hacer me pone nervioso, y mucho.

—Es molesto, pero no es peligroso.

—Pues no lo parece. Que haya sujetado a Trinity contra el suelo es inaceptable.

—No estoy diciendo que lo que ha hecho estuviera bien, pero no nos haría daño en serio ni a mí ni a Trinity.

—Eso no lo sabes —protestó.

—Dentro de unas semanas se le habrá olvidado y seguirá con su vida.

—¿Y se supone que yo tengo que esperar pacientemente a que se sienta preparado para seguir con su vida? —exclamó él.

—No queda otra. Tampoco es como si pudiera llamar a la policía... ¿Qué les iba a decir? ¿Qué pruebas tengo?

—No nos hace falta la policía —gruñó él—, sino alguien con el poder necesario para librarse de alguien sin hacer preguntas.

Supe lo que estaba queriendo decir.

—Ni se te ocurra contárselo a mi padre.

—Me estoy quedando sin opciones, Skye. Lo mataría gustoso

con mis propias manos, pero presiento que eso no te gustaría demasiado.

—Aquí nadie va a matar a nadie —dije yo—. ¿Por qué es eso lo primero en lo que piensas?

—Porque es la mejor solución.

—¡No lo es! Zack no es una amenaza, yo puedo ocuparme de él.

—¿Y qué habrías hecho si Slade no aparece por allí? —preguntó Cayson.

—Estaba a punto de estamparle mi libro de Ética en el cráneo. Estoy segura de que con eso lo habría tumbado.

Se pasó los dedos por el pelo, alterado.

—No metas a mi padre en esto. Lo digo en serio, Cayson.

Tenía la mirada perdida en la distancia.

—Cayson.

Volvió a prestarme atención.

—No te voy a quitar la vista de encima, y me da igual si eso te cabrea. Si se cree que puede volver a acosarte, le espera una buena sorpresa.

Aquella era la reacción que esperaba, así que supongo que no podía cabrearme.

—Como quieras.

—Me alegra que estemos de acuerdo —dijo sin relajar la mandíbula.

—Cayson, puedo cuidar de mí misma.

—Sé que puedes, pero no hace falta que lo hagas.

Mantuve los brazos contra el pecho.

—Y ahora, ¿qué?

—No estoy de humor para sentarme en un restaurante y fingir que no me pasa nada. Vamos a pedir comida. —Se encaminó hacia el apartamento.

Yo me quedé un momento donde estaba antes de seguirlo y subir las escaleras.

Cuando llegó a la puerta, extendió la mano.

—¿Puedes devolverme el teléfono?

Se lo di.

—Sólo para que conste, no me gusta escuchar estas historias de mis amigos. Quiero saberlas por ti. —Todavía quedaba enfado en su voz.

—Quería esperar hasta después de la cena, ya te lo he dicho.

Entró y se quitó el abrigo.

—Creo que eso es más importante que comer.

—Es sólo que no quería verte toda la noche de morros.

—Pues no sabes cuánto lo siento, joder. Lo eres todo para mí, Skye; no pienso dejar que un tipejo te acose. Que seas mi novia no tiene nada que ver, no voy a permitir a un capullo que te trate de esa manera.

—Como ya te he dicho, puedo encargarme sola de él.

Cayson se esforzaba por contener sus emociones. Me dio la espalda y se dirigió hacia el sofá con los hombros rígidos por la tensión.

Abrí el cajón donde guardaba los folletos de comida a domicilio; encontré el de mi pizzería favorita, saqué el móvil y llamé. Al terminar, el silencio se hizo en mi apartamento. Cayson seguía sentado en el sofá con la vista clavada en la televisión apagada.

Yo no quería que pasáramos así nuestra noche juntos. Cayson no se enfadaba muy a menudo y yo odiaba sentir su ira en el aire, como se sentía la humedad después de llover mucho. Me senté a su lado en el sofá y me arrimé a él, pasándole el brazo por el abdomen y pegándome a él. Le rocé el cuello con los labios antes de besar la cálida piel. Cayson no reaccionó a mi contacto. Seguí besándolo, saboreándolo. Al subir la mano por su pecho lo empujé contra el respaldo del sofá, obligándolo a relajarse. Él suspiró, pero no me apartó.

Me subí a su regazo y me senté a horcajadas encima. Me pasé el pelo por encima de un hombro mientras me desataba la bufanda.

El enfado todavía palpitaba en sus ojos.

Presioné mi pecho contra el suyo y luego busqué su cuello con mis labios, besándolo como a él le gustaba.

Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero mantuvo las

manos inertes a ambos costados, sin tocarme.

Le masajee los hombros y me esforcé al máximo. Sabía que me costaría un rato conseguir que se relajara. Al escuchar un gemido leve, casi inaudible, surgir de sus labios, supe que estaba haciendo progresos.

Me eché hacia atrás y me quité el jersey por la cabeza. Llevaba un sujetador granate recubierto de encaje que permitía ver el color de mi piel pero ocultaba las partes más íntimas.

Me observó con admiración. El deseo ardía en sus ojos, pero por detrás seguía habiendo resentimiento.

Me desabroché el sujetador y permití que cayera.

Él tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—No puedo negar que eres preciosa, Skye, pero esto no va a hacer que me olvide de lo enfadado que est...

Me cogí los pechos con las manos y me los masajee, apretándomelos y frotándomelos sin apartar mis ojos de los suyos.

Él volvió a tragar con esfuerzo mientras seguía los movimientos de mis manos con la mirada. La acalorada conversación que acabábamos de mantener se le estaba olvidando a toda velocidad. El Cayson a quien conocía y amaba estaba allí dentro, volviendo a mí.

Me levanté y me quité las botas y los vaqueros, quedándome en tanga antes de volver a su regazo.

Cayson contempló mi cuerpo sin cortarse con un rostro en el que se leían sus pensamientos con tanta claridad como si fuera un libro abierto.

Volví a sentarme a horcajadas y le puse las manos sobre los hombros. Mis pechos quedaban a la altura de su cara y pude sentir su cálido aliento en los pezones.

Las manos de Cayson se movieron hasta mis caderas.

Ya lo tenía.

Sus manos subieron por la piel que cubría mis costillas y llegaron hasta mis pechos, agarrándolos. Se inclinó hacia delante y apretó sus labios contra los míos, dándome un suave beso.

—Sé que a veces soy un poco brusco, pero es sólo porque te quiero con locura, Skye Preston.

Lo miré a los ojos, sintiendo la emoción brotar por cada poro de su cuerpo. En todos los años que hacía que nos conocíamos, nunca había visto a Cayson mirar así a nadie más que a mí. Tampoco había dicho aquellas palabras, al menos no de aquel modo.

—Yo también te quiero, Cayson.

Me rodeó la cintura con un brazo y luego me giró para depositarme sobre el sofá, colocándose encima de mí. Sus labios encontraron los míos y me besó con dulzura, moviendo lentamente su boca contra la mía y excitándome al respirar en mi boca. Le rodeé la cintura con las piernas y lo atraje hacia mí, deseando más de lo que él podía darme.

Agarré su camiseta y tiré para quitársela, deseando sentir su musculoso pecho contra mí. Luego pasé a sus vaqueros y se los quité, igual que los bóxers; lo quería todo de él. Él me quitó el tanga de un tirón y estuvo a punto de romperlo.

Le volví a pasar las piernas por la cintura y sentí su sexo contra el mío. Llevaba mucho tiempo pensando en acostarme con él. Habíamos estado saliendo meses, más si teníamos en cuenta nuestra amistad, y ya no quería esperar más. Él era mío y yo era suya.

Cayson me dio un último beso antes de apartarse y mirarme a los ojos. Era evidente que estaba pensando lo mismo que yo. Respiró con fuerza y me rozó los labios con los suyos.

Yo bajé una mano por su espalda hasta llegar a su cadera. Tiré de él hacia mí, comunicándole mis deseos.

La comprensión inundó sus ojos. Se recolocó y pegó su boca a la mía, tras lo que apuntó hacia mi entrada, preparándose para penetrarme. Yo le hundí las uñas en la piel, anticipándome al placer que estaba a punto de sentir. Había disfrutado de un sexo bastante decente hasta entonces, pero sabía que con Cayson sería diferente. Sería precioso y alucinante; mi alma tocaría la suya y su alma tocaría la mía.

Un golpe en la puerta nos interrumpió.

Ambos nos encogimos, sobresaltados por el ruido.

Cayson interrumpió nuestro beso y echó una ojeada a la puerta.

—Ignóralo, seguro que es una girl scout. —Lo cogí por el cuello y presioné mis labios contra los suyos.

Volvieron a llamar.

Cayson se apartó.

—Es el repartidor de pizzas.

—¿A quién le importa la pizza? —Deseaba a Cayson, no comida.

Sonrió.

—Skye, tengo que abrir. —Se levantó del sofá y se vistió con rapidez.

Suspiré y me eché la manta encima para ocultar mi desnudez.

Cayson abrió la puerta y cogió la pizza. Después de pagar, la dejó sobre la mesa de la cocina.

El momento mágico se había ido a la mierda.

Cayson sirvió la pizza en dos platos y me trajo uno.

Yo suspiré y lo cogí, sintiendo rugirme el estómago. Estaba más que decepcionada: estaba totalmente desolada.

Cayson se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—Tenemos el resto de nuestras vidas, cariño.

Suspiré y le di un mordisco a mi pizza.

—Tienes razón.

Frotó su nariz contra la mía y mordió su pizza.

—¿Vemos I love Lucy?

—Claro.

Se recostó en el sofá y me atrajo hacia sí. Vimos juntos la televisión como solíamos hacer cuando sólo éramos amigos, pero ahora todo era diferente. Cayson era lo mejor que me había pasado en la vida.

SLADE

MI VIDA ESTABA PATAS ARRIBA.

Después de acostarme con Trinity, no podía dejar de pensar en ello. Ella estaba borracha y yo también. Ambos habíamos perdido la cabeza. Nos lo montamos contra la pared, en la nieve, como animales. Yo había tenido un montón de relaciones salvajes, pero debía admitir que aquella había sido la más salvaje de todas. Ni siquiera me había puesto condón.

Y había sido con Trinity.

Si alguien se enteraba, mi vida quedaría destrozada. Acabaría llegando a oídos del tío Mike y estaría prácticamente muerto. Mi padre era distendido y básicamente todo le parecía bien, pero no creía que aquello fuera a alegrarle demasiado. Mi madre seguramente me daría un bofetón. Había sido un capullo con todos mis conocidos, pero nunca lo había sido con mi familia. Había cruzado una raya que nunca podría descruzar.

Pero había algo que lo empeoraba más. Nunca había disfrutado tanto del sexo.

A lo mejor recordaba la historia de un modo distinto a como había sucedido en realidad. Como estaba borracho y desorientado, tal vez había pensado que era mejor de lo que había sido en verdad. ¿Y si había sido aletargado y raro? Ni

siquiera sabía cuánto había durado.

La culpa me estaba comiendo por dentro.

Trinity y yo habíamos hablado de ello y habíamos aclarado nuestras diferencias. Yo me sentía agradecido de que no estuviera enamorada de mí como Cayson lo estaba de Skye, porque aquello sólo me daría más problemas. Yo no quería una relación, especialmente con ella. No era hombre de una sola mujer. Ella lo sabía. Joder, todo el mundo lo sabía.

Pero no podía dejar de pensar en ello. Cada vez que alguien me preguntaba por ella, sentía como si me estuvieran apuntando con una linterna a los ojos. ¿Acaso lo sabían? ¿Habrían oído algo? En cada ocasión me daba un pequeño ataque de pánico.

Como Cayson era mi mejor amigo, me costaba mantenerlo en la ignorancia. Se lo contaba todo, aunque él no siempre quisiera conocer los detalles de todas mis conquistas sexuales. Y él me contaba todo lo que hacía con Skye. Lo suyo sería corresponderlo, contándole lo que yo había hecho con Trinity.

Pero no podía contárselo a nadie... ni a un alma.

Pasaba de una mujer a otra con más rapidez de lo habitual. Ligaba con unas y otras, y me acostaba con ellas, pero nada era lo que necesitaba. Se limitaban a quedarse allí tumbadas sin hacer nada o simplemente no eran buenas en la cama. Punto.

No dejaba de compararlas con la noche que había pasado con Trinity. Aunque lo tenía casi todo borroso, sí sabía que había sido increíble. Nunca lo admitiría ante Trinity; preferiría llevármelo a la tumba antes de decirlo en voz alta, pero sin duda alguna lo pensaba.

Me encontré con Roland en el pasillo.

—¿Vas a ir esta noche a casa de Trinity?

—¿Cómo? ¿Para qué? No estoy saliendo con ella —solté.

Él levantó una ceja.

—Vamos a ir varios del grupo a su casa a ver el partido. Había dado por sentado que ibas a ir.

—Ah, sí... Totalmente. —¿Totalmente? Había dicho esa palabra dos veces en toda mi vida.

Roland se me quedó mirando un buen rato.

—¿Estás bien, tío?

—Estupendamente. —Me alejé antes de que pudiera hacerme otra pregunta.

CUANDO LLEGUÉ A CASA DE TRINITY, DEJÉ LAS CERVEZAS EN LA ENCIMERA.

Todo el mundo estaba sentado en el sofá, hablando y viendo la televisión. Trinity llevaba un vestido de color vino y un pañuelo rosa. El color encajaba bien con su piel pálida, y su cabello rubio contrastaba con aquel tono a la perfección. El tejido se ceñía a su figura de reloj de arena y a sus pechos turgentes. Era delgada y alta, pero tenía curvas en los lugares correctos. Se retiraba constantemente los mechones de pelo sueltos de la cara, pero se le volvían a caer una y otra vez. Llevaba las uñas del mismo color que el vestido y unas medias de encaje negras que se transparentaban un poco. Los zapatos de tacón, también negros, hacían que sus gemelos parecieran más prominentes. Se vestía con estilo y elegancia.

¿Por qué estaba fijándome en cada puto detallito?

Metí los botellines en la nevera y cogí uno para mí. Utilicé el mechero para abrir la chapa.

—Tengo un abridor.

Me di la vuelta y vi a Trinity. De cerca, pude advertir el leve maquillaje de su rostro. Llevaba sombra gris y la raya negra le destacaba los ojos. Sus labios eran rojos y brillantes.

—Esto también funciona.

—Sí... pero no quiero que hagas saltar la alarma antiincendios.

—Esta es la forma guay de abrirlo.

—Y la peligrosa —añadió.

Me apoyé en la encimera y bebí cerveza.

—¿Me estás pidiendo que no lo haga?

—No, sólo te estoy ofreciendo una solución mejor.

Nuestros ojos se encontraron y algo pasó entre nosotros.

Pensé en la noche en que habíamos follado contra una pared, y estaba bastante seguro de que ella también pensó en lo mismo.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estar bien?

—Zack te agarró en la biblioteca... Me imagino que no habrá sido muy agradable.

—Ah, eso. —Puso los ojos en blanco—. No me dio miedo entonces y no me da miedo ahora.

—¿Te ha molestado o algo así? —Si lo había hecho, lo mataría.

—No, pero suelo llevar tacones, así que la próxima vez que lo vea le daré una buena patada en los huevos.

—Déjame a mí. Yo lo mataré.

—Estoy segura de que Cayson se te va a adelantar.

Me quedé mirando a Cayson y a Skye, que estaban en el sofá. Estaban pegados, haciéndose mimos e igual de enamorados que siempre.

—Supongo que ya se le ha pasado el enfado.

—Estoy seguro de que ella le ha hecho algo con las tetas y a Cayson se le ha olvidado por completo.

Eché un vistazo a los pechos de Trinity y aparté la mirada.

—¿Acabas de mirarme el pecho?

¿Me había pillado?

—No...

—Slade, te he visto.

—Que no te he mirado.

—Te estaba mirando cuando lo has hecho.

—Ostras, sí que eres creída.

—No soy creída —rebatió—. Sé lo que he visto.

—Eres absolutamente horrenda.

—Pues no daba la impresión de parecértelo cuando me estabas follando como un poseso —gruñó.

Eché un vistazo a todos los demás, que estaban en el salón, y me volví a girar hacia ella.

—¡Shh! Baja la voz.

Puso los ojos en blanco.

—No nos están escuchando.

—Más te vale.

—Soy yo la que tiene algo de lo que avergonzarse, así que relájate.

—¿Ves? —dije—. Una creída.

—Sé lo que valgo, nada más.

—Si lo supieras, no habrías dejado que te follara al lado de un contenedor.

—A lo mejor es que me gusta que me follen al lado de un contenedor.

Mi miembro se empalmó y dio un brinco. ¿Qué coño me pasaba?

—¿Lo habías hecho antes?

—Que no hable de mi experiencia sexual no quiere decir que no tenga un montón.

—Parece que fueras una zorra.

—Parece que tú fueras un cerdo machista —contraatacó. Trinity era la única mujer que discutía así conmigo. El resto de las mujeres de mi vida escuchaban lo que decía y dejaban que me saliera con la mía. Ella me ponía los puntos sobre las íes y me regañaba más veces de las que era capaz de contar. No me había dado cuenta hasta aquel momento.

Me acabé la cerveza y cogí otra.

Ella me tendió el abridor.

Con actitud desafiante, cogí el mechero y quemé la chapa.

—Si ni siquiera fumas. Tiene más sentido que lleves un abridor que un mechero.

—No te creas. Se pueden hacer muchas cosas con un mechero.

—¿Como reducir árboles a cenizas? —dijo ella sarcásticamente.

—Qué niñata más pesada eres.

—Y tú qué gilipollas, no es nada nuevo.

La miré fijamente y me volví a enfadar.

—Me voy a marchar antes de que te cruce esa cara tan bonita.

—¿Crees que tengo una cara bonita? —me desafió.

Me alejé antes de cometer alguna estupidez y me senté en el sofá al lado de Cayson.

Cayson me miró y se percató de mi cara de irritación.

—Bueno, ¿entonces Trinity y tú habéis vuelto a la normalidad?

—Algo así. —Bebí de mi cerveza con la mandíbula apretada.

—¡Twister! —Trinity sacó la caja y lo preparó todo—. Vamos a ello.

—No somos cinco —dijo Conrad.

—Venga —dijo Trinity—. Será divertido.

—Sí, vamos. —Silke extendió el juego en el suelo.

—Como queráis. —Conrad puso los ojos en blanco—. Pero luego jugamos al UNO.

Empezaron a jugar, pero yo no participé. Trinity puso las manos y los pies en los círculos adecuados. Por mucho que intenté no mirar ciertas partes de su cuerpo, no pude evitarlo. Cuando me puso el trasero directamente en la cara, me lo quedé mirando, recordando cuánto me había gustado tenerlo entre mis manos.

Jugaron unas cuantas rondas antes de que empezásemos a jugar al UNO. Yo me mantenía alejado de Trinity e intentaba no mirarla. Era una distracción y me estaba poniendo absolutamente de los nervios.

Skye ganó tres partidas seguidas.

—Dios, qué repelente eres —dijo Roland.

—No es mi culpa que tú seas malísimo —repuso ella.

Cayson le dirigió una mirada de afecto y frotó la nariz con la suya.

—No hagáis eso —dijo Conrad—. Es asqueroso.

—Tú sí que eres asqueroso —dijo Silke—. Cayson y Skye son adorables.

Conrad puso los ojos en blanco.

—Chicas...

Cuando nos cansamos de los juegos de mesa, nos pusimos a ver la tele. Yo me recosté en la silla y no me acabé la tercera cerveza. No había comido lo suficiente y se me estaban subiendo a la cabeza. La última vez que había estado cerca de Trinity estando borracho había sido un desastre.

Mi teléfono sonó en el bolsillo y vi el nombre que había escrito

en la pantalla. Era mi padre. ¿Para qué me llamaba? Salí por la puerta de atrás y me quedé allí de pie en el patio trasero de Trinity. Entonces, descolgué.

—Hola.

—Hola —respondió él—. ¿Qué pasa?

—Tú dirás, me has llamado tú.

—Llevo tiempo sin hablar contigo, sólo quería saber qué tal te iba.

—Tú nunca me llamas para ver qué tal me va —repliqué.

—Ya lo sé, soy un padre horrible —dijo él con una carcajada.

—No, eres un padre genial.

Mi padre no tenía respuesta para aquello.

—¿Por qué me llamas tan tarde?

—¿Tarde? ¿Pero tú no eres una criatura nocturna? —preguntó mi padre.

—Sí. —En eso tenía razón.

—Bueno, ¿qué novedades tienes?

—Ninguna, sólo voy a clase.

—Tiene que haber algo más —insistió.

—He mejorado mucho con la guitarra. Debería dejar la universidad y meterme en un grupo.

—A tu madre eso le encantaría —dijo sarcásticamente.

—Y mis ilustraciones siguen mejorando. He hecho un tigre moviéndose entre tallos de césped. Quiero que me hagas un tatuaje con esa imagen.

—Le echaré un vistazo cuando vengas de visita.

—Bueno, ¿y tú qué te cuentas, papá?

—Nada. La tienda va bien. Tu madre ha estado ocupada con el trabajo, pero eso no es nada nuevo.

—¿Por qué no os jubiláis? —pregunté—. Tenéis como cien años.

—¿Acaso los tíos de cien años se pasan el día quitándose titis de encima?

—Los ricos, sí.

—Bueno, pues yo no soy rico, así que es evidente que se debe a lo guapo que soy y a mi atractivo sexual.

—Voy a contarle a mamá que has dicho eso.

Se rio.

—¿Es que crees que no lo sabe ya?

—Supongo que tienes razón —dije con una carcajada.

—Bueno, te dejo ya. Estoy seguro de que estás tramando alguna de las tuyas y yo te estoy interrumpiendo.

Esboqué una sonrisa.

—Qué bien me conoces, papá.

—Y tanto —dijo él—. Ya hablaremos.

—Vale.

—Te quiero, muchacho.

—Yo también te quiero.

Colgó.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y entré.

Todo el mundo se había ido. Había botellines de cerveza vacíos en las mesitas del salón y por la encimera. Los juegos estaban amontonados en el suelo y había aperitivos y platos tirados por todas partes.

¿Cuánto tiempo había estado hablando por teléfono?

Cerré la puerta y me adentré en el salón.

Trinity estaba metiendo basura en una bolsa.

—¿Sigues aquí?

—Estaba hablando con mi padre —expliqué.

—¿Qué se cuenta?

—Nada nuevo. —Vi cómo se agachaba y recogía un botellín de cerveza vacío—. ¿Se han ido todos?

—¿Qué te crees, que están todos en el baño? —dijo sarcásticamente.

—Ya sabes, soy un capullo contigo porque tú eres una cabrona conmigo.

Soltó una carcajada.

—Corta el rollo, Slade. —Tiró los platos y las servilletas y dejó la bolsa contra la pared—. Bueno, gracias por haber venido.

—De nada...

Se puso las manos en las caderas y se quedó mirándome fijamente.

—Supongo que debería irme... —Era incómodo estar con ella a solas... en una casa... con una cama.

—Sí. —Caminó hacia la entrada y yo la seguí.

Abrió la puerta.

—Ya nos veremos.

—Sí. —Me detuve y la miré—. Gracias por haberme invitado...

—No estaba seguro de por qué había dicho eso. Yo nunca era educado.

Sus ojos se llenaron de sorpresa, pero no dijo nada.

No crucé el umbral. Me quedé en aquel lado de la puerta, sin saber muy bien qué me estaba reteniendo allí. No dejaba de pensar en sus largas piernas bajo el vestido. Había sido delicioso tenerlas enroscadas alrededor de mi cintura. Recordé el placer que sentí al estar dentro de ella. Ninguna de las otras chicas a las que me había tirado podía compararse con ella... en absoluto.

Estudió mi rostro con ojos precavidos.

Tenía que marcharme...

Trinity no dijo nada, sino que se limitó a esperar.

Al carajo. Estaba cachondo y me iba a tirar a la piscina.

La empujé contra la pared y cerré la boca sobre la suya. La puerta seguía abierta y la brisa nocturna se adentraba en la casa, pero yo la ignoré. La agarré de las caderas y moví los labios sobre los suyos con agresividad.

Al principio, no respondió. Su boca permaneció inmóvil, seguramente porque estaba conmocionada y no comprendía lo que estaba pasando.

Yo continué besándola con la esperanza de que ocurriera lo mejor. Pegué mi cuerpo al suyo con una considerable erección en los pantalones. Sentí sus pechos contra el mío y deseé palparlos otra vez. Y, esta vez, deseaba saborearlos.

Entonces, me devolvió el beso. Sus labios buscaron los míos como si estuviera desesperada por mí. Hundió las manos en mi pelo, agarrándolo con los puños mientras intensificaba el abrazo. Besaba de maravilla, dándome los mejores besos de los que había disfrutado en mi vida. Sabía cuándo usar la lengua y cuándo retirarla. A veces me rozaba los labios con los suyos,

provocándome, y luego me volvía a besar. Bajó las manos por mis hombros hasta los brazos, estrujando los músculos, y respiró en mi boca mientras jadeaba.

Usé el pie para cerrar la puerta de una patada. Se cerró con tal fuerza que sacudió las paredes de la casa. Ninguno de los dos se percató. Nunca había entrado en su dormitorio, pero sabía que estaba al final del pasillo. Sin dejar de besarla, la guie a través del salón y rodeamos el sofá.

De repente, se aferró a mis hombros y dio un salto para rodearme la cintura con las piernas. Como si pudiera leerle la mente, la agarré por el trasero y la cogí en brazos. Entonces, volví a besarla mientras avanzábamos por el pasillo. Vi una cama con un edredón amarillo y con cojines rosas y morados. El cuarto estaba decorado con cómodas blancas, y supe que se trataba de su dormitorio.

Entré y la tumbé sobre la cama. Bajé la vista hacia ella y vi en sus ojos el mismo deseo que ardía en los míos. Subí las manos por su vestido y tiré de sus medias. Se las quité después de lanzar sus zapatos al otro lado de la habitación.

Trinity me desabrochó los vaqueros mientras yo agarraba el borde de su vestido y se lo levantaba. Como si lo hubiéramos hecho un centenar de veces, nos quitamos la ropa el uno al otro. Yo estaba desesperado por verla, necesitaba verla.

Cuando estuve desnudo, me quedé ante ella con el sexo palpitante.

Me miró el pecho y contempló todos los tatuajes que me cubrían los brazos y el abdomen. Tenía todo lo que uno podía imaginar, era como un lienzo andante. Me estaba quedando sin espacio rápidamente y tendría que empezar a tatuarme por abajo.

Trinity se inclinó hacia delante, acercando la cara a mi cintura. Entonces, separó ligeramente los labios y me dio un beso en el glande.

Madre mía.

Cogió mi erección y me lamió la punta como si fuera una piruleta. Su lengua cálida y húmeda me provocaba una sensación

increíblemente placentera sobre la piel. Su aliento acariciaba mi sexo, excitándome todavía más. Entonces, me tomó con la boca hasta el fondo y se movió de arriba abajo.

Casi nunca conseguía que las chicas me la chuparan. Y, siempre que lo mencionaba, se lo tomaban como si fuera una faena. Trinity lo estaba haciendo como si le gustara. Mientras lo hacía, dejó escapar un gemido y creí que iba a correrme en ese mismo momento.

Se retiró un poco y me pasó la lengua por el glande, despidiéndose de él con un beso.

Yo respiraba de forma tan agitada que parecía que acabara de correr una maratón: habían sido los dos mejores minutos de mi vida. Mi sexo se retorció, deseoso de más. Ahora quería estar dentro de ella. Mi nivel de deseo se había multiplicado por diez.

A la velocidad de la luz, le quité el resto de la ropa y le arranqué el tanga amarillo a tirones. Me quedé observando su cuerpo desnudo mientras mi miembro se endurecía más a cada segundo que pasaba. Creía que iba a explotar. La cogí y la moví hacia el cabecero de la cama. Después, le separé las piernas y hundí la cara entre ellas.

Ella gimió de inmediato y cerró el puño sobre mi pelo.

Yo odiaba chupárselo a las chicas, era lo peor. Pero con ella no me importaba. Me hacía sentir increíblemente bien y quería hacer que ella se sintiera del mismo modo. Usé la lengua para rodearle el clítoris y luego la metí dentro, logrando que gritara. Le froté el clítoris con movimientos circulares usando el pulgar y en poco tiempo empezó a jadear por mí, deseándome tanto como yo la deseaba a ella.

Subí por su cuerpo y le separé las piernas con las mías. Cuando prácticamente se puso las piernas detrás de la cabeza, abrí los ojos de par en par. No tenía ni idea de que fuera tan flexible. Me había pillado por sorpresa y no podía dejar de mirarla.

Ella me agarró por el cuello y acercó mis labios a los suyos. Mi erección se introdujo entre sus pliegues, sintiendo la humedad y el calor. Estaba temblando de lo excitado que estaba al estar

dentro de ella y, además, sin condón. No tenía ni idea de que hacerlo a pelo diera tanto placer.

Trinity me clavó las uñas en la espalda y me agarró el trasero con la otra mano. Después me empujó hacia sí, gimiendo en todo momento.

Joder, era una maravilla.

Me deslicé en su interior despacio hasta que quedé completamente enterrado. Me estaba dando más placer incluso que la última vez. Era cálida y estrecha, lo cual creaba la cantidad de fricción perfecta. En cuanto empecé a moverme, gemí. El sexo jamás me había resultado tan placentero.

Los pechos le temblaban mientras me balanceaba hacia ella, y el hecho de ver sus piernas a ambos lados de su cabeza sólo aportaba más disfrute. De su boca escapaban gemidos callados y se mordió el labio mientras veía cómo la embestía.

—Dios, qué placer me das...

Empujé con más fuerza, dándole todo lo que tenía. Me movía a tal velocidad que se me iba acumulando sudor en el pecho. Sostenía mi peso en los brazos y usaba las caderas para embestirla con fuerza y rapidez.

—Slade... Fóllame justo así.

—Joder, me estás matando.

Cuando hablaba así, me daban ganas de correrme.

Me agarró las nalgas con ambas manos y me arrastró hacia sí con más energía.

—Dios, ¡sí! ¡Sí! —Prácticamente estaba gritando mientras disfrutaba de un intenso orgasmo.

Yo puse todo mi empeño en emplear la máxima fuerza posible.

—¡Más fuerte!

—¡No puedo ir más rápido! —Mi sexo salía y entraba en su cuerpo a tanta velocidad que no lo veía.

Eché la cabeza hacia atrás y gimió mientras respiraba agitadamente. Entonces empezó a descender del clímax y dejó de clavarme las uñas en el trasero.

—Ha sido increíble... Totalmente increíble.

Ver la piel enrojecida de su rostro y el gesto de pura satisfacción en sus ojos me hizo sentir deseos de correrme. La idea sonaba de maravilla.

Trinity me agarró y me puso de espaldas sin dejarme salir de su interior. Apoyé la cabeza en la almohada y alcé la vista hacia ella. Mantuvo las rodillas a ambos lados de mis caderas y me montó con ganas, usando los muslos y el trasero para botar de arriba abajo, y no de atrás hacia delante. Me tomó una y otra vez con las manos apoyadas en mi pecho.

Verla botando sobre mi erección hizo trizas mis inhibiciones. Quería que durase todo lo posible. Normalmente deseaba acabar lo antes posible, pero aquello era tremendamente placentero... Cada vez que me deslizaba en su interior, era como tocar el cielo. El puto cielo.

—Córrete para mí.

A mí nunca me había ido lo de decir guarradas, pero Trinity sabía cómo hacerlo bien. Sentí que el cuerpo se me tensaba a medida que sentía aproximarse el orgasmo. Trinity pareció saberlo, porque aumentó el ritmo, cabalgándome como una vaquera.

Yo le agarré las caderas cuando me sacudió aquella indescriptible sensación. Gemí y me mordí el labio, y entonces me corrí dentro de ella, llenándola.

—Joder... —Respiré con dificultad mientras seguía montándome, haciendo que durase todo lo posible. Cerré los ojos mientras la sensación persistía un segundo y luego se esfumó, dejándome frágil.

Trinity descansó sobre mis caderas sin sacarme de su cuerpo.

Yo recuperé el aliento, sintiéndome sofocado. Ella hizo lo mismo.

Entonces se apartó de mí y se tumbó a mi lado.

Me quedé mirando el techo, todavía con el subidón después del orgasmo.

Trinity se metió bajo las sábanas y suspiró feliz y evidentemente satisfecha.

Cuando la sensación empezó a desvanecerse, me di cuenta de

lo que acababa de pasar. Me la había tirado... otra vez. Y esta vez, ni ella ni yo estábamos borrachos. Ambos sabíamos lo que estábamos haciendo. El hecho de que lo hubiéramos decidido por voluntad propia me desconcertaba todavía más.

Mierda. ¿Y ahora qué?

Trinity estaba tumbada junto a mí sin decir nada.

Yo no era capaz de mirarla y no sabía por qué. ¿Me sentía incómodo? ¿Avergonzado? ¿Estaba enfadado? No sabía decirlo.

Trinity suspiró.

—Mejor no hablemos de ello.

Levanté una ceja y la miré.

—¿Que no digamos nada y ya?

—Sí. —Activó la alarma y se puso cómoda en la almohada—.

Buenas noches, Slade.

Aquello era lo último que había esperado que dijera. Me había imaginado que tendríamos la conversación que todas las mujeres querían tener. ¿Qué dirección iba a tomar aquello? ¿Quería aquello decir que teníamos una relación? Pero no hizo ninguna de esas preguntas. No parecía importarle en absoluto.

—Buenas noches, Trinity.

TRINITY

¿PERO QUÉ HABÍA HECHO?

Slade se me había tirado encima y había sido simplemente incapaz de detenerlo... y sinceramente, tampoco había querido. Llevaba sin echar un buen polvo tanto tiempo que ni me acordaba, y estaba claro que Slade sabía lo que hacía. Era agradable estar con un tío que supiese dónde iba cada cosa.

Pero el hecho de que fuera un amigo, en cierto modo, complicaba las cosas.

¿Qué había significado? Sabía que Slade sólo había sentido lujuria y que no había nada más, y yo me sentía igual. Supongo que no había sido para tanto. Ninguno de los dos quería nada más. Mientras no se lo contáramos a nadie, nuestro secreto estaría a salvo.

Esta vez no nos evitamos. Lo veía en la biblioteca y por el campus a menudo, pero nunca nos decíamos nada. A veces lo pillaba mirándome, pero cuando lo veía se apresuraba a apartar la vista. Ya no nos peleábamos... y aquello no pasó inadvertido.

—¿Pero qué mosca os ha picado? —preguntó Skye desde el otro lado de la mesa.

—¿De qué me estás hablando? —dije yo mientras hojeaba una revista.

—De ti y de Slade. Ya no os peleáis.

Sentí un estremecimiento. ¿Se había dado cuenta de que pasaba algo?

—Supongo que nos hemos quedado sin munición. Pensé que tú y los demás os sentiríais aliviados.

—Es sólo que me extraña tanta calma... —Me miró durante un segundo más antes de volver a su libro de texto.

Al parecer iba a tener que empezar una pelea con Slade la próxima vez que lo viera para guardar las apariencias.

—PUF, PERO MIRA QUE SE ME DAN MAL LOS BOLOS. —COGÍ LA BOLA MÁS ligera que pude encontrar y me dirigí hacia el carril. Apunté la bola, pero se precipitó en la cuneta... como de costumbre.

—Se te da de pena todo en la vida, así que no es tan sorprendente. —Conrad cogió su bola y se preparó para tirar.

—Cállate. —Pasé junto a él y me senté.

Slade estaba sentado a mi lado dando sorbitos a un refresco.

Los dos guardábamos silencio porque no teníamos nada que decirnos el uno al otro.

—Cariño, eres la mejor jugadora de bolos que he visto en mi vida. —Cayson hociqueó el cuello de Skye, sentada en su regazo.

—Pero si ni siquiera me ves jugar —dijo ella—. Sólo me miras el culo.

—Es un culo fantástico. —Cayson frotó su nariz contra la de ella.

—Me vais a hacer vomitar —dijo Slade.

—Lo mismo digo —añadí yo.

—La leche —dijo Roland—. Acabáis de estar de acuerdo en algo por una vez en la vida.

Me encogí ante la acusación.

—Por mí, Slade puede morir.

—Zorra estúpida —murmuró Slade sin muchas ganas.

Seguíamos sin mirarnos el uno al otro.

Finalmente nos dejaron en paz y volvieron al juego.

Menos mal.

Le tocaba a Slade. Cogió la bola y consiguió un strike perfecto. Sus gruesos brazos estaban cubiertos en bellos tatuajes de intensos colores. Nunca me había sentido atraída por ellos, pero ahora no podía dejar de mirarlos. Tenía los hombros anchos y fuertes y la espalda repleta de músculos. Recordé su aspecto desnudo; era una visión agradable... como su paquete.

Cayson le hizo cosquillas a Skye mientras ella estaba sentada en su regazo.

—Para —dijo ella con una risita—. Vas a conseguir que me haga pis.

—No, por favor —dijo Roland haciendo una mueca. Se levantó para jugar su turno. Consiguió derribar parte de los bolos y se volvió a sentar.

—Vamos, cariño. —Cayson le dio una palmada en el trasero—. Enséñanos cómo se hace.

Ella le sonrió y cogió su bola.

—¿Te la has follado ya? —soltó Slade de repente.

Cayson lo fulminó con la mirada.

—Me estás viendo, ¿verdad? —preguntó Roland—. ¿Su hermano? ¿Sangre de su sangre?

Slade alzó la vista al techo.

—¿Te pensabas que tu hermana era una virgen pudorosa?

Cayson no contestó, ignorando a Slade.

—O sea, que no —dijo Slade.

—No pienso tener esta conversación ahora mismo —susurró Cayson.

Slade puso los ojos en blanco.

—Ro, ¿a ti te importa si Cayson se acuesta con tu hermana?

Roland se levantó de la mesa.

—Me voy a mear...

Cayson miró a Slade con dureza.

—Es posible que sea mi cuñado algún día. Preferiría caerle bien.

—Ya le caes bien —dijo Slade—. Le caes bien a todo el mundo.

Y tu vida sería mucho más sencilla si pasaras totalmente de lo que la gente piense de ti desde un principio.

Cayson observó a Skye mientras hacía su jugada.

—Tío, ¿pero a qué estás esperando? —preguntó Slade—. Cumple de una vez.

—Lo haré... pronto. Ahora vamos a dejar de hablar de esto —dijo Cayson.

—Skye lo está deseando —añadí yo—. Pero que mucho.

Cayson se puso rojo e ignoró mi mirada.

Skye volvió y se sentó en su regazo.

—¿Has visto eso? ¡Le he dado a un bolo!

—Bien hecho, cariño. —La besó.

—Guau —dijo Slade—. Eres peor que Trinity. No pensé que eso fuera posible.

No estaba segura de si quería empezar una pelea o de si sólo lo estaba haciendo para evitar que la gente sospechara. Ya no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Decidí seguirle el rollo.

—Tú eres malísimo en todo.

Me miró con odio, pero no pareció auténtico.

—Tú eres fea.

—Y tú también.

—Ahí van —dijo Conrad sarcásticamente.

Terminamos la partida y Cayson fue el ganador.

—¿Cuándo te hiciste tan bueno en todo? —preguntó Skye.

Él sonrió.

—Antes te dejaba ganar, ¿todavía no te has dado cuenta?

—¿Cómo? —Skye parecía impactada—. ¿Y por qué has dejado de hacerlo?

—Ahora ya eres mía. No tengo que hacer nada. —Sonrió ante la mirada horrorizada de ella.

Roland asintió.

—Bien. Mi hermana ya está bastante malcriada, de todas formas.

Devolvimos nuestro equipo en el mostrador y nos encaminamos a nuestros coches. Slade caminaba cerca de mí con las manos en los bolsillos.

Roland y Conrad se metieron en la camioneta y se pusieron en marcha mientras se despedían con la mano. Skye y Cayson se marcharon en el coche de él, dejándonos solos a Slade y a mí. En vez de dirigirse hacia su coche, Slade me acompañó.

Aquello era muy raro.

Me detuve al llegar a mi coche.

—¿Qué pasa?

Se apoyó en el costado del coche y cruzó los brazos contra el pecho. Estuvo mucho tiempo contemplando el otro extremo del aparcamiento antes de hablar.

—¿Qué está pasando entre nosotros? O sea, ¿qué es esto?

—Slade, ¿por qué actúas como una chica?

Puso los ojos en blanco.

—No estoy preguntando si tenemos una relación, sólo quiero saber qué es esto. O sea, ¿vamos a seguir haciéndolo? ¿O sólo de vez en cuando? ¿No deberíamos hablarlo? ¿O deberíamos parar?

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—¿El qué? ¿Que deberíamos hablarlo o dejar de hacerlo?

—No lo sé... ¿tú qué quieres hacer? Yo no creía que lo fuéramos a hacer otra vez después de la primera, pero luego te me tiraste encima.

—No finjas que no querías que lo hiciese.

—Tú me entraste a mí, ¿te acuerdas?

—Y tú me chupaste la polla y luego me montaste como una jodida vaquera —saltó él—. Vamos a dejar de señalar con el dedo. No te habrías acostado tan fácilmente conmigo si no hubieras pensado ya antes en hacerlo. Y aquella noche no bebiste nada, así que estabas completamente sobria.

No podía decir nada para rebatir aquello.

—En fin, ¿qué es lo que quieres hacer?

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres hacer tú?

Daba la impresión de que ninguno de los dos queríamos poner nuestras cartas sobre la mesa.

Él no apartaba los ojos de mí, esperando a que respondiera.

Mantuve su mirada y guardé silencio.

Suspiró.

—Vale. Yo primero. —Hizo una larga pausa mientras se pasaba los dedos por el pelo—. Sinceramente, follar contigo es alucinante de la hostia. Pues claro que quiero seguir haciéndolo.

—A mí también me gusta... —Crucé los brazos y continué aparentando indiferencia.

—Si seguimos con esto, necesitaríamos algún tipo de sistema para evitar que nos pillen. ¿Estás de acuerdo? —preguntó.

Asentí.

—De acuerdo. No tengo ningunas ganas de que alguien se entere de lo nuestro.

—Pues ya somos dos —coincidí.

—Entonces... ¿somos follamigos?

—Por mí perfecto.

—Muy bien. Nos mandaremos mensajes en clave, sólo por si acaso alguien los ve.

—¿Y qué tipo de clave usaríamos?

Se encogió de hombros.

—Una A quiere decir «ven a casa», y una B «¿puedo ir a tu casa?».

Negué con la cabeza.

—¿Y no te parece que eso resultaría sospechoso si alguien lo leyera? ¿Como Cayson, por ejemplo?

—Pues a ver tu idea, genio —saltó él.

—«Vete a la mierda» quiere decir «ven a casa», y «ojalá te mueras» quiere decir «¿puedo ir a tu casa?».

Eso suena mucho más creíble viniendo de nosotros.

—¿Y si quiero llamarte? —preguntó.

—Pues me llamas, atontado.

Puso los ojos en blanco.

—¿Tenemos alguna regla?

—¿Qué tipo de reglas?

—¿Somos exclusivos?

—Había supuesto que no. —Yo no iba a dejar de tener citas y de buscar al hombre ideal sólo por estar haciendo el tonto con un

capullo.

—Por mí perfecto. Pero... ¿vamos a seguir haciéndolo... sin nada?

—Mientras estés sano a mí no me importa. Es mejor, de todos modos.

—¿Tú no tienes nada? —me preguntó.

Lo fulminé con la mirada.

—Voy a hacer como que no me has preguntado eso.

—¿No sueles usar nada con los tíos? —preguntó.

Lo volví a fulminar con la mirada.

—Oye, me estoy acostando contigo. Tengo derecho a preguntarlo.

—Nunca.

—Entonces, ¿por qué no me hiciste ponerme nada?

—No lo sé. No había tiempo, todo pasó tan deprisa... Y dado que no te pusiste nada la primera vez, si hubieras tenido algo ya estaba jodida. Así que, ¿para qué usar nada la segunda vez?

—Bueno, yo soy un histérico con mi salud sexual, así que por eso no te preocupes.

—¿Siempre te lo pones?

—Pues claro, joder —respondió indignado—. No quiero pillar nada ni dejar preñada a alguna tía. Pueden decir que están tomando la píldora aunque no la tomen, sólo para engañarte.

—¿Cómo sabes que yo no te estoy engañando? —le pregunté.

Me dedicó una mirada que transmitía con claridad su deseo de que cerrara la puta boca.

—Vale. O sea que siempre utilizamos protección con otras personas. Sólo nos mandamos mensajes en clave. ¿Qué más?

—¿Qué pasa con nuestra amistad? —preguntó él.

—¿Qué pasa con ella? —respondí yo—. Si nunca hemos sido amigos.

Él sonrió.

—Supongo que eso es verdad. Pero ¿y qué pasa cuando uno de nosotros quiera dejarlo?

—Pues lo dejamos y sanseacabó.

—¿Así de fácil? —preguntó asombrado—. ¿No vas a empezar a

llorar ni a suplicarme que me quede?

Levanté una ceja.

—Slade, tú eres de esos tíos con los que me gusta acostarme, no a los que persigo para acostarme con ellos. Créeme, no habrá ningún problema.

—Bien, porque yo paso de eso de las relaciones y eso no va a cambiar.

—Me dejas de piedra —dije sarcásticamente.

—Lo digo en serio. No esperes que cambie por ti.

—No lo hago —dije con firmeza—. Nunca querría nada más contigo... jamás.

Pareció creermelo.

—Me alegra haber dejado eso claro.

—De acuerdo. ¿Hemos acabado ya? —Estaba deseando irme a casa y darme un baño.

—Sí. —Se apartó de mi coche y se metió las manos en los bolsillos.

—Nos vemos. —Abrí la puerta del coche y entré.

Él se alejó y llegó hasta su coche, en el otro extremo del aparcamiento.

No me podía creer que acabara de tener aquella conversación con Slade. Ahora éramos follamigos, algo que no hubiera creído posible ni en un millón de años. Debería haberme negado y ya está, pero me gustaba el sexo del bueno. Y Slade era bueno al menos en eso.

Mi teléfono vibró, así que miré la pantalla.

Era Slade.

«Ojalá te mueras».

Sonreí y contemplé la pantalla.

«Hasta ahora».

CAYSON

HABÍA DEJADO EL TEMA DE ZACK, PERO ESO NO QUERÍA DECIR QUE NO pensara en ello. El hecho de que hubiera molestado a Skye en dos ocasiones me sacaba de quicio. Estaba claro que había planeado hacerlo cuando yo no estuviera cerca, lo cual significaba que la vigilaba, y eso me incomodaba muchísimo.

¿Qué quería de ella? ¿Qué estaba intentando hacer? ¿Qué pretendía ganar con ello? No era capaz de hallar una respuesta y eso me hacía entrar en pánico. Parecía que quisiera vengarse.

Puede que estuviera reaccionando de forma exagerada, pero siempre me comportaba así cuando se trataba de Skye. Si fuera cualquier chica de mi familia, estaría de los nervios, porque estaba en contra del acoso, pero como Skye estaba a un nivel distinto que el resto de las personas del planeta, la situación me preocupaba aún más.

¿Qué opciones tenía? Podía darle una paliza, pero ¿qué conseguiría con eso? Zack volvería, y más cabreado aún. Podría matarlo, pero tendría que vivir con la culpa para siempre. Además, tendría que hacerlo sin que me pillaran y yo sería el sospechoso principal en la investigación. Podría intentar mantener una conversación adulta con él y conseguir que entrara en razón, pero Zack no me parecía un tipo razonable. Podría

acompañar a Skye a clase todos los días y no apartarme nunca de su lado, lo cual me parecía bien, pero ella no viviría así para siempre. Conociendo a Skye, aquella vigilancia constante no tardaría en irritarla. Arremetería contra mí y sería un motivo de tensión en nuestra relación.

Tenía que contárselo a su padre.

Sabía que ella se enfadaría, pero me daba igual. Él era la única persona que podría hacer desaparecer un problema así. Contaba con el dinero y los recursos para librarse prácticamente de cualquier cosa. Skye se mosquearía si se enterase, pero tenía que hacerlo. Debía hacerlo.

AQUELLA NOCHE EL BAR ESTABA TRANQUILO. SÓLO HABÍA ALGUNOS CHICOS viendo un resumen de un partido que se había jugado aquel mismo día. Yo tenía una cerveza delante, pero no la toqué. Sencillamente no estaba de humor ni para alcohol ni para nada. Skye creía que estaba jugando al baloncesto con Slade. Me había parecido la excusa más convincente.

La puerta se abrió y entró un hombre alto vestido de traje. Se dirigió adonde me encontraba en el bar, caminando con una postura perfecta. Cuando llegó hasta mí, se desabotonó la chaqueta y se sentó en el taburete. Me miró con sus amenazadores ojos azules, pero no dijo nada.

El tío Sean nunca me saludaba de aquel modo, sino con un fuerte abrazo y una sonrisa. Pero yo sabía que estaba nervioso y que mi llamada no lo había alegrado, precisamente.

—¿De qué va todo esto? —preguntó en voz baja. Echó un vistazo al bar con discreción para asegurarse de que no había nadie cerca de nosotros.

—De Skye.

Se tensó visiblemente y sus ojos adquirieron un matiz más amenazador.

—¿Mi hija está bien? —Mantuvo el tono bajo, pero dejó

traslucir su preocupación y su actitud protectora resultó evidente.

—Está perfectamente. Está en casa sentada viendo I love Lucy.

Se relajó ligeramente.

—Entonces, ¿de qué se trata, Cayson?

El camarero se acercó y le puso una cerveza, pero el tío Sean no bebió.

Ya no había vuelta atrás.

—De Zack. No la deja en paz.

Me observó fijamente con mirada precavida y la mandíbula ligeramente tensa.

—La primera vez le di una buena paliza, le rompí la nariz y le desencajé la mandíbula. La segunda vez Slade le dio una buena, pero sigue sin dejarla en paz. Espera a que Skye esté sola y la acosa, no deja de pedirle que se disculpe. Ella insiste en que no es peligroso, pero yo no me lo creo. A mí me parece que es un puto psicópata.

Él no reaccionaba, apenas se movía. Era casi como si no hubiera oído ni una sola de mis palabras. Su Rolex resplandecía en su muñeca y la alianza reflejaba la tenue luz del bar.

—Me ocuparé de ello.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarlo —dijo llanamente, como si estuviera hablando del tiempo.

—Skye va a saber que has sido tú. No me parece que sea buena idea.

Procesó mis palabras durante un rato.

—Me aseguraré de que no la moleste, Cayson.

—¿Qué vas a hacer?

—Contrataré a alguien para que le dé un buen susto y se cagará en los pantalones. Entonces haré que unos tíos lo sigan a todas partes sin que él se percate de su presencia. Zack sabrá que no puede hacer nada sin que yo me entere. Si sabe lo que le conviene, dejará el asunto y no volverá a hablar con ella nunca más.

Aquello me bastaba.

—Vale.

Finalmente dio un sorbo a su cerveza con mirada sombría.

—Por favor, no le digas a Skye que te lo he contado.

No me miró.

—Me lo debería haber contado ella misma.

—Se cree que puede ocuparse de todo ella sola y, en general, es así, pero en este caso... prefiero no correr riesgos.

—Te guardaré el secreto, Cayson.

—Gracias. —Notaba que seguía de mal humor—. Yo puedo cuidar de ella. No la he perdido de vista, pero pensaba que querías saberlo...

—Sé que puedes cuidar de ella, Cayson. Nunca lo he puesto en duda.

—Vale. Porque incluso ahora, Slade está metido en su coche delante del apartamento de Skye mientras estoy yo aquí.

El tío Sean me miró con una expresión aprobadora en los ojos.

—Tienes mi respeto, siempre lo has tenido. Y ten presente que la mayoría de los hombres no cuentan con él. No tengo ninguna duda de que eres el hombre adecuado para mi hija.

Aquello significaba un mundo para mí.

—Gracias.

Me dio una palmadita en el hombro y dejó algo de dinero en la mesa.

—Tengo que ponerme ya en marcha, mi mujer me está esperando.

—Yo también debería irme a casa.

Esta vez me abrazó durante un rato.

—Gracias por habérmelo contado. Ojalá mi hija recurriera a mí más a menudo.

—Es que sabe cómo te pones.

—Me pongo así por un motivo... porque quiero a mi hija más que a nada. —Se alejó y me miró con firmeza—. Ya nos veremos.

—Adiós.

Salió y desapareció; yo me quedé en la barra terminándome la cerveza.

CUANDO ME BAJÉ DEL COCHE, SLADE SALIÓ DEL SUYO. SE FROTÓ LAS MANOS y dejó escapar nubes de vapor entre los labios.

—Ya era hora, cojones. —Se puso las manos delante de la cara y sopló sobre las palmas para calentárselas con su aliento. Llevaba una camiseta de manga corta y unos vaqueros a pesar de que nevaba fuera—. Me estaba quedando tieso.

—Pues enciende la calefacción.

—¿Y malgastar la gasolina? Que no soy rico, macho.

—Pues ponte una cazadora —argumenté.

—Entonces no se me ven los tatuajes.

—¿Acaso esperabas encontrarte con alguien estando una hora sentado en el coche? —pregunté sarcásticamente.

Se encogió de hombros.

—Podría haber pasado.

Puse los ojos en blanco y me metí las llaves en el bolsillo.

—¿Se ha pasado por aquí?

—No. Probablemente nunca lo haga. Estoy seguro de que sabe que estás merodeando por aquí como un murciélago en una cueva.

Levanté una ceja.

—¿Qué clase de comparación es esa?

—¿Qué? ¿Es que los murciélagos no se quedan siempre en el mismo sitio?

—Porque tienen que estar en la oscuridad —expliqué—. Eso no tiene ningún sentido.

—Lo que tú digas. Vale. Zack sabía que estarías merodeando como... un tiburón.

—¿Un tiburón? —pregunté—. Son peces, así que tienen que nadar constantemente. Por definición, no pueden quedarse quietos en un sitio.

Puso los ojos en blanco.

—Vale, pues un rodaballo. Ya sabes, los bichos esos que se

esconden debajo de la arena en el mar y se camuflan. Y entonces...

—Vale, déjalo ya. Ya lo pillo.

—Ya era hora. —Se volvió a frotar las manos—. Bueno, ¿qué estábamos diciendo?

—Que Zack no había venido.

—Ah, sí, ni rastro de él. ¿Qué tal el tío Sean? ¿Estaba cabreado? ¿Se ha transformado en el increíble Hulk?

—Estaba cabreado, pero no se ha puesto como un loco.

—¿Va a matar a Zack?

—No, lo va a asustar para que se largue y va a poner a tíos a seguirlo a todas partes.

Slade asintió aprobadoramente.

—El tío Sean... El macarra.

—Yo no creo que sea un macarra... simplemente se preocupa por su hija.

—Lo mismo me da que me da lo mismo. —Se apoyó en la puerta del coche—. Bueno, ¿vas a echar un polvo esta noche?

¿Alguna vez hablaba de otra cosa?

—¿Qué más te da?

—Eres mi colega. Llevas meses saliendo con ella y te mereces un poco de marcha.

—Me da marcha de sobra —repuse.

—Si no es coño, no es lo mismo.

Levanté la mano.

—Mira, puedes hablar así de las otras chicas con las que he estado, pero de Skye no. Con ella es diferente, lo digo en serio.

Miró hacia el cielo.

—Lo que tú digas, Romeo. Bueno, ¿lo vas a hacer o qué?

Me apoyé en la puerta de mi coche de frente a él.

—Casi lo hicimos la semana pasada.

Se quedó boquiabierto.

—¿Y qué coño os lo impidió?

—El repartidor de pizzas llamó a la puerta.

—Me he perdido... ¿Por qué no cogiste la pizza, cerraste la puerta de un golpe y se la metiste?

—Eso no es precisamente romántico.

—¿Y? —Se encogió de hombros—. El sexo no tiene por qué ser romántico. Es sexo.

—Es evidente que nunca te has enamorado de nadie.

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo con sarcasmo.

—Sólo quiero que sea perfecto, ¿sabes? Es la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida.

Slade me miró con incredulidad.

—¿No te estás precipitando?

—Pero si hasta tú lo dijiste.

—Nada es definitivo —argumentó.

—Bueno, pues va a pasar, lo sé.

—Entonces tienes el resto de tu vida para hacer que sea romántico. Ahora moja el churro —dijo Slade. Se frotó los brazos para combatir el frío.

—¿Qué te acabo de decir? —solté.

—Menudo peñazo te has vuelto.

—Y tú tienes que madurar.

Cruzó los brazos delante del pecho y echó un vistazo al apartamento.

—¿Has visto a Jasmine desde ese día?

—No... Me siento culpable.

Se encogió de hombros.

—Venga ya. Le contaste que estabas con Skye, así que no debería ser ninguna sorpresa.

—Pero Skye se me pegó como una lapa y prácticamente se lo restregó a Jasmine por la cara. —Me pasé los dedos por el pelo—. Odié aquel gesto de dolor que puso. Me sentí un cabrón.

—Haciéndole daño probablemente le resultará más fácil pasar página.

—Es una chica tan buena... Se merece a alguien bueno de verdad.

—Bueno... ¿Te importa si le doy yo un tiento?

Lo miré amenazadoramente.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué? —Levantó las manos en un gesto de inocencia—. Si no

te la estás tirando tú, alguien debería hacerlo. Desde que contó que te la follaste en la secadora de tu edificio, siento curiosidad.

—Lo digo en serio, Slade. Está prohibida.

Puso los ojos en blanco.

—Qué avaricioso...

—Slade, ¿me das tu palabra?

Suspiró.

—Vale, como quieras.

—Gracias. —Me puse de pie—. Debería entrar ya. —Contemplé su piel pálida—. Y tú deberías irte a casa antes de que pilles una hipotermia.

—No hace falta que me lo digas dos veces. —Se giró hacia el coche.

—Y consigue una cazadora.

—No. Llevo los brazos cubiertos de tatuajes para algo.

—Vale. Por mí como si te mueres.

—Entonces nos veremos en el infierno. —Cerró la puerta y arrancó el coche.

Sacudí la cabeza, subí las escaleras hacia el apartamento de Skye, y usé mi copia de la llave para entrar.

Skye estaba sentada en el sofá con un cuenco de palomitas en el regazo.

—¿Qué tal con Slade?

—Bien.

—¿Quién ha ganado?

—¿Quién ha ganado el qué? —pregunté.

—El partido. —Levantó una ceja—. ¿No habíais ido a jugar al baloncesto juntos?

Ah, sí...

—He ganado yo —solté—. Se ha enfurruñado como un niño.

—Slade siempre se comporta como un niño.

Me senté en el sofá a su lado, cogí un puñado de palomitas y me lo metí a la boca.

—¿Tú qué has hecho?

—Nada, ver la tele. —Llevaba una camiseta y unos pantalones de franela. Hasta en pijama estaba guapa.

—Me sorprende que no estés estudiando para un examen o algo así.

—No puedo estar siempre leyendo libros de texto... —Masticó las palomitas y tragó—. Estoy agotada.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Bostezó—. Antes he salido a correr. Supongo que estoy en muy baja forma.

Me quedé paralizado.

—¿Te has ido a correr... sola?

—Sólo han sido unos kilómetros.

—Skye, te he dicho que te quiero tener siempre localizada.

—Mi voz se llenó de enfado.

—Bueno, pero yo no hago todo lo que me mandas —rebatío ella.

Sabía adónde iría a parar aquello.

—No estoy intentando darte ninguna orden, pero como Zack anda detrás de ti, preferiría que no anduvieses por ahí tú sola, especialmente de noche.

—No le tengo miedo y me niego a vivir así mi vida.

—Sólo es temporal. Después puedes volver a hacer lo que te dé la gana. Si sales a correr, yo iré contigo encantado.

Me miró con dureza.

—Me conoces desde siempre, Cayson, y sabes qué clase de chica soy. No voy a consentir algo así.

Sabía que tenía que ser más firme con ella.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Tú eliges.

Entrecerró los ojos.

—¿Perdona?

Suspiré.

—Lo siento, Skye. Siento ser así, sabes que no es propio de mí. Simplemente me preocupo por ti y necesito cuidarte... hasta que sepa que te dejará en paz de verdad. Por favor, no me lo pongas más difícil.

Se percató de la incomodidad que mostraba mi rostro.

—Vale, pero es sólo temporal.

Suspiré aliviado y le di un beso en la frente.

—Gracias.

Se levantó y dejó el cuenco en la mesa.

—Me voy a la cama. ¿Vienes?

—Pues claro. —Apagó la tele y la seguí hasta su dormitorio.

Había sido más agresivo con Skye de lo que acostumbraba a ser. Ahora, cuando quería algo de ella, lo tomaba sin más. A juzgar por los gemidos que escapaban de sus labios y por el modo en que sus uñas se clavaban en mi piel, le gustaba. Le quité la camiseta y le desabroché el sujetador a la velocidad de la luz. Le agarré los pechos; me encantaba sentir su calidez en las manos. Adoraba sus tetas y ya no me daba miedo admitirlo. Me dejaba que se las chupara y se las besara siempre que quería... entre otras cosas.

Yo tenía muchas ganas de llevar nuestra relación al siguiente nivel. Estaba preparado y sabía que ella también lo estaba, pero aquella noche no me parecía lo correcto. Me sentía culpable porque acababa de ir a hablar con su padre, algo que ella me había pedido específicamente que no hiciera, así que tendría que bastar con enrollarnos una noche más... por ahora.

SKYE

—SI CAYSON SE PIENSA QUE ME VA A MANGONEAR, SE VA A LLEVAR UNA buena sorpresa. —Zack ya había intentado hacer lo mismo de un modo mucho más agresivo, pero yo no era ninguna debilucha: era una mujer fuerte e independiente. Las cosas eran a mi manera o de ninguna manera.

Trinity me sonrió antes de dar un sorbo a su café.

—La verdad es que yo en esto estoy con él, Skye...

Estábamos sentadas en una cafetería justo a la salida del campus. Había estudiantes dispersos por las mesas y se oía música jazz de fondo. Había pedido una magdalena de arándanos, pero sólo me había comido la mitad. La miré fijamente sin poderme creer lo que acababa de decir.

—Perdona, ¿te he oído bien?

—Si Cayson se tomara el comportamiento de Zack a la ligera, me preocuparía. No puedes culparlo por querer protegerte. Ojalá tuviera yo un tío que se preocupara tanto por mi bienestar...

—Me alegra que le preocupe, es sólo que no quiero que me den órdenes. Hay una gran diferencia.

—Sólo te ha pedido que no salgas sola a correr de noche. —Me estaba mirando como si me hubiese vuelto loca—. Tampoco es para tanto.

Trinity llevaba siendo mi mejor amiga desde que aprendimos a hablar. Me había apoyado siempre en todo... menos en esto.

—¿Qué le ha pasado a mi mejor amiga la descarada?

—Sólo te estoy diciendo las cosas como son. Tampoco es como si Cayson fuese así todo el tiempo, sólo quiere esperar a que a Zack se le pase la obsesión contigo.

—¿Sabes lo que me ha costado venir a tomar café contigo?
—pregunté yo—. ¿Sin él?

—¿Porque lo echas de menos?

—No —dije furiosa—. Porque casi no me deja venir sola.

Se encogió de hombros.

—Cayson me cae bien, no me habría importado que viniese.

Puse los ojos en blanco.

—No se trata de eso, sino de que yo puedo quedar con mi mejor amiga siempre que me dé la gana.

—¿Y si aparece Zack?

—Le damos una buena.

—La última vez que lo intentamos se me sentó encima como un hipopótamo.

—Yo ya lo tenía —dije yo enfadada—. Le iba a partir el cráneo con el libro.

—Yo sigo pensando que es mejor evitar a Zack que ir otra vez a por él de frente. A eso le tienes que ver la lógica. —Apoyó los codos en la mesa mientras me miraba airada.

—Supongo...

—Pues no seas tan dura con Cayson porque es el chico más dulce del mundo. Nunca te mangonearía; reconoce tu independencia y es una de las razones por las que se siente tan atraído por ti. Tú síguele el rollo unas cuantas semanas y ya está.

Sabía que tenía razón, que estaba siendo muy cabezota con aquel asunto.

—Bueno, vale.

—Bien. Ahora invítalo a tomar café con nosotras.

—No, quiero hablar contigo de cosas de chicas.

—A Cayson le diría cualquier cosa que te diga a ti —afirmó Trinity.

—Sigue siendo mucho más divertido cuando sólo estamos nosotras.

—Hombre, pues claro —dijo riéndose. Bebió café y después se pasó el pelo por encima del hombro—. Por favor, dime que ya te lo has tirado.

—¡Trinity! —Me apreté un dedo contra los labios—. ¡Shh! —Eché un vistazo a las mesas cercanas para ver si alguien la había oído.

—Madura, Skye. A nadie le importa.

Parecía que no había pasado nada.

—Más te vale decir que sí —insistió ella.

—No... Todavía no lo hemos hecho.

—¿Pero a vosotros qué leches os pasa? —Me miraba como si estuviera loca de atar.

—Iba a suceder la otra noche, pero el puto repartidor de pizzas nos lo fastidió.

—¿Cómo?

—Llamando a la puerta.

—¿Y? Sólo estuvo allí un minuto, ¿no?

—Pero estropeó el momento —dije suspirando.

—¿Que estropeó el momento? —preguntó con incredulidad—. ¿Es que no seguía empalmado? Con eso basta para continuar.

Me reí suavemente.

—Cayson quiere que sea especial.

—Bien, pues como siga queriendo que sea especial no vais a follar nunca.

Me volví a reír.

—Y que lo digas...

—Tienes que estar de los nervios, pero si han pasado meses.

La miré con la cara seria.

—Estoy de los nervios. Nos enrollamos, pero yo quiero llegar hasta el final.

—Él te hace llegar al orgasmo, ¿no?

—Sí, sí —dije de inmediato—. Eso no es problema. Pero es que lo quiero a él, no su mano o su boca.

—Te entiendo, hija.

Saqué la bolsita de té de mi taza y la dejé sobre una servilleta.

—¿Algún hombre en tu vida?

Ella bajó la vista a su taza y sopló el vapor.

—No.

—¿Cuánto tiempo llevas sin salir con nadie?

Trinity se lo pensó unos momentos. Sus pendientes de oro reflejaban la luz, igual que su brillo de labios. Tenía unos rasgos perfectos y el maquillaje no hacía sino contribuir a realzar su espectacular belleza, que me hacía sentir muy poca cosa.

—Casi un año.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

Ella dio un sorbo a su café.

—Eh... No me acuerdo. Hace tiempo, eso sí.

—Tendríamos que salir por ahí y buscarte a alguien.

Ella sonrió.

—Pasará cuando pase, no hace falta apresurar las cosas.

—Me da la sensación de que llevamos muchísimo tiempo sin salir. —Me sentía culpable. Desde que Cayson y yo estábamos juntos no había sido la mejor de las amigas para Trinity.

—Ahora hemos salido.

—No es lo mismo, tendríamos que ir a algún club. —No es que tuviera auténtico interés en aquello. Ahora que tenía un novio formal, la idea de salir a un club ruidoso donde un montón de tíos se quedarían embobados mirando mi delantera y las piernas de Trinity no sonaba exactamente divertida.

—Ya veremos. —Miró por la ventana y observó pasar a la gente. Sus ojos perdieron su brillo por un momento y parecieron desaparecer. Apretó fuertemente los labios como si estuviera pensando.

—¿Va todo bien, Trinity? —pregunté.

Ella se giró hacia mí.

—Sí. Es sólo que tengo muchísimos deberes y cosas que hacer...

Me seguía pareciendo que pasaba algo, pero no quise seguir insistiendo al respecto.

CAYSON ESTABA APOYADO CONTRA MI COCHE CUANDO SALÍ DE LA CAFETERÍA. Miraba su teléfono y pulsaba la pantalla con el pulgar como si estuviera jugando a algún juego. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta gris. Sus brazos musculosos destacaban bajo el sol invernal. Le había empezado a salir una barba cerrada de color castaño. Me encantaba cuando se afeitaba, pero también cuando no lo hacía. Observé su cuerpo unos segundos mientras recordaba el aspecto que tenía desnudo en mi cama. Quería pasar la lengua por todo su cuerpo para saborearlo.

Sacudí la cabeza para espantar aquellos pensamientos. Luego me acerqué a él.

—Hola, tú.

Bajó el móvil y dirigió la vista hacia mí. Sus ojos azules parecieron súbitamente más brillantes al reconocirme y una sonrisa estiró sus labios.

—Me alegra que estés contenta de verme y no cabreada.

—Trinity me ha convencido.

—Siempre me ha caído bien. —Se guardó el móvil en el bolsillo y me abrazó. Introdujo una mano en mi cabello mientras me besaba, incendiándome los labios. Siempre hacía los movimientos perfectos con los labios contra mi boca, dejando claro que sabía lo que estaba haciendo. Me dirigió hacia la puerta del coche y presionó su cuerpo contra el mío mientras seguía besándome.

Luego se apartó lentamente.

—Creo que esto se está desmadrando...

—Un poquitín. —Eché una ojeada a sus labios y luego volví a mirarlo a los ojos.

—¿Te lo has pasado bien con Trinity?

—Sí.

—¿Qué habéis hecho?

—Hablar.

—¿De qué? —preguntó—. Siempre estáis hablando.

—De chicos, sexo, música... cosas así.
—¿He salido yo en la conversación? —quiso saber él.
—Tú siempre sales en la conversación.
—Uy... Espero que sólo hayáis dicho cosas buenas.
—Pues claro. —Le sonreí con coquetería.
—Y espero que no hablarais sólo de mi... tamaño. —Se ruborizó ligeramente.
—No. —Yo también empecé a ruborizarme.
Me miró fijamente unos segundos antes de ponerme las manos en las caderas.
—¿Tienes planes esta noche?
—Contigo, supongo.
—¿Te puedo invitar a cenar?
—Me puedes invitar a donde quieras.
—Respuesta acertada. —Se inclinó y me besó—. Te recojo a las siete.
—Vale.
—¿Quieres dormir esta noche en mi casa?
¿Qué más daba? Aquello nunca me lo había preguntado.
—Claro.
—Bien. —Abrió mi puerta y me ayudó a entrar—. Nos vemos entonces.
—De acuerdo.
Me dio otro beso.
—Ponte algo bonito. —Cerró la puerta y se encaminó de vuelta hacia su coche.

ME PUSE UN VESTIDO NEGRO CON LA ESPALDA AL AIRE Y UNOS TACONES plateados, con una pulsera a juego en la muñeca y pendientes de diamantes en las orejas. Mi chaqueta marinera colgaba de la silla. Quería que Cayson viera mi vestido antes de ponérmela, sólo para observar su reacción. Creía tener un aspecto bastante decente y esperaba que le gustara.

Un golpe en la puerta anunció su presencia.

—Pasa —dije yo.

Entró con unos pantalones de vestir y una camisa.

Silbé.

—Alguien está despampanante.

Él me miró la cintura y las piernas.

—Lo mismo puede decirse de ti. —Me pasó un brazo por la cintura, apoyando la mano en mi espalda desnuda. Sus dedos descendieron por la piel—. Me gusta...

—¿Sí? —Me agradaron sus palabras.

—Me gusta tu piel. —Se puso a mi espalda y me puso el pelo por encima de un hombro, besándome a continuación entre los omoplatos y logrando que el calor empezara a fluir por mi cuerpo.

—Me gustan tus labios.

Me rodeó y me puso una mano en la barbilla.

—Esta noche estás preciosa. —Sus ojos bajaron hasta mis pechos y luego volvieron a mis ojos—. Pero te falta algo.

—¿El qué? —dije ansiosa mientras lo comprobaba todo.

Sacó un estuche de su bolsillo y lo abrió.

Dentro había una pulsera de oro blanco con lunas y nubes en la cadena. La contemplé un momento antes de cogerla. Era ligera y suave entre mis manos. Le di la vuelta y vi lo que había grabado.

De todas las estrellas en el cielo, tú eres la única.

Noté que se me henchía el corazón al verlo. Volví a mirarlo sin saber qué decir.

—Cayson...

—Shh. —Cogió la pulsera y me la abrochó en la muñeca, quitándome la que ya llevaba puesta—. No hace falta que digas nada, sólo quiero que la tengas. —Sus dedos acariciaron la piel de mi muñeca antes de depositar un suave beso en ella—. Ahora estás perfecta.

Se me humedecieron los ojos.

—Estoy perfecta contigo.

Me miró con ojos cariñosos y se acercó a mí.

—Esa es la mayor verdad que te he escuchado nunca. —Me puso la mano en el cuello y me dio un suave beso en la frente.

Apoyé la cara contra su pecho, atesorando el momento. La dulzura de Cayson siempre me pillaba por sorpresa. Hacía lo que fuera para hacerme feliz.

—Siento haberme portado como una cría antes...

—Es agua pasada. —Besó mis labios con suavidad y luego se apartó—. ¿Tienes hambre?

—¿Es que nos acabamos de conocer? —respondí.

Me dedicó una mirada afectuosa antes de coger mi chaqueta y colocármela sobre los hombros.

—¿Estás lista?

Asentí.

Salimos del apartamento y nos dirigimos al restaurante. Al parar en la puerta me di cuenta de que era un italiano.

—Sé lo mucho que te gusta la pizza —dijo—. Es mi manera de llevarte a un sitio bonito y darte lo que de verdad deseas.

Sonreí.

—Una idea brillante.

Entramos y nos encaminamos hacia la mesa que había cerca de la ventana. Como siempre, Cayson me apartó la silla y me permitió sentarme antes de sentarse frente a mí. Me tendió una carta antes de mirar la suya.

—No sé si debería pedir la pizza familiar pequeña o la mediana grande... —Contemplé la carta intentando decidir.

Me sonrió.

—Pide la familiar grande y llévate a casa lo que sobre. Sé lo que te gusta picotear en mitad de la noche.

—Entonces, ¿no pensarás mal de mí?

—¿Lo he hecho alguna vez? —Volvió a mirar su carta—. Yo voy a pedir los tortellini.

—La pizza es mejor —solté yo.

—Nunca pides otra cosa —lo dijo con tono condescendiente, pero había afecto en sus ojos.

—Porque está buena.

El camarero se acercó a nuestra mesa y tomó nuestro pedido,

sirviendo la botella que había pedido Cayson al llegar.

—Qué velada tan elegante —dije yo.

—Quería que fuese especial —dijo mirándome a los ojos.

Entonces caí en la cuenta. Cuando volviéramos luego a su casa no tontearíamos un poco y luego nos iríamos a dormir. Lo que había estado esperando iba a suceder por fin. Intenté ocultar mi emoción pero tenía el presentimiento de que era evidente en mi cara.

Hablamos de cosas sin importancia sobre las clases y nuestra familia. Mantuvimos la voz baja mientras hablábamos por encima del ruido de cristal entrechocando y de platos moviéndose. Nos bebimos el vino hasta dejar la botella vacía y comimos cuando trajeron lo que habíamos pedido. Normalmente me habría comido la mitad de mi pizza, pero aquella noche no quería tener el estómago demasiado lleno, así que sólo me comí unas cuantas porciones. Cayson tampoco comió lo que solía; a lo mejor estaba nervioso.

Cuando nos trajeron la cuenta, metió el dinero dentro.

—¿Puedo encargarme de la propina? —pregunté.

—No. —Apartó la cuenta y guardó el resto de mi pizza en la caja para llevar.

—Alguna vez tienes que dejarme pagar.

—No —dijo otra vez. Se levantó y me ayudó a apartar la silla—. Vamos a meter esa pizza en la nevera. —Me rodeó la cintura con un brazo y me condujo fuera del restaurante. Saber lo que íbamos a hacer cuando llegáramos a su casa hacía que el corazón me latiese más rápido. Estaba acalorada y excitada, tenía los nervios a flor de piel y me moría por sentirlo. Soñé despierta con nuestro encuentro durante todo el trayecto de vuelta a casa, imaginando cómo sería cuando finalmente estuviera en mi interior. Para cuando paramos en el aparcamiento, estaba mojada.

Después de entrar en su casa, metió la caja de pizza en la nevera y volvió a mi lado.

—Gracias por cenar conmigo.

—Gracias por darme de comer

Silencio.

Me miraba fijamente con las manos a los costados.

Yo le devolví la mirada sintiendo cómo empezaban a sudarme las manos de repente. Estaba nerviosa, pero no de un modo negativo.

Cayson me puso las manos en las caderas, cerrándolas ligeramente y arrugándome el vestido. Observó mi cuerpo un momento, deteniéndose unos segundos en mis pechos, y luego me miró a los ojos. El deseo brillaba en ellos con fuerza.

Se me entreabrieron los labios inconscientemente al tomar las riendas mi deseo. Me apreté contra su pecho e incliné la cara junto a la suya, sintiendo la calidez de su aliento en mi mejilla. El hecho de saber lo que iba a pasar a continuación hacía que todo pareciese diferente, como si fuera de nuevo la primera vez.

Cayson siguió mirándome hasta que por fin se acercó y me besó, suavemente y con determinación. Se tomaba su tiempo, sin apresurar las cosas. Su mano subió por mi vientre y cruzó mi pecho hasta llegar al cuello. Me enterró los dedos en el pelo mientras profundizaba el beso, deslizándose la lengua en la boca para tocar la mía con suavidad.

Yo me perdí en él de inmediato. Sus besos siempre me dejaban sin respiración; la sensación que me producía su lengua al tocar la mía era diferente a cualquier otra que hubiera experimentado jamás. Besaba mejor que cualquier otro con quien hubiese estado, sin comparación. Dejaba en ridículo a todos los demás tíos con los que había salido. Mi relación con Cayson era diferente: era bella, pura.

Cayson me guio despacio por el pasillo, deteniéndose cada pocos pasos para darme un beso apasionado. Me empujaba contra la pared mientras sus manos recorrían mi cuerpo, aferrándose a mí con fuerza como si nunca quisiera dejarme marchar. Luego seguía haciéndome avanzar por el pasillo, dirigiéndose hacia su habitación.

Cuando entramos, quedamos bañados en el suave resplandor de decenas de velas blancas que se agitaron a nuestro paso. Él siguió besándome y guiándome hacia su cama. Al sentir la estructura de la cama detrás de mí, me detuve.

Cayson me miraba a los ojos mientras llevaba los dedos a la cremallera del costado de mi vestido. Me la bajó sin desviar ni una sola vez la vista de mis ojos. Una vez que estuvo suelto, tiró del vestido hacia abajo para dejar al descubierto mis pechos desnudos. Con aquel vestido no podía ponerme sujetador, así que no llevaba nada. Me quitó el vestido y luego me cogió en brazos y me dejó encima de la cama. Me cogió primero un pie y luego el otro y me quitó los zapatos de tacón. Luego me besó las pantorrillas y las rodillas, y pasó al interior de mis muslos. Cuando estuvo entre mis piernas, cogió el tanga y me lo quitó.

Me tumbé de espaldas en la cama y sentí un bulto. Metí la mano detrás de la espalda y saqué una pequeña chocolatina. Había pétalos de rosa y minichocolatinas por toda la cama.

—¿Chocolatinas? —pregunté sonriendo.

—Yo sé lo que le gusta a mi niña.

Se me derritió el corazón y puse las manos en sus mejillas.

—Cuánto te quiero, Cayson...

Sus ojos se empañaron de emoción.

—Y yo a ti. —Me dio un suave beso en los labios antes de descender por mi cuerpo hasta situarse entre mis piernas. Movié la boca sobre mis pliegues haciendo maravillas con la lengua. Siempre me tocaba de la manera perfecta, como si pudiera leerme la mente. Me llevaba al límite, pero no me dejaba traspasarlo.

Me incorporé y le desabotoné la camisa. Estaba ansiosa de él, así que mis dedos trabajaban a toda velocidad. Me temblaban ligeramente, dejando claras mis ansias.

—No corras. Hagamos que dure —me dijo en voz baja sin dejar de mirarme.

Moví más despacio las manos mientras terminaba. Era incapaz de contener mi excitación. Llevaba toda la vida esperando aquello. Cuando hube desabrochado el último botón, le bajé la camisa por los hombros y dejé que cayera al suelo. Luego pegué los labios a la piel que había sobre su corazón, depositando un suave beso. Su mano se introdujo en mi cabello y un gemido tan suave que apenas se oía escapó de sus labios.

Le desabroché los vaqueros y se los bajé por las piernas, quitándole también los bóxers. Cayson se quitó los zapatos de una patada y a continuación se arrancó los calcetines. Una vez desnudo, lo observé unos instantes para admirarlo en toda su gloria.

Cayson me devolvió la mirada y luego me tomó en brazos y me desplazó hacia el cabecero de la cama, apoyándome la cabeza en una de sus almohadas. Había unas cuantas chocolatinas por en medio, así que las apartamos.

Rodeé su cintura con las piernas y enterré las manos en su pelo. Sus labios buscaron los míos en el suave resplandor y respiró con fuerza en mi boca, haciendo que estallara en llamas. Su dura erección descansaba contra mi estómago. Era gruesa y larga, definitivamente impresionante. Estaba ansiosa por sentirlo. Sabía que sería una experiencia que nunca olvidaría.

Cayson abrió su mesilla de noche y sacó un envoltorio de aluminio. A continuación, lo rasgó como si lo hubiera hecho cientos de veces.

Se lo quité de las manos y lo tiré al suelo.

—No quiero que te lo pongas. —Siempre usaba protección para hacerlo, pero con Cayson era diferente. No quería que el látex nos separara en nuestra primera vez.

—¿Tomas la píldora? —susurró.

—Sí.

—Bien. Yo tampoco quería ponérmelo. —Volvió a colocarse encima de mí y me separó las piernas con las suyas.

Mis manos se movieron hasta sus brazos, palparon los músculos y luego le rodearon la espalda. Estaba temblando de excitación y no sabía muy bien cómo iba a aguantar. Cayson me cogió las piernas y metió los brazos por debajo de mis rodillas. Estábamos tan cerca como se puede estar. Pegó su cabeza a la mía y entonces sentí su glande en mi entrada. Le puse las manos en los brazos y se los apreté, anticipándome a la sensación.

Cayson me penetró lentamente, estirándome en cuanto estuvo en mi interior. Yo estaba tan húmeda que le resultaba fácil deslizarse. Me miraba a los ojos mientras continuaba

avanzando, sin parar hasta haberme penetrado por completo.

Dios, qué placer.

Respiré con fuerza mientras me dilataba. A mi cuerpo le costó un momento adaptarse a su gran tamaño. Mis dedos se hundieron por su cuenta en su piel. Lo miré a los ojos y vi brillar en ellos el amor y el deseo.

Luego empezó a moverse, entrando y saliendo sin sacudir la cama. Cada movimiento era preciso y me golpeaba en el punto perfecto. No me besaba, sino que contemplaba mi rostro y clavaba sus ojos en los míos. Se tomaba su tiempo, yendo despacio.

Mis manos ascendieron por su cuello y se hundieron en su cabello. Estaba sintiendo ya un placer inmenso y no deseaba que aquello terminase. Estaba disfrutando de él como nunca había disfrutado antes de ningún otro.

Cayson continuó moviéndose y dejó escapar un gemido.

—Joder, qué placer me das, Skye.

—Tú a mí más. —Sentí el sudor formándose en mi labio superior.

Se inclinó y me besó con suavidad, utilizando su lengua para provocar a la mía. Estuvo moviéndose a ese ritmo durante bastante tiempo, sin apresurarse por cruzar la línea de llegada. Luego se apartó y empezó a moverse más deprisa. Comenzó a sudarle el pecho y yo puse en él la mano, sintiendo su calor.

—Cayson...

Se movió con más fuerza y más deprisa, empujándome contra la cama con su peso.

Empecé a sentir el distante ardor en mi interior mientras su deseo aumentaba hasta su punto álgido. Me empezaron a temblar las piernas y gemía incoherentemente. Le clavé las uñas en la piel, casi haciéndole sangre. Entonces me cayó encima como una losa: eché la cabeza hacia atrás mientras la explosión llegaba a todas las partes de mi cuerpo, provocándome un hormigueo en los dedos de las manos y los pies.

—Qué guapa eres —dijo a través de su respiración agitada.

Se prolongó durante casi un minuto entero, el orgasmo más

largo que había tenido nunca. Mi entrepierna se puso sensible mientras él continuaba entrando y saliendo de mí. A pesar de que acababa de tener un orgasmo, seguía proporcionándome placer.

Cayson apretó sus labios contra los míos y respiró con esfuerzo. Empezó a tensarse mientras me penetraba con más agresividad. Un hondo gemido se formó en el fondo de su garganta y escapó por sus labios, tras lo que volvió a tensarse y empezó a eyacular en mi interior.

—Skye... —Gimió otra vez mientras terminaba.

Yo le pasé las manos por el pelo, sintiendo el sudor.

Se quedó encima de mí, todavía en mi interior. Cuando se recuperó de su orgasmo, me miró a los ojos. Un instante pasó entre nosotros, reconocido sin palabras. Yo supe lo que había significado para él y él supo lo que había significado para mí.

Me dio un beso en la frente antes de salir de mí y tumbarse en la cama a mi lado. Estaba acalorado y sudoroso, pero aun así me rodeó la cintura con un brazo y se acurrucó conmigo.

—¿Qué tal?

Lo puse de espaldas y me incliné sobre él.

—Simplemente... alucinante.

Sonrió mirándome con cariño.

—Quiero hacerlo otra vez —exclamé.

Se rio suavemente.

—Me encantaría. Sólo necesito unos minutos.

Lo besé en el pecho y en el abdomen.

—Se te da de maravilla. No puedo creer que hayamos esperado tanto tiempo.

Me pasó las manos por el cabello.

—La espera ha merecido la pena.

—Quiero hacerlo sin parar —exclamé de nuevo.

—¿Eso me lo puedes poner por escrito?

Me reí y froté mi nariz contra la suya.

—Cayson, eres el hombre perfecto. Fui una estúpida por no darme cuenta antes, pero ahora que me he dado cuenta, eres mío para siempre. Nunca te dejaré marchar.

El afecto asomó a sus ojos. Estuvo mirándome durante un

largo rato.

—El sentimiento es mutuo.

—Bien, porque te toca cargar conmigo.

—Y no hay nadie más con quien prefiriera cargar.

Permanecimos tumbados en la oscuridad, acariciándonos y compartiendo besos callados. El silencio nos envolvía mientras dejábamos hablar a nuestras manos. Él recorría con sus dedos mi cabello y luego mi piel. Yo palpaba su pecho, notando sus músculos.

Transcurrida una hora, trepé encima de él.

—Segunda ronda.

Una sonrisa se extendió por su rostro.

—Sí, señora.

SLADE

CUANDO VI A CAYSON EN EL CAMPUS, TENÍA UNA SONRISA ESTÚPIDA EN LA cara.

—¿Por qué pareces idiota?

Se encogió de hombros sin borrar aquella ridícula sonrisa de su rostro.

—Es un día precioso.

Levanté una ceja.

—¿Un día precioso? ¿Es que ahora eres poeta?

—Me has preguntado que por qué sonreía y yo te lo he contado.

Estudí su rostro sin creerme una palabra. Entonces caí en la cuenta.

—¡Te has follado a Skye!

—Baja la voz —dijo furioso. Echó un vistazo por el vestíbulo para asegurarse de que nadie lo hubiera oído—. Lo digo en serio. No quiero que todo el mundo se entere de mis cosas.

—No me lo puedo creer. ¿Qué tal ha estado?

—¿Por qué crees que estoy sonriendo? —respondió.

Le di una palmada en el hombro.

—Por fin eres un hombre.

—Hace mucho tiempo que soy un hombre, en realidad.

—No eres un hombre de verdad hasta que te has tirado a Skye Preston, macho.

Hice una mueca.

—Tío, por última vez: que es tu prima.

Ignoró mis palabras.

—Bueno, ¿qué postura?

—No voy a darte detalles.

—¿Se puso ella arriba?

—¿Te crees que soy así de vago? —soltó.

—¿En algún momento se puso arriba?

—¿Por qué importa eso? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Si es la chica con la que vas a pasar el resto de tu vida, tienes que asegurarte de que no sea egoísta en la cama.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, no hay problema en ese aspecto.

—¿La invitaste a cenar primero?

—Sí —dijo—. Y le puse velas y pétalos de rosa en la habitación.

—Vaya topicazo —solté.

—Y chocolatinas —añadió—. Ya sabes que a Skye le gustan los dulces.

—Vale... Eso mola bastante —coincidió—. Ya verás cuando se enteren todos.

—Slade, esto tiene que quedar entre nosotros. No quiero que Roland lo sepa.

A veces Cayson podía resultar un coñazo.

—Tío, conoces a Roland desde siempre, nunca ha sido un hermano en plan protector. Le da igual lo que haga Skye.

—Aun así no creo que quiera oír hablar de que me acuesto con ella —soltó.

—Como quieras.

—No le digas nada a nadie.

—¿Y a Trinity?

—¿Cómo? ¿Por qué ibas a hablar con ella?

Ah, sí. Nos odiábamos, cierto.

—De pasada, quería decir.

—Estoy seguro de que de todas formas ya lo sabe, porque Skye se lo cuenta todo.

—Eso es lo que hacen los amigos normales —solté.

Cayson miró su reloj.

—Tengo que irme a clase, luego te veo.

—¿Baloncesto esta noche?

—Claro. —Desapareció por el pasillo.

FUI A UN BAR LOCAL Y EXAMINÉ LA MERCANCÍA. MIENTRAS DABA SORBOS A la cerveza en la barra, escudriñaba a la multitud e intentaba encontrar a la ganadora. Había un montón de chicas guapas por allí. Iban en grupo y llevaban vestidos cortos con pedrería brillante. Cuando se trataba de mujeres, me atraían especialmente las piernas largas. Siempre había sido así. Una buena delantera y un buen culo también eran importantes, pero generalmente me fijaba en las piernas.

Me concentré en una rubia en particular. Tenía una cintura bien definida y los ojos de un azul brillante. Cuando se reía, mostraba unos dientes perfectos. Era realmente atractiva y no me habría importado ver cómo le botaban los pechos mientras me la tiraba en mi cama.

Cuando me imaginé la noche que pasaríamos juntos, me di cuenta de que tendría que ponerme un condón, una gruesa capa de látex que privaría a mi erección de las mejores sensaciones. Entonces, ella querría acurrucarse y yo tendría que apartarla. Y entonces tendría que echarla a patadas y ella me diría que era un cabrón. Me parecía demasiado trabajo.

Mi teléfono vibró y miré la pantalla.

Era Trinity.

«Vete a la mierda».

Sonreí al leer el mensaje. Estaba en plena cacería, pero con Trinity tenía asegurado un buen polvo. Con ella no tenía que ponerme condón, no tenía que fingir que me importaba, no tenía

que echarla a patadas y podía ser yo mismo.

Sin duda alguna, era la ganadora.

Me olvidé de la rubia del rincón y fui en coche a casa de Trinity, a unos kilómetros de distancia. Las luces brillaban a través de las ventanas y el césped estaba salpicado de nieve. Aparqué en el camino de entrada y me dirigí a la puerta. Llamé con los nudillos y me abrió.

—Qué rápido has venido.

—Estaba en esta misma calle —respondí.

Se apartó y me dejó pasar.

Yo cerré la puerta y eché la llave a mis espaldas.

—¿Te has enterado de que Skye y Cayson han follado por fin?

—Sí, me lo ha contado. —Trinity entró en su habitación—. Ya era hora. Si no se follaba a Cayson, iba a hacerlo yo por ella.

La seguí y vi cómo se quitaba la camiseta.

—¿Te mola Cayson?

—Claro que no, pero no soy tonta. Está claro que es un buen partido.

—¿Crees que yo también soy un buen partido? —Le guiñé un ojo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues claro que sí, Slade. —Se desabotonó los vaqueros y se los bajó. Se quedó allí de pie con un sujetador morado y un tanga a juego. Sus piernas eran eternamente largas y las contemplé durante mucho tiempo, ansiando sentir las alrededor de mi cintura.

Me acerqué más a ella y me quité la camiseta.

Trinity se quedó mirando los tatuajes que me marcaban el pecho y los brazos. Me puso la mano en el esternón mientras observaba aquellas obras de arte.

—Siempre supe que te gustaba la tinta.

—Es bastante erótico.

Vaya, pero si acababa de hacerme un cumplido.

—Bueno, ¿vamos a pasarnos la noche hablando o vamos a ir a lo bueno?

Su atrevimiento me sorprendió.

—No hace falta que me lo digas dos veces.

ME TUMBÉ A SU LADO, INTENTANDO RECOBRAR EL ALIENTO. NUNCA HABÍA esperado que Trinity fuera tan buena en la cama. Sabía perfectamente lo que se hacía y cómo poner mi mundo patas arriba. Cada beso y cada caricia me electrizaban.

Se acercó más la almohada y suspiró satisfecha.

Yo me la quedé mirando y observé su rostro.

—¿Sabes qué es lo raro?

—¿Hmm? —No abrió los ojos.

—Que esto no sea raro.

—¿Por qué iba a ser raro? Sólo es sexo. Es como si dos amigos salieran a correr juntos, una actividad como otra cualquiera.

—Nunca había tenido una relación de follamigos como esta.

—¿De verdad? —Abrió los ojos y pareció sorprenderse.

—Sí. Siempre quieren más.

—Bueno, teniendo en cuenta lo que nos odiamos, no creo que nosotros tengamos que preocuparnos por eso. —Dejó escapar una pequeña risita.

—Macho, follar sin condón es la puta gloria. Esta noche iba a liarme con una tía, pero pensar en ponerme uno hizo que se me bajara de golpe.

—¿Tan diferente es? —preguntó.

—Te lo puedo jurar. —Apoyé las manos detrás de la cabeza y me quedé mirando el techo. Normalmente me marchaba de casa de las chicas lo más rápido posible, pero ahora no tenía ninguna prisa. Trinity sabía que mi visita no significaba nada.

—¿Has conocido a alguien últimamente? —No estaba celoso, sólo sentía curiosidad.

—No. —Suspiró con tristeza—. Ya ni siquiera me molesto en buscar.

—¿Qué quieres decir? —Cogí la cerveza de la mesilla y di un sorbo.

—Todos los tíos son unos capullos. Estoy harta de esperar que sean algo más que eso.

—Yo no soy ningún capullo.

Me dedicó una mirada que claramente decía: «¿Estás de coña, verdad?».

—No soy el príncipe azul, evidentemente —solté—, pero no miento ni pongo los cuernos. Conmigo sabes exactamente lo que vas a conseguir.

—Lo cual no es mucho —dijo ella sarcásticamente.

—Los auténticos mamones son los tíos que mienten y te tratan como si realmente significaras algo para ellos, para luego andar por ahí con otras tías y mentir más que hablan. A mí no me gusta hacer daño a la gente, así que lo evito. Tengo la fama de ser un capullo cuando lo único que soy es sincero. Ya cansa un poco.

Procesó mis palabras por un momento.

—Supongo que en eso tienes razón.

—Joder, y tanto que la tengo. —Di otro sorbo.

Encendió la lamparilla y cogió un libro de la mesita de noche. Se incorporó y empezó a leerlo.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—Alguien voló sobre el nido del cuco.

—¿Lo estás leyendo para clase?

—No. —Continuó moviendo los ojos por encima de las palabras—. Me gusta leer.

Me quedé mirando la estantería del rincón y vi una montaña de libros apilados.

—Es una elección interesante para una chica.

Levantó una ceja y me miró.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Es sólo que no creo que a la mayoría de las chicas les gustara leer eso.

—¿Y qué debería estar leyendo? —preguntó—. ¿Jane Eyre?

—No, es sólo que me sorprende, nada más.

Cerró el libro y miró la portada.

—Es el libro favorito de mi padre, me lo ha prestado.

—¿El tío Mike sabe leer? —dije con una carcajada.

—La verdad es que lee mucho. Empezó hace unos años. Tenemos nuestro propio club de lectura entre padre e hija.

—Pues la verdad es que eso es adorable.

—¿Adorable? —Me miró como si estuviera loco—. Nunca te he oído usar esa palabra.

—Eso no significa que no la conozca —solté—. Al fin y al cabo, he entrado en Harvard.

—Lo cual sigue siendo un misterio... —Volvió a abrir el libro.

Puse los ojos en blanco y decidí dejar pasar su comentario. Miré por la ventana y vi caer la nieve. Trinity mantenía su casa especialmente limpia: si querías, podías comer sopa de la alfombra. Siempre tenía flores en todas las mesas y había velas encendidas en la cocina, en su dormitorio y en el baño. Transmitía paz y calidez.

—Estoy demasiado cansado para irme a casa.

Pasó la página y siguió leyendo.

—¿Te importa que duerma aquí?

—No, no me importa. —Se acercó las rodillas al pecho y se apoyó el libro en los muslos—. Pero no te me pongas en medio por la mañana.

—Eso lo puedo hacer. —Saqué el teléfono y me puse a jugar a un juego—. ¿Cuál es tu libro favorito?

Suspiró y dejó el libro.

—No me vas a dejar leer, ¿no?

—Seamos realistas: mi compañía es muchísimo más entretenida que un manicomio lleno de raritos y una enfermera asesina.

—Eso es discutible. —Dejó el libro en la mesilla.

—¿No tienes un marcapáginas?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes dónde lo has dejado?

—Me acuerdo —dijo con determinación. Apagó la lamparilla y se puso cómoda bajo las mantas.

Yo me tumbé de costado hacia ella, tapado con el edredón hasta el hombro.

—Bueno, ¿cuál es tu libro favorito?

—La Odisea —dijo sin vacilar.

No esperaba que dijera aquello.

—¿Esa no es la novela griega épica esa que tiene como un millón de páginas?

—Sí.

Trinity me había sorprendido. Nunca había pensado que fuese estúpida, pero tampoco habría dicho que era inteligente.

—¿Por qué?

—Me gusta el hecho de que sea una historia que transcurre a lo largo de muchos años. Es cronológica y va contando toda la vida de un hombre. Creo que así es como deberían ser las historias. No todos los capítulos son un resumen de las cosas buenas. Lo cuenta todo, lo bueno y lo malo.

Me quedé un momento asimilando sus palabras.

—¿Tienes algún otro favorito?

—Por definición, sólo se puede tener uno.

—Entonces, ¿cuáles más te gustan?

—¿Para qué quieres saberlo? —soltó.

—Es la primera vez que hablo contigo y no te odio. Creo que estamos progresando. Ahora responde a la puñetera pregunta, niñata pesada.

Sonrió.

—Harry Potter.

—Ostras... Esos libros no podían ser más distintos.

—Otro de mis favoritos es American Psycho. Me lo recomendó mi padre.

—¿El del tío que mata a prostitutas? —dije de golpe.

—Sí. Supongo que sólo has visto la película. Créeme, el libro es mucho mejor.

—Tu padre tiene unos gustos violentos e interesantes en lo que respecta a la literatura.

Se encogió de hombros.

—Mi padre puede ser un poco bruto a veces.

—Bueno, ¿vas a preguntarme cuál es mi libro favorito?

Se rio.

—¿Pero sabes leer?

La miré estrechando los ojos.

—Sí, sé leer. Ahora, pregúntamelo.

Dejó de reírse.

—Vale. ¿Cuál es tu libro favorito?

—La lista de Schindler.

Me dedicó una mirada incrédula.

—¿Sobre el holocausto?

—Estoy estudiando Historia. No debería sorprenderte tanto.

—Pero es tan... deprimente.

—¿Y tus favoritos no lo son? —pregunté—. Me gusta porque pasó de verdad. ¿Qué podría ser más aterrador y más significativo que el hecho de que algo tan horroroso pasara hace menos de cien años? ¿No es raro si lo piensas así?

—Supongo. —Se me quedó mirando mientras pensaba en ello—. Y es raro que en realidad no haga tanto tiempo desde que se abolió la esclavitud.

—¿A que sí? —pregunté—. Es superraro. Por eso me gusta leer sobre ello, porque nada así pasaría ahora... por suerte.

—Si quieres tatuar, ¿por qué no has estudiado Bellas Artes? —me preguntó.

—Ya sé dibujar. Prefería aprender algo nuevo que me interese. Asintió.

—Supongo que eso tiene sentido.

—Mucho, de hecho. ¿Y tú por qué estás estudiando Empresariales si lo odias?

—No lo odio.

Le dirigí una mirada que decía claramente: «Corta el rollo».

—Vale, lo odio a muerte —admitió—. Le dije a mi padre cómo me siento y me dijo que puedo ir a por la moda si eso es lo que quiero.

—¿No se enfadó?

Negó con la cabeza.

—Vaya, eso mola un montón. Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Se encogió de hombros.

—Casi he terminado la carrera, así que lo mismo me da acabarla del todo.

—Cierto. No puedo negar que eso tiene lógica.

—Entonces, ¿vas a ser tatuador de verdad? ¿Es definitivo?

—Y voy a tocar en un grupo.

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué grupo?

—Todavía no lo sé, pero lo encontraré.

—Nunca te he oído tocar la guitarra.

—Pues soy bueno que te cagas —dije.

—Presumido. —Me dirigió una sonrisa.

—Sé que soy bueno. ¿Por qué el hecho de admitirlo me convierte en presumido?

—Podrías decirlo de mejor forma.

—¿Cómo?

—Pues, por ejemplo: «Llevo mucho tiempo tocando y sé todos los trucos».

—Pero eso es básicamente lo que he dicho.

—Pero más bonito —dijo ella.

Sacudí la cabeza.

—No. Soy directo y sincero y nunca cambiaré.

—Vale. Pues que te odie toda la gente a la que conozcas.

—Prefiero que me odien por ser quien soy a que me quieran por ser alguien que no soy. Además, tú me odias pero te acuestas conmigo.

Se me quedó mirando un buen rato.

—Slade, yo no te odio...

—Ah, ¿no? Porque yo a ti sí.

Me dio un golpe flojo en el brazo.

—No, no me odias. Sé que no.

Evité mirarla a los ojos y clavé la vista en su edredón.

—Creo que hay más en ti de lo que dejas ver, Slade. Pero no te preocupes, no se lo contaré a nadie. Puedes fingir que eres superficial y maleducado todo lo que quieras.

—Soy superficial y maleducado.

—No, sólo intentas serlo. Puedes engañar a todos los demás, pero a mí no.

—¿Y eso por qué lo dices? —pregunté.

—Ya me has salvado dos veces y ni siquiera te pedí que lo hicieras.

—Lo habría hecho por cualquier chica.

—Pero no creo que hubieras dado una paliza a esos tíos por cualquier chica.

Supongo que en eso tenía razón.

—Y hasta dijiste que no podías soportar la idea de que me pasara algo.

—Bueno... sí. Es que eres de la familia.

—¿Ves? —Me dirigió una mirada victoriosa—. Eres buen tipo.

—¿Un tío que usa a su amiga como follamiga?

—Es algo recíproco. Yo te estoy usando a ti tanto como tú a mí.

—Déjame que te haga una pregunta —dije.

—¿Cuál?

—Puedes tener a cualquier tío que quieras, así que ¿por qué te estás conformando con este acuerdo?

Abrió los ojos de par en par cuando me miró.

—¿Acabas de hacerme un cumplido?

—No, no, para nada. —¿Lo había hecho? Estaba bastante seguro de que no.

—Acabas de decir que podría tener a cualquier chico que quisiera.

—Eso no es un cumplido —argumenté.

—Claro que lo es. Significa que piensas que soy guapa y no horrorosa.

—Si fueras horrorosa, no estaría acostándome contigo —dije.

Sonrió.

—Slade cree que soy guapa —canturreó en falsete.

—No, ¡no lo creo!

—¡Crees que soy guapa! Te gustan mi pelo y mi cara. Te gustan mi cuerpo y mis piernas. Te gusta...

Le tapé la boca con la mía y la besé con agresividad. Le hundi la mano en el pelo y la agarré con firmeza. Respiré agitadamente en su boca y ella me devolvió aquella pasión. Nuestros labios chocaron entre sí y nuestras lenguas empezaron a bailar.

Entonces, me aparté.

—Deja de hablar.

Su rostro se tiñó de rubor y mantuvo la boca cerrada.

—Eso está mejor. —Me acomodé bajo las mantas y me preparé para dormir. La habitación era acogedora y estaba a oscuras, y la cama era un millón de veces más cómoda que la mía.

Ella permaneció inmóvil en su lado de la cama respirando de manera uniforme. En ningún momento respondió a mi pregunta y yo no volví a preguntarle.

CUANDO ME DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, NUESTROS CUERPOS estaban entrelazados. Tenía la cabeza apoyada en mi pecho y yo le rodeaba el hombro con el brazo. Había enganchado una pierna sobre las mías y podía sentir la suavidad de su piel. Cuando me di cuenta de lo que estábamos haciendo, salí de la cama y me vestí sin despertarla. Entonces, me marché sin mirar atrás.

TRINITY

SLADE SEGUÍA MOLESTÁNDOME, PERO YA NO ME IRRITABA TANTO COMO antes. Sin embargo, la amistad y el vínculo que se estaban formando entre nosotros estaban empezando a convertirse en un problema muy gordo. Cuando estábamos con los otros no peleábamos tanto y teníamos que obligarnos.

Slade me miró y vi sus ojos moviéndose de un lado a otro mientras pensaba.

—Te odio.

Todo el mundo levantó la vista de su comida. Estábamos cenando en una hamburguesería que había al otro lado de la calle.

—¿Y eso a qué ha venido? —Roland le echó una mirada de desconfianza.

Había sonado forzado y poco natural. Me di cuenta de que Slade estaba esforzándose demasiado y decidí tomar la iniciativa.

—Cayson me ha contado que te ganó el otro día al baloncesto. Ya sabía que eras malísimo.

—Yo no soy malísimo —soltó él—. Tú eres malísima en todo.

Le dirigí una mirada que decía: «Pues en chupártela no soy malísima».

—Una pringada, quiero decir. —Se dedicó a sus patatas fritas.

—Esa ha sido la pelea más rara que os he visto tener —dijo Conrad—. Ha salido totalmente de la nada.

—Bueno, es que siempre voy a odiarla y no quiero que se le olvide nunca —dijo Slade.

Teníamos que mejorar seriamente haciendo aquello.

—¿Por qué no intentáis llevaros bien, simplemente? —preguntó Conrad—. ¿Así no sería todo mucho más fácil?

Slade negó con la cabeza.

—Nunca.

Yo me terminé las patatas fritas y lo ignoré.

—En fin... Supongo que vosotros dos estaréis deseando llegar a casa. —Conrad les dedicó una mirada burlona a Skye y Cayson.

Cayson volvió la vista hacia Slade y le dedicó una mirada asesina.

—No sé de qué estás hablando.

—Venga ya —dijo Conrad—. Todos sabemos que por fin lo habéis hecho.

—Slade, te voy a matar —exclamó Cayson enfadado.

—¡Yo no he sido! —aseguró Slade de inmediato.

—¿Quién más podría haberlo ido contando? —preguntó Cayson.

—Pues... yo —dije—. Skye me lo contó.

—Ah. —Cayson parecía arrepentido.

—¿Te molesta que se lo haya contado? —preguntó Skye temerosa.

—No, claro que no. —Cayson le pasó el brazo por los hombros.

—¿Perdona? —dijo Slade—. ¿No me merezco una disculpa?

—¿Por qué? —preguntó Cayson.

—Por llamarme mentiroso. —Empujó su comida hacia el centro de la mesa porque no quería más.

—No. —Cayson se volvió hacia Skye y frotó su nariz contra la de ella.

Slade se enfurruñó en su asiento.

—Cretino...

UNOS DÍAS MÁS TARDE ESTABA EN LA BIBLIOTECA LEYENDO UN LIBRO, ALGO que se había convertido en un pasatiempo con el que disfrutaba casi más que con cualquier otra cosa. La moda siempre sería mi opción número uno, pero era muy agradable perderse en una historia diferente de mi vida insulsa y aburrida.

Slade apartó la silla que había frente a mí y se sentó.

—Ey.

—Hola. —No lo miré.

Estaba comiéndose un bocadillo y hacía mucho ruido al masticar.

—¿Ahora qué estás leyendo?

—El mismo libro.

Dejó el bocadillo y abrió su mochila.

—Te he traído algo.

—Si es un bocadillo, no lo quiero. —Lo único que le importaba era el sexo y la comida.

—No, no es eso. —Dejó un libro delante de mí. Era La lista de Schindler.

—¿Para qué me lo das? —Examiné la tapa dura y lo gastadas que estaban las páginas.

—Quiero que lo leas. Y yo leeré La Odisea.

¿Qué?

—¿Es que ahora tenemos un club de lectura?

Se encogió de hombros.

—Sólo pensé que molaría. Podrías entender por qué me ha gustado tanto este libro y yo podría entender por qué el tuyo te gusta tanto. —Examinó mi libro abierto—. Y parece que con este estás a punto de terminar.

Aquello era muy raro. Slade y yo nunca hacíamos nada juntos además de follar.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué no? ¿Acaso no puedes estar en un club de lectura con una persona?

Supongo que no pasaba nada.

—De acuerdo. Ven esta noche y te daré La Odisea.

—También vamos a follar, ¿verdad? —soltó de golpe.

Puse los ojos en blanco.

—Sólo si me apetece.

Él se rio.

—A ti siempre te apetece.

—Entonces quizá deberías esforzarte más para mantenerme satisfecha —lo pinché yo.

—Oye, ¡conmigo siempre te corres!

—¡Shh! —Lo miré con los ojos entrecerrados.

Cerró la boca y se quedó en silencio justo cuando Skye se sentaba a la mesa.

—Hola —dijo.

—Hola. —Le sonreí.

—Ey. —Cogió su bocadillo y siguió comiendo.

Skye les echó un vistazo a nuestros libros.

—¿Estabais leyendo los dos?

Uy...

—No, son los dos míos. —Los recogí y me los metí en la mochila.

—¿La lista de Schindler? —preguntó Skye con asombro—. No me parece algo que a ti te apetezca leer.

—Estoy probando cosas nuevas —expliqué a toda prisa.

Los ojos de Slade continuaban clavados en su bocadillo.

—¿Y tú en qué andas? —dije intentando cambiar de tema.

—Sólo las clases —contestó—. Y Cayson. —Una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Es bueno en la cama? —pregunté.

—Ni te lo imaginas. —Skye continuó sonriendo.

—Yo le he enseñado todo lo que sabe —dijo Slade mientras masticaba con la boca llena de comida.

—Eso lo dudo, por algún motivo —dijo Skye.

La verdad era que yo no. Slade sabía muy bien lo que hacía en el dormitorio. Nunca me quedaba insatisfecha. Era un cambio agradable estar con un chico que sabía dejarte sin aliento y darte

exactamente lo que querías sin tener que pedirlo. Por desgracia, era un capullo cubierto de tatuajes y tenía un carácter espantoso. Así que el envoltorio no era muy bonito, pero el regalo que contenía era exquisito.

—Y si crees que él la tiene grande, deberías ver la mía. —Slade se embutió el resto del bocadillo en la boca.

—¿Y cómo lo vas a saber? A menos que se la hayas mirado... —dijo Skye.

—¿Le miras el paquete a Cayson? —le pregunté a Slade.

—Lo sé y ya está, ¿vale? —dijo Slade, molesto.

—Creo que a alguien le gusta Cayson... —se burló Skye.

—Que no —protestó Slade—. Es mi mejor amigo. Lo sé todo de él.

—Sí... todo, todo. —Me encantaba tomarle el pelo a Slade porque se enfadaba muchísimo.

Él puso los ojos en blanco y arrugó el envoltorio.

—Me piro.

—Gracias a Dios —solté yo.

—Cállate, Trinity. —Se levantó de la mesa y se colgó la mochila de un hombro. Luego se marchó.

Skye miró su libro de texto y luego me miró a mí.

—Qué raro.

—¿El qué?

—El libro favorito de Slade es La lista de Schindler.

¿Cómo podía saber aquello?

—¿Por qué dices eso?

—Me lo mencionó un día.

—Ah.

¿Qué otra cosa iba a decir?

—¿Te lo ha dado él? —preguntó.

Me sentí como si me estuviera acorralando y me empezaron a sudar las palmas de las manos.

—No, es mío.

Por fin dejó el tema y volvió la vista a su libro de texto.

Qué alivio.

Fijé la mirada en el otro extremo de la biblioteca e intenté

poner mis ideas en claro aprovechando que Skye no me estaba mirando. Hacer las cosas a escondidas estaba empezando a ser más estresante de lo que yo había imaginado. Nunca se me había dado bien guardar secretos y era una mentirosa malísima.

Todavía mirando hacia el otro extremo de la biblioteca, divisé una cara familiar.

—Código rojo. Zack está en el edificio.

Skye suspiró y cerró de golpe su libro de texto.

—Si se acerca le voy a dar en la cabeza con esto.

Zack se aproximaba a nuestro extremo de la biblioteca con un libro bajo el brazo mientras escribía en su teléfono. Al levantar la vista, vio a Skye. Como si estuviera asustado, se le abrieron mucho los ojos y se dio la vuelta de inmediato para salir corriendo de la biblioteca.

—¡Aquí no se corre! —le gritó la bibliotecaria.

Skye se giró hacia mí con las cejas levantadas.

—¿Qué coño ha sido eso?

—No tengo ni idea. Era como si te tuviera miedo.

—¿Pero por qué me iba a tener miedo?

Me encogí de hombros.

—De no haberlo visto con mis propios ojos, no me lo habría creído.

—Eso ha sido... extrañísimo. —Estuvo callada durante mucho tiempo—. Zack nunca me tendría miedo. La única persona que conozco que podría ser capaz de asustar a un hombre adulto es...

—Se paró en mitad de la frase con los ojos muy abiertos—. Mi padre.

Observé su rostro y vi asomar la emoción y el enfado.

Skye dejó el libro de golpe y metió las cosas en su mochila. A juzgar por la rapidez de sus movimientos y por la ira que ardía en sus ojos, estaba cabreada.

—¿Cómo?

—Cayson se lo ha contado a mi padre... a pesar de haberle pedido específicamente que no lo hiciera. —Se colgó la mochila de un hombro y se fue hecha una furia.

Joder, lo sentía mucho por Cayson.

ACABABA DE SACAR LA CENA DEL HORNO CUANDO ME LLEGÓ EL MENSAJE.

«Vete a la mierda».

Slade me había escrito cuatro veces aquella semana para enrollarnos. No me importaba. Mi mente no estaba acostumbrada a tener cuatro orgasmos alucinantes en una semana, pero a mi cuerpo no le importaría acostumbrarse.

«Claro».

Estaba terminando de preparar el arroz y las verduras cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Está abierta! —grité.

Entró Slade.

—Podría ser un asesino.

—Dudo que los ladrones llamen al timbre antes de desvalijar a alguien.

Cerró la puerta y se reunió conmigo en la cocina. No llevaba chaqueta, sólo unos vaqueros y una camiseta.

—Aun así, deberías ser más inteligente con esas cosas.

—La dejé abierta porque sabía que ibas a venir.

—Se tarda dos segundos en abrir la puerta para dejarme entrar. Más te vale hacerlo la próxima vez.

—Si quieres echar un polvo, te sugiero que no te portes como un gilipollas conmigo.

—Me he portado peor y sin embargo has abierto las piernas —respondió.

Le miré los brazos.

—Deberías ponerte una chaqueta, en serio.

—Estoy perfectamente —gruñó él.

Le palpé el brazo y me sorprendió que estuviera caliente.

—Te lo he dicho. —Apartó el brazo para liberarse. Atravesó la cocina y olfateó el aire—. Algo huele bien.

—Pollo, brócoli y arroz —respondí—. ¿Quieres acompañarme?

—¿Comida gratis? —Se sentó a la mesa—. Coño, pues claro.

Serví la comida en los platos y luego los coloqué encima de la mesa.

Slade atacó su comida y se la metió en la boca.

—Joder, esto está bueno.

—Gracias.

—No te lo decía a ti —dijo rápidamente.

—Bueno, lo he hecho yo.

—Sigo sin estar haciéndote un cumplido. —Se comió todo lo que tenía en el plato y luego gimió—. Hasta la cosa verde estaba buena.

—Una vez más, gracias.

—Una vez más, no era un cumplido. —Se reclinó en la silla mientras esperaba a que yo terminase—. ¿Cocinas mucho?

—Unas cinco veces a la semana.

—¿Cómo tienes tiempo para eso?

—Lo busco —contesté—. Comer sano es importante.

—No es de extrañar que tengas tan buen cuerpo.

Sonreí.

—Me estás echando cumplidos todo el tiempo.

Negó levemente.

—Que no se te suba a la cabeza.

—Demasiado tarde. —Me terminé la comida y puse mi plato en el fregadero—. Ya que he cocinado yo, deberías lavar tú los platos.

Se rio.

—Sí, seguro.

¿Por qué había esperado otra cosa? Llené la pila de agua caliente y metí dentro los platos para remojarlos.

—¿También tienes postre?

—No tendría un buen cuerpo si comiera porquerías todo el tiempo —respondí.

—Sé que muy en tu interior hay una niña gorda.

Había un montón de niñas gordas, de hecho.

Abrí el congelador y saqué un bote de medio litro de helado de chocolate Ben and Jerry's.

Él guiñó un ojo.

—Dios, eso me pone.

Cogí dos cucharillas y me senté a su lado en la mesa. Nos lo comimos directamente del bote, haciendo entrechocar nuestras cucharas de metal mientras intentábamos coger los grandes trozos de chocolate antes que el otro.

—Qué rica estaba esa mierda. —Slade dejó la cucharilla encima de la mesa—. Si cocinas todas las noches, voy a empezar a venir más a menudo.

—Me aseguraré de que la puerta esté cerrada —dije con sarcasmo. Tiré el bote vacío a la basura y me encaminé hacia mi dormitorio—. ¿Nos ponemos a ello o qué?

—Directa al grano, ¿eh? —Me siguió mientras se quitaba la camiseta.

Cuando estuvimos en mi habitación, me di la vuelta y lo miré. Nunca me había sentido atraída por los tíos con tatuajes y era algo que nunca había esperado encontrar atractivo. Pero verlos en Slade hacía que me pusiera más caliente. Tenía el cuerpo ancho, musculoso y tonificado, lo cual contribuía a realzar la apariencia de los diferentes colores sobre su piel. Era un collage de arte alternativo, un lienzo caóticamente bello. Me había acostado decenas de veces con Slade y cada vez que lo hacíamos era mejor. Encontraba nuevos modos de valorarlo y entenderlo. Podía ser el mayor cretino que yo conocía, pero cuando estábamos a solas bajaba las defensas y era una persona muy diferente. Había partes de él que quedaban ocultas a simple vista. Tenía más fondo del que estaba dispuesto a enseñar, algo que hacía que me gustara más de lo que me había gustado antes, de algún modo complicado. Inesperadamente, aquella extraña relación parecía estar convirtiéndonos en mejores amigos.

Cruzó la habitación y me quitó la camiseta de un tirón, deseoso de contemplar mi cuerpo desnudo. Se mostraba agresivo conmigo, haciendo exactamente lo que quería cuando quería. Mis otras parejas dudaban y hacían las cosas despacio. No había fuego en sus ojos, no como el que ardía en los de Slade, al menos. Me quitó el resto de la ropa casi desgarrándola.

—Llevo todo el día pensando en esto.

—No lo parecía.

—Bueno, pues sí.

Le di un beso en el pecho.

—¿Cómo quieres que me ponga? —Lo habíamos hecho en todas las posiciones imaginables. Me sorprendió disfrutar con todas, algo que sólo podía conseguir Slade.

Sonrió.

—Me gusta cuando me dejas mandar, pero también cuando mandas tú. La mayoría de las chicas no lo hacen.

—No has contestado a mi pregunta. —Succioné su labio inferior. Cada vez que lo tocaba estallaba en llamas, sintiendo un deseo abrumador por él. Nunca había deseado a nadie de una manera tan sexual. A lo mejor se debía a que no había sentimientos emotivos que lo diluyeran: era algo carnal, animal.

Su mano bajó por mi espalda hasta mi trasero.

—¿Qué te parece anal?

—Vale —dije sin titubear.

Sus ojos se ensancharon.

—¿Eso te gusta?

—Sí. ¿De qué te sorprendes?

—Es sólo que no esperaba que ya lo hubieses hecho.

Sonreí.

—No sé muy bien qué he hecho para darte la impresión de que soy una buena chica. Créeme, no lo soy.

Respiró hondo con el deseo ardiendo en los ojos.

—Se te da bien disimularlo.

—Que no hable de mi vida sexual, como haces tú, no quiere decir que no la tenga.

—Eso parece. —Me apretó el trasero con la mano—. Joder, deberíamos haber empezado a hacer esto hace mucho tiempo.

—Pues sí, deberíamos. —Me puse de rodillas y se la chupé.

Cerró las manos alrededor de mi cabello y gimió mientras me miraba sin quitarme ojo. Un gemido escapaba de sus labios cada pocos segundos. Luego me acerqué a la cama y me puse a cuatro patas.

—¿A qué estás esperando? —pregunté con voz sensual.

Una vez lubricado y listo, lo tuve dentro antes de poder hacerme a la idea.

—LA HOSTIA PUTA, HA SIDO INCREÍBLE. —SLADE RECUPERABA EL ALIENTO A MI LADO—. El mejor anal de mi vida.

—Ha estado bastante bien, ¿eh?

—Joder, y tanto. —Se pasó los dedos por el pelo y suspiró.

Yo me quedé en mi lado de la cama y luego me puse cómoda. Siempre que tenía un orgasmo enorme, como el que Slade me acababa de provocar, me quedaba exhausta y relajada. Mi mente sólo quería vagar, entrando y saliendo de la realidad. Era casi como estar drogada.

Slade contemplaba el techo, todavía con la respiración agitada.

A mí me apeteció darme un baño. Me gustaba dármelos en invierno para conservar el calor, a la luz de las velas. Cerraba los ojos y dejaba que las preocupaciones se evaporaran de mi piel. Aquello era lo que había pensado hacer aquella noche antes de que él viniera. Como Slade no tardaría en quedarse dormido, decidí levantarme y me encaminé hacia el cuarto de baño.

Llené la bañera y le puse espuma. Luego encendí unas velas y cogí un montón de revistas para leer. Los espejos de la pared empezaron a empañarse por la humedad. Cuando todo estuvo listo, me deslicé en el interior y sentí mi cuerpo relajarse a medida que el calor me envolvía. Cerré los ojos y no pensé en nada en particular.

Slade entró un rato después, no estaba segura de cuándo. Mi mente estaba en otro planeta en aquel momento. Levantó la tapa del inodoro y se puso a hacer pis.

—¿Te importa? —pregunté—. Hay otros dos cuartos de baño en esta casa.

—Demasiado lejos. —Se la sujetaba con ambas manos mientras orinaba en el inodoro.

Sacudí la cabeza y lo ignoré. Cuando terminó, tiró de la cadena y se acercó a la bañera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Yo tenía la cabeza apoyada en una toalla.

—Darme un baño. ¿Qué te parece que estoy haciendo? ¿Y te has lavado las manos?

Puso los ojos en blanco y luego se lavó las manos en el lavabo.

—Ya. ¿Estás contenta?

—Mucho. A pesar de que me preocupa tu higiene en general.

Me miró dentro del agua.

—O sea, ¿que te limitas a quedarte ahí sentada en medio de tu propia suciedad?

—¿Pero cómo de sucia crees que estoy? —respondí.

Se sentó en la esquina de la bañera.

—Yo nunca me he dado un baño.

—¿Ni cuando eras pequeño?

—Bueno, al menos no de adulto.

—Son maravillosos.

Se encogió de hombros.

—Prefiero la ducha. En una bañera no se puede follar.

—Claro que se puede.

Me miró por un segundo con ojos divertidos.

—¿En serio?

Asentí.

—O sea, ¿que lo has hecho?

Volví a asentir.

—Pues sí que eres bastante puta...

—Oye. —Le dediqué una mirada severa—. Disfrutar del sexo no me convierte en una puta. No me acuesto con tíos casados, no pongo los cuernos y no acepto dinero como pago. Así que no me vuelvas a llamar así en la vida. Es machista y ofensivo.

Pareció entender que con esto era mejor no pincharme. Por primera vez, se retractó.

—Lo siento. Lo retiro.

¿De verdad me acababa de pedir perdón Slade?

—Es la primera vez que te oigo decirlo.

—¿El qué?

—Que lo sientes.

—Porque sólo lo digo cuando lo siento de verdad. Y cuando tu voz se pone así toda seria, sé que no estás para bromas. Te ha dolido de verdad lo que te he dicho.

A lo mejor Slade me conocía mejor de lo que pensaba.

—Bueno, pues te lo agradezco.

—Claro... —Recogió las burbujas con las manos y las sopló hacia el agua—. Esto es una mierda de esas de chicas.

—Es muy agradable. Métete conmigo.

—Apenas vamos a caber.

—Dobla las rodillas —dije yo.

—Como quieras. —Se puso de pie y se acercó por la parte de atrás de la bañera. Yo me moví hacia delante para que él pudiera meterse detrás de mí. Cuando se hubo colocado, me recosté contra su pecho. Estábamos apretujados pero ambos quedábamos cubiertos por el agua. Recostó la cabeza en la toalla doblada que había puesto en el borde.

—Es agradable, ¿eh? —pregunté.

—No está mal. —Me pasó ambas manos por la cintura y me sujetó contra su pecho. Nunca me había abrazado así antes; era algo a lo que no estaba acostumbrada. No dije nada y me limité a permitir que la cosa siguiera su curso—. ¿Qué haces cuando estás aquí metida?

—Leer revistas. Pensar. —Jugueteé con las burbujas de la superficie, recogéndolas con la mano.

—¿Pensar en qué? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—En mi vida. En lo que quiero cambiar. En hacia dónde va mi vida.

—¿Y qué has decidido?

—Una de las mejores partes de la vida es su maravillosa imprevisibilidad. Así que en realidad no sé hacia dónde voy.

—¿Dónde te gustaría ir? —preguntó en voz baja.

—Sólo sé que me encanta el mundo de la moda y que quiero formar parte de él.

—Sé modelo —sugirió al momento.

Sonreí.

—No me costaría acostumbrarme a tanto cumplido...

Se rio.

—Supongo que no eres totalmente horrorosa.

Eché la cabeza hacia atrás y alcé la vista para mirarlo.

—Admítelo y ya está: crees que soy bonita.

Me miró a la cara mientras sus ojos se ensombrecían. El cambio fue tan repentino que no fue fácil de advertir. Continuó mirándome como si estuviera intentando encontrar algo.

—Creo que eres preciosa.

Dejé de respirar durante un segundo porque su respuesta me pilló desprevenida. Aquello era lo último que jamás esperaría que dijese Slade, especialmente a mí. No se me ocurrió ningún comentario de sabelotodo: no pude pensar en ninguna respuesta.

Slade no parecía estar esperando una. Agachó la cabeza y me dio un beso en la zona del hombro que sobresalía del agua. Luego se recostó y apoyó la cabeza en la toalla.

¿Eso acababa de pasar en serio?

Todavía me rodeaba la cintura con las manos, sujetándome contra su pecho.

—Teniendo en cuenta lo que te gustan la moda y las apariencias, nunca hubiera esperado que te gustasen tanto los libros. No pensaba que fueses tan inteligente y ocurrente. Cuanto más te conozco, más me sorprendes. Es raro, te conozco de toda la vida pero nunca había sabido nada de ti realmente.

—Ya, a mí me pasa lo mismo. Ahora me siento como si de verdad fuéramos amigos.

Se rio.

—Sí, y nunca esperé que eso sucediera.

—Ni yo.

—Quiero decir, me sigues pareciendo un coñazo y todo eso, pero desde luego siento un nuevo respeto por ti.

—Lo mismo digo. —Sentía su pecho subir y bajar y percibía su potencia y fortaleza.

—Tenemos que empezar a mejorar en eso de pelearnos

delante de los otros —dijo él—. Creo que estamos perdiendo nuestro toque.

Me reí.

—Sí, cada vez es más difícil. Quizá podríamos simplemente llevarnos bien y dejar que los otros se acostumbren.

—No —respondió de inmediato—. Sabrán que pasa algo, sobre todo Cayson. Ese puto psicólogo sabe analizarme como si fuese un bicho bajo el microscopio.

Aquello me recordó lo que había dicho Skye aquella tarde.

—Skye sabe que Cayson le contó a su padre lo de Zack... y está hecha una furia.

Él suspiró.

—Pobre Cayson. Esta va a ser una larga noche para él...

—No lo culpo por protegerla, pero entiendo por qué se ha enfadado Skye. No se lo va a perdonar por las buenas. Siempre ha estado totalmente obsesionada con demostrar su independencia ante su padre. Creo que esto es lo peor que podía haber hecho Cayson para cabrearla.

—Pues que lo supere. Cayson hizo lo que tenía que hacer, yo en esto estoy con él.

—A ver, yo no estoy de parte de nadie; sólo quiero que estén juntos y sean felices.

—Ya... —Deslizó los dedos sobre la piel de mi abdomen—. Estaba mosqueado por que Cayson dejara de pasar tanto tiempo conmigo por culpa de Skye, pero desde luego que quiero que sea feliz. Y esa enana morena de tetas gigantes le pone contentísimo.

Hice una mueca.

—Slade, que es tu prima.

—Pero no soy ciego a su rasgo más atractivo.

—Dudo que alguien lo sea.

Se recolocó en la bañera y luego suspiró.

—Esto está bien.

—Te lo dije.

—Supongo que estar sentado en tu propia porquería no es tan malo.

—Tampoco es que sea una jardinera recién salida de trabajar
—salté yo.

Su mano se desplazó hasta el piercing que tenía en el ombligo.

—Esto me gusta mucho.

—¿Sí?

—Me pone. —Lo volvió a tocar antes de apartar la mano.

Le toqué el brazo.

—A mí me gustan tus tatuajes, también me ponen.

—Hombre, pues claro.

Me reí.

—No seas chulo.

Acercó los labios a mi oído.

—Me alegra que te gusten.

Sentí un estremecimiento en la columna cuando sus labios tocaron mi oreja.

Slade me masajeó el muslo.

—¿Te encuentras bien? No te he hecho daño, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Bien. A veces me da miedo ser demasiado brusco contigo.

—Si lo eres, te lo diré.

—Gracias. —Me frotó un hombro—. No quiero que esto se acabe, así que no quiero darte ninguna razón para dejarme.

—Yo tampoco quiero que esto se acabe.

Me abrazó dentro de la bañera durante varios minutos, sin hablar. Su mano se deslizaba por encima de mi piel, haciéndome sentir cálida y cómoda. Siempre me había bañado sola, pero no me había dado cuenta de lo agradable que podían ser con otra persona. Era muy placentero acurrucarse debajo del agua. Ofrecía una intimidad que nunca había compartido con otra persona. Había follado con un montón de tíos, pero ninguno me había abrazado así, como si yo les importara.

—La semana pasada te hice una pregunta y todavía no me has contestado.

Yo no sabía de qué me estaba hablando.

—Refréscame la memoria.

—Puedes tener a cualquier tío que quieras. Así que, ¿por qué te

conformas con un acuerdo de este tipo? —Miraba fijamente mi perfil mientras esperaba a que respondiera.

Aquella no era una conversación que hubiera mantenido antes con nadie. Pero suponía que podía tenerla con Slade, ya que me estaba acostando con él.

—Desde que era pequeña, mi padre siempre me ha dicho que acabaría con un hombre realmente fantástico que me trataría como a una princesa. Y me dijo que nunca me conformara con nadie a menos que fuese absolutamente perfecto. Me abriría todas las puertas para que pasase, escucharía todos mis pensamientos y siempre me cuidaría y me protegería, hasta si él quedaba herido en el proceso. Y durante muchísimo tiempo, me lo creí.

>>Mi padre siempre ha sido un magnífico ejemplo a seguir para mí. Es inteligente, leal, fuerte y trata a mi madre como si la quisiera tanto como el día que se casó con ella. Es como si viviera y respirara para ella. Supongo que de un modo retorcido siempre he comparado a todos los tíos con mi padre. ¿Me abre todas las puertas? ¿Me trata bien? ¿Moriría por mí?

>>Entonces crecí y en cada cita que tenía y con cada chico que conocía, me daba cuenta de que a ninguno les importaba lo más mínimo. Algunos eran mejores que otros, pero quedaba bastante claro que lo único que querían era sexo o un compromiso a corto plazo. Y los que sí querían estar conmigo no me trataban bien. El único novio medio serio que he tenido me engañó con una amiga del instituto. Los hombres son todos iguales. Sigo esperando a conocer a uno que sea diferente, que sea el adecuado. Sé que Cayson no es perfecto, pero en lo referente a Skye sí que lo es. En seguida me he dado cuenta de que estoy perdiendo el tiempo buscando al chico perfecto, a alguien a quien pueda presentarle de verdad a mi padre sin tener dudas. Así que he dejado de buscar.

>>No necesito a un hombre en mi vida para ser feliz. Puedo cuidar de mí misma y hacerlo todo por mi cuenta. Me niego a conformarme con alguien que no me pueda dar todo lo que quiero, así que no pienso hacerlo. Pero necesito sexo. Me encanta

el sexo, aunque no signifique nada. Y esa es la razón por la que mi relación contigo es tan perfecta.

Slade no dijo nada. El silencio se prolongó durante largo rato. Yo no esperaba que dijese nada, pero los callados ecos del cuarto de baño me hacían sentir incómoda. Acababa de contarle mi mayor secreto y no estaba muy segura de por qué lo había hecho. Entonces se aclaró la garganta.

—Trinity, tú me importas... un montón.

Suspiré.

—No pasa nada, Slade. Sé que sólo me estás utilizando y eso no me molesta en absoluto. No pienso mal de ti por ello.

—Pero es que tú me importas de verdad, Trinity. Claro que me preocupo. Sé que en el pasado me he portado como un imbécil contigo muchas veces...

—Muchas.

Sonrió.

—Pero eres importante para mí. Y significas algo para mí.

No eran más que palabras vacías, pero no quería seguir discutiendo más sobre aquello.

—Trinity, eres una de las mujeres más guapas que he visto nunca, tanto por fuera como por dentro. Eres una mujer fuerte demasiado inteligente para su propio bien, y es divertido estar contigo. Sé que el tío correcto está por ahí, esperándote. Y cuando por fin te tenga, se preguntará cómo ha tenido tanta suerte. Y cuando lo compares con tu padre, te darás cuenta de que es mejor que él.

Sus palabras resonaron en mi mente mucho después de que las pronunciara. Slade casi nunca decía nada sin meter un taco por medio, y jamás le había escuchado decir algo tan sentido en toda mi vida. Me tocó la fibra sensible e hizo nacer un brote de esperanza en mi corazón.

—Gracias...

Me estrechó contra su pecho.

—Tengo razón, te lo prometo.

—¿Cómo puedes prometer algo así?

—Porque puedo y ya está.

CAYSON

ACABABA DE SALIR DE LA DUCHA CUANDO OÍ QUE ALGUIEN GOLPEABA MI puerta como si estuviera intentando echarla abajo.

—¡Cayson! ¡Abre! —Era Skye.

Me entró el pánico al oír la urgencia de su voz. ¿Estaba bien? ¿Había ocurrido algo? Cubriéndome únicamente con una toalla, fui corriendo a la puerta y la abrí.

—Cariño, ¿qué pasa? —Miré fuera de inmediato y me aseguré de que no hubiera peligro.

—¿Que qué pasa? —Su voz estaba llena de enfado—. ¿Que qué pasa?

¿Por qué estaba tan cabreada?

Entró a empujones, obligándome a retroceder.

—Te dije específicamente que no le contaras a mi padre lo de Zack. Confiaba en ti, en que no se lo dijeras. Hasta me lo prometiste. Y luego, al segundo siguiente ¡vas y se lo cuentas a mis espaldas!

—Yo no te prometí nada —dije de inmediato—. Cuando me pediste que no se lo contara, yo no dije nada.

Aquello sólo logró cabrearla más.

—¿De verdad estás intentando librarte de esta con un tecnicismo?

—No estoy intentando librarme de nada —solté—. Sé lo que hice y asumo toda la responsabilidad. Puede que no siempre te gusten las decisiones que tome, pero lo siento, tenía que protegerte. Así que, si tan disgustada estás, pues lo siento mucho. Volvería a hacerlo sin dudar un instante.

Skye parecía a punto de explotar.

—Cayson, si hay una cosa que debes saber de mí es lo mucho que valoro mi independencia. He pasado toda mi vida adulta demostrándole a mi padre que no necesito su dinero, su protección ni su preocupación. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Y tú has estropeado eso delatándome y soplándoselo todo.

—Yo no te he delat...

—¡Cállate, que estoy hablando!

Apreté los labios y tensé la mandíbula.

—No necesito que ningún hombre cuide de mí, ya sea mi padre o tú. ¿Está claro? ¿Eso lo entiendes? Fui yo la que decidí salir con Zack y la que se metió en este lío. Admito mis errores y mi poco criterio, pero saldré de esta situación sin mi padre y sin ti. Si no comprendes eso, si no entiendes lo importante que es para mí, entonces ni siquiera deberíamos estar juntos.

Sus palabras hicieron eco en mi mente mucho después de que las pronunciara.

—Estoy harta de tener a mi padre encima constantemente como un moscón. Se ha pasado toda mi vida haciéndolo. Y el resultado es que nunca me dejaba ocuparme yo sola de las cosas. En cuanto me metía en problemas, él los solucionaba, pero cuando le pasaba a Roland, mi padre le daba la espalda y lo obligaba a resolverlo todo él solito. Y, por tanto, Roland es más fuerte y más autosuficiente. No quiero que me cuiden más, ya estoy harta.

Intenté contener mi enfado para que no se pusiera más nerviosa.

—Estoy de acuerdo contigo... en casi todo, pero Zack es un puto psicópata. Tú dices que no te haría daño, pero no puedes estar segura del todo. Y lo siento, Skye, pero es un tío que te

dobla en tamaño y peso. Si quiere hacerte daño, lo hará. Tú nunca serás lo bastante fuerte como para igualarlo. Tenía que hacer lo correcto para protegerte.

—Que te jodan, Cayson.

Abrí los ojos de par en par.

—No me hables así.

—¡Pues no hagas cosas a mis espaldas ni traiciones mi confianza!

—No es lo mismo y lo sabes. Si no quieres que te traten como a una malcriada, ¡no te comportes como si lo fueras!

Los ojos le ardían de rabia.

—No me lo puedo creer...

—Me reafirmo en lo que hice y no voy a disculparme. —Me mantuve firme, sin retroceder—. Zack te ha dejado en paz desde entonces y sé que no volverá a molestarte. Ya puedo dormir por las noches y tu padre también. Si ahora quieres ir a correr en mitad de la puta noche, lo puedes hacer. Ya tienes otra vez tu independencia.

Se agarró el pelo con frustración.

—¡No he estado más enfadada en toda mi vida!

Yo no dije nada y me limité a mirarla con hostilidad.

—No puedo estar con alguien en quien no confío, Cayson. Es que no puedo.

El corazón se me detuvo por un instante.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído, Cayson. No puedo seguir con esta relación. Sin confianza, no hay relación.

Ahora estaba muy cabreado. Caminé hacia ella con determinación, tan rápido que ella casi tropezó. La estampé contra la puerta, acorralándola con mi cuerpo.

—Retira eso. Ahora mismo.

Sus ojos se llenaron de miedo al verse inmovilizada.

—No se te ocurra volver a decirme eso. —Gotitas de saliva salían despedidas de mi boca de lo enfadado que estaba—. Me estás tocando mucho los cojones con este tema, Skye. Te quiero más que a nada en este puto mundo y haré todo lo que haga falta

para mantenerte a salvo. Si eso significa que no puedes confiar en mí, pues muy bien, tendrás que vivir con eso. Puedes tener una pataleta y hacerte la víctima todo lo que quieras, pero no me cabe ninguna duda de que si la situación fuera al contrario, tú harías lo mismo por mí. Y, sinceramente, me parecería fatal que no lo hicieras.

»Ahora vamos a dejar las cosas claras. No se te ocurra volver a tratarme así. He sido el puto novio del año contigo. Lo hago todo por ti y me dejo la vida en intentar hacerte sonreír. No tienes derecho a decirme eso. No tienes derecho a enfadarte conmigo. Así que cállate y supéralo.

Me miraba fijamente, respirando con agitación. Los ojos se le empezaron a humedecer.

Retrocedí y le di espacio.

—Y ahora sal de mi apartamento. —Le di la espalda, entré en mi habitación y cerré la puerta tan fuerte que se rompieron las bisagras.

SLADE SOSTENÍA LA PUERTA MIENTRAS YO USABA EL DESTORNILLADOR PARA volver a instalarla en su sitio.

—Entonces... ¿os peleasteis?

Yo seguía echando chispas por aquel tema. Skye y yo no habíamos hablado desde la noche anterior. Ella no me había llamado y yo tampoco la había llamado a ella. No me había pasado por la biblioteca durante el día como solía hacer. Me debía una disculpa y no pensaba mover un dedo hasta que me la diera.

—Algo así...

—Pero no habéis roto, ¿no? —Su voz estaba teñida de miedo.

—No. —No iba a dejarla escapar sin pelear.

Asintió.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

Moví la puerta y atornillé la bisagra de nuevo en su sitio.

—Tú sujeta la puerta bien.

—Estoy sujetándola bien.

—Pues sigue haciéndolo.

Slade guardó silencio mientras esperaba a que terminase.

Cuando acabé, abrí la puerta y la volví a cerrar. No chirriaba ni se movía.

—Arreglado.

—¿Arrancaste la puerta como si fueras el increíble Hulk o qué?

—No, sólo di un portazo demasiado fuerte.

Slade siguió mirándome fijamente como si fuera a volverme loco de repente.

—Hostias... ¿Con cuánta fuerza la cerraste?

—Pues con bastante fuerza, joder —solté.

Slade era el rey de las bromas, pero aquel día se las guardó para sí. Sabía que yo no estaba de humor.

—Probablemente no sea el mejor momento para sacar este tema, pero...

—¿Qué?

¿Qué más podía ir mal en mi vida?

—Mi padre me ha llamado y me ha dicho que se va a reunir toda la familia en la estación de esquí de Connecticut. Nos vamos a quedar en el chalet de montaña del tío Sean. Como hay un puente de cuatro días, quieren ir en esas fechas.

La verdad era que en aquel momento no me apetecía nada tener que lidiar con todo aquello.

—Genial.

—Creo que será divertido. Me encanta hacer snowboard, nada de la bobada esa pretenciosa de esquiar.

Me importaba un carajo si prefería esquiar o hacer snowboard.

—Me sorprende que mi padre no me haya llamado.

—Estoy seguro de que lo hará.

—Bueno, pues gracias.

—De nada. —Asintió y se dirigió a la puerta de mi casa—. Cay, ¿quieres que te dé un consejo?

—No me interesa ni lo más mínimo —solté.

—Pues te lo voy a dar de todas formas —dijo—. Las chicas siempre se equivocan, pero siempre tienes que dejarlas creer que

tienen razón. —Salió y cerró la puerta tras de sí.

Medité sobre sus palabras mucho tiempo después de que se marchara. A lo mejor entendía a las mujeres más de lo que yo había pensado. Estaba volviendo a comprobar la puerta de mi dormitorio cuando me llamó mi padre.

—Hola, hijo.

—Hola, papá.

Él supo que pasaba algo.

—¿Va todo bien?

En ese momento no quería hablar de Skye.

—Acabo de arreglar la puerta de mi habitación y estoy un poco cansado.

—¿Qué ha pasado?

—Como eres un friki de los ordenadores, no lo entenderías.

—Muy gracioso —dijo sarcásticamente—. ¿Qué tal las clases?

—Aburridas.

—¿Y tu encantadora novia?

—Encantadora, como siempre.

—Dale un beso de mi parte, por favor. En la mejilla, no de esos que te succionan la cara.

—Claro, papá. —Lo único que quería era colgar el teléfono.

—Este fin de semana subimos a esquiar. Vamos a ir todos. Te vienes, ¿verdad? A tu madre y a mí nos encantaría pasar tiempo contigo.

Como Skye y yo estábamos pasando por un mal momento, no quería soportar la presión añadida de la familia, pero no se me ocurría cómo librarme de aquello.

—Claro.

—Genial. Te vemos el viernes.

—En eso quedamos.

—Bueno, muchacho. Ya hablamos.

—Adiós, papá.

—Adiós, hijo. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Colgué rápidamente y me metí el teléfono en el bolsillo.

Entonces me senté en el sofá y me quedé mirando la pantalla

apagada del televisor. Deseaba que Skye me llamara, pero no lo hizo. Imaginaba que tendría que seguir esperando.

SKYE

HABÍAN PASADO CINCO DÍAS SIN VER A CAYSON NI HABLAR CON ÉL. ESTABA empezando a sentir el mono. Echaba de menos a mi mejor amigo. Echaba de menos contemplar su rostro ridículamente perfecto. Sus labios eran asombrosamente suculentos. Sus manos se amoldaban a mis caderas a la perfección. Echaba de menos hablar con él. ¿Me echaría él de menos a mí?

Pero todavía estaba cabreadísima con él.

No me podía creer que me hubiera hecho aquella faena actuando deliberadamente a mis espaldas. Y para empeorar las cosas, ni siquiera pensaba contármelo: jamás me habría enterado si no se hubiera destapado el pastel. Sabía que estaba siendo obstinada y cabezota, pero aquel era un tema muy delicado para mí.

En unos días nos iríamos a esquiar con mi familia, y con todo lo que estaba pasando con Cayson, sabía que no me iba a divertir. ¿Cómo nos íbamos a comportar? ¿Le íbamos a contar a todo el mundo que estábamos peleados? ¿O íbamos a hacer como que no pasaba nada?

Cada vez que iba a la biblioteca tenía la esperanza de que Cayson se pasara por allí, pero no lo había hecho. Estaba claro que él estaba tan enfadado como yo. En casa por las noches

estaba constantemente pendiente de escuchar a alguien llamar a la puerta, pero no había sucedido. Y tenía el móvil pegado a la mano esperando a que sonara. Cosa que nunca hizo.

—Habla con él y ya está —me dijo Trinity—. En esto te estás portando como una niñaata llorica.

—¿Una niñaata llorica? —pregunté.

—Sí. —Me miró con severidad—. Otra cosa sería que Cayson estuviera intentando hacerte daño a propósito, pero no es así. Sólo está intentando protegerte.

—Él más que nadie debería saber lo que siento al respecto.

—Lo cual no hace más que demostrar cuánto te quiere —saltó ella—. Está dispuesto a que te cabrees con él para mantenerte a salvo. Es lo más generoso que he oído.

—Trinity, tú no te metas.

—Si lo pierdes, te doy una paliza, Skye.

La miré asombrada.

—Lo digo en serio. Él también es de mi familia, Skye. Que nosotras seamos parientes de sangre no me hace más leal a ti. Si haces sufrir a Cayson, te haré daño.

—No me puedo creer que te pongas de su parte.

—Y yo no me puedo creer que tú no lo hagas. —Cogió la mochila y se apresuró a marcharse—. Madura de una puta vez, Skye.

Gruñí e intenté concentrarme en mi libro de texto, pero me resultó básicamente imposible.

Slade se dejó caer en la silla que había a mi lado.

—Vete, no estoy de humor ni para mirarte.

Su gesto era serio.

—Entonces abreviaré.

Lo último que quería en aquel momento era hablar con el mejor amigo de Cayson.

—¿Qué quieres?

Tenía los ojos apagados y sin vida, y parecía triste y desgarrado.

—Sólo quería avisarte. Le dije a Cayson que no diría nada, pero te lo voy a decir.

¿De qué estaba hablando?

—Cayson cree que esta relación no va a funcionar. Dice que te ama con locura pero que eres demasiado cabezota para él. Que entiende que no quieras que nadie cuide de ti, pero que odia lo difícil que le resulta no hacerlo. Piensa que lo mejor es que lo dejéis ahora, antes de que las cosas se pongan peor... y ya no podáis seguir siendo amigos.

Me empezaron a temblar las manos y sentí que el corazón se me caía a los pies. Era un golpe mortal. No podría vivir sin él, simplemente no podría. Cuando unos días antes había sugerido que lo dejáramos, no lo había dicho en serio. Cayson era lo mejor que me había pasado en toda mi puta vida, no podía perderlo.

Slade se puso de pie otra vez.

—Como eres mi prima quería asegurarme de que no te pillara de sorpresa. —Se alejó sin añadir otra palabra.

Joder, tenía que hablar con Cayson.

Me marché de la biblioteca y salí a la calle. Al mirar la hora me di cuenta de que su clase acababa de terminar. Solía ir a la biblioteca, pero como ahora no pasaba por allí, probablemente fuese a su apartamento, porque si no estaría con Slade... con quien claramente no estaba. Me encaminé hacia allí a toda la velocidad que me permitieron mis cortas piernas.

Todavía seguía mosqueada con él por lo que había hecho, pero podía olvidarlo siempre que siguiéramos juntos. Nuestra relación tenía tantas cosas buenas que no había nada por lo que mereciese la pena perder aquella dicha. Me hacía más feliz de lo que nunca pensé que podría ser y la idea de que estuviera con otra me ponía enferma. Sería una tortura.

Llegué a su apartamento y llamé a su puerta con el puño, impaciente. Abrió un segundo después con una mirada de desconfianza y la mandíbula apretada con fuerza. No me dijo nada, se limitó a mirarme como si me aborreciese.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y me lancé a su pecho, rodeándolo con mis brazos.

—Lo siento... Lo siento muchísimo. —Lo apreté con fuerza sin querer soltarlo nunca.

Cayson me metió en el apartamento y cerró la puerta. Después sentí sus manos sobre mí. Apoyó la barbilla en mi cabeza y me pasó los dedos por el pelo. Se quedó allí, abrazándome sin más.

—Lo siento mucho todo, por favor, no me dejes. Por favor, no te vayas.

—Shh —susurró en mi oído—. No me voy a ir a ninguna parte. Me aferré a él con más fuerza.

—Sé que puedo ser irritante y cabezota, pero me esforzaré por mejorar. Tengo la total certeza de que sólo estabas intentando hacer lo mejor para mí. Sé...

—No pasa nada, Skye. —Su voz era suave. Sus dedos me calmaban, haciéndome sentir en paz.

—Por favor, no me dejes. Suplicaré si tengo que hacerlo.

—Skye, yo nunca te dejaría.

Me aparté y lo miré a los ojos.

Él me secó las lágrimas con la yema del pulgar.

—Jamás.

—Pero Slade me dijo...

Entornó los ojos.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que me ibas a dejar... porque estabas harto de aguantarme. Sus ojos se iluminaron al comprender y suspiró.

—Yo nunca he dicho eso, Skye. Slade debe de haberlo dicho para que nos reconciliemos.

Ahora me sentía como una idiota. Pero estaba tan aliviada de que Cayson no fuera a dejarme que no me importaba haberme disculpado prematuramente.

—Será capullo...

Sonrió.

—Se ha pasado la semana conmigo y sabía el disgusto que tenía. Seguro que sólo estaba impaciente por que hiciéramos las paces.

—Eso es muy bonito... pero al mismo tiempo me cabrea. —Me sequé las lágrimas y solté una risa.

—Es gilipollas, pero tiene un corazón de oro.

—Eso parece...

Bajó la vista hacia mí.

—¿Quiere eso decir que te vas a volver a marchar?

—No... Te echo de menos.

Suspiró.

—Dios, y yo a ti.

—Lo siento, Cayson. Es sólo que no quiero meter a mi padre en nada; para mí es muy importante.

—Lo sé, cariño. Jamás lo habría hecho si no me hubiera visto obligado.

Me asustaba hacer mi próxima pregunta.

—¿Qué le hizo a Zack?

—Sólo lo asustó un poco y luego hizo que dos tipos lo siguieran a todas partes. Estoy seguro de que a Zack le da pavor que lo vean a treinta metros de ti. Ya no te molestará más, Skye.

Aquel nivel de protección era excesivo, pero al menos no le habían hecho daño a Zack... y no tendría que preocuparme más por él.

—De acuerdo.

Me puso una mano en la mejilla.

—Entonces... ¿estamos bien?

Asentí.

—Siento todo lo que dije.

Sus ojos se pusieron serios.

—No quiero que me lo vuelvas a decir nunca; y, si lo dices, asegúrate de decirlo en serio... porque es lo peor que puedes hacerme si quieres herirme.

Me sentí peor que escoria.

—Lo siento. Es que estaba enfadada.

—Eso no es excusa.

—Lo sé... No volverá a suceder.

—Bien.

Me sentía peor a cada momento que pasaba.

—Siento estar todo el tiempo estropeándolo todo, no lo hago a propósito.

—No te preocupes. —Me dio un beso en la frente—. Es agua

pasada.

—Siempre dices eso.

—Contigo, siempre será agua pasada.

Lo abracé con fuerza, atesorando aquel momento. Todavía era mío. No la había fastidiado demasiado.

—¿Vas a ir a esquiar este fin de semana? —preguntó.

—Sí, ¿y tú?

—Como si mis padres me fueran a dejar negarme —dijo riéndose.

—Debería ser divertido.

—Será mucho más divertido sin estar peleados.

—Bueno, pelearse tiene una cosa de bueno...

—¿Cuál? —Me estrechaba contra sí.

—El sexo de reconciliación.

Sus ojos centellearon.

—Me gusta el sexo contigo, sea de la clase que sea.

—Bien, déjame que te compense por mi comportamiento.

—Esa me parece una buena idea.

APILAMOS NUESTRAS PERTENENCIAS EN MI TODOTERRENO.

—Trinity, ¿por qué mierdas tienes que traer tanto equipaje siempre? —exclamó Conrad. Estaba intentando meter la última maleta de su hermana en el montón, pero no cabía.

—Porque nos vamos a esquiar durante cuatro días enteros.

—Cruzó los brazos delante del pecho y fulminó a su hermano con la mirada—. Necesito ropa.

—Si donaras tu guardarropa a la beneficencia, tendrían bastante ropa para ponerse algo diferente todos los días durante un año. —Conrad intentó empujar otra vez la maleta, pero seguía sin entrar. Se caía una y otra vez. La tiró al suelo—. Trinity, esto no te lo llevas.

—Encuentra algún sitio para meterla —saltó ella.

La miró como si se hubiese vuelto loca.

—Que. No. Entra.

—Reorganiza las maletas —dijo ella.

—Reorganiza tú las putas maletas —exclamó Conrad.

Cayson mantuvo su brazo alrededor de mi cintura.

—Este viaje va a ser divertido...

Slade suspiró y luego se aproximó a la parte trasera del coche. Sacó todas las maletas y las dejó caer al suelo para después ponerse a reorganizarlas como si fuesen un rompecabezas.

Compartí una mirada de sorpresa con Trinity. Roland miró a Conrad como si acabara de ver a una serpiente con alas. Cayson miraba fijamente a Slade como si fuese la primera vez que lo veía.

Slade consiguió meter hasta el último bulto en el coche, sin desaprovechar ni un centímetro de espacio. El equipaje llegaba a tal altura que Roland sería incapaz de ver por el espejo retrovisor, pero había entrado todo.

Slade se limpió las manos en los vaqueros.

—Ahora cierra el pico para que podamos ponernos en marcha.

—Llevaba una camiseta y unos vaqueros y su aliento surgía en forma de nubes de vapor en medio del frío.

Trinity le echó una mirada a Slade, pero no dijo nada. Pareció como si estuvieran manteniendo una conversación silenciosa.

¿Acababa de ver aquello de verdad?

Debía de estar viendo visiones.

—Sinceramente espero que te hayas traído una chaqueta —dijo Roland—. Recuerda que nos vamos a esquiar.

—A hacer snowboard —corrigió Slade—. Y yo no me caigo, así que no necesito una chaqueta.

Supe cómo iba a acabar aquello, así que decidí atajar la discusión de raíz.

—¿Dónde está Silke?

—Va a ir con Theo y Thomas —contestó Slade—. Esta mañana tenía algo que hacer.

—Ah, pues la vi el otro día y no me comentó nada —dije yo.

—Ese no es mi problema —respondió Slade—. Ahora vamos a ponernos en marcha antes de que oscurezca. No me fío de Roland

conduciendo.

—Soy un conductor fantástico —protestó Roland.

—Con nieve nadie es un conductor fantástico —dijo Slade—. Se acercó al lateral del todoterreno y entró.

—Muy bien, pues vámonos —dijo Conrad.

Roland se sentó al volante y Conrad ocupó el asiento contiguo.

Yo pasé al asiento trasero y me desplazé para que Cayson pudiera sentarse a mi lado. Trinity se metió en la fila central y se sentó junto a la ventana. Cuando entró Slade, empezó a pasear la vista entre el asiento vacío que había junto a Cayson y el que había junto a Trinity.

Había supuesto que se sentaría al lado de Cayson porque despreciaba a Trinity. Era raro verlo dudar.

—No quiero pasarme todo el viaje viendo cómo os enrolláis. —Slade ocupó el asiento que había junto a Trinity y miró hacia delante.

Trinity lo miró y luego volvió la vista hacia la ventana.

Aquella no era la elección que había esperado que hiciese.

Roland salió de la ciudad y entró en la autopista. Encendió la radio, pero la mantuvo a bajo volumen. Él y Conrad se pusieron a hablar de deportes y de unas chicas que habían conocido en un bar.

Cayson me pasó un brazo por el hombro y se acercó más a mí, tocándome la pierna con la suya. Con la otra mano me cogió la mía y me acarició los nudillos.

—¿Qué hacemos durante el viaje?

Le dediqué una mirada de complicidad.

—Vale, eso no —dijo él a toda prisa.

Sonreí.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—He traído una baraja de cartas.

—Podemos jugar a eso.

—Vale. —Cayson metió la mano en su mochila y sacó las cartas.

Contemplé la nuca de Slade y me di cuenta de que estaba mirando a su regazo. Trinity hacía lo mismo, claramente leyendo

algo. Me senté hacia delante y miré por encima del asiento: ambos estaban leyendo libros.

¿Pero qué coño estaba pasando allí?

—Slade, ¿tú lees?

Se sobresaltó ante mis palabras.

—¿Y a ti qué más te da? —dijo con voz hostil.

—No me pega que seas de los que leen —contesté.

—Bueno, pues lo soy. —Volvió a dirigir la mirada hacia el libro—. Ahora métete en tus asuntos.

—Mira quién fue a hablar. Me mentiste y me dijiste que Cayson me iba a dejar.

—De nada, por cierto —dijo Slade enfadado—. Te he ahorrado un mes de peleas por esa chorrada tan grande. Si quieres saber mi opinión, Cayson debería dejarte. Es el mejor puto novio del planeta, a lo mejor deberías valorarlo de vez en cuando.

—Amén —dijo Roland desde el asiento del conductor.

—Exacto —añadió Trinity.

—Pues sí —dijo Conrad.

Suspiré con irritación.

—No os juntéis todos contra mí, ¿vale?

—Si te metes con uno de nosotros, te metes con todos —dijo Conrad.

—Soy tu prima —protesté.

—Bueno, pero Cayson es mi hermano. —Conrad miró por la ventana.

Odiaba que me discriminaran.

—Lo que tú digas...

Slade siguió leyendo su libro.

Me fijé en el título.

—¿La Odisea? —No me había esperado que Slade leyera en absoluto, no digamos ya una novela épica griega.

—¿Qué pasa? —soltó él—. Estoy estudiando Historia, tiene todo el sentido del mundo que la lea. —Parecía a la defensiva.

—Eso es mitología griega —argumenté.

—Basada en hechos históricos —me cortó él.

Me volví hacia Trinity.

—¿Ese no es tu libro favorito?
Ella pasó una página de su libro.
—Es una coincidencia curiosa...
—¿Puedes dejarnos en paz de una puta vez? —saltó Slade—. Hazle una manola a tu novio en el asiento de atrás.
Roland se removió ligeramente.
—No, por favor.
Me recliné contra mi asiento e ignoré a Slade.
Cayson repartió las cartas.
—¿Lista para perder?
—¿Qué te parece si en vez de eso nos enrollamos?
Sus ojos se oscurecieron al pensarlo.
Roland volvió a removerse.
—No, por favor.
Cayson volvió a las cartas.
—Vamos a jugar y ya está.
Suspiré y recogí mis cartas.
—Esta vez te voy a ganar.
—Te dejaré ganar unas cuantas veces. —Me sonrió y empezó a jugar.

—¿ESTO ES? —CONRAD CONTEMPLABA LA CABAÑA DE MADERA. LAS LUCES brillaban con fuerza en todas las ventanas. La nieve cubría el tejado y la carretera. El césped estaba completamente blanco, cubierto de nieve en polvo.

—Es una puta mansión —dijo Roland.

—Bueno, vamos a ser veinte personas durmiendo aquí —dijo Trinity.

—Vuelve a comprobar la dirección —dijo Roland.

Conrad consultó su teléfono.

—Coincide.

Miré por la ventana.

—Veo el coche de mi madre.

—De acuerdo. —Roland condujo por la nieve y encontró un sitio para aparcar.

Trinity miraba por la ventana.

—Es preciosa.

Slade también miró por la ventana pero se abstuvo de hacer comentarios. No hubo observación alguna de listillo.

—¿Cómo va a ir esto? —le pregunté a Cayson.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—¿Cómo vamos a acostarnos juntos? —pregunté—. ¿Te vas a colar a escondidas en mi habitación?

Me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Es un chiste? —dijo apresuradamente—. No me pienso acostar contigo con tu padre cerca. No tengo ganas de que me vuelen los sesos de un tiro.

Puse los ojos en blanco.

—Mi padre te quiere mucho, Cayson.

—El amor de un padre por su hija lo hace ciego a todo lo demás.

—No es idiota, tiene que saber que nos acostamos.

—Pero dudo que quiera pensar en ello mientras estamos bajo el mismo techo.

—Él lo sigue haciendo con mi madre —protesté yo.

—Con quien está casado... —Cayson me dirigió una mirada de incredulidad—. Olvídalo, Skye. No me voy a acostar contigo ni vamos a dormir juntos.

—Pero yo no puedo dormir sin ti —indiqué.

—Yo tampoco, pero podré soportarlo.

—¿Estamos en un episodio de Los ricos también lloran? —soltó Slade.

Cayson ignoró su comentario.

—Olvídale, ¿de acuerdo?

Le dediqué mi mejor puchero.

—Porfa...

—No. —Me dirigió una mirada seria—. Tenemos el resto de nuestras vidas. A tu padre le gusto y quiero que siga siendo así.

—Siempre le gustarás, pase lo que pase entre nosotros —dije

yo—. Es tu padrino.

—Cuando se trata de ti, todo puede cambiar. Créeme. —Salió del coche y me ayudó a salir a mí.

Con Cayson siempre conseguía salirme con la mía, pero sabía que aquella vez no lo convencería.

Cogimos nuestro equipaje del maletero y Cayson cargó con sus maletas y con las mías hasta el interior. Se negó a que tocara nada. Siempre llevaba mis cosas, pero sabía que ahora insistía porque mi padre estaba allí.

Entramos y vimos a nuestros padres sentados en la amplia sala de estar ante una chimenea gigantesca, donde ardía un fuego que crepitaba al lamer la leña.

—Ya era hora. —El tío Ryan se levantó el primero, se dirigió hacia Slade y lo abrazó—. Me alegro de que hayáis llegado de una pieza.

—Yo también. —Slade miró a Roland de reojo—. Aquí el loco del volante se las ha arreglado para no despeñarnos por un precipicio.

—¿Dónde me he ganado esta reputación de mal conductor? —protestó Roland.

—En ninguna parte —dijo Slade—. Es sólo que sé que eres tonto, como tu hermana.

Roland se encogió de hombros.

—Mi hermana es tonta...

A continuación se me acercó el tío Ryan y me abrazó. Era mi padrino, así que sabía que me veía como a su propia hija.

—Guapísima como siempre.

—Gracias, tío Ryan.

Se apartó y me dio una palmadita en el hombro.

—¿Estás preparada para ese tatuaje encima del culo? Mi puerta siempre está abierta.

—Ser mi cuñado no impedirá que te rompa el pescuezo —amenazó mi padre.

—Mi chica vengará mi muerte —dijo el tío Ryan—. Ya conoces a mi mujer: es una jodida ninja.

Hubo abrazos y largas conversaciones entre padres e hijos.

Cuando mi padre me miró, lo hizo con el afecto habitual.

—Cada vez que te veo te pareces más a tu madre.

—Gracias. —Para mí, aquello era un cumplido. Mi madre todavía volvía unas cuantas cabezas siempre que iba al supermercado. Se había cuidado toda su vida y hacía ejercicio todas las mañanas. Tenía algunas curvas, pero seguía en muy buena forma.

Él me abrazó durante mucho tiempo.

—Cada vez que me despido de ti, se me parte un poco el corazón. ¡Pero qué contento me pongo cada vez que te vuelvo a ver!

Quería gritarle por meterse en mi vida personal y en lo de Zack, pero no tuve corazón para hacerlo en aquel momento. Parecía entusiasmado sólo por poder abrazarme.

—Yo también te he echado de menos.

Se apartó y me dio un beso en la frente. Luego bajó la vista hacia mi muñeca, advirtiendo la pulsera de oro blanco que llevaba. Examinó la luna y las estrellas.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me la ha regalado Cayson.

—Es bonita. —Asintió aprobadoramente.

Le di la vuelta para enseñarle la inscripción.

Volvió a asentir.

—Muy bonito. —Tragó como si se hubiera emocionado y tuviera un nudo en la garganta.

—¿Qué te pasa?

Su rostro recuperó de inmediato su aspecto normal.

—Es sólo que me alegra que cuiden de mi hija hasta cuando yo no estoy cerca. Es el sueño de todo padre hecho realidad. —Se apartó para que mi madre pudiese abrazarme. Luego se dirigió hacia Roland.

—¡Qué contenta estoy de que estéis aquí! —Mi madre me dedicó una gran sonrisa y luego me abrazó.

Mi madre era mi persona favorita en el mundo entero. Desprendía una calidez que nadie podía igualar. Quería a mi padre tanto como a ella, pero éramos tan parecidos que siempre

estábamos chocando. Siempre había querido ser más como mi madre, tener la amabilidad necesaria para perdonar a cualquiera por cualquier cosa. Para amar y no odiar nunca. Como mi padre, yo era testaruda y agresiva. Mi madre era la única persona que conocía que nunca permitía que sus emociones guiaran sus actos.

—Te he echado de menos.

—Yo siempre te echo de menos, cielo. —Se apartó y me dedicó una cariñosa mirada—. ¿No os habéis matado entre vosotros durante el viaje?

Sacudí la cabeza.

—Hemos sobrevivido, no sé cómo. Pero Cayson me ha ganado todas las manos al póker.

—Bueno, es que le enseñó a jugar el tío Mike. No tenías ni la más mínima oportunidad, cielo.

Me reí.

—Supongo que no.

—Te enseñaré tu habitación.

—¿Voy a compartirla con Trinity?

—No. Cada una tenéis vuestra propia habitación.

—Genial —dije yo.

Mi padre cogió mis cosas y las llevó a mi cuarto. Roland cargó con sus propias maletas.

Era pequeña y sólo tenía una cama individual. La ventana miraba a la parte trasera de la casa. Los altos árboles estaban cubiertos con montones dispersos de nieve. Sobre la cama había varias mantas y también había un armario y una sola cómoda en la habitación.

—Hay un cuarto de baño siguiendo por el pasillo —dijo mi padre.

Puse mala cara.

—¿Tengo que compartirlo con los chicos?

Mi madre se rio.

—Lo siento, amor mío.

—Puf. Tengo el presentimiento de que voy a vomitar en algún momento durante este viaje —dije yo.

—Cenamos en una hora —dijo mi padre.

—Mmmm... ¿qué vamos a comer? —pregunté yo.

—Pizza. —Mi padre me dedicó una mirada de afecto—. Tu favorita.

—¡Sí! —Me froté las manos entre sí con entusiasmo.

Mi padre se rio.

—Mis dos chicas se parecen mucho.

Mi madre se encogió de hombros.

—Tiene buen gusto.

—Lo sé. —Mi padre la rodeó con un brazo—. Vamos a dejar que se instale. Estaremos abajo.

—Vale.

Cerraron la puerta y desaparecieron.

Contemplé mi cama enana y el suelo de parqué. Dormir sola sería frío y solitario. Deseaba que Cayson fuese un poco más temerario, como Slade, y se escabullera sin más hasta mi habitación por la noche. Pero era demasiado buen chico para eso.

Se abrió mi puerta y apareció Cayson. Observó la pequeña cama y luego me miró.

—Mi habitación también es bastante pequeña.

—Al menos no tenemos que compartirlas.

Cayson se sentó junto a mí en la cama.

—He oído que vamos a tomar pizza.

—Yo también. —Me di unas palmadas en el estómago—. Me estoy muriendo de hambre.

—Como siempre —bromeó.

—¿Dónde está tu habitación?

Me miró con desconfianza.

—No creo que deba decírtelo...

Le di un cachete de broma en el brazo.

—Dímelo, venga.

—La última puerta a la izquierda.

—¿Dónde se quedan los viejos? —pregunté.

—En el tercer piso.

Mis ojos se abrieron mucho.

—¿Este sitio tiene tres plantas?

Se rio.

—Eso parece.

Me acurruqué junto a él.

—Nunca se enterarían...

Él se apartó.

—Que ni se te pase por la cabeza, Skye.

—Venga. Apenas lo hemos hecho esta semana.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —preguntó.

Le puse mis mejores ojos de cordero degollado.

—Que no, Skye.

—En fin, pues entonces me colaré yo en tu habitación...

—Ni se te ocurra. Te echaré inmediatamente de una patada en el culo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué no puedes ser más como Slade?

—No me puedo creer que acabes de decir eso —exclamó riéndose.

—Supongo que son mis hormonas las que hablan.

—Se nota. —Tenía una sonrisa en los labios.

—Bajemos a cenar. Si no me meto algo pronto en el estómago, me comeré tus labios.

—Pues entonces vamos. Necesito a estos muchachotes para besarte.

SLADE

LA CENA SE SIRVIÓ EN LA MESA LARGA; HABÍAMOS PEDIDO DIEZ CAJAS DE pizza para que hubiera comida para todos. Skye probablemente se había comido la mitad de esa cantidad ella sola porque era una glotona, y mi tía Scarlet la siguió de cerca. No entendía muy bien dónde metían todas aquellas calorías, porque no se les notaba nada.

Trinity y yo no nos hablábamos: resultaba más sencillo limitarnos a evitarnos mutuamente. El simple hecho de vernos leyendo en el coche al mismo tiempo había hecho saltar las alarmas. La gente nos vigilaba constantemente y cualquier interacción que se producía entre nosotros resultaba fuera de lo normal. No tenía ni idea de que acostarse con alguien fuera a ser tan complicado. Si no me diera los mejores polvos de mi vida, no me tomaría la molestia.

Al final de la noche, todos pusieron rumbo a sus dormitorios. Yo era una criatura nocturna, así que prefería quedarme despierto hasta que los rayos distantes del sol asomaran por el horizonte. Mi padre era igual. Normalmente se iba a la cama a la vez que mi madre, pero yo sabía que sólo lo hacía para follar. En cuanto ella se dormía, se levantaba y se iba a ver la televisión y a beber cerveza. Había sido así durante toda mi infancia. Yo a veces

me preguntaba si tendría insomnio.

Me serví un coñac y me senté en el cómodo sillón que había junto a la chimenea. Mi padre estaba sentado en el otro con una copa en la mano.

—¿Estás emocionado por lo de mañana? —preguntó.

—Y tanto que sí. Hace muchísimo que no salgo a las pistas.

—Yo también. ¿Vas a probar a esquiar por una vez?

—Claro que no. Sólo la gente aburrida y pretenciosa hace esquí.

Sonrió.

—No podría estar más de acuerdo. —Se bebió la copa y volvió a llenar el vaso. Apoyó las piernas sobre la mesa, algo que nunca haría si mi madre estuviera cerca.

—¿Qué tal va el estudio? —pregunté.

—Bien. Estoy pensando en abrir otro local en Times Square.

—¿En serio? —Sabía que a mi padre le iba bien, pero no tanto.

—Los turistas se vuelven locos cuando van a Nueva York. Quieren que sea una experiencia apasionante y emocionante. Es una trampa para turistas.

—¿Cómo vas a trabajar en dos sitios a la vez?

Me dedicó una mirada seria.

—Había imaginado que mi hijo dirigiría uno de los dos locales. El corazón me martilleaba en el pecho.

—¿Estás de coña?

—Ya queda poco para que te gradúes. Si sigues queriendo hacerlo, es tuyo.

Me incorporé, todavía con el vaso en la mano.

—Hostias, eso sería una puta pasada. —A mi padre le daba igual que dijera tacos. De hecho, él hablaba peor que yo.

—¿Estás seguro de que es esto lo que quieres hacer? Podrías buscar algo relacionado con tu carrera o incluso continuar con tus estudios.

Yo negué con la cabeza enérgicamente.

—Mi destino es tatuar. ¿Por qué estás tan empeñado en disuadirme?

Mi padre dio un trago a la copa y se la apoyó en la rodilla.

—No es tan glamuroso como tú te piensas. No hay mucho respeto por el gremio. A mí me encanta lo que hago, pero siempre he tenido la sensación de que no soy lo bastante bueno para tu madre, una mujer culta que trabaja para una enorme editorial.

—Bueno, a mí me da igual lo que piense la gente. Siempre me ha dado igual.

Sus ojos resplandecían de afecto.

—Eres más sabio de lo que yo creía.

—Soy un genio, pero nadie me lo reconoce nunca. —Puse los ojos en blanco y apoyé los pies en la mesa.

—Claro que eres un genio, pero eso lo has sacado de tu madre.

—Tú también eres listo.

Se encogió de hombros.

—Yo tengo el ingenio de la calle. Tu madre en ese aspecto es una cabeza de chorlito.

—Voy a contarle que has dicho eso. —Sonreí.

—Adelante —dijo—. Se lo diré a la cara.

Mis padres peleaban mucho, pero yo nunca temía que fueran a separarse. Era obvio lo mucho que se querían, aunque a mí me daban asco la mayor parte del tiempo.

—Estoy pensando en hacerme otro tatuaje. —Me levanté la camiseta y señalé la zona de las costillas.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó.

—No lo sé, algo verde. Creo que quedaría guay.

—¿Qué tal un árbol? —Mi padre empezó a hablar con las manos—. Así como subiendo y curvándose por el costado. Y podríamos poner unas hojas cayendo.

Afirmé con la cabeza.

—Eso suena de la hostia.

Se encogió de hombros.

—¿Tú por qué no tienes ningún tatuaje, papá?

—Tengo este. —Alzó la mano izquierda, donde tenía un tatuaje de un anillo negro en el anular.

—Sí, pero ese es patético.

—¿Patético? —preguntó con una carcajada—. ¿El hecho de que

esté tan comprometido con tu madre que me haya marcado la piel permanentemente para no poder quitármelo ni cuando me muera? Pues yo creo que es jodidamente romántico, y tu madre también lo piensa.

—Supongo que a mí no me parece impresionante porque yo no soy romántico.

—¿Sigues divirtiéndote, imagino?

—Ya te lo he dicho, papá. Soy un soltero sin remedio.

—Yo decía lo mismo hasta que cumplí veintinueve.

Levanté una ceja.

—¿Qué pasó cuando cumpliste veintinueve?

—Que tu madre entró en mi apartamento. —Se acabó la copa y se sirvió otra más. Aguantaba muy bien el alcohol, otro de los motivos por los que lo respetaba tanto. Era un tipo duro.

—¿Y supiste que era la adecuada y ya está? —pregunté asombrado—. A mí todo eso del amor a primera vista me parece una chorrada.

—Yo no he dicho que fuera amor a primera vista —dijo de inmediato—. Lo único en lo que me fijé fueron sus piernas largas y su increíble delantera. No me malinterpretes, lo único que quería hacer era follármela.

Hice una mueca.

—No me importa hablar de mi vida sexual, pero no quiero saber nada de la tuya... bueno, al menos de la parte de mamá. Lo de las otras no me importa.

Ignoró mi comentario.

—En cuanto empecé a conocerla, caí rendido. El sexo era el mejor de mi vida y no quería acostarme con nadie más. Así es como lo supe.

—¿Sigues sintiendo lo mismo? ¿Veinte años más tarde?

Esbozó una sonrisa.

—Tu madre no ha hecho más que mejorar con los años.

Volví a hacer una mueca.

—De todas formas... yo no me veo sentando la cabeza con nadie.

—Ya cambiarás.

—No. —Me acabé la copa y me preparé otra.

—Todos tus tíos pasaron por lo mismo y todos parecen bastante felices.

—Eso es discutible...

—¿Con quién andas liado ahora? —preguntó.

Normalmente tenía varias chicas al mismo tiempo.

—Pues la verdad es que sólo con una. —Nunca le contaría que se trataba de Trinity. No era sólo mi padre, sino también mi mejor amigo, pero yo sabía lo unido que estaba al padre de Trinity, Mike, y no era ningún estúpido. Mi padre me daría una buena paliza si se enterase de lo que estaba haciendo con ella.

Levantó una ceja.

—¿Sólo una? —Su voz estaba llena de sorpresa.

—Ha resultado ser bastante buena en la cama y no le importa que sólo esté usándola. De hecho, ella me está usando a mí en la misma medida. Y no tengo que poner excusas para alejarme de ella. Puedo ser yo mismo y no tengo que preocuparme por darle falsas esperanzas. No tiene más ganas que yo de tener una relación.

Mi padre pasó un buen rato procesando mis palabras.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Me encogí de hombros.

—Más de un mes.

—¿Y no te has acostado con nadie más? —me preguntó sorprendido.

—No, cada vez que pienso en ello, me acuerdo de que tengo que ponerme un puto condón. Con esta chica, no tengo que hacerlo.

Me miró alarmado.

—Slade, no juegues con eso. Podría engañarte para que la dejaras embarazada.

—Créeme, ella no es así. Estoy bastante seguro de que no quiere tener hijos... nunca.

Se calmó un poco.

—Aun así, ten cuidado.

—Hace tiempo que conozco a esta chica. Confío en ella.

—¿Que confías en ella? —Se me quedó mirando fijamente—. Tú nunca confías en la gente.

¿Estaba dejando demasiado claro que se trataba de Trinity?

—Bueno, la conozco desde que empezamos la universidad porque hemos tenido clases juntos. Sé que es buena tía. —¿Cubriría así mi rastro?

—¿Y sólo te gusta acostarte con ella?

—Bueno, es que es bastante buena... y ¿para qué recurrir a otra cuando sé que va a ser una mierda en comparación?

Mi padre me dirigió una sonrisa y una mirada acusadora.

—¿Qué?

—Nada. —Dio un sorbo al coñac y contempló el fuego.

—He visto esa mirada —insistí.

—Creo que tus días de soltero están prácticamente llegando a su fin.

—No —solté yo bruscamente—. Por supuesto que no. No es lo que tú te crees, así que no te hagas esperanzas.

Se encogió de hombros.

—Yo sé lo que he oído.

—Que me acueste con ella ahora no significa que no vaya a cansarme y a buscar a otra. Te aseguro que eso acabará pasando.

—Acabas de decir que el sexo con otra no tendría comparación.

—Por ahora.

Sacudió la cabeza.

—Por definición, una relación monógama es cuando dos personas sólo se lían la una con la otra. Y tú nunca habías sido monógamo hasta ahora...

—En ningún momento he dicho que seamos monógamos. No lo somos. Es sólo que no me he acostado con nadie más. Hay una gran diferencia.

—¿Y ella?

—Tampoco.

—¿Te importaría que lo hiciera?

—Me importa una mierda lo que haga —salté.

—Vale...

—¿Qué? Es verdad.

—Lo que tú digas, hijo.

—No estoy mintiendo —aseguré.

Mi padre sonrió, pero no dijo ni una palabra.

—Eres un mamón.

—Y tú eres subnormal —soltó él.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—Vete al infierno.

—Allí nos vemos.

Me recosté en el sillón hecho una furia.

—Si quieres ese estudio, te interesa ser más amable conmigo.

—Si no quieres que le diga a mamá que bebes como un cosaco, más te vale ser amable conmigo.

Me dirigió una mirada astuta.

—Tu madre lo sabe todo de mí, no le guardo ningún secreto.

—¿Y aprueba que te empapes el hígado en alcohol?

—No me dice qué tengo que hacer. El amor implica aceptarse el uno al otro, no controlarse mutuamente. Si yo intentase darle órdenes, me cruzaría la cara.

—Ya lo sé. Lo he visto muchísimas veces.

Mi padre se quedó mirando el fuego.

—Vosotros os pasáis todo el día discutiendo... —Darme cuenta de aquello me impactó.

—Sí. —Sonaba aburrido.

—Pero... aun así os gusta estar siempre pegados el uno al otro.

—¿Trinity y yo éramos así?

—Todas las relaciones son diferentes, pero tu madre y yo somos cabezotas y pasionales. Nos peleamos mucho porque nos importamos mucho. Hay líneas que nunca cruzamos, pero siempre decimos lo que pensamos. A algunas personas les parece disfuncional, y es cierto, pero a nosotros nos va bien. Créeme, aunque le grite a la cara, la quiero más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

Pasé unos instantes asimilando sus palabras y le di un sorbo a mi bebida. Trinity y yo peleábamos como si fuéramos a entrar en una batalla. Si tuviéramos pistolas, nos habríamos reducido a

cenizas el uno al otro. No teníamos ningún problema en decirnos mutuamente cosas muy dolorosas, pero el sexo era algo fuera de serie. ¿Acaso aquello significaba algo?

—¿En qué piensas? —susurró mi padre.

Tenía la cabeza hecha un lío. Volví a dar un sorbo a la copa y me quedé mirando el fuego.

—En nada.

CUANDO VOLVÍ A MI HABITACIÓN, ENVIÉ UN MENSAJE A TRINITY.

«¿Estás despierta?».

«Ahora sí».

«¿Puedo ir a tu habitación?».

«Nuestros padres están arriba».

«Da igual, no se van a enterar».

«Es arriesgado...».

«Venga... Estoy cachondo».

«Slade, son las tres de la mañana. Nos levantamos en tres horas».

«Me importa un carajo». Esperé a que respondiera y, cuando no lo hizo, volví a enviarle otro mensaje. «Te haré eso que te gusta».

«Hay muchas cosas que me gustan».

«Pues te las haré todas».

«Vale. Asegúrate de que no te vea nadie».

«Ahora te veo».

Me metí el teléfono en el bolsillo y salí al pasillo. En cuanto puse un pie fuera, vi que Skye salía de una habitación con nada más que una camiseta de dormir. Me quedé paralizado por el pánico. Cuando se dio la vuelta, me vio. Se le abrieron los ojos, pero no dijo nada.

Joder. Joder. Joder. ¿Qué razón iba a tener yo para estar despierto en mitad de la noche?

Se me quedó mirando y cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo tú? —ataqué.

—Eh...

Me di cuenta de que estaba delante de la puerta de la habitación de Cayson y entonces lo comprendí.

—¿Un polvo de medianoche? —le dije sonriendo.

—Cállate, Slade. No digas nada.

—A lo mejor lo hago... a lo mejor no.

—¿Y qué estás haciendo tú? —exigió saber.

Salí con la primera excusa que se me pasó por la mente.

—Voy al baño.

Pareció aceptar aquello.

—No digas nada a nadie de esto.

—Pues sé amable conmigo.

—Vete a la mierda. —Entró en su habitación y cerró la puerta.

Yo me quedé en el pasillo y me aseguré de que no volviera a salir. Entonces entré a toda prisa en el dormitorio de Trinity y cerré la puerta con rapidez. Las luces estaban apagadas y apenas podía distinguirla. La luz del exterior se filtraba por la ventana y me permitía ver su perfil.

Sin decir palabra, me desvestí y me metí en la cama a su lado.

—No hagas ruido —dijo—. La habitación de mi hermano está pegada a esta.

—Si oye cualquier cosa, dile que te estabas haciendo un dedo y ya está.

—¿Qué te hace pensar que soy de las que hacen ruido? —preguntó—. Siempre eres tú el que gime como si no lo hubiera hecho nunca.

—Cierra el pico. Follarse un coño a pelo es totalmente distinto al sexo normal.

Suspiró.

—Vamos a dejar de discutir y follemos de una vez.

—Me parece bien. De todas formas, odio oírte hablar.

—Pues ya somos dos.

Me puse encima de ella y la atraje hacia mí. Me deslicé en su interior sin ningún problema.

—Ya estás empapada.

Me clavó las uñas en la espalda, pero no hizo ni un solo ruido.

—Supongo que me deseabas más de lo que parecía.

—Tú cállate y fóllame.

Sus palabras me provocaron un escalofrío en la columna. Pegué más mi cara a la suya y la besé mientras me mecía hacia ella. Ella respiraba en mi boca al tiempo que yo respiraba en la suya. Su entrepierna era lo mejor del puto mundo. Me daba tanto placer que me entraban ganas de explotar en cuanto empezábamos. Sus largas piernas se enroscaron en mi cintura, excitándome más aún. Sus piernas eran el rasgo que más me gustaba de ella: me encantaba lo suaves y tonificadas que estaban.

Entré y salí de su cuerpo sin sacudir la cama. Ambos guardábamos un silencio absoluto. Ella se movía debajo de mí ligeramente, sin duda alguna disfrutando. Cuando se tensó alrededor de mi sexo, supe que estaba llegando al clímax. Pegué la boca a la suya e intenté acallar sus gemidos. Era especialmente ruidosa durante los orgasmos. Por norma general, a mí no me importaba porque estábamos solos, pero definitivamente no quería que su hermano lo oyese. Cuando hubo terminado, su respiración volvió a la normalidad y yo me dejé llevar. No intenté prolongarlo por la situación en la que nos encontrábamos. Sólo quería correrme e irme a la cama.

Me quité de encima y me tumbé a su lado. Los dos respirábamos agitadamente, intentando recuperar el aliento. Trinity soltó un fuerte suspiro, el sonido que solía hacer cuando estaba satisfecha. No hablamos porque no teníamos nada que decir. Me quedé mirando el techo y sentí los párpados pesados... Y entonces me quedé dormido.

UNOS GOLPES EN LA PUERTA ME HICIERON ABRIR LOS OJOS DE GOLPE.

—Trinity, ¿estás despierta? —Era su padre.

Mierda. Mierda. Mierda.

Trinity y yo estábamos acurrucados tan juntos que prácticamente éramos una sola persona. Su cuerpo estaba enroscado alrededor del mío y mis brazos formaban una sólida jaula a su alrededor. Me incorporé en un abrir y cerrar de ojos y aparté la manta a patadas.

Trinity se sentó en la cama y se cubrió con la sábana. Me miró con miedo en los ojos. Demasiado asustados de que nos oyeran al hablar, nos comunicamos únicamente con los ojos.

Apuntó con el dedo debajo de la cama.

—Escóndete —articuló con los labios.

Me bajé de la cama y me metí debajo, arrastrando mi ropa conmigo.

Joder, era hombre muerto.

Trinity se puso una camiseta a toda velocidad.

—Entra, papá.

La puerta se abrió y entró su padre. Podía verle los pies mientras avanzaba por el suelo de parquet. Recé por que no me viera. Me estrangularía y después me abriría el cráneo con sus manazas de gorila. Mi padre no sería capaz de protegerme. Joder, ni siquiera mi madre podría. Seguramente, ella lo ayudaría.

Se sentó en el borde de la cama y el colchón se hundió bajo su peso.

Respiré hondo, intentando que no me oyera. El corazón me latía tan rápido que podía notarlo en los oídos.

—Buenos días, cielo —hablaba con una voz delicada que nunca había oído. Siempre se comportaba con seriedad y gravedad, a todas horas. Hacía muchas bromas, pero sus ojos siempre eran amenazadores. Era la clase de tío al que no quería encontrarme en un callejón oscuro. Era generoso y compasivo, pero también letal. Sin embargo, con Trinity actuaba de un modo completamente distinto.

—Hola, papá.

—¿Has dormido bien?

—Sí, esto es muy tranquilo. —Ella también hablaba con un tono de voz que yo jamás había oído. Estaba calmada, casi

sumisa. Siempre que hablaba conmigo o con cualquier otra persona del grupo, su voz era puro fuego y siempre mostraba carácter. Pero con su padre no empleaba aquel tono.

—A tu madre siempre le ha gustado la nieve. Cuando nieva en casa, nunca quiere que limpie el camino de entrada con la pala... aunque a mí casi me resulta imposible ir a trabajar.

Ella soltó una pequeña risita.

—Pero ella siempre se sale con la suya.

—Y tú también.

¿Qué leches era aquello? No tenía ni idea de que estuvieran tan unidos.

—¿Estás preparada para ir a esquiar hoy? —preguntó.

—Estoy emocionada, pero tengo muchísimas ganas de tomarme una taza de chocolate caliente del albergue. Es mi favorito.

—Nos tomaremos uno juntos, ¿qué te parece?

—No podemos saltarnos la tradición, ¿no?

—Nunca —dijo él—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, no hace falta. Bajo en cuanto me arregle.

—Vale, amor.

Oí cómo le daba un beso en la mejilla o en la frente.

—Te veo ahora.

—Vale, papá.

Se levantó y caminó hacia la puerta.

—Me hace mucha ilusión pasar tiempo contigo este fin de semana.

—A mí también.

Cerró la puerta.

Esperé hasta que dejé de oír sus pasos.

Trinity se levantó y cerró la puerta con pestillo.

Yo salí arrastrándome de debajo de la cama y me vestí todo lo rápido que pude.

—Joder, por los pelos.

Se me encaró como si estuviera a punto de matarme.

—¿Por qué te has quedado a dormir aquí?

—No lo sé, siempre duermo contigo.

—¿Qué clase de motivo es ese? —dijo furiosa.

—¿Qué? Estaba cansado y me quedé dormido, déjame en paz.

—¿Que te deje en paz? —estalló—. Casi nos pillan, pedazo de idiota.

—Cállate, niñita de papá.

—¿Se supone que eso me tiene que parecer ofensivo? —preguntó asombrada.

—Si no fueras tan niñita de papá, no habría entrado aquí.

—¡No lo culpes a él por venir a darme los buenos días! Deberías haberte largado de mi habitación en cuanto terminamos.

—Cálmate y ya está, ¿vale? No nos han pillado, así que cierra el pico.

—¡Cierra el pico tú! —Me dio un bofetón.

Recibí el golpe y apreté la mandíbula. Por alguna razón inexplicable, aquello me excitó. Le agarré la cara y la empujé contra la pared. Me dio igual que ninguno de los dos nos hubiéramos lavado los dientes: la besé con fuerza y ella me devolvió el beso, algo que no me sorprendió.

Alguien llamó a la puerta y nos obligó a separarnos.

Entonces intentaron girar el pomo.

—Trinity, ¿por qué tienes la puerta cerrada? —Era Skye.

Los dos abrimos tanto los ojos que casi se nos salieron de las órbitas. Como estaba cerca del armario, me metí dentro y cerré la puerta rápidamente.

Trinity abrió la puerta de la habitación.

—Me estoy arreglando. ¿Qué quieres?

—Ostras... Menudo carácter. No llevas bien el despertar, ¿eh?

—Skye, ¿qué es lo que quieres? —preguntó con firmeza.

—¿Has visto a Slade? Su padre no lo encuentra.

—¿Por qué iba a saber yo dónde está? —lo dijo demasiado rápido y demasiado a la defensiva.

—Sólo me lo preguntaba, es que no lo encuentran por ninguna parte.

—Bueno, pues yo no sé dónde está, ¿vale? —Cerró la puerta a toda prisa y volvió a echar el pestillo.

Joder, ¿podría empeorar más aquel día?

Trinity abrió el armario y pareció que iba a matarme en ese mismo momento.

—Saldré por la ventana y fingiré que estaba jugando en la nieve —solté de golpe.

—Pero si llevas la misma ropa que ayer. —Parecía histérica.

—Soy yo —dije apresuradamente—, nadie se hará preguntas por eso.

Se pasó las manos por el pelo, presa del pánico.

—Si salimos de esta, te voy a matar.

—Bueno, si no salimos de esta, me va a matar tu padre, así que estoy muerto de todas formas.

—Bien —dijo ella.

Abrí la ventana y eché un vistazo fuera. No había nadie rondando por allí.

—Vete agachado por debajo de las ventanas para que nadie te vea —susurró—. Y entra por la puerta principal.

—Te comportas como si nunca hubiera escapado de la habitación de una chica.

—Es un segundo piso, Sherlock.

—Me he visto en situaciones peores, créeme.

—Cierra la boca y lárgate. —Me dio un cachete en el culo.

—¿Me acabas de dar en el culo?

—¡Que te pires, Slade!

Saqué un pie y volví la vista hacia ella.

—Esta noche vuelvo, ¿verdad?

El fuego ardía en sus ojos.

—Espero que sea una puta broma.

—¿Eso es un sí? Genial, entonces luego te veo. —Salí por la ventana y la cerré antes de que pudiera gritarme.

Avancé agachado por el tejado, asegurándome de que nadie pudiera verme. Entonces, me acerqué al borde y eché un vistazo hacia el suelo. No parecía que hubiera nadie por allí. Bajé deslizándome por una tubería y aterricé en la nieve.

Me levanté y me sacudí, orgulloso de mí mismo porque no me habían pillado.

—¿Qué estás haciendo?

Me quedé paralizado al reconocer la voz de mi padre. Ay, mierda. Me di la vuelta y sonreí.

—Practicando parkour. ¿Qué otra cosa iba a estar haciendo?
—Intenté aparentar toda la normalidad que pude.

—¿En el tejado? —me preguntó sin dar crédito.

—Ya me conoces, me gustan los desafíos.

Se me quedó mirando como si estuviera loco.

—¿A las seis de la mañana?

—¿Cuándo si no iba a tener tiempo para hacerlo?

Mi padre pareció tragarse mi historia.

—A veces me pregunto si tu madre bebió cuando estaba embarazada de ti.

—Pues no me sorprendería. O a lo mejor tu esperma estaba empapado de coñac y ahí es de donde viene el problema.

Sacudió la cabeza ligeramente.

—Bueno, ¿querías verme?

Levantó una ceja.

—¿Cómo lo sabes?

Joder. Joder. Joder.

—¿Qué ibas a hacer aquí fuera si no? Supongo que me habrás visto practicando.

Por favor, que se lo tragara.

Mi padre se lo creyó.

—Quería pedir nuestro equipo antes de ir a la estación. ¿Qué talla usas tú?

¿En serio? ¿Había saltado de un tejado sólo porque él quería saber qué talla de calzado usaba?

—La cuarenta y dos. —Intenté no dejar salir mi rabia.

—Gracias. —Cogió el teléfono e hizo la llamada.

Puse los ojos en blanco y entré en la casa.

Todo el mundo estaba sentado a la mesa desayunando. Cuando Trinity me vio, me lanzó una mirada asesina y luego bajó la vista a su comida. Yo me senté en un extremo de la mesa y me

serví un montón de comida en un plato. Nadie me preguntó dónde había estado y yo comí como si no hubiera estado a punto de morir.

RECOGIMOS NUESTRO EQUIPO EN RECEPCIÓN Y NOS PUSIMOS EN CÍRCULO.

—Cariño, Slade y yo nos vamos a un diamante negro. —Le dio un rápido beso a mi madre y se apartó.

—Ten cuidado, Ryan. —Mi madre lo miró como si fuera a matarlo ella si no volvía vivo.

—Mamá, estaremos bien —dije yo—. Sabemos lo que hacemos. Tú diviértete con los palos esos que llamas esquís.

—Los esquís son mucho más difíciles que el snowboard —argumentó Silke.

—De eso nada. Hasta un bebé de dos años los podría usar —repuse yo.

—Nos vamos antes de que los niños se empiecen a tirar del pelo —dijo mi padre.

—Buena idea —coincidió mi madre. Llevaba un gorro verde y le sobresalía el pelo rubio y largo por debajo.

—Tened cuidado —le dijo él a ella.

—Papá, ellas van a la pista para principiantes, no les va a pasar nada —dije.

Mi padre sostenía la tabla con un brazo.

—Vámonos.

Todos los demás iban a quedarse con sus padres. Mi padre y yo éramos los únicos que preferíamos hacer snowboard a esquiar, pero no nos importaba. Nos sentamos en el telesilla y dejamos que nos subiera hasta la cima de la montaña.

—¿Quieres hacer una carrera? —pregunté.

—Pues la verdad es que no.

—¿Te da miedo? —bromeé.

—Es sólo que no quiero herir tus sentimientos. Sé lo sensible que eres.

Le di un puñetazo en el brazo.

—¿Se supone que eso me tenía que doler? —dijo él sarcásticamente.

—Que te den, papá.

Llegamos a la pista que estaba en el fondo y por fin nos bajamos del telesilla. Como profesionales, nos bajamos con facilidad y nos quitamos del camino de otras personas ya subidos en nuestras tablas. Nos detuvimos cuando llegamos a una buena zona por la que caer. Era casi un precipicio y yo sonreí emocionado.

—No me puedo creer que no te hayas puesto una cazadora.

—Si ni siquiera hace frío. Hace un sol que flipas.

—Deberías llevar cazadora de todas formas.

—Entonces, ¿cómo se me van a ver los tatuajes? —rebatí.

—A lo mejor deberías tatuarte la cara, si eso es lo único que te preocupa —dijo.

Me encogí de hombros.

—Supongo que eso molaría.

Miró hacia el cielo y se abrochó las correas.

—¿Preparado?

Comprobé las botas y me ajusté las correas yo también.

—Allá vamos.

—Tú primero.

—Papá, no tienes que ir detrás de mí, ya soy mayor.

—Me gusta saber dónde estás. Aquí arriba no hay cobertura.

—Como quieras, papá.

Me moví hacia delante e impulsé mi peso hacia la pendiente. Cogí velocidad en cuanto despegué. Como si lo hubiera hecho un millón de veces, atravesé la nieve recién caída, haciéndola trizas. Mi padre me seguía de cerca, lo veía de reojo. Era bastante bueno, tanto como yo. No había ninguna persona con la que me gustara ir más que con mi padre. Él era el único que me seguía el ritmo.

Bajaba la pendiente a gran velocidad, más rápido que nunca. Me hacía sentir vivo, extasiado. Cuando atravesaba la nieve, me sentía capaz de cualquier cosa. No pensaba en la universidad ni en la vida. Sólo pensaba en el momento en el que estaba.

Personalmente creía que así era como había que vivir la vida.

Cuando llegué a la nieve dura, que prácticamente era aguanieve, perdí el control y me resbalé montaña abajo. Iba tan rápido que no podía detenerme. Hundí la tabla para bajar la velocidad, pero estaba demasiado dura. Debía de ser una zona donde la nieve se había derretido durante la noche y luego se había congelado. No había fricción, así que seguí avanzando. Metí la mano en la nieve para poder frenar, y la piel me ardió al arañarse contra el hielo.

Cuando me salí de la pista y me adentré en los árboles, me empezó a entrar el pánico. Nunca había hecho aquello.

Mierda. Mierda. Mierda.

Estuve a punto de chocarme con un árbol, pero conseguí virar y esquivarlo.

Dios, qué cerca había estado.

—¡Slade, estoy justo detrás de ti!

Mi padre estaba allí. Gracias a Dios.

—¡No puedo parar!

—¡Clava la tabla en la nieve!

—¿Qué te crees que estoy intentando hacer? —grité.

—¡Slade! ¡Para! ¡Precipicio!

Mierda, ¿acababa de decir «precipicio»?

Joder. Intenté agarrarme a cualquier cosa.

De repente, sentí que algo pesado aterrizaba sobre mí y me detuve de inmediato. Noté que unas manos me agarraban por los dos brazos.

—Hijo, ¿estás bien?

Alcé la vista y vi a mi padre mirándome desde arriba con los ojos llenos de preocupación. Le sangraba la nariz.

—Sí... Estoy bien. —Me incorporé y me froté la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Me he lanzado sobre ti —lo dijo como si no fuera gran cosa.

—¿Cómo has hecho eso?

—No lo sé, no estaba pensando. Hay un precipicio a quince metros. Te ibas a despeñar si no hacía algo.

La virgen bendita.

Se limpió la sangre de la nariz y recobró el aliento.

—Gracias...

—De nada. Ten un poco más de cuidado la próxima vez.

—No sé qué ha pasado. He pasado por una parte congelada.

Entonces oí un sonido que me hizo sentir más pánico del que había sentido en toda mi vida.

El rugido de un oso.

Mi padre y yo nos pusimos en pie con una rapidez que no era propia de nuestras habilidades. A seis metros de nosotros había un enorme oso grizzly. Estaba sobre sus patas traseras y no parecía muy contento de vernos.

¿Podían empeorar más las cosas?

—Dame tu mechero —dijo mi padre con calma.

—¿Para qué?

—¡¡¡Que me lo des!!!

Me metí la mano en el bolsillo y se lo lancé.

—¿Qué cojones vas a hacer con él?

Mi padre partió una rama de un árbol y sostuvo el mechero al lado. Prendió fuego en unos segundos y mi padre se acercó con determinación hacia el oso con el palo en alto. El oso empezó a retroceder. Mi padre hacía oscilar la rama ante la bestia, y el calor le abrasaba el pelo. Entonces, se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Mi padre se giró y dejó caer la rama en la nieve.

—Volvamos a las pistas. Ahora mismo.

No hacía falta que me lo dijera dos veces. Cogí mi tabla y caminé junto a mi padre mientras miraba a nuestro alrededor para asegurarme de que estuviéramos solos. Cuando llegamos a la zona principal de los telesillas, empecé a respirar de nuevo.

Miré a mi padre.

—Hemos estado a punto de morir. Dos veces.

—Si le dices una palabra a tu madre, te mato.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Bien. —Se pasó los dedos por el pelo, pero seguía pareciendo tranquilo. Mi padre me había salvado el pellejo dos veces y ni siquiera se había puesto nervioso. Era como si nada le

afectara.

—Papá, eres un tío duro.

Me miró con ojos sombríos.

—No, pero daría la vida por mi hijo. Se llama ser padre. —Su voz estaba impregnada de seriedad.

Nos quedamos allí de pie sin decir nada. No había ninguna persona practicando snowboard en la pista. Estábamos allí solos, escuchando el silencio.

—¿Quieres ir a la pista para principiantes? —pregunté.

Se rio.

—Creía que nunca me lo ibas a pedir.

TRINITY

NOS PASAMOS EL DÍA ENTERO ESQUIANDO. MI HERMANO ERA BASTANTE bueno, igual que mi padre, que había crecido esquiando, así que era prácticamente un profesional. Mi madre nunca había esquiado antes de conocer a mi padre, así que se le daba tan de pena como a mí.

Me dolía el culo de estar más tiempo cayéndome que de pie. Cada vez que me caía, mi padre esperaba a que volviera a levantarme. Me deslizaba unos cuantos metros antes de volver a meter la cara en la nieve. Mi padre me enseñó unos cuantos trucos, pero no conseguía cogerlo. Para cuando volvimos al albergue a almorzar y tomar un chocolate, estaba rendida. Mi hermano y yo ni siquiera discutimos, de lo cansados que estábamos. Necesitaba una buena siesta en aquel instante.

Cuando se puso el sol, volvimos por fin a la cabaña. Todos los demás ya estaban allí, probablemente desmayados en el sofá o dormidos en sus camas. Lo primero que hice fue darme una ducha para entrar en calor. Luego bajé y me puse el doble de la comida que normalmente me serviría en el plato. Me senté en el sofá y comí en silencio, demasiado agotada para hablar con mi familia.

Había mucha gente en la otra sala de estar viendo la

televisión, pero yo me senté en los sofás que había delante de la chimenea, disfrutando del silencio. Prácticamente podía oír gritar a mis músculos de lo cansada que estaba.

Mi padre se sentó a mi lado con el plato en la mano.

—¿Estás bien?

—Sólo agotada.

Asintió.

—Esquiar es más duro de lo que parece.

—Pero creo que estoy más cansada de caerme que de esquiar en sí. —Me reí de mi propio comentario.

—Mejorarás.

Me di cuenta de que mi padre siempre se burlaba de todo el mundo sin compasión y que era especialmente cáustico con su propio hermano. Pero a mí me trataba de un modo diferente. Nunca se burlaba de mí cuando fracasaba en algo, siempre intentaba hacer que me sintiera mejor. Con Conrad no era así, sólo conmigo.

—No pasa nada por decirlo, papá. Sé que lo hago de pena.

—No he dicho que no fuera así, sólo que mejorarás.

Por lo menos no me mentía.

Me comí la ensalada de patata y luego pasé al pollo.

—¿Qué tal van las clases?

—Bien.

Él comía lentamente y en silencio.

—¿Has decidido ya lo que quieres hacer? —Mantenía la vista clavada en su plato mientras lo decía.

—Quiero entrar en el mundo de la moda, de eso no tengo dudas.

—¿Entonces vas a dejar la universidad?

—No —dije con un suspiro—. Casi he terminado, prefiero acabar.

—Tesoro, haz lo que tú quieras. No te preocupes por enfadarme.

—Te has gastado tanto dinero en m...

—Y sabes que eso me da igual, no dejes que el dinero influya en tu decisión.

—Pero puede que el diploma en Empresariales me sea útil para lo que quiero hacer.

—¿Que es...?

—Tener mi propia línea de moda.

Asintió.

—Te resultará útil. Y tu viejo tiene mucha experiencia y te puede ayudar. —Me sonrió antes de volver otra vez su atención a la comida.

—No según el tío Sean —bromeé.

—Bueno, pero ese tío es tonto perdido, tú no le hagas caso.

Terminé de comer y dejé el plato encima de la mesa.

—Hay tarta, ¿quieres que te traiga un trozo? —me preguntó.

—No. Por extraño que suene, estoy demasiado cansada para comer.

Se rio.

—Tienes que hacer más ejercicio.

—Ya corro.

—No es lo mismo. Tienes que entrenar con algo de peso.

—Ni siquiera conozco la diferencia entre un abdominal y una sentadilla.

—Yo te puedo enseñar —se ofreció mi padre.

—Nah... Prefiero seguir corriendo en la cinta.

Mi padre acabó de comer.

—¿Has terminado aquel libro que te regalé?

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—Pues la verdad es que sí.

Cruzó los tobillos.

—Alguna vez deberíamos ver la película, es un clásico.

—Claro. —Me acomodé en el sofá y me llevé las rodillas al pecho.

Mi padre cogió una manta y me la echó por encima, arropándome como solía hacer cuando era una niña.

—Gracias.

—De nada. —Miraba el fuego con las manos encima del regazo—. ¿Alguna novedad en tu vida?

Slade se me vino inmediatamente a la cabeza. Pasaba mucho tiempo con él, más del que había esperado.

—Pues no, la verdad. Skye y Cayson aportan una buena cantidad de dramatismo al grupo, pero eso no es de sorprender.

—En fin, Skye es hija de Sean —bromeó él.

Me reí.

—A veces puede ser demasiado cabezota.

—Igualita que su padre.

—Pero hacen buena pareja —dije yo—. Sé que van a estar juntos para siempre.

—¿Tú crees? —preguntó.

—Lo sé. —Sentía envidia al pensar en ello. Skye tenía un chico que la quería más que a la vida misma.

—Algún día también lo encontrarás tú. —Era como si mi padre pudiera leerme la mente.

—¿Tú crees? —Ya tenía veintidós años y todavía no había encontrado a nadie que se acercara siquiera.

—Lo sé. Eres una chica preciosa, inteligente y divertida. Créeme, tienes admiradores aunque no lo sepas.

El único admirador que tenía era un chico malo lleno de tatuajes que lo único que quería era follar.

—A lo mejor...

—No, nada de a lo mejor —dijo firmemente.

Decidí no discutir con él.

—He terminado tu libro —dijo.

—¿Qué te ha parecido El conde de Montecristo?

—No estuvo mal. Demasiados personajes para acordarse de todos, pero no estuvo mal.

—No tiene nada que ver con la película, ¿a que no? —pregunté.

—No. Pero el final de la película me gusta más.

Le dediqué una sonrisa.

—A mí también, me pierden los finales felices.

—Supongo que a mí también. —Acarició un segundo mi cabello con la mano antes de dejarla caer.

Un amigable silencio se extendió entre nosotros. Podíamos

pasar horas sentados juntos sin decirnos nada, algo que no resultaba incómodo para nada. Skye y yo habíamos hecho lo mismo en infinidad de ocasiones. Mi padre era mi padre y siempre lo sería, pero también era mi amigo. Sabía que a mí me mimaba mucho. Con Conrad era estricto y severo. Lo presionaba mucho más que a mí sólo porque Conrad era chico. A veces deseaba que no hiciera aquello, pero otras veces lo adoraba por completo. Mi padre tenía una relación única y especial con cada uno de nosotros; yo nunca había sentido que me quisiera más o menos que a mi hermano.

Los párpados empezaron a pesarme y ya no podía mantenerlos abiertos.

—Perdona, papá, es que estoy tan cansada...

—No pasa nada, tesoro. Duérmete.

MI MÓVIL VIBRÓ EN MI MESILLA DE NOCHE Y ME DESPERTÓ. ESTABA METIDA en la cama, llevando puesto lo mismo que antes, menos los zapatos. Mi padre debía de haberme subido en brazos y metido en la cama, algo que no me sorprendía.

Entrecerré los ojos para mirar el reloj y me di cuenta de que eran las tres de la mañana. Luego miré el teléfono.

«¿Estás despierta?».

Era Slade.

«¡Deja de despertarme en mitad de la noche! Estoy cansada».

«Y yo caliente, no seas llorica».

«Buenas noches, Slade. Déjame en paz».

Apagué el móvil para que no me despertara otra vez.

En cuanto me quedé dormida, se abrió la puerta de mi dormitorio.

Puf.

Slade se desnudó y se metió en la cama conmigo.

—Hola —susurró.

—Nos tenemos que levantar dentro de tres horas. Prefiero

dormir que hacerlo.

—No he venido a hacerlo, quiero que hablemos.

¿Lo había escuchado bien?

—¿Cómo?

—Nunca te imaginarías lo que nos ha pasado a mi padre y a mí hoy. Casi la palmamos... dos veces.

Me incorporé.

—¿Qué dices?

Slade me contó que había estado a punto de caerse por un precipicio, pero que su padre lo había salvado. Y luego casi se los había comido un oso, pero su padre había utilizado un mechero para asustarlo.

Era casi demasiado ridículo para creérselo.

—¿Te lo estás inventando?

—¡No! No se lo cuentes a mi madre, mi padre no quiere que se entere.

—Pero... ¡eso es una locura!

—¡Ya lo sé! Casi muero dos veces en un día. Ha sido alucinante.

—¿Alucinante? —pregunté con incredulidad.

—¿Cuántas personas podrían decir algo parecido?

—¿Cuántas personas querrían decir algo parecido?

—Es que tenía que contártelo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque... —Parecía haberse quedado sin palabras—. No lo sé, quería contártelo y ya está.

El silencio se hizo entre nosotros, pero había cierta tensión.

—¿Qué tal tu día? —preguntó.

Slade nunca me preguntaba cosas de esas. Me puse de costado para mirarlo en la oscuridad. Su mano se apoyó en mi cadera.

—No ha estado mal. Se me da fatal esquiar.

—¿Alguna novedad?

Le di un golpe flojo en el brazo.

Se rio.

—No pasa nada, yo te puedo enseñar si quieres.

—No, da igual. Mi padre me enseña, es sólo que no lo pillo. Me

he caído de cara tantas veces que ahora tengo agujetas.

—¿En la cara? —preguntó con asombro—. ¿Se pueden tener agujetas en la cara?

—Pues sí —dije convencida—. Lo acabo de descubrir. Y el culo me está matando.

—¿Ahí también tienes agujetas? —preguntó.

—Sí.

Slade me desabrochó los vaqueros y me los quitó.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Quién coño duerme en vaqueros?

—¿Quién coño no se pone una cazadora en la nieve? —contraataqué.

Me puso la mano en el trasero y empezó a masajearlo.

Hice una mueca de dolor y luego empezó a sentarme de maravilla. Gemí suavemente y cerré los ojos.

—Tienes el culo muy tenso.

—No me sorprende —dije con un suspiro.

Frotó la otra nalga y luego bajó por mis muslos.

—Lo haces muy bien. Deberías ser masajista.

—Conozco bastante bien el cuerpo femenino. —Me dedicó un guiño arrogante.

—Cállate, Slade.

Se rio y siguió frotándome.

—Aparte de eso, ¿qué tal tu día?

—En fin, no tan emocionante como escapar de un oso pardo o casi caerse por un acantilado.

—Bueno, tu día no será nunca tan emocionante como ha sido el mío —dijo riéndose.

—El punto álgido de mi día ha sido cuando mi padre y yo nos hemos tomado un chocolate caliente y hemos hablado de los libros que acabamos de terminar de leer.

—Joder... Menudo coñazo.

Le di un golpe en el brazo.

—¿Quieres que deje el masaje? —soltó.

Yo le froté el brazo con rapidez.

—No pares, por favor.

Él sonrió.

—Te he oído decir eso unas cuantas veces... pero en otro contexto.

—Vete a la mierda, Slade.

Se rio y luego me frotó las pantorrillas.

—Me gusta hablar de cosas así con mi padre. Hablamos de política y economía y también de personajes y argumentos. Ese tipo de conversaciones no puedo tenerlas con nadie más que con mi padre.

Slade estuvo un buen rato mirándome.

—Estáis muy unidos.

—Sí...

—La verdad es que es adorable.

—¿Adorable? —Era la segunda vez que le oía utilizar aquella palabra.

—Sí. Conozco al tío Mike de toda la vida y siempre ha sido divertido y agresivo. Cuenta más chistes que mi padre. Es el alma de la fiesta, pero puede ser tan bestia como un gorila. Sin embargo, cuando está a solas contigo... es totalmente diferente. Es amable, tranquilo y considerado. Te trata como... a una princesa.

—Básicamente —susurré yo.

—Y tú también eres diferente cuando estás con él, como si fueras otra persona totalmente distinta.

—¿Quieres decir que soy yo misma?

—¿Así eres de verdad? —preguntó él—. Porque nunca lo había visto antes. Siempre eres muy sarcástica y actúas de manera impetuosa.

—Bueno, sé que mi padre nunca me haría daño, es totalmente diferente. Él nunca se burlaría de mí si dijera alguna tontería. Puedo decir cualquier cosa y no me juzga.

Él dejó de frotarme.

—A mí me puedes contar lo que quieras... Hablamos de libros y cosas.

Lo miré, insegura de lo que quería decir.

—¿A qué te refieres?

Estuvo callado un buen rato.

—La verdad es que no estoy muy seguro.

Tampoco lo estaba yo.

—O sea... Siento que puedo contarte cualquier cosa. —No me miró al decirlo. Sus manos empezaron otra vez a frotarme, eliminando mis dolores y molestias.

Cuando pensé en ello en retrospectiva, me di cuenta de que a Slade le contaba más cosas que a ninguna otra persona. A lo mejor aquel acuerdo nos había hecho mejores amigos. Me sentía unida a todas las personas de mi círculo, especialmente a Skye porque era mi mejor amiga, pero a ella nunca le había contado nada de eso.

—Yo también podría contártelo todo.

Me miró a los ojos.

—Guau... Nunca pensé que pasaría esto.

—¿El qué?

—Eres... Te considero una muy buena amiga. Cayson siempre ha sido mi mejor amigo, pero... a él no le cuento todo lo que se me pasa por la cabeza, y a ti sí.

—¿Me estás diciendo que soy tu mejor amiga? —pregunté.

—Supongo. ¿No es eso para lo que están los mejores amigos? —preguntó—. ¿Para poder contarles cualquier cosa? ¿Para poder ser tú mismo sin miedo a que te juzguen o pase nada?

—Sí... —Aquella era la definición exacta de mi relación con mi padre.

Se encogió de hombros.

—Supongo que acostarnos juntos ha sido la mejor decisión que hemos tomado nunca.

Puse la mano sobre su bíceps, el músculo que agarraba con más frecuencia. Slade tenía un olor particular, a colonia mezclada con su aroma natural. Lo reconocía tan bien que era capaz de saber dónde se había sentado en un sofá aunque ya hubiese salido de la habitación. Me había acostumbrado a su compañía. Pasábamos más de la mitad de la semana en la misma cama y ya estaba habituada a sus rutinas matinales antes de marcharnos a clase. Siempre hacía tostadas en la tostadora y

luego dejaba más pan dentro para que yo sólo tuviera que encenderla. Había pasado muchísimo tiempo odiándolo, pero... ahora me importaba de verdad.

—Creo que tienes razón.

SKYE

NO HABÍA INTERROGADO A MI PADRE CON RESPECTO AL INCIDENTE CON Zack. Estábamos pasando un fin de semana genial en las pistas, bien abrigados para mantener el calor. Nunca era buen momento para desatar mi ira.

Después de pasar la mayor parte del día en la montaña, nos dirigimos a la estación de esquí para comer. Cogimos las bandejas y las llenamos de comida. Por supuesto, mi bandeja era la que más tenía.

Mi hermano le echó un vistazo.

—Eres una gorda.

—No, no lo soy —rebatí—. Llevo todo el día haciendo deporte.

—A lo mejor entonces se te pone el culo más pequeño. —Fue hasta una mesa que había cerca del fuego y se sentó.

Yo me mordí la lengua y me imaginé sacándole los ojos.

—Te provoca porque te quiere. —Mi madre estaba de pie detrás de mí mientras mi padre sacaba la cartera y pagaba la comida.

—Mamá, tienes razón en un montón de cosas... pero en esto no.

Ella sonrió.

—Tu tío Ryan y yo somos iguales.

—Vosotros os metéis el uno con el otro de una forma completamente diferente.

Mi madre se rio.

—No te creas.

Nos sentamos a la mesa. Roland ya se estaba comiendo su pizza con patatas fritas.

Mi padre tenía una ensalada, como era habitual, y mi madre estaba comiendo un burrito.

Yo había pedido un chocolate caliente porque fuera hacía un frío helador. Había hecho sol la mayor parte del día, pero después el cielo se había cubierto de nubes y algunos copos de nieve habían empezado a salpicar el suelo.

Mi padre miró a mi madre.

—¿Te gusta lo que has elegido, pequeña?

Ya se había comido la mitad.

—Está delicioso. ¿Qué tal tu... ensalada? —Sonrió mientras la miraba.

Él también sonrió.

—Está... aceptable.

Mi madre soltó una carcajada.

—Pareces un hombre, pero comes como un conejo.

—Pero te gusta mi aspecto, ¿a que sí? —preguntó—. Y yo no quiero que te escapes a ninguna parte...

—Como si fuera a hacerlo —dijo Roland—. Le meterías una bala en la cabeza al nuevo.

Yo sabía que mi hermano no estaba bromeando. Sinceramente, aquello parecía algo que mi padre sería capaz de hacer.

Mi padre le dirigió una mirada de enfado.

—No bromees con esas cosas.

—¿Porque tienes miedo de que mamá te ponga los cuernos? —preguntó.

—No. —Mi padre conservó la calma—. Las armas no son un tema adecuado para hablar en la mesa.

—¿Y que hables del sexo con mamá sí lo es? —quiso saber Roland.

—Cierra el pico y cómete la comida, Roland Preston. —Mi padre se lo quedó mirando desde el otro lado de la mesa, lo cual bastó para que mi hermano se callase.

—No quiero irme a casa —dijo mi madre con un suspiro.

—Podemos quedarnos —dijo mi padre. Haría cualquier cosa por hacerla feliz.

—No —dijo ella—. Tienes que volver al trabajo. Me da más pena que los niños vuelvan a la universidad.

Yo tampoco tenía ganas. Me encantaba pasar tiempo con mis padres, aunque a veces fueran un poco pesados y se pasaran de cariñosos.

—Odio la universidad —dijo Roland—. Lo único bueno que tiene son las chicas.

—¿Pero no las preferías casadas? —lo atacó mi padre.

Roland puso los ojos en blanco.

—Nunca me vais a dejar en paz con eso...

—Probablemente no —dijo mi padre.

Mi madre sacudió ligeramente la cabeza.

—Todos cometemos errores mientras nos hacemos mayores, pero más te vale no repetir ese.

Roland se metió la pizza en la boca y guardó silencio.

—¿Has visto mucho a Cayson este fin de semana? —preguntó mi madre.

Sólo por la noche.

—No. Hemos estado ocupados pasando todo el día con nuestras familias, pero no pasa nada, lo veo en la universidad todos los días.

—Entonces, ¿va todo bien entre vosotros? —preguntó mi madre—. Porque tu padre y yo queremos mucho a Cayson.

—¿Y quién no? —solté—. Sí, estamos genial.

—Cuando Skye no está cagándola constantemente —dijo Roland con la boca llena.

Le di una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! —Me devolvió la patada.

—¿Cagándola? —Mi padre levantó una ceja mientras me miraba—. ¿Eso qué quiere decir, Skye?

Genial, mi hermano me había dejado con el culo al aire.

—Hemos tenido algunas discusiones... Nada demasiado serio.

—Casi cortas con él —dijo Roland.

—¿Por qué no te callas y te metes en tus propios asuntos? —Le di otra patada por debajo de la mesa con toda la fuerza que pude.

—Zorra —murmuró.

Mi padre lo agarró por la garganta desde el otro lado de la mesa a una velocidad que casi ni lo vi. Atrajo a Roland hacia sí y bajó la voz.

—Nunca vuelvas a hablar así a tu hermana. —Lo soltó y se inclinó hacia atrás.

Por regla general, Roland habría protestado, pero en aquella ocasión no lo hizo.

En la mesa, el ambiente se volvió tenso.

Mi padre sabía que solíamos meternos el uno con el otro, pero tenía ciertas normas. No se nos permitía decir nada imperdonable ni lleno de odio. Todo lo demás valía.

—De todas formas... —Mi madre se aclaró la garganta—. ¿Es eso cierto, Skye? ¿Estuviste a punto de dejarlo?

Cuando miré a mi padre, sentí que la rabia me surgía de dentro.

—Cayson traicionó mi confianza y fue a contarle a papá lo de Zack. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma y de ocuparme de mis propios problemas, pero Cayson no parecía estar de acuerdo. Le dije que no podía estar con alguien en quien no confiara al cien por cien. Nos reconciamos rápidamente y pasamos página.

—Es una estupidez enfadarse por eso —masculló Roland—. Sólo estaba cuidando de ti.

Mi padre tenía una expresión impasible en el rostro. Era incapaz de adivinar lo que estaba pensando.

—Hizo lo correcto al acudir a mí. No querría que estuviera contigo si hubiera tomado cualquier otra decisión.

—Tú y todas las demás personas a las que conozco —murmuré.

—Me aseguré de que Zack no vuelva a molestarte nunca —dijo

mi padre—. Ahora tanto Cayson como yo podemos pegar ojo por las noches.

—Nunca ha supuesto una amenaza para mí —dije.

—Cayson no estaba de acuerdo. Y me fío más de la opinión de Cayson que de la tuya, sin dudarlo. —Me miró fijamente entrecerrando los ojos.

Cuando hablábamos de aquel tema, mi padre se volvía agresivo y cruel. Siempre me acorralaba y no me dejaba tomar las riendas. Era testarudo y beligerante, al igual que yo. Nunca me dejaba salirme con la mía, pasase lo que pasase, y se ponía firme una y otra vez. Tenía la paciencia de un perezoso y la adrenalina de un coyote.

—¿Más que de la de tu propia hija? —pregunté.

—Admiro tu independencia y tu inteligencia, de verdad. —La voz de mi padre permaneció tranquila en todo momento. Estábamos en una sala abarrotada de gente, así que actuaba con normalidad, como si estuviéramos hablando de los números de la lotería que habían anunciado la noche anterior, pero sus ojos delataban su rabia—. Nunca habría querido que fueras de otra manera. Eres fuerte y entiendes lo que vales, como tu madre. Pero estás ciega en lo relativo a tu propia seguridad y eres tan insensata que te crees que eres invencible. No tienes ni idea de lo que piensa ese tío y, por muy fuerte que te creas que eres, él es el doble de grande que tú y podría derribarte de un solo puñetazo.

>>¿Sabes por qué soy un empresario de tanto éxito? —Lo formuló como si fuera una pregunta, pero yo sabía que era retórica—. ¿Sabes cómo convertí una gran empresa en un imperio internacional? Siendo proactivo, no reactivo. No me la juego en casos como este. Siempre estoy a la ofensiva, no a la defensiva. Si este tío no te deja en paz e inmovilizó a Trinity, lo cual es una puta señal de alarma, no quiero que esté cerca de ti. Estar enfadada con Cayson es inmaduro y mezquino. Tienes suerte de que te quiera tanto como te quiere y que aguante tu ingenuidad. No todos los hombres son como yo, como tus tíos, como tus primos o como Cayson. Hay hombres que te destrozarán en cuanto tengan la oportunidad. Es una lección que

creía que ya habías aprendido.

Aparté la mirada y me quedé contemplando el fuego de la chimenea de piedra. Mi padre me ponía de los nervios cuando me soltaba aquellos discursos. Nunca se ponía sensible, sino que se enfadaba. De alguna manera, me reducía a una simple sombra, despojándome de mi confianza y de mi fuerza. Lo hacía todas y cada una de las veces, y me dejaba indefensa y expuesta.

—No seas tan duro con ella —susurró mi madre.

—Pequeña, tú no te metas en esto. —Su voz estaba cargada de amenaza.

Mi madre se calló.

Me levanté de la mesa dejando allí la comida y salí a la calle hecha una furia. No quería mirar a mi padre ni a nadie de mi familia. Quería esconder la cara, porque las lágrimas borboteaban en mis ojos y me quemaban al rozarme las mejillas. Finalmente llegué al exterior y me mantuve alejada de las ventanas para tener algo de intimidad.

Odiaba llorar, era algo débil y patético. Me limpié las lágrimas rápidamente porque me negaba a mostrar algo que no fuese fuerza. A veces me daba la sensación de que gritaba con toda la fuerza de mis pulmones, pero nadie me escuchaba. Tenía suerte de tener un padre que se preocupara tanto por mí, pero por una vez quería que confiara lo suficiente en que podía cuidar de mí misma. A Roland lo trataba de ese modo. ¿Por qué tenía que tratarme a mí de forma distinta?

La puerta se volvió a abrir y noté que alguien se acercaba a mí. Cuando olí su colonia en el aire, supe que se trataba de mi padre.

Le di la espalda porque no quería que me viera los ojos enrojecidos. Debería haberme mordido la lengua y no haberme enfrentado a él directamente en medio de una sala llena de gente. No había sido inteligente acorralarlo cuando estábamos en un viaje familiar. A lo mejor sí que era estúpida, después de todo.

Mi padre se puso detrás de mí, pero no me tocó.

—Skye, siento haberte disgustado.

—No me has disgustado —lo dije con voz firme, ocultando mi vulnerabilidad—. Sólo necesitaba alejarme de ti.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

¿Cómo lo sabía? Decidí no contestar.

Se acercó más a mí y me apoyó la mano en el hombro.

—Skye, te quiero mucho. Por favor, ten en cuenta que todo lo que digo es con buena intención.

—Ya lo sé...

Suspiró y dejó caer la mano.

—Tesoro, mírame.

Como ya sabía que estaba disgustada, me di la vuelta y lo miré de frente.

Se quedó mirando lo rojos que tenía los ojos. Respiró hondo y sus facciones dejaron traslucir todo el desprecio que sentía por sí mismo.

—Siento haberte hecho llorar. Dime lo que piensas, por favor.

—Estoy harta de que me trates como si fuera una niña, papá. Puedo cuidar de mí misma, pero ¿cómo te lo voy a demostrar si no me dejas?

—Sé que puedes cuidar de ti misma. Siempre lo he sabido.

—Pues no lo parece.

—¿Sabes qué problema tenemos nosotros dos?

Crucé los brazos y lo escuché.

—Yo soy demasiado protector, lo admito, pero tú eres demasiado orgullosa.

—¿Orgullosa?

—No pedirías ayuda ni aunque te estuvieras ahogando. Por eso soy así. Estás tan decidida a hacerlo todo tú sola que tengo miedo de que no recurras a mí ni a nadie, de hecho, cuando lo necesites. Y eso me mata de miedo, Skye.

Asimilé sus palabras y bajé la vista al suelo.

—Corrígeme si me equivoco.

Yo sabía que no era así.

—¿Explica eso mi comportamiento un poco más?

Asentí.

—¿Crees sinceramente que Zack no representa ninguna amenaza? Sé honesta, Skye.

Sí que había amenazado con hacerle daño a Cayson, pero yo

había pensado que sólo estaba haciendo el gilipollas. Había sujetado a Trinity en el suelo y había estado seis meses mintiéndome sólo para estar conmigo. Era controlador cuando estábamos juntos e intentaba que yo siguiera sus normas. A lo mejor tenía la palabra «psicópata» escrita en la frente. A lo mejor yo me había equivocado en todo.

—No...

Mi padre no se regodeó; sus ojos no brillaron de triunfo.

—Entonces me alegro de verdad de que Cayson acudiera a mí. Pero deberías haber sido tú, Skye.

—Ya lo sé... Es sólo que... me has tratado como a una niña toda mi vida y...

—Eres mi hija, la única que tengo. No sé ni cómo explicarte cuánto te quiero. Entiendo que vas a sufrir, así es la vida. Por mucho que me duela, acepto esa verdad. Pero en cosas así, cosas serias, tengo que intervenir.

—Ya lo sé, papá.

—Te prometo que me comportaré mejor de ahora en adelante. Si me dices que me retire y que te deje en paz, te prometo que lo haré. Pero quiero que tú me hagas una promesa a cambio.

—¿Qué promesa? —pregunté.

—Que acudirás a mí cuando necesites ayuda. Que no serás orgullosa e intentarás arreglar las cosas mientras te estás ahogando. Que no intentarás demostrarme nada. Skye, ya has demostrado lo increíble y lo autosuficiente que eres. No me hace falta nada más.

Asentí.

—¿Me lo prometes? Sé que, si lo prometes, cumplirás tu palabra.

—Te lo prometo.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias.

—Lo siento, papá... por todo.

—Yo también lo siento, tesoro. —Se acercó a mí y me estrechó con fuerza—. Pero me alegro de que haya pasado esto. Tengo la sensación de que hemos avanzado de verdad y me siento mucho

más cómodo sabiendo que tomarás las decisiones adecuadas hasta cuando yo no esté cerca.

—Y yo me alegro de que sepas que puedo cuidar de mí misma.

—Eres igualita a tu madre. —Me puso la mano en la nuca y me sostuvo contra sí—. De todas las formas buenas posibles.

—Eso es un gran cumplido.

—Pretendía que lo fuera.

Se apartó y dio un paso atrás.

—¿Estás lista para volver adentro?

—Sí. Quiero acabarme el resto de mi comida.

Se rio.

—Esa es mi chica.

CAYSON Y YO NOS SENTAMOS DELANTE DEL FUEGO CON SENDAS TAZAS DE chocolate.

—¿Qué tal tu día? —me preguntó.

—Bien. He discutido con mi padre.

—Parece que no hacéis otra cosa —bromeó.

—Bueno, es que nos parecemos mucho.

Sonrió.

—Y yo sé cómo eres...

—Hemos hablado de todo el asunto de Zack.

—Seguro que ha ido bien —dijo sarcásticamente.

—Me ha dicho muchas cosas en las que tiene razón... pero creo que gracias a eso estamos mejor ahora. Me ha hecho darme cuenta de lo orgullosa que soy.

—Vaya... Por fin lo admites.

Lo miré con dureza.

—Lo siento —se apresuró a decir.

—Y él ha admitido que es demasiado sobreprotector. Hemos acordado esforzarnos por mejorar nuestros defectos.

Asintió.

—Un compromiso... Me gusta.

Di un sorbo al chocolate e intenté meterme algunas nubes de gominola en la boca. El fuego ardía delante de nosotros y la nieve caía en el exterior. Todo el mundo se había ido ya a la cama, sólo estábamos él y yo.

—Nada de sexo esta noche —dijo en voz baja—. Es un milagro que no nos hayan pillado.

—Es nuestra última noche y esto es tan romántico... Venga, vamos a hacerlo.

—No. Tengo la impresión de que me va a dar un ataque al corazón cada vez que tu padre me mira.

—No es adivino —solté.

—Podría serlo. A lo mejor ha desarrollado alguna tecnología que le permite hacer eso.

—Mi padre es listo... pero no tanto.

—Preferiría no correr el riesgo.

—Me voy a colar en tu habitación de todas formas. Y cuando empiece a hacer las cosas que te gustan, no conseguirás deshacerte de mí.

Me lanzó una mirada iracunda.

—Eres una mala pécora.

Sonreí.

—Lo sé.

Oímos pasos procedentes de las escaleras y Theo y Thomas se unieron a nosotros.

—Hola. —Theo tenía en la mano un trozo de pizza fría que había sobrado.

—Hola —dije yo—. ¿Qué tal el día en las pistas?

—Me he quemado —dijo Theo—. ¿Os lo podéis creer?

—Te dije que te pusieras crema, tío. —Thomas se sentó en el sofá y se recostó.

—Bueno, nunca te escucho por un motivo —dijo Theo.

Entonces llegó Silke.

—¿Por qué sigue todo el mundo despierto?

—Estamos conspirando para matarte —dijo Theo sin mirarla.

—Qué ironía, yo estaba planeando hacer lo mismo contigo.

—Tenía un bote de helado en la mano y empezó a comer

directamente de él.

—Hasta aquí ha llegado la noche romántica junto al fuego —dijo Cayson sarcásticamente.

—Id arriba a follar como conejos alpinos—dijo Theo—. ¿Qué es más romántico que eso?

Le dirigí a Cayson una mirada coqueta.

—No podría estar más de acuerdo.

Él ignoró mi comentario y se quedó mirando el fuego.

Slade bajó las escaleras con Trinity.

—La casa está llena esta noche.

—¿Vosotros dos por qué estáis juntos? —dije yo.

—No estamos juntos. —Slade se alejó ocho pasos de Trinity—. Sólo ha sido una coincidencia.

—Muy desafortunada. —Trinity buscó en el frigorífico hasta que encontró un bocadillo que había sobrado. Slade también cogió algo de comer y se unió a nosotros en el salón.

—¿Qué hacéis todos aquí juntitos? —preguntó Slade.

Me encogí de hombros.

—Cayson y yo queríamos pasar algo de tiempo a solas... pero está claro que no lo vamos a conseguir.

—Como si follar en mitad de la noche no fuese pasar tiempo a solas —soltó Slade.

Lo fulminé con la mirada.

—Y hasta aquí lo de mantenerlo en secreto.

—Eh, que a los mayores no les he contado nada —se defendió—. Son ellos los únicos que cuentan. A los demás no nos importa una mierda.

A continuación, bajaron las escaleras Roland y Conrad.

—Estáis hablando tan alto que no puedo dormir. —Roland se dejó caer en la mecedora que había junto al fuego y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

Conrad se sentó en uno de los sofás.

—Me alegro de que nos vayamos a casa mañana.

—¿Por qué? —preguntó Trinity.

—Estoy harto de ver a papá y a mamá —dijo Conrad—. Papá no deja de hablar de la empresa y de todo para lo que me tengo que

preparar. Y luego mamá no para de darme el coñazo con que siente la cabeza con una buena chica que le dé nietos. Sólo tengo veintiún años, que me den un respiro...

—Pues yo no me quiero ir a casa —dije—. Me gusta ver a mis padres.

—A mí también —añadió Cayson.

—Vosotros dos es que sois los más pelotas del mundo —dijo Silke.

—No soy pelota —dije yo—. Mis padres me caen bien de verdad.

Puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—Quiero pedir una cerveza y unas alitas —dijo Slade—. Y ver un partido. Aquí sólo tienen tele por cable.

—Es agradable tomarse un descanso del resto del mundo —dije.

—Dios, pero mira que eres repelente —dijo Slade.

Trinity estaba comiéndose su bocadillo.

—Se me da fatal esquiar, así que no me da mucha pena irme de la estación de esquí, pero voy a echar de menos a mis padres.

—Otra pelota —dijo Silke.

Nos sumimos en un cómodo silencio junto a la chimenea. Cayson me sostenía abrazada contra su cuerpo y me rodeaba un hombro con el brazo. Yo había abandonado el chocolate caliente porque prefería la calidez de él. Theo se quedó dormido y empezó a roncar, Silke había sacado el teléfono y estaba escribiendo mensajes, y Roland también comenzó a roncar cuando se adormiló. Era tarde, así que deberíamos habernos ido a la cama, pero nadie se movió. El mero hecho de estar juntos ya era lo bastante cómodo. Siempre estábamos juntos, pero había un motivo. Éramos una familia, podíamos ser nosotros mismos cuando estábamos con los demás y aun así nos queríamos. Era algo que a veces daba por sentado, pero cuando hacíamos viajes así y sabíamos perfectamente cuál era nuestro lugar, yo lo valoraba mucho. Muchas personas apenas tenían familia en el mundo, pero yo tenía una enorme. Y aunque se metían conmigo

constantemente y a menudo me decían que cerrara el pico, sabía que me querían.

Y que siempre lo harían.

QUERIDO LECTOR

GRACIAS POR HABER LEÍDO SI AMARTE ES UN ERROR. ESPERO QUE HAYAS disfrutado leyendo la historia de Skye y Cayson tanto como yo disfruté escribiéndola. Me ayudaría mucho que pudieras escribir una breve reseña. Vuestras opiniones son el mejor tipo de apoyo que se le puede dar a un escritor. ¡Gracias!

Con amor,
E. L. Todd

OTRAS OBRAS DE E. L. TODD

Eres todo lo que necesito
Libro 3 de la serie Para toda la eternidad.

ORDENAR AHORA

MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (Obsidiana negra) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing